

eTerciopelo

2

sexy

yogi

sándwich



COCO DUVAL

#Sexy, #yogi, #sándwich 2

Cooper & Co
Segunda parte

Coco Duval



#SEXY, #YOGI, #SÁNDWICH 2

Coco Duval

Mi vida en un Sándwich 2. Me llamo Johanna Mayer, tengo 36 años y estoy echa un lío. ¿Se puede querer a dos personas a la vez? Sí. Yo soy la prueba. Desde que se fue Lindbergh no levanto cabeza. Bruno, mi marido, también está tocado, me ha confesado que lo echa de menos. Que añora nuestra vida a tres.

ACERCA DE LA OBRA

¿Qué pasaría si Alexander Lindbergh, el hijo ilegítimo del pionero aviador, entrara en tu matrimonio?

Imagina que ocurre lo imposible y funciona. ¿Le dejarías?

Eso nos parecía, tanto a Alexander como a Bruno e incluso yo había empezado a creer. Hasta que la policía nos confirma que Jurgen, mi amigo de infancia, el pintor, ha sido devorado por lobos en extrañas circunstancias.

Y entonces Alex pide una tregua y decide marcharse. Nos deja solos. Su ausencia se me hace insoportable, creo que a Bruno también, aunque él lo disimula mejor. Bruno y yo siempre hemos sido felices, pero ahora nos falta algo..., nos falta Lindbergh.

Supervisando siempre desde la distancia, Alexander, nos ha dejado con su misterioso abogado y la maraña legal de una herencia que parece estar envenenada. Entre tanto, han asaltado nuestra casa y nuestra escuela de arte, y los responsables parecen ser los mismos que lo llenaron todo de esvásticas e insultos en alemán. Pero ¿por qué? ¿Qué quieren de nosotros?

Todo esto me supera. Y para colmo, se nos echa encima la Navidad. Las dos familias juntas en una casa en la montaña... No tengo fuerzas. Solo quiero que vuelva Alex, Alexander Lindbergh...

Y que todo sea como antes. Qué estemos juntos los tres. Bruno, Alex y yo.

ACERCA DE LA AUTORA

Coco Duval nació en Barcelona. A los dieciocho años se fue a Los Ángeles, California, a cursar estudios de cinematografía. De nuevo en casa, se matriculó en la primera escuela de guionistas.

Se ha dedicado, junto a su pareja, a la fotografía de moda y publicidad en el estudio que fundaron. Cuando nació su hija, decidieron abrir una tienda con un jardín donde pudieran verla crecer y dedicarle tiempo. Hoy encara una nueva etapa. Las vocaciones siempre nos encuentran y la suya es escribir.

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Dedicatoria

Epígrafe

Nota introductoria

BARCELONA
17 DE DICIEMBRE, 7:30 H

BARCELONA. PARQUE DEL PUTXET
19 DE DICIEMBRE, 7:00 H

BARCELONA. SALA ARTISTIK
20 DE DICIEMBRE, 13:00 H

BARCELONA. SALA ARTISTIK
22 DE DICIEMBRE, 9:10 H

JUNTOS Y REVUELTOS
BARCELONA
23 DE DICIEMBRE, 10:00 H

EN LA CAJA DE CRISTAL
GIRONA. CARRETERA DE OLOT
23 DE DICIEMBRE, 21:00 H

SEXUALIZED
MOLLÓ. BAR DEL PUEBLO
24 DE DICIEMBRE, 11:00 H

LUCKY LINDY
CAMPRODÓN. PASEO MARISTANY
24 DE DICIEMBRE, 18:00 H

NOCHEBUENA EN EL MARISTANY
24 DE DICIEMBRE, 23:00 H

PASEO MARISTANY
DÍA DE NAVIDAD

PASEO MARISTANY
26 DE DICIEMBRE

RIPOLL
26 DE DICIEMBRE, 20:00 H

BARCELONA. BARRIO DE GRACIA

26 DE DICIEMBRE, 22:00 H

Créditos

A mi alma gemela y a ese otro pedacito de mí.

«No dejes que tu mente te impida disfrutar la belleza del momento presente».

ANÓNIMO

*E*ste libro es una novela de ficción que toma prestada con respeto y admiración la figura del célebre pionero de la aviación Charles Lindbergh. La mayoría de las cosas que se cuentan sobre Lindbergh se pueden encontrar en sus biografías. Su relación con el personaje de la novela es ficticia.

BARCELONA

17 DE DICIEMBRE, 7:30 H

Nota cosquillas en los pies: Bruno me está dando un masaje en las plantas. Estoy boca abajo en la cama, despierta, pero soy incapaz de abrir los ojos a un nuevo día.

—Peque, ya es hora, hay que ir despertando.

No contesto. Me hago la dormida, pero me conoce demasiado bien.

—Vengaaaa.

Me da pellizquitos en el trasero.

—No quiero ir al cole.

—Venga, solo un par de días más; ya casi están aquí las vacaciones.

—No quiero ir, Bruno, no tengo ganas de levantarme. Tengo un peso aquí en el pecho, me cuesta respirar.

Me doy la vuelta y me froto la cara. Tengo ganas de llorar a todas horas, ahora también. Se estira junto a mí y se me queda mirando, muy serio.

—Lo echas de menos. Yo también estoy tocado.

—Lo dices para hacerme sentir mejor.

—No, no, en serio, a mí me falta un latido.

Me pone la mano en su pecho.

—Te lo juro, es muy raro, pero mi corazón va más lento, hasta he pensado ir al médico...

—Se nos pasará —digo mientras me cae una lágrima, lo cual es un problema porque a una suele seguir otra, otra más...

Bruno me besa en la mejilla.

—Cuánto me pone que estés triste —me dice con voz sensual acariciándome un pezón por encima de la camiseta.

—¿Cómo puedes decir eso? Francamente, estoy empezando a preocuparme por las cosas que te excitan.

—Te lo digo en serio; el mejor sexo que he tenido nunca contigo fue el día que murió tu padre.

Me incorporo cabreada.

—Bruno, no tiene gracia, ya basta. ¿No te das cuenta de las estupideces que dices?

—No son estupideces. Quizás ya no te acuerdas, pero estabas muy triste y me necesitabas mucho... Habías estado llorando toda la tarde sin parar, incluso tuvimos que ir al tanatorio antes de tiempo para verle porque no te lo podías creer. Entonces, cuando le viste, tuviste la certeza de que ya no volvería, dejaste de llorar.

—Sí, me acuerdo; la muerte es muy rotunda.

—Después volvimos a casa y te hice el amor una y otra vez, intentando llenar el vacío de tu tristeza, sorbiendo tus lágrimas. Fue lo más bonito que he podido hacer por ti.

Me abrazo a él mientras alguna lágrima desobediente se derrama, sin poder decir nada.

—Fue muy intenso, y me hizo sentir vivo, ¿entiendes?

—¿Te sentías así con Alex, más vivo? Quiero decir, ¿juntos los tres?

—Algo así.

—Pero Alex ya no está.

—No, porque si uno de los tres sufre, Johanna, entonces, ya no tiene sentido.

—¿Eso te dijo?

—Sí, eso me dijo. Ven conmigo a la ducha; quiero hacerte el amor.

Me levanta de la cama y tira de mí hacia el baño. Sigo derramando lágrimas mientras él abre el agua caliente y comprueba la temperatura. Yo espero. Acaba de confesarme que echa de menos a Alex tanto como yo, se me hace extraño, es difícil de digerir.

Se mete bajo la ducha echando la cabeza hacia atrás. Sus rizos desaparecen bajo el agua y me sonrío; su mirada ámbar, dulce y tierna, me invita a entrar, su erección también. Me quito la camiseta y me meto en la ducha abrazándome a él, mirándole a los ojos.

—Te quiero, Johanna, aunque llueva o haga sol.

Son contadas las veces que Bruno me dice que me quiere.

—Como le dijo la trucha al trucho, dame un poco de ese sexo que quita la tristeza —replico tergiversando una de nuestras frases íntimas.

Sonríe.

—La trucha no dijo eso; dijo «Te quiero mucho».

Nos besamos bajo el agua caliente y mi libido explota; realmente le necesito dentro, ahora.

—Mami, ¿qué hacéis?

—¡Maya!

—Ahora salimos, cariño. Prepárate el Cola Cao.

—Vale, pero no tardéis.

Bruno apoya la cabeza en las baldosas, no se lo puede creer. Esto pasa algunos domingos después de la siesta: a veces parece que Maya busca pillarnos expresamente, aunque él siempre actúa con naturalidad, y ella lo encuentra de lo más normal.

Tendremos que dejar el sexo terapéutico para otro momento. Levantándome a horcajadas y apoyándome contra la pared de la ducha, Bruno dice:

—Que espere, ya es mayor...

Nada que objetar por mi parte; mi cuerpo está flojo, no hay tensión, no tengo fuerzas para ningún tipo de resistencia, ni física ni mental. Y volvemos a besarnos, nuestros cuerpos se conocen al milímetro. De nuevo unos movimientos en la habitación nos alertan. Es Maya. ¡Joder con la niña!

—Papis, ¿qué hacéis?

—Maya, los papás a veces necesitamos un poco de intimidad, ¿sabes lo que es eso? —dice Bruno sacando la cabeza por el cristal de la ducha.

—Sí, que estáis haciendo marranaditas.

—Nos hacemos mimos Maya, es normal, ¿no?

—Sexo, papi, que no soy tonta.

—No eres tonta, pero un poco pesadita yo diría que sí. ¿Puedes, por favor, esperarnos en la cocina, o, mejor, puedes ir a vestirte?

—¿Qué me pongo?

—Maya, lárgate.

—Vaaale.

Y así termina nuestro breve y frustrado interludio de sexo matutino, nos quedamos con el calentón... Pero, oye, ¡algo es algo!

Un par de horas más tarde, como a las diez de la mañana, ya en el despacho de Artistik, me puede la melancolía. Un día u otro el sentimiento de pérdida que tengo con respecto a Alexander remitirá igual que lo hizo cuando murió mi padre, es solo cuestión de tiempo.

Me digo a mí misma que tenemos todo para ser felices. Seamos felices, pues, y en realidad, ¿no lo somos ya?

No logro borrar de mi cabeza el último día que le vi en el cementerio, su abrigo de *tweed* y la bufanda de rayas blancas y negras de Yale le daban un aire dandi que le hacía parecer mucho más joven, como un universitario de otra época.

Estaba tan guapo incapaz de expresarse, mirándome a los ojos con tal sinceridad y tristeza que me reventó el corazón en mil pedazos y me dejó una sola certeza: se puede querer a dos personas a la vez, yo soy la prueba.

Pongo su nombre en Google, «Alexander Lindbergh», y le doy con el cursor a la categoría de imágenes. Su hermoso rostro se multiplica en mi pantalla... se me congela el alma.

Aparece en fotos de muy joven y en la actualidad; también hay fotos de Sharon. No sé por qué me torturo de esta manera. Seguro que hoy no duermo.

Muevo el cursor y lo sitúo sobre «Noticias». Aparece una entrada reciente: un diario de Hawái cubre la noticia de una entrega de premios de surf con Slater y Coco Ho como ganadores. Abro la entrada y ahí está él en bañador, moreno y sonriente. La foto es de tan solo hace dos días. Ya se ha olvidado de nosotros. Su vida es muy diferente a la nuestra, es evidente.

Vuelvo a la lista de noticias; las hay de Barcelona, de la exposición de Dunne. La abro, aunque ya la he visto antes en la prensa: estamos sentados en el Chester abrazados, relajados, sonrientes. El pie de página reza:

«Bruno Martí, famoso gastroblogger, y Johanna Mayer, amigos íntimos del viudo de oro recientemente afincado en Barcelona Alexander Lindbergh».

«Amigos íntimos». Esa afirmación me molesta sobremanera, cuando en realidad sería cierta se mire por donde se mire. Y, sin embargo, me pone de mal humor. ¿Por qué «íntimos»? Qué sabe nadie si éramos íntimos o no.

La semana siguiente al entierro de Jurgen, tuvimos que ver esa foto, y varias más de las que se tomaron esa noche, en todo tipo de revistas e incluso en *magazines* de televisión que se hacían eco de la visita de Dunne. Me alegro de que Alex no estuviera por aquí al menos en ese aspecto. Aunque él debe de estar más que acostumbrado, no creo que le gustase empezar a salir en prensa española como «viudo de oro».

Se acerca la Navidad, este año nos toca revueltos, las dos familias juntas en una casa antigua que el padre de Bruno y su tío aún conservan en el Roc, un pueblo del Ripollés. No sé si podré soportarlo, la idea me aterroriza. Bruno y Gina dicen medio en broma que piensan estar completamente borrachos la mayor parte del tiempo, no es mala idea.

Tengo que hacer un esfuerzo para que sea una Navidad especial para Maya, porque me parece que es la última antes de despertar al mundo de los adultos. Ella intuye la verdad, pero se aferra a la fantasía, incluso creo que este año la está viviendo con mayor fervor, como si aún tuviera cinco años, y habla de Papá Noel y sigue su calendario de Adviento con ilusión.

Maya también echa de menos a Lindbergh; lo ve en los anuncios de desodorante Axe o en los de colonia de Armani.

—Mira, mamá, ¿no se parece ese al tío Alex?

Yo me hago la despistada y le digo que Lindbergh es mucho más viejo... y miro de reojo a Bruno, que sonrío por la ocurrencia de su hija.

Mi regalo para Bruno está a punto de llegar. Adrian Frey se ha encargado de todos los detalles, tanto de transporte como de matriculación, incluso le ha hecho pasar la ITV, ha cambiado los neumáticos, ha instalado aire acondicionado y hasta *bluetooth*. El Aston Martin DB4 convertible es un super regalo. Mantenerlo en secreto no ha sido fácil, me hace mucha ilusión poder hacer esto por Bruno. Le quiero por encima de todo. De eso estoy segura.

Según Frey, la investigación sobre la muerte de Jurgen está en punto muerto. La policía suiza lo considera asesinato sin lugar a dudas, pero están completamente perdidos.

Jurgen tenía billete para Barcelona, pero no hubo movimiento alguno en sus cuentas, y en su casa no parecía faltar nada; es más, se encontraron sus tarjetas de crédito, su cartera con toda la documentación y su pasaporte, por lo que la policía piensa que fue secuestrado en su domicilio. Sin embargo, no hay huellas, no hay pistas, ningún vecino vio nada.

La autopsia reveló varias sustancias narcóticas, a mí me gustaría pensar que no sufrió tanto, aunque sé en mi fuero interno que Jurgen fue torturado. Por mucho que le dé vueltas, no puedo entender por qué. Adrian sigue encargado de averiguar todo lo que pueda por orden de Lindbergh.

Sabemos que Jurgen y Andrea pertenecieron a una banda de *skinheads* cuando eran más jóvenes; tenían problemas con las drogas —heroína, al parecer—, y se les podía encontrar en la estación de tren de Zúrich tirados todo el día, incluso pidiendo. Pertenecían a los «Bewolfs», una banda de racistas, antisemitas y homófobos, cuyos miembros solían llevar un enorme lobo tatuado en la espalda. En definitiva, dos críos perdidos en busca de problemas.

Recuerdo vagamente haber hablado con mi padre de esta etapa de Andrea en alguna ocasión. Pablo y Lis lo pasaron muy mal, pero Pablo se mantuvo firme, nunca tiró la toalla y se empeñó en recuperar a su hijo, y también a Jurgen, que ya no tenía familia, al final lo consiguió.

Adrian me ha escrito que está hurgando en esa etapa de sus vidas con la esperanza de encontrar algo que dé sentido a una muerte tan brutal. Se han investigado a fondo todos sus contactos telefónicos, correos, *whatsapps*, y no parece haber conexión alguna con drogas o mafias, ni con nadie capaz de hacer una cosa así. Jurgen tenía una vida desordenada pero normal, aunque estaba muy solo después de la muerte de Andrea y Pablo.

Le he pedido a Frey que me cuente todo lo que averigüe, pero estoy segura de que solo sabré lo que Lindbergh desde la distancia quiera que sepa.

Siempre que Frey me escribe pone en copia a Lindbergh, así que en realidad tenemos conversaciones supervisadas por él en la sombra. La tentación de saludarle o decirle algo es a veces insoportable, pero Bruno tiene razón: hemos de respetar su distancia.

Sentada desde donde estoy en el despacho, puedo ver la gran caja con cuadros de Jurgen que Frey me ha enviado. Bruno y yo hemos decidido hacer una exposición de su trabajo en Artistik después de Navidad.

Me gustaría conseguir que otras galerías se interesen por su obra para exponerla. Tampoco me importaría que se vendan algunos de ellos, solo los que yo elija, por supuesto, pero creo que al fin y al cabo eso es lo que Jurgen hubiera preferido, que sus obras se compren y se vean en galerías.

Esta mañana no he hecho prácticamente nada de provecho; últimamente se podría decir que mi trabajo es prácticamente presencial, estoy por aquí y los asuntos van surgiendo, pero no hay ninguna sinergia por mi parte.

Artistik cierra coincidiendo con las vacaciones escolares prácticamente quince días, así que

para nosotros serán unas cuantas jornadas en familia.

A mí me toca poner el árbol, y se me está haciendo una montaña, porque es que ya he montado uno en la escuela con las figuras que han hecho los alumnos y los caramelos artesanos de la tienda Papa Bubble con la que hacemos muchas colaboraciones.

Mi suegro, Leo, es un encanto, y es fácil llevarse bien con él siempre y cuando le dejes llevar la batuta y estés un poco a sus órdenes. Mi suegra no lo está, y por eso se llevan como el perro y el gato.

Matilde, por su parte, tiene una leve depresión que le dura desde hace aproximadamente unos treinta años, de los cuales yo doy fe, al menos, de los quince últimos. Nunca la ves triste, pero a veces está de un humor de perros. Tampoco la verás nunca muy contenta, es decir, no sé si sabe ponerse muy contenta. Tiene un temperamento neutro con accesos de cólera inesperados, aunque es mucho más predecible y fácil en la convivencia que mi madre, al menos a mi entender.

Da igual lo que pueda decirte en un mal día: al siguiente será como si nunca hubiera ocurrido; al fin y al cabo, eres la mujer a quien quiere su hijo y la madre de su maravillosa nieta. Hay un orden natural de las cosas en las que os lleváis bien, punto. Reconozco que la mayor parte del tiempo es una anciana cordial sin más.

Eso hace mi vida familiar mucho más fácil, jamás han osado meterse en nuestra forma de educar a nuestra hija, que, por otro lado, parece algo más equilibrada que sus otros primos, los de Tarifa. «Pixie y Dixie», los llama Bruno.

Los chicos suelen ser más revoltosos, son diferentes; estos en concreto son medio andaluces y un poco salvajes, porque se han criado prácticamente en la playa. El hermano de Bruno y su mujer tienen un negocio de *kite surf* en Tarifa y con los años se van volviendo cada vez más *hippies*.

Caye (Cayetana) es un encanto. Es sevillana, muy dulce y tiene esa cadencia del sur. Nunca tiene prisa, nunca se enfada ni se sulfura, lo que puede llegar a ser un problema si convives con ella y con sus hijos durante unos días. No les riñe, solo les explica las cosas de una forma pausada y sonriente que a Bruno le pone muy nervioso. Maya está convencida de que sus primos son asesinos natos de bichos. Ya han liquidado una lista de mascotas que parece no tener fin. A algunas por accidente o negligencia, pero por otras se les podría acusar de homicidio en primer grado.

Esta tarde vendrá Frey, y ultimaremos los detalles de la entrega del coche, el regalo tiene que aparecer por arte de magia la mañana del 25 en la casa del Roc, debajo del árbol del jardín.

Todo está hablado con Leo, mi suegro. Se llama Leopold Martí, pero todo el mundo le conoce como Leo. Guardaremos el coche en casa del vecino y lo llevaremos al jardín cuando Maya esté dormida, y si Bruno también lo está, pues mucho mejor.

Miro la tabla de horarios de yoga a ver si me puedo escapar, veo que empieza una clase con Marina dentro de veinte minutos; me conviene relajarme, y, aunque no me gusta dejar Artistik sin que estemos uno de los dos, creo que en el estado en que me encuentro es como si no estuviese. Le digo a Lola por teléfono que voy a hacer un recado, cojo unos *leggings* y una camiseta, las chancas, el casco y desaparezco por el jardín.

Bonanova, Vía Augusta, Balmes abajo, en un golpe de moto me planto en la calle Tuset. Este centro me cae lejos, pero me gusta. Siempre tienen colaboraciones con yoguis consumados, maestros como Andrei Ram y muchos otros. La verdad es que, aunque pertenece a una gran cadena de gimnasios, cosa que no es en absoluto mi estilo, al ser un apartado independiente solo de yoga, me siento cómoda.

En el ascensor ya huelo el característico leve incienso que te acompaña durante todo el trayecto

través del vestuario y la sala. Creo que incide en el estado de ánimo, porque curiosamente todos suelen esperar en silencio a que terminen las clases.

Ficho en la entrada con mi pulsera automática y el reconocimiento de huella dactilar y voy a por mi esterilla a mi taquilla, que está en el mismo pasillo que lleva al vestuario.

De nuevo me asaltan todos los recuerdos; por más que lo intento, no puedo evitarlo.

Me siento en la banqueta tapizada desde la que puede verse una de las salas con sus alumnos, unos veinte, ya sentados en posición de loto para la meditación final.

¡No hay nada que hacer! Bajo este techo ondulado que ocupa todo el pasillo y que cambia de color en intervalos muy largos apenas imperceptibles, siempre me ocurre lo mismo, la imagen de Alex me noquea.

Creo que Lindbergh estropeó para siempre mi santuario, tal y como yo me imaginaba que pasaría. El propio olor del recinto me lo recuerda. Lo veo pasar con sus pantalones supercortos y su camiseta de Yale, descalzo, declarándome su amor y persiguiéndome hasta el vestuario, y le veo en algunos profesores expertos, aunque, curiosamente, no se le parecen en nada, ninguno es tan alto.

En fin, lo mejor será buscar otro centro que esté más cerca de casa. En Sarrià hay una chica que también enseña ballet que es muy buena; debería hacerle una visita.

Me cambio a la velocidad de la luz porque con estas elucubraciones me he despistado y la clase ya comienza. Marina se coloca ante nosotros, nos pide que nos fijemos un propósito para la práctica, y yo le pido mentalmente al universo de la forma más vehemente que puedo que me ayude a olvidar, a pasar página. Por favor, por favor.

Solo con verbalizarlo en mi cabeza ya me siento mejor, pero sospecho que el yoga no va de peticiones lanzadas al cosmos, sino de superar tus limitaciones y dejar atrás tus obsesiones, las cosas que te hacen daño, que no te permiten avanzar.

¡Bueno, pues que les den! Yo necesito algo más de ayuda, no puedo con esto sola.

En los saludos al sol estoy mecánica, poco concentrada, mi respiración va por su cuenta y no sigue el ritmo. Parece mentira que lleve haciendo esto años. Intento recomponerme para marcarme un guerrero bien estilizado, casi feroz, pero me sale uno más bien tísico o maníacodepresivo que no para de moverse y mirar en todas direcciones. Probamos con los equilibrios, que no salen si la persona no está equilibrada. Como cabe imaginar, un desastre.

Marina nos pide que nos estiremos boca abajo en la esterilla con las palmas de las manos en el suelo a la altura del pecho y hagamos una media cobra. Nos dice que nos quedemos cinco respiraciones y nos marca el ritmo de la inhalación y de la exhalación. Intento no pensar en nada.

—Estirad los brazos hacia delante desde vuestra cobra, las piernas también. La pelvis, bien pegada al suelo. Ahora, al inhalar, brazos y piernas arriba. Bien, exhalad.

Repetimos, arriba otra vez. ¡Dios, qué floja estoy! Nos lo hace repetir tres veces más y luego nos dejamos caer, tomándonos un momento, dejando descansar la cabeza sobre las manos y también las piernas hacia los lados, relajadas.

—¡Respirad! Dejad tooodas las tensiones en el suelo. ¡Soltadlo todo! Ahora es el momento. ¡Soltaaad, soltaaad! Relaaax...

Oh, mierda, ¡me he soltado demasiado! Estoy llorando, sollozando, hasta moqueando boca abajo. ¡Esto es el colmo!

Johanna, joder, ¡domínate un poco! Me limpio el sudor con la camiseta, el sudor, las lágrimas y los mocos. Por suerte ya estamos en la vela con las piernas hacia arriba; no sé por qué me es más

fácil calmarme en esta postura. Parece que nadie se ha dado cuenta de mi mal momento. Y si se han dado cuenta, ¡que les den a todos otra vez! A mí qué me importa.

Siempre he pensado que no estoy hecha para sufrir porque no suelo recrearme en las cosas negativas, pero parece que estoy perdiendo toda capacidad de relativizar, me da miedo; realmente no sería justo para mi familia que yo ande triste y deprimida.

Nos estiramos boca arriba para Savasana y cual juramento de supervivencia muy al estilo de *Lo que el viento se llevó*, banda sonora incluida, pongo a Shiva por testigo de que nunca volveré a llorar por Lindbergh y que iré a correr todas las mañanas para ponerme fuerte y generar las suficientes endorfinas para superar esta pequeña crisis temporal. *Namasté*. ¡Ahí queda eso!

A todo esto, para cuando he llegado, ya son las cuatro y no he comido nada. Tengo a Bruno de recados; le he hecho todos los encargos que se me han pasado por la cabeza para mantenerlo ocupado toda la tarde y que no esté aquí cuando venga Adrian. Veo aparecer a Natalia por el jardín, últimamente viene mucho; su matrimonio no va bien.

—Heyyy, ¿cómo estás?

—Vengo a tomar café.

—Qué casualidad, tenemos la cafetería abierta. Vamos a ver si encontramos también algo dulce en la cocina.

—¿Ha hecho Bruno algún pastel?

—No creo, lo tengo haciendo encargos para poder preparar la sorpresa.

—¿El coche?

—Sí, no se lo espera. Adrian y yo lo obviamos en la aceptación de herencia y lo camuflamos como parte del ajuar que son los enseres de la casa... Así que Bruno no tiene la más remota idea...

—¿Adrian es tu abogado?

—Sí, bueno. Adrian Frey, es uno de los abogados de Lindbergh.

—¿No sabes nada de él?

—¿De Lindbergh? —contesto, como si me sorprendiera la pregunta.

—Johanna, en mí puedes confiar.

Lo sé, pienso para mis adentros, pero ahora ya no vale la pena. Es un poco tarde para confesiones.

—Y confío, Nat, de verdad, Alexander es un hombre muy ocupado. Quiero decir, no es de los que escriben postales.

—Pensaba que se había comprado una casa aquí y todo eso.

—Eso dijo, pero debe de haberle surgido algo...

—Es una pena, porque me gusta.

—Vamos a comer algo. ¡Estoy muerta de hambre!

Y he sentido un pellizco de celos. Nos dirigimos a la cocina, saco galletas de chocolate caseras de un recipiente de cristal. Deben de tener solo un par de días. En la nevera hay una porción de tarta de queso y arándanos que tiene una pinta irresistible.

—¿Hago unos capuchinos? —dice Natalia, que tiene esta cocina mucho más interiorizada que yo. Justo suena el teléfono, así que le digo que sí con la cabeza mientras contesto. Es Lola; dice que Frey ya ha llegado y le pido que me lo traiga.

—Ahora sí que hace frío, ¿no?

Mis dotes de conversación se reducen tan solo a lo que diría un vecino educado parco en palabras, no salgo de ahí.

—Sí, el frío ya ha empezado, y los constipados, tengo al peque...

Frey entra sin llamar con una matrícula de coche bajo el brazo; se da cuenta de que ha interrumpido y sonrío azorado.

—*Mister Frey, please, come in. (Señor Frey, entre, por favor).*

—Señora Mayer, disculpe mis modales.

—Hagamos una cosa: yo voy a llamarte Adrian de ahora en adelante y tú vas a llamarme Johanna; más o menos tenemos la misma edad.

Mientras digo esto miro de reojo a Natalia, que se ha quedado congelada y no le quita el ojo a Frey. Él, por su parte, le sonrío como con vergüenza. Creo que es un flechazo en toda regla. O quizás solo química.

—Natalia, te presento a Adrian Frey. Adrian, Nat es una diseñadora con mucho talento y una gran amiga.

—Encantado.

—Igualmente.

Son como adolescentes que miran al suelo y a veces se de reojo, incapaces de disimular su incomodidad. ¡Quién lo iba a decir!

—Adrian, ¿llevas una matrícula?

—¡Ah! Sí, *sorry*. Es del coche: la hemos cambiado, he pensado que mejor te la quedas tú, es decir, usted. Eso si quieres, claro.

¡Dios mío! Frey ha perdido toda capacidad de oratoria, con lo expeditivo y eficiente que suele ser...

—Me gustaría conservarla, pero la voy a esconder, no sea que Bruno sospeche algo.

—Bien.

—¿Cómo está Alex? —dice Natalia medio temblorosa.

—¿Le conoce?

—Sí, de hace poco.

Me escurro por la puerta y los dejo solos. Por otro lado, creo que no me apetece oír nada sobre Lindbergh después de haberle visto en esa foto en la playa.

Necesito encontrar un sitio en donde Bruno no vaya a andar hurgando, pero no se me ocurre. Doy vueltas por la nave, pensando.

Finalmente me inclino por abrir un cajón de grandes láminas, meto la matrícula bien al fondo poniendo las cartulinas por encima. Espero no olvidarme; esa matrícula con la típica cruz suiza quedará chula en el cuarto de Maya, aunque la extraña numeración, SH 6969, no sea demasiado para niños.

¿Es una paranoia o he sentido un poco de envidia al percibir la atracción entre esos dos? ¿Qué me está pasando? O, más bien, ¿qué nos está pasando a todos, incluida Natalia? ¿La famosa crisis de los treinta?

Todos vamos por ahí cuestionando nuestro estilo de vida, y eso que con la crisis económica casi nadie tiene demasiadas opciones y, aun así, nadie parece satisfecho a nuestro alrededor. Excepto Bruno, que ya nació con cierta tendencia a hacer solo lo que le pide el cuerpo, todos los demás se comportan como si la vida se les escapara de las manos: hacen maratones y *rafting* o cualquier otra cosa que les dé la sensación de que recuperan la juventud. Algunos incluso vuelven a tener hijos. Hay quien dice que eso rejuvenece.

Vuelvo al despacho y ahí están, hablando más bajo de lo normal, como con vergüenza. Ella le ha preparado un capuchino.

—Ya está escondida. Gracias por todo, Adrian.

—El coche está de camino al Roc.

—Perfecto.

—Señora Mayer, quiero decir, Johanna, tiene su última visita al dentista del señor Lindbergh la semana que viene; si no me equivoco, queda un implante.

—Sí, pero no entiendo cómo mi boca es de repente un asunto de estado coordinado desde kilómetros de distancia.

Esto me pone de muy mal humor, francamente, es de locos.

—El señor Lindbergh ha insistido en que el señor Martí y su hija se hagan una revisión aprovechando el viaje del doctor.

—Maya ya tiene dentista.

—Lo sé, pero el señor Lindbergh insiste.

—El señor Lindbergh es un pesado. Dígaselo, por favor, de mi parte.

Adrian sonrío. La obsesión de los americanos por los dientes no tiene límite. Alucino.

—Se lo diré.

—¿Conoces Barcelona, Adrian?

—No mucho.

—Bueno, pues seguro que Natalia sabe de un par de sitios que le apetece enseñarte.

—Sería un placer —dice Adrian. Natalia, por su parte, ha abierto mucho los ojos, muerta del susto, pero sonrío como si estuviera frente a su tarta de cumpleaños.

—Oh, claro. ¿Qué querrías hacer?

—Pues cenar... ¡Nat! Vaya pregunta —interrumpo.

—Sí, cenar estaría bien... —dice Frey.

Los dejaré solos otra vez.

—Tengo prisa. Adrian, hablaremos pronto.

—Sí, señora Mayer.

Le miro mal por no tutearme.

—¿Dónde vas?

Momento de pánico para Natalia.

—Tengo un par de cosas urgentes, te veo luego.

—Oh, señora Mayer, un momento. ¡Sus tarjetas!

—¿Qué tarjetas?

—Las que dan acceso a sus cuentas. He transferido una parte de sus fondos a su cuenta con el Banco Santander, tengo las tarjetas que acceden a los de Suiza desde cualquier cajero, y también todos los papeles para la banca *online*... Tiene que firmarme todo.

—¿Tiene que ser ahora?

—Puede ser esta tarde, pasaré por su casa, si le parece bien.

Me enfrasco en enviar unos cuantos *e-mails* tanteando la exposición especial de los cuadros de Jurgén. Cuadro mi agenda para después de las vacaciones. Confecciono horarios de los profesores. Horas después cuando llego a casa, me acerco hasta el estudio, el pequeño despacho

que tenemos, y me encuentro a Adrian y a Bruno catando cervezas artesanas con maridaje de quesos. Mi marido sabe cómo desarmar a cualquiera por el estómago, esa es su especialidad.

—Veo que estáis en pleno debate financiero.

—Te estábamos esperando. Adrian tiene razón: te toca leer y firmar todo.

—¿Puedes ocuparte tú, Bruno?, por favor.

—Ah, no, no, yo ya llevo las cuentas de Artistik. Esto es solo asunto tuyo, y si tienes alguna consulta, pues me preguntas.

—¿De acuerdo! ¿Quieres una póliza como la de Pablo? ¿Crees que deberíamos utilizar este dinero para un buen plan de pensiones?

—Cariño, este dinero es *tu* plan de pensiones.

No puedo pensar en todo ese dinero que me ha caído del cielo, y, aunque debería hacerme a la idea, todavía me parece irreal. No quiero pensar en Lindbergh, ni en Pablo, ni en Jorgen, ni mucho menos en mi madre.

—¿Crees que debería compartir esto al menos con Gina? Ella está en una situación diferente. O espera, esta es mejor: mi madre se ha ofrecido a gestionar mi patrimonio y triplicarlo, por lo menos. ¿Le digo yo que ni de coña o se lo dices tú y así quizás me la quitas de encima?

—Ya veo por dónde vas. No es tu momento para esto, ¿no?

—La verdad, no.

—Dejaremos las tarjetas en el cajón y después de Navidad quizás veamos cómo queremos hacer las cosas.

—¿En el cajón? —pregunta Adrian, completamente atónito—. Pero, señora Mayer, tiene que firmar al menos la apertura de cuentas, las tarjetas y el traspaso de fondos. Me temo que tengo que llevármelo rubricado.

—Bien —digo cogiendo un bolígrafo a la espera de estampar mi firma. Frey se toma un momento para clasificar los documentos y me los presenta en cascada sobre la mesa.

Cuentas bancarias, números secretos... Estampo mi firma ahí donde me indica Adrian, me quedo las copias. Le hice poderes en Suiza para administrar todo el asunto burocrático de la herencia y así no tener que pasarme prácticamente tres meses en Zúrich. Cojo todo el papeleo firmado, las tarjetas con sus números secretos y los meto en el cajón ante la mirada de desaprobación de Frey.

—Ya está, ¡en el cajón! Y tú tienes una cita, si no me equivoco.

—Sí.

Bruno no entiende nada.

—Adrian y Natalia se van de cena. Nos quedamos con Mateo...

—¿Y Óscar?

—Creo que ha salido con sus amigos. Tú los conoces, ¿no?

—Sííí. Inofensivos.

—Bueno, y Adrian también, supongo —contesto mirando a Adrian mientras él se levanta encogiéndose de hombros y nos regala una sonrisa pícaro que a Bruno le hace gracia.

—Una cosa más. Johanna, ¿sigue sin tener ni idea de la contraseña de la caja de seguridad del señor Berenguer?

—Me temo que Jorgen se llevó el secreto a la tumba: solo había aquella frase en el sobre.

—¿Y la llave?

—La tengo yo a buen recaudo.

—¿El baño?

—Segunda puerta a la derecha.

—¿Qué estás tramando? —me pregunta Bruno mientras Frey se levanta.

—¿Yooo?

Adrian sale del salón.

—¡Ah! Lo dices por Natalia. En serio, no tiene importancia. Le ha dado por dudar de su matrimonio: parece que tienen problemas, y yo solo le he dado un empujón para que vea las cosas desde otra perspectiva. Bueno, eso creo, ha ido todo muy rápido...

—Qué mala eres y ¡qué bonita te pones cuando eres mala! —me dice acercándose hacia él y achuchándome. ¡Erección! Le miro como diciendo «Bruno, por favor, que esto está lleno de gente y ¡de niños!». Se ríe. Pero así debe ser: yo me acerco a mi hombre y él tiene una erección.

—Por cierto, ¿donde está esa llave?

Me abro ligeramente la camisa y le enseño el colgante-llave que me he fabricado.

—La llevo hace días... No te habías dado cuenta.

—Ahora que lo dices, sí —me contesta hundiendo su cara entre mis pechos y cogiendo la llave con la boca, pero se pone serio, como si recordara algo que le agobia—. ¿Te importa hacer la cena a los niños? Tú y yo podemos tomar algo de paté y unos quesos: tengo que terminar algo importante.

—*No problema*. Por cierto, recuerda que tenemos dentista.

—Sí, no te preocupes, lo tengo en la agenda.

Se levanta, se agacha y me endosa un beso con lengua cogiéndome la mandíbula con una sola mano que me deja deseando más, deseando estar sin niños, sin abogados ni amigas confundidas. Me levanto como un autómatas y me dirijo al congelador en busca de algo apetitoso ya cocinado previamente por Bruno para meterlo disimuladamente en el microondas y servírselo a los niños. Hay macarrones, ¡perfecto!

Acompaño a Frey a la puerta.

—Señora Mayer, ya tiene mi móvil. Por favor, llámeme a cualquier hora si recuerda la contraseña o algo que nos pudiera dar una pista.

—Lo haré, descuida. ¿Sabe la policía algo más?

—Cazadores Grisones; es lo único que parece tener sentido. La muerte de Jurgen fue durante el inicio de la temporada de caza, cerca de la finca donde lo encontraron había restos de una batida.

—No sabía que se cazaba en Suiza.

—Es un deporte muy extendido, sobre todo en la zona del Parque Nacional donde lo hallaron. Cazan ciervos y cabras grandes, no recuerdo cómo se llaman en español.

—¿Están interrogando a los cazadores?

—Sí, y preguntándoles si han visto lobos. Parece ser que podría haber lobos de paso, en migración, es todo lo que me han contado por teléfono.

—No te entretengo más. Tienes una cita.

¿Natalia con un super abogado suizo? Cosas más raras se han visto. Ahora mismo me encantaría poder preguntarle a Lindbergh cómo es Frey, a qué dedica su tiempo libre, si está casado, divorciado o las dos cosas. Tampoco es que sea asunto mío, solo van a tomar algo, pero me pica la curiosidad.

Tras dar de cenar a los niños, me caigo de sueño y Bruno no ha llegado. Me aseo para irme a la cama. No logro dormir. La imagen de Lindbergh en la playa, moreno y sonriente, me acecha a todas horas. Respiro profundamente varias veces intentando calmar mi mente. No hay manera. Enciendiendo la lamparita, lo mejor será leer un rato, evadirme. Bruno aparece por la puerta.

—Me has esperado, perfecto. Antes de que me olvide otra vez, quiero darte tu regalo —dice dirigiéndose al armario.

—¿No lo guardas para el árbol?

—No, este es para niñas malas... Ahora lo entenderás.

Me acerca un paquete alargado, plateado; hay algo escrito con un rotulador de punta gorda y su firma. Dice:

«Aunque llueva o haga sol».

Confieso que no tengo ni la más remota idea de lo que es.

—¡Ábrelo, vamos! Que tengo que actualizar las redes, tengo un par de anuncios que hacer.

—Voy, voy.

Arranco el envoltorio de forma teatral y encuentro una caja negra muy elegante con unas letras grabadas. Pone «By Lelo». Sigo sin tener idea de lo que será. Abro la caja negra, y encuentro una bolsa de satén negro con un cordón; contiene un objeto alargado. Miro a Bruno, que está sentado junto a mí, con sonrisa de bobo, anticipando la sorpresa. Me insta a sacar la bolsa de la caja. La abro. Es la última cosa que me hubiera imaginado: un vibrador, uno muy chulo, negro y dorado. Tiene dos extremidades, una más grande con forma alargada, fállica, y otro apéndice más pequeño, de uso externo, imagino. Me hago la tonta mirándolo por todos los ángulos y le pregunto:

—¿Qué es, un micrófono inalámbrico?

—Sí; a ti te gusta el karaoke, ¿no? —dice intentando contener la risa.

—Bruno, ¿me has comprado un consolador?

—Un conejito rampante, Johanna, ni más ni menos que un «Soraya de Lelo». Esto, amiga mía, es el Ferrari de los vibradores.

Me quita el aparato de las manos y me hace una demostración poniendo voz de anuncio de teletienda.

—Soraya es el vibrador de doble acción más bello del mundo; ofrece inimaginables placeres en un elegante y seductor envoltorio —dice moviendo las manos cual azafata—. Su suave exterior vibra con motores individuales en cada punto de placer, e incluye un flexible estimulador que se adapta perfectamente a las situaciones más lujosamente placenteras que puedas imaginar.

—Es muy bonito.

—Y muy caro. Lelo viene a ser como Apple: hay por ahí muchos conejos rampantes, pero como un «Lelo», ninguno.

—¿Está cargado? Quiero decir: ¿lleva pilas?

Bruno vuelve a la modalidad presentador de teletienda.

—Soraya lleva un cargador y tiene autonomía de varias horas. Está fabricado con un núcleo de ABS envuelto en la más suave silicona, es totalmente sumergible y fácil de usar, tiene tres botones para un control perfecto de la intensidad de vibración en sus ocho exclusivos modos de estimulación.

—¿Te sabes de memoria el prospecto?

—Me atendió una chica muy atenta y competente, que además tenía uno...

—Ya. Apuesto a que te explicó con pelos y señales las sensaciones que tiene con el juguete este.

—Pues sí. Luego, si quieres, contrastamos información... —me dice guiñándome un ojo y devolviéndome el chisme.

—Enciéndelo...

—¿Por dónde?

—El botón de «más», como si subieras el volumen.

Lo enciendo y observo que solo el apéndice pequeño se mueve; cambio de modalidad vibratoria accionando el botón del medio, y ahora vibran los dos a la vez.

—Tengo que dejar el artículo listo esta noche, te dejo bien entretenida.

—No tienes remedio.

—Oh, Johanna, el botón del volumen lo bajas completamente para apagar... —me dice, guiñándome un ojo, mientras sale por la puerta disimulando la risa.

Apago el vibrador. ¿Cómo ha dicho que se llama? ¿Soraya? No me parece apropiado, le voy a tener que cambiar el nombre a «Pablito» o algo más exótico, «Dylan», por ejemplo. Incluso me gusta más «Lelo», «Lelito»...

Guardo la caja en mi mesilla de noche y apago la luz. Ya se me ha pasado el momento de lectura. Sin embargo, después de unos minutos y de dar unas cuantas vueltas más en la cama, cambio de opinión. Enciendo de nuevo la lámpara de lectura, pero en vez de coger el libro, abro la mesilla y cojo mi regalo. Más que curiosidad, es necesidad. Hace rato que siento una picazón en la entrepierna solo de pensar que lo tengo ahí al lado, en el cajón, esperándome.

Me ha parecido que era de lo más silencioso, pero por si no lo fuera tanto, me pongo mi lista de Spotify, la última parte, la selección más reciente. Suena *Creep*, de Radiohead. ¿Es que hay una canción mejor que esta? Perfecto. Lo pongo bajito.

Enciendo mi conejito rampante, lo modulo al primer tipo de vibración, el apéndice pequeño. Me bajo las bragas hasta las rodillas y lo acerco, ahí.

UUUhhhh, qué gustito.

Voy a subir un poco la intensidad. UUUUhhhh, esto está muy bien, es muy flexible y se acomoda perfectamente, solo con una mano. ¡Anda, mira!, para eso tiene esa agarradera al final que es como un agujero, es para poner el dedo. ¡Qué cómodo!

Me relajo y cierro los ojos, dejando que la suave vibración excite mi botoncito, consiguiendo una impresionante lubricación en tiempo récord. Mi imaginación vuela hacia unas imágenes de cómic manga, una orgía manga para ser exactos: felaciones, sodomías, una mujer atada y dos chicas lamiéndole hasta el último rincón de su piel.

El conejito sigue su tortura, no se cansa. ¡Espero que tenga suficiente autonomía! Aunque probablemente sí, porque esto va a ser rápido.

Cambio de modalidad y se activan los dos motores emitiendo como pulsaciones con distinto ritmo entre ellos; me introduzco el más largo, dentro, y apoyo el pequeño sobre el clítoris presionando para encajar la vibración en el sitio justo.

¡Uhaaaaa!!! Esto es muy loco. Voy a bajar la intensidad. ¡Ay!, me he equivocado, y ahora emite unas pulsaciones largas, más intensas, siempre al mismo ritmo. Sé cuándo van a llegar, y las espero. Ahí llegan, ¡¡¡ohhhh!!!

Con una sola mano, desde la agarradera, imprimo un ritmo y el conejito sale y entra de mí, una y otra vez, y, cada vez que entra, el contacto con el apéndice pequeño me lleva al borde del orgasmo.

Mi cabeza vuela con la música, me dejo llevar. Cambio de modalidad con el dedo, vuelvo a vibración constante. Subo la intensidad, todo mi cuerpo se tensa, incluso demasiado, hasta me duelen los músculos del cuello, porque estoy a punto de orgasmo, pero no llega, suelto el vibrador.

Me voy a correr, joder. ¡Es manos libres! Me voy a correr, me voy, lo vuelvo a agarrar y lo mantengo presionado dentro, y son ahora mis caderas las que se mueven, mientras el suave

pequeño apéndice masajea mi botón, llevándome al abismo, aaaahhh, ¡esto es el colmo de la masturbación! Me dejo ir.

Lo saco enseguida, apagándolo, para disfrutar del momento y de la música. Pequeños orgasmos espasmódicos acompañan, mi cuerpo se distiende completamente. ¿Cómo puede ser que no haya tenido uno de estos antes? Me quedo floja y satisfecha. Subo el volumen de la música.

*When you were here before
Couldn't look you in the eye
You're just like an angel
Your skin makes me cry
You float like a feather
In a beautiful world
I wish I was special
You're so fuckin' special*

*But I'm a creep, I'm a weirdo
What the hell am I doing here?
I don't belong here.*

BARCELONA. PARQUE DEL PUTXET

19 DE DICIEMBRE, 7:00 H

Llevo mis deportivas Mizuno, esas que se supone que corren solas, y unos pantalones de felpa estrechos que deberían ser muy cómodos para correr, pero que me están haciendo sudar demasiado las piernas, la próxima vez me pondré unos *leggings*. Llevo una sudadera gris de Yale que compré por Internet y que no debería haberme puesto si lo que busco es pasar página y olvidarme de él, pero así soy yo, pura contradicción.

Llevo una gorra también de Yale que vino de regalo, la necesito para intentar pasar desapercibida en mi trayecto de Sarrià al parque del Putxet, que es de unos veinticinco minutos al trote.

Se le podría llamar correr o andar rápido, pero yo tengo la sensación de trotar. Cuando uno va así por la ciudad en el estado de ánimo en que estoy yo, lo último que quiere es encontrarse a alguien, así que cuando me saludan finjo no ser yo misma, finjo no verlos o no oírlos si gritan mi nombre. Somos yo, la carretera y la distancia hasta «El Putxet»; no hay nada más.

Una vez llego al parque la cosa cambia: mi cuerpo se relaja, la mente también, y puedo empezar a apreciar la belleza del lugar, la soledad; siempre puedes estar sentado en un banco a solas en uno de sus miradores. Es un parque de gente sensible, si alguien te ve meditando en una de las múltiples terrazas que forman la colina en la que se asienta, enseguida comprenden que estás a lo tuyo y buscan otro sitio para no molestar, incluso los perros se dan cuenta y se acercan con cautela. Me siento y dejo vagar la mente intentando no dirigirla hacia ninguna dirección en concreto, respiro y lleno los pulmones del aire fresco en ese pequeño oasis urbano, cierro los ojos, siento el sol entre los árboles mientras dejo que la brisa me seque el sudor.

En solo dos días he visto una ardilla y un pájaro carpintero. Debería traer más a Maya a este parque en vez de ir a Artistik, aunque si estoy aquí esta mañana es porque, aparte de mi juramento, el de superar lo de Alex a base de endorfinas, cada vez necesito estar más tiempo a solas. Se diría que busco mi espacio para pensar, pero en realidad lo que busco es dejar la mente en blanco, intento hacer un *flat* durante el mayor rato posible para compensar las vueltas que da mi cabeza a asuntos que no tienen solución.

Es pura supervivencia; ahora, que también podría ser depresión —nunca he tenido una, así que ¿quién sabe?—. Triste sí que estoy, eso es un hecho. Dicen que cuando puedes detectar y entender tu problema es que estás a un paso de solucionarlo. Lo que no dicen es que no hay manuales para el tipo de triangulo en el que yo me encuentro, me encontraba, porque Lindbergh se ha marchado, y eso debería finiquitar el asunto. Ojalá fuera así de fácil. Daría el brazo derecho, o más bien un dedo meñique, el del pie, por que estuviese zanjado.

Creo que será mejor levantarse del banco, subir los cien escalones hasta la parte superior y dejarse de automutilaciones.

Me levanto, hago unos estiramientos de lo más estéticos y empiezo a subir. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez. Diez tramos de diez escalones. Sudo, pero los subo

corriendo a paso ligero. Octavo tramo: las piernas me duelen, pero sigo porque ya estoy llegando. Tramo nueve: tengo un poco de flato, pero sigo porque cinco, cuatro, tres, dos, uno, ya he llegado. Mi premio, la fuente y la mente en blanco. Me acerco, acciono el grifo y trago y trago agua como si hubiera o hubiese cruzado un desierto. Me bebería una Coca-Cola, pero eso es solo porque soy adicta: los adictos pensamos así, y nunca bebemos Coca-Cola por sed.

Se hace tarde, tengo que volver si quiero desayunar y ducharme. Mientras corro, pienso, pero no sigo el hilo, no me engancho a mis pensamientos, sino que paso de uno a otro como en la temporada, ya hace muchos años, en que fui insomne y desarrollé la habilidad de nunca pensar demasiado rato en una cosa en concreto.

De la misma época viene «mi Radiohead»: un pensamiento me traía una canción y me pasaba media noche cantando en mi cabeza. También así pasaba más rápido. Eso hasta que me recetaron Orfidal, y ahí acabó todo. O, mejor dicho, empezó una larga maratón de años de intentar dejar las pastillas para dormir. Por suerte Bruno tomó cartas en el asunto y me ayudó mucho.

Cuando llego al portal de casa estoy exhausta pero exultante. Benditas endorfinas, ¡solo Dios sabe la falta que me hacen últimamente! Nada mejor para enfrentarse a un nuevo día.

Bruno desayuna tranquilamente en la cocina, los niños se están vistiendo para ir al colegio. Mateo, el hijo de Natalia, se ha quedado a dormir.

—Así sudadita estás muy sexy. ¿En qué piensas?

—En que mañana por la tarde tenemos dentista... Yo tengo que estar a las cinco y vosotros a las seis, pero, francamente, Bruno, voy acabar con esto, porque estoy a medias del último implante. Ya tengo el tornillo y todo, no me quejo; el médico este Brown es fantástico, y en el fondo estoy contenta de haberlo hecho, pero vosotros no hace falta que vayáis, quiero decir, ¿para qué? Si ya os habéis hecho una revisión el año pasado o hace dos...

—Se lo he prometido a Alex; ha insistido mucho en que aprovechemos la visita de Brown, a mí no me cuesta nada, seguro que tengo alguna caries.

—¿Hablas con Lindbergh?

¡Genial! Esto sí que no me lo esperaba.

—No, Johanna, no exactamente; nos hemos enviado algún mensaje de este tipo como lo del dentista y sobre las negociaciones del hotel. Quería estar seguro de que al vender no se equivoca.

—¿Quién quería estar seguro, él o tú?

—Yo.

—Bruno, no creo que Lindbergh necesite tu ayuda en los negocios, se le da bastante bien.

—Eso es obvio, pero, en este caso, me pareció que estaba mezclando los negocios con algo más, y a veces ese tipo de cóctel..., ya sabes.

—¿Por qué os escribís a mis espaldas?

—No es eso, cariño, y tú lo sabes. Simplemente hay cabos sueltos que...

Los niños vuelven a la cocina con las chaquetas puestas y las mochilas al hombro, listos para salir, e interrumpen a Bruno, que da por finalizada la conversación con un gesto de exasperación. Tengo la sensación de que le ha venido más que bien no tener que seguir hablando del tema. Me despido de los tres mientras ataco con desgana el *muffin* de frambuesa, que está delicioso, y luego me encamino hacia la ducha.

Una larga ducha bajo la alcachofa gigante que Bruno se empeñó en instalar. Esa es otra de sus obsesiones, aparte de la iluminación, la cocina o los mecanismos con poleas. En la terraza también tenemos otra alcachofa gigante; a veces, cuando estoy sensible, me sienta de maravilla toda esa agua directamente sobre mi cabeza.

Intento sobrellevar el hecho de que esos dos estén en contacto a mis espaldas. Ingenua de mí: pensaba que era solo a través de Frey. Me siento traicionada y hasta celosa.

Aprieto los ojos y alargo el proceso todo lo que puedo dentro de una lógica, y un poquito más allá también, porque, a lo tonto, debo de llevar unos veinticinco minutos bajo la ducha, hasta que me parece oír el teléfono. Solo puede ser el fijo, pero quizás sea el de un vecino. Cierro el grifo y cojo mi albornoz de nido de abeja —no me gustan los de toalla— y saco la cabeza por la puerta del baño, pero no oigo nada.

De nuevo suena el teléfono. Es el nuestro; me acerco y descuelgo.

—Sí, ¿Johanna?

Es mi suegro. Me extraña que esté despierto a estas horas.

—Hola, Leo, buenos días.

—¿Está Bruno?

—No, ha ido a llevar a Maya al cole, pero lo encontrarás en el móvil. ¿Va todo bien?

—No. Es la caldera, la del Roc, no se enciende; no hay calefacción ni agua caliente...

—Otra vez. Leo, creo que está pidiendo a gritos que la cambies...

—Sí, pero me temo que este año ya no hay tiempo. Por eso quería hablar con Bruno, que tiene a aquel chico ruso que es un manitas. ¿Cómo se llamaba?

—Boris.

—Ese. A ver si puede hacer un apaño temporal para que podamos pasar al menos tres días, hasta San Esteban, o al menos hasta la comida de Navidad.

—Entiendo: si no hay gas, no se puede cocinar. Llámale en veinte minutos a la escuela, debe de estar a punto de llegar. Pero, Leo, mucho cuidado: no le destripes la sorpresa del coche, ¡no se espera nada!

—No te preocupes, ¡soy una tumba! Lo he visto en el garaje de Gerard. ¡Es una verdadera maravilla! Tienes que contarme ese asunto de Suiza: tu suegra y yo no hemos entendido nada.

—Lo haré. ¿Cuándo llegan los de Tarifa? Se pueden quedar con nosotros; nos podemos dividir entre Artistik y nuestra casa, y seguro que nos apañamos.

—No, Johanna —dice riendo—, Matilde no lo permitiría, pero gracias. Tú ya la conoces. Ya he hablado con el antiguo hotel Rigat, al que ahora llaman Camprodón, y, bueno, nos alojarán a todos en caso de que sea necesario, aunque, francamente, espero poder buscar una solución: me va a costar una fortuna.

—Vamos a ver si hay suerte.

—Sí. *Adeu, adeu.*

Y ya ha colgado; los mayores no saben despedirse por teléfono, siempre te dejan con el adiós en la boca, como mi abuela. En fin. En mi fuero interno casi me alegro: tengo el oscuro deseo de pasar unas Navidades solos los tres sin nadie más, quizás de viaje, aunque jamás se me ocurriría expresar este anhelo en voz alta, porque no sé hasta qué punto Bruno lo entendería; le gustan las tradiciones.

Durante un breve periodo de tiempo conseguí pasar San Esteban solos él y yo; eso fue al principio de vivir juntos. Como son tres días de celebraciones y mi padre seguía acudiendo a cenar en Nochebuena a casa de mi madre con Gina y conmigo, convencí a Bruno de que nos quedásemos en casa y nos alimentásemos de *tupperwares* con las sobras y el buen vino de la comida de Navidad, celebrándolo en pijama.

Después Bruno fue involucrándose cada vez más en la cocina y perfeccionando sus canelones de *escudella i carn d'olla*, y ese fue el fin de mi San Esteban en pijama.

Me siento en albornoz en la cocina con mi iPad y me preparo un café; mi cabecita loca y yo sabemos que, aunque divague e intente pensar en otras cosas, es solo cuestión de tiempo que escriba a Alex. Conocerse a uno mismo ahorra energía, y sé que acabaré haciéndolo. Pues cuanto antes, y a otra cosa.

Abro el programa de *e-mail* y le escribo solo una frase:

*«Hablas con Bruno, pero no conmigo. ¿Por qué?
Johanna».*

Pulso «Enviar», me quedo absorta mirando la pantalla. No sé exactamente cuál debe ser la diferencia horaria con Estados Unidos, ni me importa, porque tampoco espero contestación. Ha sido un acto reflejo, y ya me estoy arrepintiendo de haber escrito.

Pling, entra un *e-mail*; es de él. Lo abro.

*«Because I can't. (Porque no puedo).
Alexander».*

No había previsto una respuesta, pero, si lo hubiera intentado, esta es la última que habría imaginado. ¿Qué coño significa que no puede? No puede hablar conmigo. No puede. ¿Es que no sabe utilizar excusas como todo el mundo? ¡Mierda!

Ya entiendo: quiere que le dé vueltas y que le encuentre un sentido, quizás uno romántico. A la mierda. Para eso se necesita energía, y yo tengo las pilas al mínimo: lo único que me apetece es dormir.

Pensándolo bien, estoy muerta de sueño. Me dirijo a mi habitación, bloqueo el precioso día cerrando las persianas y, dejando el albornoz en el suelo, me meto en la cama desnuda. Solo será un ratito. Me quedo frita durmiendo a gusto como si no tuviera que levantarme nunca. Oigo el teléfono a lo lejos, puedo estar soñando; puede no ser real, por lo que sigo durmiendo.

Me despierta algo de luz que se cuela por la puerta de mi habitación; alguien la ha abierto. Abro un ojo y me encuentro con Bruno a mi lado en la cama; está estirado apoyado cómodamente sobre dos almohadas, vestido y con mi iPad encima de sus piernas consultando algo.

—¿Qué hora es?

Al incorporarme me doy cuenta de que estoy desnuda, y recuerdo la secuencia de la mañana. He ido a correr, luego he desayunado, luego ducha, Lindbergh y cama.

—Es la hora de comer, más o menos. No cogías el teléfono, así que me he preocupado y he venido a ver. Mi padre me ha dicho que estabas aquí.

—Cierto. Tu padre ha llamado; la caldera.

—Hemos quedado para subir juntos esta tarde con Boris.

—Iré a recoger a Maya directamente desde aquí. Me apetece pasear.

Bruno está tranquilo. Bruno es tranquilo; parece concentrado en algo, quizás en su Facebook, aprovecho para observarle en silencio. Sus cuatro rizos deshechos, su cárdigan verde oscuro demasiado largo para ser masculino pero que a él no le queda femenino, sus tejanos negros estrechos cogidos con tirantes por encima de una camiseta gris con puños a medio camino de ser sudadera, pero más fina, los calcetines de topos de Paul Smith —me parece que son de Lindbergh—; no lleva zapatos. Me escurro metiendo la cabeza por debajo de su brazo y le interrumpo.

—¿Qué haces descalza?

—Lo que estoy es desnuda, bobo.

—Y descalza.

—También.

Su sonrisa juguetona anticipa que quiere guerra, pero es su voz y son sus ojos repasando mi cuerpo desnudo lo que me eriza la piel, y su erección no da lugar a equívocos. Deja el iPad en la mesilla de noche y se queda sentado en la cama con los pies en el suelo mirando la puerta. Yo no me muevo esperando que se incorpore y venga hacia mí, pero parece que se lo está pensando; quizás tiene prisa y debamos dejarlo para otro momento.

De repente me coge el tobillo y tira de mí arrastrándome hacia él por la cama al más puro estilo cavernícola.

—Ven aquí, niña triste —dice con la voz ronca y entrecortada.

—Heeey... —Solo alcanzo a replicar eso mientras me agarra y me sienta sobre sus rodillas a horcajadas, pero de espaldas a él, y abre mis muslos como un palmo dejando mi sexo abierto, expuesto. No es del todo mala idea, porque ya he empezado a licuarme toda yo por dentro: así no le mancho el pantalón.

Siento un mordisquillo en el hombro y su lengua por mi clavícula. Ahhh, siento su mano derecha sobre mi sexo. Ohhh, directo al clítoris. Estoy demasiado sensible: no aguantaré ni un segundo.

—Bruno déjame girarme, no te veo —digo jadeando.

No dice nada, pero me ayuda a incorporarme. Me quedo un momento frente a él mirándole de pie en la penumbra y me sonrío con su habitual naturalidad y aplomo. ¿Cómo coño consigue ser tan sexy? Me pregunto si no será un ser algo más evolucionado que los humanos comunes y corrientes, como yo, por ejemplo, porque ahí radica su atractivo, en su capacidad para estar cómodo en este mundo en cualquier situación, sin dudas, sin dramas, con esa serenidad innata.

Me arrodillo en el suelo entre sus piernas y me quedo mirando su bragueta con una media sonrisa.

—No tengo todo el día —dice, disimulando muy mal la urgencia en su voz. Prácticamente está temblando, anticipando lo que estoy a punto de hacer. Como él haría si fuese al revés, recorro lentamente con mi nariz el entorno de su bragueta, doy golpecitos a sus testículos y aspiro con fuerza el olor demorándome a propósito para excitarle aún más. Cuando le miro a los ojos veo que está completamente deshecho. Abro su bragueta poco a poco mientras él se quita la chaqueta de lana y se baja los tirantes desde los hombros.

Le ayudo a quitarse los pantalones y los calzoncillos hasta que liberamos a Willie, y yo me quedo mirando su pene absorta como si fuera la primera vez, no sé por qué, eso me suele pasar a menudo, pero Bruno ya no tiene paciencia, me levanta por las axilas sin mediar palabra y me ensarta sentándome sobre él.

«OOOOHHH». Un inmediato efecto saciante al tenerle dentro nos embarga a los dos por igual, nos mantenemos muy quietos alargando esa sensación por unos segundos, hasta que ya no es suficiente y necesitamos sentir la fricción.

—Dios, te necesitaba así, bien dentro —me dice, llenando de satisfacción cada átomo de mi cuerpo, y mientras me besa con más urgencia de la habitual, repaso mentalmente cuándo debió de ser la última vez que hicimos el amor, no recuerdo exactamente si fue anteayer o incluso han pasado más días.

Fue un encuentro de esos plácidos en que noté su pene contra mi trasero a medianoche, simplemente me dejé hacer y ni siquiera me giré; sexo de matrimonio, sexo medio dormido en penumbra, uno de los grandes placeres de una larga relación; sin caricias, ni besos, solo dos cuerpos acoplados en mitad de la noche.

Los besos de Bruno me dejan sin aliento; hay algo brutal o más bien primario en él, en su forma

de agarrarte, a veces incluso del pelo o con fuerza de la mandíbula. Cuando su dulce mirada ámbar se convierte en feroz y me besa, pierdo el norte sin remedio.

—¿Estás conmigo?

—Sí, sí estaba pensando lo bien que besas.

Pero a decir verdad estoy despistada, como divagando, Bruno se ha dado cuenta y capta toda mi atención retorciéndome un pezón mientras me aprieta con la otra mano por la cadera hacia abajo, con un movimiento de pelvis me ensarta un poco más. Aaaauch, puedo notar el reflejo del dolor convertido en placer dentro, muy dentro de mi entrepierna.

Seguramente para que no me vuelva a despistar Bruno moja mi ano con mis propios fluidos mientras yo le monto, siguiendo una cadencia de movimientos suaves; me introduce el dedo por detrás muy adentro y automáticamente lanza un alarido de placer al sentir su propio anular rozar su pene a través de mí.

La sensación combinada acelera mi pulso, mi respiración, de tal manera que jadeo y babeo sobre su hombro como si fuera a desplomarme. Pero es Bruno el que está completamente extasiado y el que acelera mis movimientos marcando el trote con su mano en mi cadera. En cada penetración siento cómo acaricia su propio miembro a través de mí, en cada penetración emite pequeños alaridos de placer y repite en mi oído:

—No puedo, Johanna, no puedo.

Es su voz tan excitada lo que siempre me transporta a un nivel superior, el placer se extiende en olas que suben a mi cerebro. Olas, mareas, como un zumbido eléctrico que recorre mis muslos y mi interior cortándome el aliento.

—¡Ahhhhg! —grita Bruno, siempre me coge por sorpresa y me dejo ir.

Ahhhh, me corro clavándole las uñas, dándome perfecta cuenta de cuánto necesitaba un buen orgasmo. Siento toda la tensión acumulada en las ingles y las caderas fluir, desaparecer. Me abrazo a mi hombre completamente satisfecha, ambos sudados.

—¡Oh! Joder, qué bueno.

Mientras me dejo caer sobre la cama todavía siento el eco de las olas de placer recorrer mis muslos desde mis adentros, suaves ondas, una y otra vez. Entonces se activa mi Radiohead.

*«There is so much magnificence near the ocean
Waves are coming in waves are coming in
There is so much magnificence near the ocean
Waves are coming in waves are coming in».*

Una canción tipo mantra de yoga que dice todo el rato lo mismo durante aproximadamente ocho minutos pero que es altamente adictiva y relajante.

—Pásame el iPad, voy a ponerme una canción.

—Yo voy a preparar algo. No quiero irme sin comer, o no tendré paciencia con mi padre.

—Ahora vengo; me refrescaré un poco.

Mientras Bruno sale desnudo de la habitación pongo la canción en Spotify y me quedo en la cama con las piernas abiertas y los brazos también, en posición de Savasana, recordándome a mí misma que la felicidad son tan solo pequeños momentos que hay que saber pararse a saborear porque pasan muy rápido.

Tengo que ir con cuidado de no dormirme de nuevo, porque me invade el sueño. Cuando Bruno reaparece se ha puesto calzoncillos.

—¿No tienes hambre?

—No mucho.

—Venga, venga, ¡levanta! Piensa que justo cuando estamos más flojillos es cuando más tenemos que comer.

—¿Me notas flojilla?

Me tira el albornoz por encima y se ríe emitiendo una carcajada. Tiene razón, ¡vaya pregunta!

Un rato después me pongo un chándal y al salir al salón me encuentro dos sándwiches de salmón con aguacate y lechuga sobre pan *bio* crujiente y dos zumos de naranja recién exprimidos en la mesita baja frente al sofá. Bruno tiene las noticias de TV3, la televisión de Cataluña, puestas. Aparece desde la cocina con servilletas y más magdalenas.

—Tienes mejor cara... Parece que me necesitabas mucho, ¿no?

—¿Zumos de naranja para comer?

—No olvides vitaminarte y mineralizarte.

—Como Súper Ratón.

—Exacto.

—¿Qué haremos si no hay caldera en el Roc? ¿De verdad piensas que podemos estar todos en el hotel Rigat en invierno, es que queréis que salgamos en las noticias?

—Quizás podríamos irnos los tres a Hawái.

—No tiene gracia, Bruno.

—No es una broma, Johanna: he visto el *e-mail*, y ese tío está tan loco por ti como lo estoy yo. Hace rato que le doy vueltas: tiramos de esas tarjetas de crédito del cajón y nos plantamos allí en fin de año.

—Pero si no quiere ni hablar conmigo.

—No puede, que es diferente, pero pienso que no me gusta cómo han quedado las cosas; ya sabes: amor inconcluso.

—Sí, lo sé porque tengo la experiencia de la universidad; se tiende a idealizar todo lo referente a la otra persona, y si hay distancia por medio, aún peor.

—Con eso, Jou, no se puede competir. La convivencia es mucho más..., como te diría..., mezquina. En dos meses Alex es un semidiós y yo, un paleta de provincias que se tira pedos.

Me hace reír.

—Bruno, estoy segura de que Lindbergh también se tira pedos, y, no sé, ahora que tenemos la oportunidad de pasar página, me gustaría intentarlo.

—No tenemos por qué, es todo lo que digo. Y tú no es que lo lleves muy bien...

—Lo que estoy es aterrorizada con este asunto. Tengo la sensación de que algún castigo divino se cierne sobre mí, o algo así, que nos ha de pasar factura a la fuerza.

Bruno ataca su sándwich. Nada le quita ni el apetito ni el buen humor.

—Eso son solo siglos y siglos de moral y catolicismo que vienen a joder cuando menos te lo esperas. Lo que hemos hecho ha sido siempre consensuado, deseado por los dos; otra cosa es cómo compaginarlo con la vida diaria, pero ya se nos ocurrirá algo.

—Hablas como si ya no creyeras en nosotros como pareja.

—¿Qué te hace pensar eso? Johanna, tú eres mía; estoy contigo y punto, aunque llueva o haga sol.

—¿Soy tuya? —Arqueo las cejas, remarcando mi estupor.

—Sí, come. ¡No pensarás salir otra vez en chándal!

—¡Quéee! Pensaba ir al Putxet con Maya.

—¡Te advierto de que el chándal es una de las prendas más diabólicas que existen! Dicen que,

en el setenta por ciento de los casos, cuando lo llevas mucho tiempo durante varios días, ya no te lo puedes quitar nunca más. Se da mucho..., solo tienes que fijarte.

—Tú llevas chándal.

Ahora lo tengo encima a punto de besarme, se está excitando otra vez.

—Solo cuando hago deporte; luego me lo quito enseguida y me cambio. Ahora en serio: no voy a permitir que vayas por ahí en chándal todo el día, Johanna: un poco de ética y un poco de estética. ¿Qué hora es ya? —Bruno mira hacia el televisor y lo apaga—. Tengo que irme. Voy a ducharme, huelo a salmón y a sexo.

—No creo que tu padre lo note.

—Ya, pero yo sí...

—¿Te hago un café?

—No, porque seguro que tomaremos él y yo uno más tarde, y prefiero no tomar tanto café. Estoy pensando en escribir un libro de cocina precisamente sobre eso.

—¿Sobre el café?

—No, hombre, sobre comer con consciencia plena, saber siempre lo que nos metemos en el cuerpo. Porque, aunque tú pareces ignorarlo, la comida, mi niña triste, es nuestra principal fuente de energía y es mucho más importante de lo que puede parecer.

—Lo que tú digas, tú eres el jefe.

—Veo que me entiendes, vas aprendiendo. ¿Nos vemos esta noche?

—Si no hay más remedio...

—Por cierto, me han propuesto que haga un artículo semanal en *El país*, acabo de recibirlo. Es para la web, algo así como «El comidista». Una pequeña sección de «*Cooking is sexy*».

—Brunooo, ¡eso es fantástico!

Me levanto para abrazarle.

—Sí, bueno, soy una *very important person*...

—Y yo soy tu fan *number one*.

—Una de muchas, je, je.

Se le ve exultante; desaparece por la habitación y yo me quedo con mi medio sándwich intentando digerirlo, aunque me es más complicado digerir la conversación anterior. Salir corriendo hacia Hawái y reunirnos con Lindbergh, es muy tentador.

Me siento como si se me hubiera tragado un agujero negro y estuviera en un universo paralelo donde mi marido, a todas luces algo territorial y celoso, se hubiera convertido en la quintaesencia de la modernidad proponiéndome algo tan delirante como la bigamia con total naturalidad. Debe de tener sus dudas, por supuesto; tiene una hija y es una persona responsable, pero me tiene absolutamente perpleja.

Ya vestido, pasa por delante de mí como una exhalación, me estampa un beso de tornillo, me guiña un ojo y desaparece sin decir adiós. Para eso está un buen beso de tornillo, no hace falta mucho más.

A todo esto, ya son las cuatro de la tarde, Maya sale a menos cuarto; necesito vestir algo cómodo pero que no sea necesariamente un chándal.

Estiro el edredón de mi cama para que no quede revuelta, recojo el iPad, el bolso y el bocata que ha dejado preparado Bruno para Maya. Si no fuera por él, no sé muy bien de qué se alimentaría mi pobre hija; muchas veces pienso que sin Bruno a mi lado se haría demasiado evidente que no soy una madre al uso, o que no soy muy buena madre en general.

Con estos pensamientos tan positivos salgo de casa en dirección al cole, y nada más girar por

Mayor de Sarrià me encuentro a Lola, nuestra secretaria.

—Lola, ¿qué haces en la calle, quién está en la recepción?

—Ay, Johanna, no te enfades. He dejado a la abuela de los niños Valsells al teléfono porque tenía que ir a la farmacia urgente y todos los profesores están ocupados en las clases.

—Pero, mujer, no puedes dejar la escuela sola justo el día que no estamos ni Bruno ni yo. ¿Y qué es eso tan urgente, qué te pasa?

—Necesitaba compresas.

—¿Compresas, Lola? —digo con incredulidad, porque la podría prejubilar hoy mismo...

—De señora mayor, Johanna. Ya te enterarás algún día —me suelta toda ruborizada y bastante enfadada.

—Bueno, disculpa. De hecho, no deberías estar sola; últimamente no hemos estado donde tenemos que estar.

—Y que lo digas. Por cierto, ha venido el americano. Te he llamado, pero no estabas en casa.

—¿Alex?

Mi corazón da un vuelco y se me acelera el pulso.

—No, mujer, el pelirrojo.

—Ahhh, Frey

—Sí, se ha ido con la señora Natalia. ¿No está casada esa?

—Pues sí, ¿por qué?

—Demasiada lujuria por todas partes.

—Pero ¿de qué estás hablando, Lola?

—De la lujuria. Es un pecado, uno de los peores.

—Lola, te lo juro, no entiendo qué dices.

—Ese Frey y el otro, el señor *Linde*, tan educado, tan elegante... Pero lo veo en sus ojos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué ves?

—Ya te lo he dicho: lujuria. Y no entiendo cómo Bruno, tan puro, tan buena persona, puede rodearse de esa gente lujuriosa. Tenemos cerca al demonio, Johanna, siempre está ahí, lo dice nuestro pastor.

—¿Tu pastor evangelista?

—Pentecostista.

—Lola, no sé por qué dices algo así del señor Lindbergh; es una persona de lo más correcta.

—Correcta sí, pero yo os he visto juntos.

¡Ay, madre!

—¿Juntos? ¿Qué quieres decir?

—He visto cómo te mira, y al revés un poquito también, Johanna, que eres como mi hija, pero, no sé, tanta lujuria no es buena. Os tenéis que casar tú y Bruno y no vivir en pecado.

—¿Entonces el señor Frey ha venido preguntado por mí y se ha ido con Natalia? —digo quitando hierro a sus apreciaciones, simplemente ignorándolas.

—Eso es.

—Verás, el señor Frey es un abogado muy bueno y Natalia le ha hecho una consulta. Venga, espabila a comprar lo que necesites y vuelve a tu sitio. La abuela Valsells no es precisamente Einstein.

Y tú tampoco, francamente.

—Ay, pobrecita, es tan buena..., y cree en el señor casi más que yo.

—Ya veo. Anda, date prisa. Te veo mañana.

Sigo calle arriba aún en estado de *shock* por las elucubraciones de Lola, pero enseguida decido no darle la más mínima importancia. Bruno se reiría a gusto al escuchar semejantes sandeces.

Ahora, una cosa está clara: tengo que volver a ser yo misma y ocuparme mejor de Artistik, de lo contrario el gallinero se revoluciona. No hace tanto que los profesores pidieron un aumento de sueldo con la que está cayendo, y lo que no saben es que si nos llega para las pagas extra será de pura casualidad.

Por suerte Bruno tiene últimamente una facilidad pasmosa para tener ingresos extra: «columna semanal en *El País*» suena a unos cuantos ceros. Me paro en seco sacudiendo la cabeza con incredulidad y prácticamente riendo sola en la calle. ¿Pero qué me pasa? Si soy medio rica; ¿cómo se me puede olvidar a cada momento?

Lo mío es un estado de negación de lo más extraño. Quizás debería visitar un terapeuta, alguien a quien le pueda explicar que mi marido me propone una relación poliamorosa, que mi otro amante, un millonario superatractivo, seguramente acepte el acuerdo porque ha sido idea suya y que me está costando mucho asimilar que tengo más pasta de la que me merezco porque suelo olvidarme de que la tengo con frecuencia.

Seguro que me meten en una celda blanca bien acolchadita y tiran la llave. Pero, a decir verdad, estaría bien poder verbalizar todas estas cosas y que alguien que no sea Bruno me escuchara; la pregunta es «¿Quién?». Y la respuesta es «Nadie».

BARCELONA. SALA ARTISTIK

20 DE DICIEMBRE, 13:00 H

*H*a habido revuelo esta mañana en la escuela; ha llegado una caja con más cuadros de Jurgén, cuando la he abierto Lola estaba cerca. Han salido los encargos de esvásticas, botas militares, tipos oscuros con casacas y pitbulls.

A Lola casi le da un infarto; se ha puesto a gritar que el demonio está en todas partes y a ponerse histérica, me he tenido que enfadar. No tengo tanta paciencia últimamente, alguien tenía que decirle que si sigue así va acabar lunática perdida, que el demonio no existe y que ya estoy harta de chorradas. Ha sido peor, se ha puesto a llorar, he tenido que prepararle una tila bajo la mirada reprobadora de Bruno, que no sabe nada del discurso de la lujuria y la quiere como si fuera su abuela.

Por suerte para mí, se ha quedado un rato a solas con ella en la cocina y luego ha salido completamente escandalizado de las declaraciones apocalípticas de Lola. No se lo esperaba. Realmente esta señora parece haber cruzado la línea.

Los cuadros de Jurgén son espeluznantes, sobre todo porque son en blanco y negro, están todos ellos compuestos de pequeñas esvásticas como si fuera puntillismo; esas pequeñas hormigas entre sombreados van componiendo la figura que se ve solo a la distancia. Desde donde yo estoy sentada no se ven, solo si te acercas.

Me levanto para mirarme uno a uno los cuadros dispuestos en el suelo contra la pared. Me fijo en un pitbull con la boca abierta y gesto amenazador, lo que me llama la atención es algo de pigmento rojo en la esquina superior del lienzo que además se aprecia en el lateral, rojo y negro, llegan incluso a los clavos que tensan la tela. Parece como si el pitbull con fondo blanco se hubiera pintado encima. Rasco un poco la pintura de una esquina y, efectivamente, salta dejando entrever un fondo negro y rojo; hay algo debajo pintado quizás a carbón.

Llamo a Mercè por teléfono. Es restauradora de arte y además es profesora en la escuela.

—¿Mercè?

—¿Quién iba a ser...?

—¿Tienes infrarrojos?

—¿Para qué?

—Tengo un cuadro, pero diría que hay otro debajo.

—Eso es muy normal, ¿no te gusta el de encima?

—No es eso, boba, es que estoy intrigada ¿La lámpara es transportable o mejor llevo el cuadro a tu casa?

—No hace falta, te la llevo.

—¿A qué hora tienes clase?

—A las cinco y media.

—¿Podrías venir antes? Tengo dentista.

—A las cuatro me va bien.

—Perfecto, gracias.

Cuelgo el teléfono y sigo con mi investigación de los cuadros uno por uno; solo dos parecen tener algo más debajo, al rascar la pintura... el pitbull y un hombre que viste casaca militar y botas junto a un ciprés: la figura está de espaldas, ligeramente inclinada sobre el árbol; podría estar llorando, rezando u orinando. Es un cuadro inacabado bastante oscuro también realizado en pequeñas esvásticas y sombras.

Cuando estuve en Zúrich, Jurgen restó importancia a esta serie, dijo que era un encargo; está claro que no tienen nada que ver con el resto de su obra. De hecho, se podría pensar que son de otro pintor.

No puedo esperar a saber qué hay debajo. Tengo la sensación de que es algo importante, por lo que he decidido actuar con discreción. Me llevo los dos cuadros a la cocina de Bruno; la luz de laboratorio no está encendida, lo que indica que puedo entrar. Me lo encuentro al ordenador, envuelto en un fular como si estuviera muy constipado. Lleva americana de pana azul oscuro sobre un jersey de pico; cuando se levanta es cuando el atuendo adquiere el punto estrambótico tan característico de Bruno: lleva chándal gris (de diseño, sí, pero al fin y a al cabo chándal...) con deportivas.

—Hola, ¿puedo dejar esto aquí en el despacho hasta que venga Mercè?

—Sí, claro, ¿pero para qué?

—Hay otra pintura debajo.

—¿Tú crees?

—Sí, mira, ¿ves estos pigmentos? Y mira el lateral.

Bruno observa el lienzo, yo vuelvo a pelar la superficie del cuadro con las uñas para demostrarle que el color se extiende por debajo.

—Pues tienes razón, pero quizás solo se equivocó o reutilizó la tela.

—Probablemente, pero fíjate en este otro, también esconde negro y rojo. Me gustaría saber qué hay debajo. He pedido a Mercè que traiga su lámpara a ver qué vemos.

—Solo verás siluetas.

—Ya, ya. Depende de la sensación que tenga decidiré si hago aflorar el cuadro de abajo.

—Estropearás este.

—Sí, pero míralos bien. Son una mierda. Quiero decir, que nada tienen que ver con el resto de su obra.

—Estoy de acuerdo. ¿Eran un encargo?

—Eso dijo. Pero ¿quién encargaría algo así?

—Nadie los ha reclamado, así que son tuyos, ¿no?

—Sí, lo son, todos..., los buenos y los siniestros. Pero no le digas nada a Frey, si es que lo ves, porque vino ayer, pero no sé nada de nada.

—¿Y de Natalia?

—Tampoco.

—No es asunto nuestro.

—No, no lo es.

Se me acerca y me abraza.

—¿Has dormido bien?

—Sí, ¿por qué?

—Porque soñabas.

—¿Hablaba?

—Sí.

—No piensas decirme nada.

—No.

—Me da igual; no soy responsable de lo que digo inconscientemente.

—Yo no te hago responsable.

—¿Tengo que preocuparme de algo?

—No, no.

—¿Dije que te quería?

—Pues ahora que lo preguntas, sí.

Su sonrisa socarrona le delata; probablemente miente, o quizás no.

—Bueno, si no lo dije en sueños, te lo digo despierta, que tiene más valor.

—Pues no creas... Tomo buena nota de lo que dices de forma inconsciente.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Es uno de mis pasatiempos. Me encanta cuando te preocupas, te salen arrugas en la frente.

—No tengo arrugas.

—Yo no digo que tengas, digo que te salen porque frunces el ceño. Así. —Me pone cara de simio—. ¿Qué tal tu nuevo juguete? No me has dicho nada.

—¿Te refieres a Dylan? —Coqueteo levantando una ceja...

—Dylan. Bueno, ¿y qué? ¿Es todo lo que promete?

—Yo creo que sí, pero he de practicar mucho más, dos veces al día como mínimo, más que nada para sacarle todas las prestaciones.

—¿Dos veces al día?

—Hay que amortizarlo, ¿no?

—Sí, sí. ¿Y podré jugar yo también?

—Si te portas bien, te dejo mirar.

—¿Lo podré grabar? —dice con una sonrisa de lobo.

—¡No te pases! Por cierto, ¿qué llevas puesto? Parece que ibas a una reunión importante y en el último momento has cambiado de opinión y te has dejado el chándal.

—Pues es un poco eso que dices, tengo un día centauro: una mitad es un ejecutivo con mucho trabajo y la otra mitad tiene ganas de salir corriendo.

—Tendremos unas largas vacaciones.

—Aún podemos escaparnos.

—No, Bruno, no podemos, además a tu madre le daría un infarto.

—Un infarto no creo, porque está fuerte como un roble, pero uno de esos sirocos melancólicos seguro que sí.

—Me estas pintando un panorama desolador.

—No, tonta, nosotros haremos lo que nos apetezca, no estaremos todo el día en casa.

—Ay, no sé. Si pienso en Miranda y tu madre se me hace todo cuesta arriba. Ahora, que a Maya le pasa lo mismo cuando se acuerda de que vienen Pixie y Dixie.

—¿Qué te parece si preparamos unas excursiones y desaparecemos un par de días solo nosotros tres...?

—Me parece que por una vez podría ser verdad, pero te conozco bien, dirás que improvisemos, luego te encontrarás totalmente atrapado por la familia y no haremos nada de nada.

—Estás de lo más optimista, ¿eh?

—Lo siento. Mira, quizás el año que viene, si lo preparamos con calma podríamos hacer un

viaje, quiero decir cuando Maya ya no crea en la Navidad y esas cosas.

—Te tomo la palabra. Y algo más —dice cogiéndome del brazo llevándome hasta su silla. Me hace sentarme en su regazo y simplemente apoya su cabeza sobre mi espalda. Siento su respiración profunda sobre mi caja torácica, acomodo el ritmo de la mía a la suya. Permanecemos en silencio un buen rato. Me levanto y me giro, me siento sobre su regazo, pero esta vez de frente a él; apoya su cabeza sobre mi pecho, ahora puedo acariciarle el pelo, la cabeza y darle besitos en la coronilla.

Sé positivamente que este pequeño episodio de cariño acabará en sexo sobre la mesa de trabajo, es prácticamente inevitable.

—Basta de mimos: tengo cosas que hacer y me quedo como flojo.

—Vale, vale.

A veces también me equivoco. Me levanto y le dejo con sus cosas.

—¡Johanna!

Me giro cuando ya salía por la puerta.

—¿Viene alguien a comer?

—No que yo sepa. ¿Por?

—Porque quizás luego quieras arreglar esto... —Se levanta de la silla y me enseña su erección, que, junto al chándal, la americana y su sonrisa pícara, le dan un aspecto de lo más cómico.

—Huy, no sé, no sé, tengo el día complicado.

—Bueno, bueno, tú sabrás, pero no te escaparás; se dónde vives.

Recuerdo que tengo que ir a la mercería a comprar unos parches adhesivos de esos que se planchan para un pantalón de deporte que Maya no ha tardado ni dos semanas en agujerear.

Al salir paso por la recepción para ver a Lola. La mayoría de veces que me ausento lo hago por el jardín y le digo que me voy por teléfono, pero hoy, después de que ella haya visto al diablo por todas partes, decido hacerle una visita.

Me la encuentro con el gato dormido en el regazo y leyendo la Biblia; no puedo evitar ponerme de mal humor, incluso a la defensiva. Respiro profundamente aprovechando que ella no me ha visto e intento sacar al yogui que llevo dentro, aquel que ha prometido tener paciencia e intentar entender y escuchar a todos los seres vivos de mi alrededor.

—Lola, salgo a la mercería. Bruno está en su despacho si hay cualquier cosa.

—De acuerdo. Esto, Johanna, he estado pensando que no es profesional que yo exprese ni mi fe ni mis opiniones en el trabajo.

—Bueno, no te preocupes. Yo me disculpo porque no era mi intención gritarte, eso tampoco es profesional.

—Entonces ¡tan amigas! Y que Dios te bendiga.

Ay, joder, se podría haber ahorrado esto último.

—A ti también, Lola, a ti también —digo saliendo por la puerta intentando disimular el malestar que me produce cualquier fundamentalismo, sea de la índole que sea. Mi problema es que, aunque no me ocurre con frecuencia, si le cojo manía a alguien se me hace intolerable. Espero que no sea el caso. Decido tomarme un café y comprarme una revista. Necesito alejarme de la escuela un rato. Cuando vuelvo me encuentro a mi hermana hablando con Lola, se me activan todas las alarmas.

—¿Georgina? No te esperaba.

—Hablé con Bruno, tengo el dentista ese de las *celebrities*.

—No, Gina, ¿tú también?

—Sí, me llamó Lindbergh, y, oye, es encantador, tan persuasivo.

—Tan manipulador... Lola, ¿tú también vas?

—No.

—¿De qué hablabais?

—De Maya, de lo guapa que está, ¡angelito! —dice Lola.

—Bruno prefiere que vayamos a Camprodón con mi coche; me ha pedido que os recoja pasado mañana, por la mañana.

Le cojo del brazo y me la llevo para el despacho.

—¿Con mamá? —Desafino al preguntar, delatando mi pánico. Algo más de hora y media atrapada en el coche con mi madre ahora mismo me parece una tortura.

—Johanna, ¿puedes, por favor, dejar de comportarte como si mamá fuese Lucifer?

—Maléfica mas bien.

—¡Johanna! Joder, ¿por qué no dejas de juzgarla alguna vez y te limitas a quererla? No es tan difícil.

—Es una broma, no te pongas así, mujer. Es solo que a ti no te ataca constantemente como a mí.

—Porque yo no me tomo todo lo que sale de su boca como un ataque.

Claro, como vives con ella, has aprendido a ignorarla. Decido guardarme mi opinión, porque no me gusta enfadarme con mi hermanita, y mucho menos por mi madre.

—¿Te quedas a comer?

—Sí. Bruno nos está haciendo algo caliente; se lo he pedido yo, que tengo como frío en el cuerpo últimamente.

Entramos al despacho de Bruno y nos paramos en la cocina, que desprende un leve aroma a crema de calabacín. Hay algo más en el horno que huele mucho más fuerte y dulzón. Se me hace la boca agua, miro a Gina que se ríe porque también está salivando.

—¡Las chicas Mayer! Esto estará en un momento. Poned la mesa.

Supongo que Bruno tiene todo el derecho de dar órdenes cocinando como cocina para cualquiera que pase cerca de su mesa, nunca nadie se ha tomado mal sus maneras; cuando está en sus dominios se le pone actitud de chef.

—Gina, he hecho pollo *teriyaki* de segundo, pero he improvisado y lo he hecho con miel, ¿te gusta la miel? Iba a presentarlo con verduritas y Basmati, pero tenía una cremita de calabacín congelada.

Bruno tiene un arsenal de comida envasada al vacío o congelada: si algún día no tiene ganas de cocinar para el blog, puede componer un sinfín de platos en veinte minutos.

—No sé por qué coño te casaste con mi hermana, hay que ser cretino. Y ya no digamos en el plano sexual. Has metido la pata, pero bien.

Cuidado, Gina...

—Tienes toda la razón. Ven aquí, morena, vamos a poner las cosas en su sitio de una vez —le dice abrazándola y sacándole los colores. Probablemente se pasen así todas las vacaciones; yo, por mi parte, ya me he servido una copa de vino: la etérea omnipresencia de Lindbergh me arrastra a la bebida.

—Johanna, no bebas, vas al dentista —dice Gina. Mierda, se han acordado. Y yo que pensaba en una tarde doblemente anestesiada y feliz... Apuro mi copa.

—Huy, ¡qué tonta! Qué razón tienes.

Bruno se ríe, porque me ha visto la intención desde el principio.

Pongo los manteles individuales, en vez de copas pongo vasos; al fin y al cabo, gracias al

maníaco de Lindbergh hoy nadie puede beber, pero todos tendremos unos dientes estupendos...

—Deberíamos enviarle a ese pirado un Christmas con una foto nuestra sonriendo en plan anuncio.

—Retocaremos las fotos para que se vean los dientes exageradamente blancos con su brillito publicitario y todo —dice Gina, que se lo ha tomado en serio, mientras se monda de risa.

—Tú estás de muy buen humor, ¿eh? ¿Qué está pasando? ¿Qué nos ocultas, Gina?

—Nada.

—¿Algún novio?

—No, no, nada de novios, aunque he salido un par de noches con Frey, y te puedo decir que es una monada.

¡Ay, madre, lo que me faltaba! Bruno pone cara de póquer, pero creo que está tan sorprendido como yo porque tiene los labios como apretados. Para colmo, no puedo darle un buen trago al vino. Intento sonar natural.

—Has salido con Frey... ¿Y qué intenciones tiene?

—¡¡¡Johanna!!!

Intento fallido.

—¿Pero quién eres tú para preguntar eso? ¿Papá en los 90?

—Es que no me fío de él.

—Estás paranoica perdida. Bruno, díselo, ¡venga!

—Vamos a ver: Gina es mayorcita, sabe lo que se hace.

—Pero ¿qué os pasa? Que soy yo, Gina Mayer. Pero si soy como un tío en las relaciones, el otro día me lo decía un amigo: «Tú y yo nos entendemos porque soy como tú»

—Eso es verdad —dice Bruno.

—Será porque no ha encontrado a la persona adecuada.

—A mi edad, Johanna, ¿tú crees que ese es el problema? No, hombre, es que no creo que esto de la vida en pareja sea para mí, soy más feliz sin necesitar que un hombre me haga feliz. Las relaciones largas me agobian, prefiero tener follamigos y te diré que cuando alguno se casa lo considero una pérdida.

—¿Solo sexo y ya está, Gina?

—No tiene por qué, soy gran amiga de mis amigos, pero eso tú ya lo sabes. No sé por qué estamos hablando de esto.

—Por Frey.

—¿Te molesta que me divierta con Adrian?

—No, no, para nada, es que ni siquiera recordaba que os conocierais.

No me molesta, si no fuera porque también se divierte con Natalia y parece que alguien podría salir herido, ¡pero, oye!, son adultos, por otro lado, está claro que yo menos que nadie tengo derecho alguno a juzgar.

Terminamos el primer plato, Bruno sirve su pollo. Cambio de tema, dirigiéndome a Bruno un poco en clave para que me capte.

—Bruno, Mercè vendrá a las cuatro para mirarse ese par de cuadros, ¿recuerdas?

—Ah, sí, os daremos un poco de intimidad. Tomaremos el café fuera. ¿Te parece, Gina? Quiero saber más de esa vida de ninfómana que llevas.

—Huy, ¡ya me gustaría! Pero seguramente folláis más los casados..., aunque siempre con la misma persona. ¿No te aburre eso?

Buena pregunta, a mí también me interesa.

—Ya me conoces, Gina: soy incapaz de hacer cosas que me aburren, al menos no por mucho tiempo. De todas formas, como en casi todo, el sexo en pareja tiene sus secretos y también sus placeres.

—Eso es verdad.

—¿Qué secretos?

—Se llaman secretos porque no se cuentan.

Realmente el pollo está delicioso. Mi hermana lo ha devorado, y yo, que voy algo más lenta, lo estoy disfrutando como si fuera algo que nunca he probado.

—¿Qué te parece mi plato?

—Impresionante.

—Así me gustan las chicas Mayer, agradecidas y calladitas.

—Bueno, vamos a tomar ese café, a ver si te puedo sacar algo a ti, Bruno, porque mi hermanita no parece estar para bromas.

—No estoy de mal humor.

—Tampoco de muy bueno; te conozco, hace días que te veo mustia, y eso, Jou, es lo peor que le puede pasar a una mujer, andar por ahí mustia... ¿Qué es lo que te pasa?

—No me pasa nada, solo estoy un poco baja de energía.

—Eso suena a depre, y, la verdad, no me lo explico. Tienes todo lo que puedas necesitar: un marido que te quiere, una hija preciosa y encima te cae un dinerito extra del cielo. Y tú andas por ahí como Mustia, la princesa triste.

—¡Deja de usar esa palabra!

Se pone a bailar tomándose el pelo.

—Mustia, mu, mu, mu, mustia...

—Madura, Gina —le digo riendo. Gina está contenta y se contagia.

—¿Madurar? Ni muerta.

—Venga, marchaos, que yo recojo esto y pongo el lavavajillas. Tengo trabajo. Venga, fuera, fuera.

—Vale, pero ¿y si nos fugamos y no volvemos?

—Sabré espabilarme. Os veo en el dentista o a lado en la calle Tuset en la cafetería Zebra.

—Voy a lavarme los dientes —dice Bruno,

—Pero ¿no ibas a tomar café?

—Tienes razón.

Por fin se van, tonteando como críos de secundaria. A decir verdad, agradezco mucho que esté Gina por Navidad: es desinhibida y divertida, probablemente sería la única a quien podría explicar lo que me ha pasado, aunque cada vez estoy más convencida de que es cuestión de tiempo, de dejar pasar el suficiente e intentar no darle más vueltas inútiles.

Lindbergh y yo nos podríamos haber encontrado en otro momento de nuestras vidas; igual podría haber pasado con Bruno. Los tres a la vez es claramente demasiado para mí, pero no me arrepiento de lo ocurrido, y creo que la actitud de Bruno, que siempre se toma cualquier experiencia como una forma de aprendizaje, es la más positiva.

—¿Se puede?

Mercè me rescata de mis ensoñaciones justo cuando estaba ya perdonándome a mí misma.

—Gracias por acercarte antes.

—No tenía nada mejor que hacer, jefa.

Mercè es bajita y redondita, pero muy guapa de cara, ojos negros enormes, boca sensual rellena

y naricita pequeña como de botón, con una risa franca de dientes grandes, sanos, de esas que desarman a cualquiera.

Debe de tener unos treinta años, sospecho que le gustan las mujeres, pero no puedo estar segura porque nunca le he conocido pareja. No tengo tanto radar como Bruno para estas cosas. Va vestida de estilo *neohippie*, con un tipo de *look* que quedaría mejor si viviera en Goa en vez de en Barcelona, pero que a ella le queda bien porque es tal cual. Le encantan los niños y con los alumnos tiene paciencia infinita, no así con los padres.

—¿Dónde los tienes?

—En el despacho. Podrías haber venido a comer, ¿has comido? Queda algo de pollo *teriyaki* que ha hecho Bruno.

—Ya he comido, pero no me importa probar eso que huele tan bien.

Mientras yo le sirvo un plato, ella saca la lámpara de una mochila que lleva. Le paso un tenedor y una servilleta; mientras monta la lámpara en una de las mesas de Bruno, yo le aguanto el plato de comida y con la otra mano le paso uno de los cuadros.

—No me extraña que prefieras ver qué hay debajo estos cuadros, dan mal rollo.

—¿Quieres una copa de vino?

—No, no, mejor una birra.

Vuelvo a la cocina, saco la cerveza de la nevera para poder usar el abridor deo el plato con pollo en la encimera. Le llevo la botella, se la doy y me doy cuenta de que me he dejado la comida.

—Ya lo tenemos, mira: parece fuego, huesos.

—Espera, espera, que vengo.

Le doy el plato, cojo una silla para sentarme delante del cuadro mientras Mercè ataca el *teriyaki*. Ciertamente parece que las sombras de la izquierda son fuego; hay huesos humanos porque se aprecia medio cráneo, algo parecido a una estufa y un lobo o perro lobo, solo el rostro, muy grande.

—Da rollito holocausto... ¿Quién es el pieza que ha pintado esto?

—Oh, un amigo... Miremos el otro.

Mercè retira el cuadro del pitbull y pone el del ciprés y la silueta. Esta vez el lobo es toda la figura, está como amenazando o cazando a una persona. Hay más fuego en el borde del cuadro, parece un bosque en llamas y hay un ciervo o una cornamenta de ciervo y lo que podría ser un cañón de escopeta u otra arma de fuego. Se me saltan las lágrimas recordando los detalles de la muerte de Jurgén.

—¿Una escena de caza con perros?

—Mercè, está cazando a un hombre. Coño, ¿no lo ves?

—Sí, perdona; parece que esto te afecta mucho.

Me limpio las lágrimas tratando de disimular.

—No, no creas, me ha pillado por sorpresa. Oye, ¿puedes aflorarlos?

—Claro, es fácil, pero conservar el de arriba ya es otra historia —me contesta con la boca llena.

—¡Eh! No, no, con que aflore en su totalidad la pintura de abajo con sus colores y todo, será suficiente.

—Johanna, la pintura de encima ha sido hecha ya con esa intención; no voy a entrar en detalles, pero se borra fácilmente sin que la original sufra la más mínima alteración.

—¿Te los has de llevar?

—Puedo hacerlo aquí, pero prefiero trabajar en mi taller... Tendré que sumergirlos y...

—Voy a por un portaplanos. ¿Puedes ir quitando las grapas del bastidor?

—Sí, creo que llevo alicates en la mochila.

Dejo a Mercè apurando su plato de pollo y me dirijo hacia los cajones de láminas. Los cuadros no son pequeños; cojo un tubo de cartón de los varios que solemos tener dentro un antiguo tambor de detergente Colon, de aquellos de antes que sorprendentemente ha sobrevivido imagino que unos veinte años o más junto con otro de Ariel que siempre hemos usado para guardar los portaplanos y los tubos para los lienzos.

Cuando vuelvo al despacho, Mercè ya tiene las telas enrolladas y listas.

—Tardaré un par de días.

—Ah, no tengo prisa; piensa que nos vamos a la montaña unos cuantos días. Pero si me envías un par de fotos por WhatsApp al móvil de Bruno cuando los tengas, ayudarás a matar mi curiosidad.

—*No problema*, jefa.

—¿Quieres no llamarme «jefa»?

—Eres una buena jefa.

—¿Tú crees?

—¿No lo ves? Hasta puedo ser pelota y no te lo tomas mal.

—Oye, me gustaría pagarte esto aparte.

—Ni hablar.

—Soy tu jefa, tú a callar.

—Bueno, ya lo hablamos, porque igual la pifio y soy yo la que te tengo que indemnizar.

—No te preocupes, no creo que estos valgan nada, ni los de arriba ni los de abajo. Tengo que irme ya. Oye, que tengas muy buenas vacaciones.

—Igualmente.

Doy por acabada la conversación dándole un par de besos.

BARCELONA. SALA ARTISTIK

22 DE DICIEMBRE, 9:10 H

Último día de clase para Maya y de trabajo para nosotros. La acabamos de dejar en el colegio. Todos los niños estaban contentos porque además de empezar las vacaciones hoy celebran una fiesta.

Bruno y yo caminamos enfundados en nuestros plumones; el día es frío, la calle Anglí se convierte en un túnel de viento cuando hace mucho aire. Bajamos del brazo en silencio, con la cabeza baja. Él lleva las orejas bien protegidas con un gorro a rayas, pero yo he tenido que improvisar con mi fular, me lo he puesto por encima; aun así, el viento se cuele por la tela, es muy molesto.

Al cruzar la Bonanova la cosa mejora, porque hay más edificios y estamos más protegidos del viento. Ya acercándonos a Artistik percibimos que algo no va bien. La puerta del jardín está abierta, claramente forzada. Ningún ladrón que se preste forzaría esa puerta: es mucho más fácil saltar la valla de hierro forjado, que no es muy alta y ahorrarse el trabajo de abrirla.

—Esto es muy raro, han destrozado la cerradura.

—¿Quién lo habrá hecho?

Entramos al jardín con cautela, todo parece en orden. Bruno echa un vistazo rápido al invernadero y niega con la cabeza como diciendo «Aquí tampoco hay nada». Sin embargo, la puerta corrediza de la nave también ha sido forzada. Bruno me indica que entremos en silencio por temor a que estén todavía dentro. Corremos la puerta lo justo para entrar, y, como cabía imaginar, nos han asaltado.

Nos quedamos atónitos: el estropicio es impactante, se han dedicado a mancharlo todo con pintura, a abrir cajones y a tirar láminas y materiales, pero parece que tenían prisa, porque no han hecho nada en las aulas, solo en la nave central. A simple vista parece más un acto vandálico que un robo.

—Voy a comprobar mi despacho.

—Sí, vamos.

Bruno entra primero y da las luces; inmediatamente vuelve a salir impidiéndome el paso.

—No entres.

—¿Qué es, Bruno?

—No lo sé, pero no tiene buena pinta. Hay mucha sangre.

—Me estás asustando.

—Voy a ver, quédate aquí. Ahora vuelvo.

He empezado a temblar y ni siquiera sé de qué tengo miedo. No me puedo quedar esperando, contradiciendo las indicaciones de Bruno, entro en el despacho. Hay sangre por todas partes. Dios mío, ¡pobre bicho!

—Te he dicho que no entres.

—¿Es Pío?

—Sí, no hay duda, pero no encuentro la cabeza.

Nuestro gato ha sido destripado, descuartizado de la manera más tosca y atroz. Hay trozos del pobre animal diseminados por la mesa, la encimera y el suelo. Toda la estancia desprende un olor acre, como a orín y a sangre. El despacho está revuelto, pero soy incapaz de pensar si había algo importante, porque la visión de la sangre y los restos no me deja pensar. Tengo que hacer acopio de fuerzas, controlar los nervios; de lo contrario, solo voy a ser una carga.

—Voy a llamar a Oriol. No quiero coches de policía.

—Pero Oriol es Mosso d'Esquadra, ¿no es lo mismo?

—Es lo mismo, pero él va de paisano. Le pediré que sea discreto. Johanna, hemos de encontrar la cabeza antes de que la encuentre otro.

—Sí, sí, yo la busco.

—Haz fotos de todo con el iPad; mientras, yo llamaré también al servicio de recogida de animales.

—Bien.

Me estoy mareando; no sé si seré capaz de fotografiar todo esto. Mientras hace su llamada y habla por teléfono, veo que Bruno comprueba la cámara con que graba el blog. Cuelga y muy preocupado me dice:

—Mierda, se han llevado tarjetas de memoria.

—Bueno, Bruno, repetimos los platos y...

—Ya, pero había una de la noche que Alex estuvo aquí, ya sabes, de nuestro encuentro en la cocina.

—¿Grabaste eso?

Ahora sí que me voy a caer redonda.

—Sin querer, se grabó.

—¿Por qué no lo borraste?

—No sé, me hacía gracia conservarlo y pensé en borrarlo en otro momento.

—¿Y no está?

—Tengo que comprobar las tarjetas.

No doy crédito a lo que estoy oyendo: ¿cómo puede haber sido tan estúpido de dejar descuidada una cosa de ese tipo? Y en una escuela. ¡Por Dios!

—Piensa, Bruno: ¿no lo guardarías en otro lado? Quiero decir, es material sensible, ¡joder!

—Seguramente.

—«Seguramente» no me sirve. Búscalo.

—Lo busco, lo busco, pero tú encuentra la cabeza.

Fotografío los restos de nuestro gato todo lo rápido que puedo mientras repaso mentalmente lo que recuerdo de la escena que puede contener la tarjeta de memoria. Alex, Bruno y yo. ¡Dios mío! Se me eriza la piel y a la vez siento una punzada de pánico pensando en qué manos puede haber caído o si esas imágenes llegaran a la red. Me agarro a la mesa para no desvanecerme. Cuando reanudo mi macabra tarea, siento náuseas al fotografiar, intentando no mirar, las tripas de Pío.

Bruno revuelve más si cabe los cajones, sin éxito.

—No encuentro la cabeza, al menos ni por el despacho ni por la cocina.

—Limpiemos esto y la busquemos juntos. Coge dos pares de guantes de látex, desinfectante y una bolsa. Rápido.

Parece muy sereno dando órdenes para eliminar el cadáver como si fuera el Señor Lobo en la película *Pulp Fiction*. Le obedezco sin vacilar.

—¿Puedo usar el recogedor pequeño con la escobita?

—Sí, sí, perfecto, pero en vez de coger la escobita mejor coge pinzas, un par, de barbacoa o de cocina, da igual. Es mejor no tocar nada.

—Bruno, ¿quién nos ha hecho esto?

—Algún pirado, evidentemente.

Nos ponemos los guantes y cogemos cada uno una bolsa de congelado en una mano y en la otra unas pinzas de barbacoa. Bruno recoge la cola ensangrentada y la mete en la bolsa, yo hago lo propio con una pata trasera. Dejo que él se encargue de lo más complicado, los intestinos que han sido estirados sobre el suelo, supongo que para mayor teatralidad. Enseguida tenemos todos los trozos visibles guardados y nos dedicamos a limpiar la sangre, primero retirándola con papel absorbente y luego con amoníaco, estropajo y más amoníaco.

—¿Has mirado en la nevera y el congelador?

—No.

—Pues este pirado está suficientemente enfermo.

Bruno se quita un guante y se dirige a la nevera con la intuición de encontrar la cabeza de Pío en ella, pero no está ahí, ni en el congelador. Por precaución miramos también en el horno, en el de vapor, el lavavajillas. Nada.

—¡Ahora me acuerdo!

—¿De qué?

—¡La tarjeta!

—¿Dónde está?

Con una sonrisa triunfal, muy poco adecuada para el momento macabro que estamos viviendo, Bruno abre un bote que contiene curry y, vaciando en el fregadero todo el contenido, rescata del fondo una bolsita envasada al vacío que contiene la tarjeta. Ahora la estancia huele a especias.

—¿Cómo se te puede haber olvidado?

—Ya me conoces.

Así es, desde que le conozco guarda cosas importantes en sitios difíciles y luego no recuerda dónde. Nos falta el anillo de diamante heredado de su abuela; sabemos que está en casa, pero a saber dónde.

—No me vuelvas a dar un susto así, Bruno, porque...

Un grito de espanto resuena en el edificio, corremos en dirección a la recepción, reconociendo el pánico en la voz de Lola.

—Ha encontrado la cabeza —digo mientras corremos. Bruno me da la razón asintiendo. Cuando llegamos, Lola está desvanecida en el suelo, el cajón de su mesa está abierto y la cabeza del gato dentro.

—Se ha desmayado al abrirlo.

—Lo limpiamos primero.

—¿La dejamos así?

—Solo se ha desmayado. Ve a buscar lo que necesites, no quiero que esto esté aquí cuando despierte.

—Bruno, ya lo ha visto; ¿qué le vas a decir, que lo ha soñado?

—No, confía en mí: deshazte de la cabeza y de la sangre. Tíralo todo.

Bruno saca el cajón de la mesa y me lo da para que vaya a vaciarlo y limpiarlo. Nuestro gato ya no parece nuestro gato: los ojos vidriosos, el gesto congestionado... Pensaba que podría evitarlo, pero ya siento las lágrimas rodar por mi mejilla. ¡Cabrones! Quien sea, no hay derecho.

Cojo la cabeza de gato con las pinzas y la añado a las bolsas de congelado. Vacío el contenido del cajón en una bolsa de basura opaca, ignorando a propósito el contenido, consciente de que estoy tirando unas llaves, unas gafas de sol y un pequeño monedero de Lola. Creo que lo entenderá...

La cabeza apenas ha dejado sangre; debe de haber estado drenando en otro sitio previamente porque enseguida termino de limpiar cualquier rastro en el cajón y de desinfectarlo.

Cuando vuelvo a la recepción, Lola ya ha vuelto en sí; está sentada en su silla, llorando y sollozando. Bruno hace lo que puede por consolarla.

—Es el demonio, Bruno, te lo dije, lo vi venir, esto es cosa del demonio.

—No, Lola, ha sido un loco, no Satanás.

—¿Qué otra cosa puede ser sino el maligno?

—Un asesino en serie, ya te lo he dicho: mi amigo de la policía lo busca desde hace meses.

Bruno me mira de reojo y me guiña un ojo. Me quedo absorta viéndole contar su milonga como engatusando a Lola con su voz seductora y su aplomo.

—Todo empezó en Castellón: este tipo entra en las casas y hace eso que le han hecho al nuestro. Solo en Sarrià ya ha habido dos casos en tres semanas sin contar a Pío.

—¿Y cómo no nos hemos enterado?

—Porque lo que quiere este pirado es publicidad y la policía sabe muy bien cómo tratarlo. De hecho, hace cuatro días subió a internet unas imágenes y ahora solo es cuestión de tiempo que lo cacen. No puedes contarle nada a nadie, Lola, hay que evitar toda publicidad. Es importante.

—¿Ni a mi pastor?

—Bueno, a tu pastor, si confías mucho en él, pues lo dejo a tu criterio, pero a nadie, Lola, a nadie.

—Así lo haré, Bruno, no te preocupes.

Brillante. La tiene en el saco, solo le falta decirle que «un gran poder requiere una gran responsabilidad» o algo por el estilo. El maestro Jedi tiene el asunto controlado.

—Ahora vete a casa y descansa, esto ha sido muy estresante para ti.

—Pero es el último día y la fiesta es...

—Insisto, tus vacaciones empiezan ahora. Nosotros llamaremos a Gina, ¿quieres que te pida un taxi?

Llega Oriol y con él también Adrian. ¡Qué casualidad! Bruno los saluda y me indica que acompañe a Lola a la calle.

—Uri, hola. Adrian...

—¿Bruno, le conoces? Dice que es tu abogado.

—Sí, sí, no hay problema.

—Aparte de los desperfectos y el caos, esto es lo que encontramos.

Bruno le entrega el iPad con las fotos para que el policía las vea por sí mismo. Frey mira las imágenes por encima del hombro de Oriol. Lola parece demorarse más de lo normal en recoger sus cosas y Bruno me fulmina con la mirada instando a que me la lleve.

—Venga, Lola, vamos, dejemos trabajar a la policía.

Salimos a la calle; el día sigue desapacible y hasta lúgubre. Camino todo lo rápido que puedo, que no es mucho, porque a Lola le ha salido la vena teatral y se para a cada momento suspirando. A este paso no llegamos a la parada de taxis ni a mediodía.

—¿Qué monstruos viven entre nosotros, Johanna?

—Tiene que ser un desequilibrado.

—Es cosa del demonio; de una forma u otra, siempre está detrás de todo lo malo.

—Bueno, Lola, no estoy de acuerdo, pero dejemos que sea la policía la que descubra qué clase de majadero ha hecho una cosa así.

Por fin vislumbro un taxi y le hago una señal, impaciente.

—Rezaremos por vosotros, Johanna, yo y mi comunidad.

—Te lo agradezco, Lola, es un alivio, pero ya has oído a Bruno: no podemos hablar de este asunto, no podemos darle publicidad hasta que hayan cazado a este bastardo matagatos. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, pero Bruno me ha dicho que al pastor sí.

—Claro, claro, es tu pastor... Venga, dame un beso, y que tengas unas buenas vacaciones. Feliz Navidad.

—Ay, mi pobre Johanna. Feliz Navidad.

Sentencia con un beso húmedo de aquellos que dan algunas abuelas y sube al taxi murmurando un rezo. Por mi parte me alegro de que se vaya: en mi vida la religión apenas tiene espacio. Lo peor de un fanático no son sus ideas, sino que nunca cambia de tema.

Vuelvo hacia la escuela pensando la extraña coincidencia de que Adrian aparezca por Artistik esta mañana, pero, a decir verdad, estaba a punto de llamarle yo misma. Me intriga que haya decidido salir con todas las mujeres a nuestro alrededor.

Oriol, que va vestido como un antisistema, tiene a un par de agentes buscando huellas. Tal y como Bruno le ha pedido, han sido de lo más discretos, y no veo ni coches de policía ni uniformes. Bruno ha estado muy acertado, dado que nuestro barrio es como un pueblo: el rumor se extendería y podría causarnos bajas entre nuestros alumnos.

Lo que no acabo de tener claro es hasta qué punto es ético ocultar que la escuela ha sido asaltada y nuestro gato asesinado. Si yo fuera la madre de un alumno me creería con derecho a saberlo sin duda. Probablemente Bruno piense que es mejor no lanzar campanas al vuelo y actuar con cautela. Le encuentro con Adrian.

—Johanna, ¿se ha ido tranquila Lola?

—Sí. Bruno, deberías dedicarte a ser telepredicador, tienes un don.

—Ya, bueno, he pensado que eso era lo que ella necesitaba.

—Y has acertado. Adrian, ¿qué te parece el numerito macabro, no te recuerda a Zúrich?

—Ciertamente. Pero lo del gato, Johanna, las personas que lo han hecho no bromean y están enviando un mensaje.

Espero que sea una cuestión de idioma, porque elegir la palabra «personas» en vez de «salvajes» debe de ser un error de traducción.

—¿Quién crees que ha sido?

—No puedo pronunciarlo, necesito investigar.

—¿A quién, Adrian?, ¿qué sabes?

Bruno insiste: se le ve molesto.

—Adrian, Johanna y yo necesitamos saber cualquier cosa por irrelevante que sea que pueda aclarar esta situación. Esto es una escuela, tienes que entenderlo.

—Solo les puedo decir que la brutalidad que muestran estos agresores me recuerda a la que se utilizó con su amigo alemán.

—¿Y crees de verdad que se desplazarían para matar un gato?

—El gato es solo un mensaje, creo que buscan algo. También buscaban algo en casa de Jurgen.

—Por favor, Adrian, explícame lo que sepas, aunque creas que no tiene sentido.

—Johanna, Bruno: yo trabajo para el señor Lindbergh; las investigaciones que él me encarga se las tengo que reportar solo a él y solo si él me autoriza expresamente puedo discutir las con ustedes.

¿Reportar? Justo cuando estoy a punto de estallar e insultar a Adrian, Bruno se me adelanta.

—Bien, si es así, hablaré con Álex directamente. A propósito, Adrian, ¿qué te trae por la escuela esta mañana?

—No encuentro a la señorita Natalia y pensé que quizás estaba por aquí.

¡Ay, madre, está mintiendo, es evidente hasta para mí! No me ha mirado con complicidad como haría si fuera por algún asunto del coche, simplemente está mintiendo. Bruno también se ha dado cuenta y le dice:

—Adrian, si buscas a Natalia o a Gina, te sugiero que las llames por teléfono; de ese modo no perderás el tiempo.

—Ahora —añado yo—, si nos disculpas, tenemos mucho que recoger. Hoy es el último día, y celebramos una fiesta de navidad.

—¿Puedo ayudar?

—No, gracias. Van a ir llegando los profesores, ellos lo harán, pero gracias.

—Feliz Navidad entonces.

—A ti también. ¿Vuelves a Suiza?

—Sí, pasaré unos días con la familia.

—Bien, que tengas buenas vacaciones.

—Igualmente.

Se ha dado por aludido y se marcha; me pregunto si no nos hemos pasado con la desconfianza que le hemos mostrado.

Me siento desfallecer. Me acerco a Bruno y apoyo la cabeza en su pecho. Su abrazo de oso me reconforta y al mismo tiempo me hace más vulnerable; no hay mejor sitio en el mundo para cuatro lágrimas terapéuticas que los brazos de Bruno. Me levanta la cabeza para verme mejor la cara y se me queda mirando a los ojos. Me regala un par de besos tiernos en los labios y los remata con un último beso algo más largo y profundo.

—Tienes mala cara. Quiero que vayas al Sant Marc y te tomes unas hierbas o un buen capuchino con un *croissant* de la Foix. ¿Qué te parece?

—Que prefiero quedarme contigo y ayudarte, están a punto de llegar los profesores. Claudia dijo que quería terminar una escultura y que vendría pronto.

—Johanna, tienes cara de ratón asustado. Vete un rato, vete a casa si lo prefieres, pero necesito que estés un poco más recompuesta cuando te enfrentes a la gente y a las preguntas.

—Me da miedo ir a casa sola.

—Siéntate un rato en el Sant Marc, cómprate una buena revista que te apetezca y no aparezcas hasta dentro de una hora como poco. Sobre todo, no pienses más en esto: lo dejaremos en manos de la policía y nos iremos de vacaciones.

—Bruno, no soy Lola; lo del telepredicador conmigo no funciona.

—Ah, ¿no? —Sonríe, sensual, y me dice cariñosamente—: ¡Obedece, mujer! Y esta noche te daré lo tuyo.

¿Cómo puede ser sexy que diga algo tan machista, aunque sea en broma? Me deshago entre sus brazos mientras noto aparecer a Willie haciéndome cosquillas cerca del monte de Venus.

—Eso espero, querido mío —replico en la misma línea—, o en su defecto tendré que usar técnicas de relajación que vengo perfeccionando desde hace tiempo.

Aparece Oriol y con la mirada Bruno me suplica que haga lo que ha dicho, irme a dar una vuelta y sacarme de en medio. Me despido del policía y me voy en busca de mi plumón pensando qué demonios vamos a contarle a Maya esta tarde cuando intente encontrar a su gato. En fin, seguro que al telepredicador se le ocurre algo convincente.

JUNTOS Y REVUELTOS

BARCELONA

23 DE DICIEMBRE, 10:00 H

*M*e despierto con la sensación de llegar tarde a trabajar, las cortinas están descorridas como lo estarían si fuera domingo, pero hoy no es domingo. Estoy sola en nuestra cama, oigo a Bruno y a Maya en la cocina, probablemente preparando el desayuno. Son las 10:00; me han dejado dormir y lo agradezco porque recuerdo una noche plagada de sombras, de bocetos, de sangre y lobos. Una mala noche inducida por los macabros acontecimientos de ayer.

Me tapo la cabeza con la almohada para bloquear un poco la luz, pero no tengo más sueño. No sé si hacemos bien en ocultarle a Maya que no va a volver a ver a su gato, aunque Bruno tiene razón en que no tenemos por qué fastidiarle lo que probablemente sean sus últimas vacaciones creyendo en la Navidad, se lo podemos decir después.

Dejaremos este asunto del gato en manos de la policía como hicimos con el otro, ignoraremos a Adrian y al omnipresente Lindbergh, «que está en los cielos» y nos dedicaremos a nuestra familia que es lo mejor que tenemos. Para mí serán unas Navidades con regusto amargo y plagadas de pérdidas. Siempre son un poco tristes porque no está mi padre del que me suelo acordar mucho por estas fechas, pero si a eso añadimos a Pablo, a Jurgen, a Lindbergh y a Pío, han sucedido demasiadas cosas en muy poco tiempo que necesito asimilar; soy un poco lentita.

Oigo que me llaman los dos. «Mami, Maaami». Es momento de levantarse, lavarse la cara y hacer acto de presencia en la cocina con una gran sonrisa navideña u hogareña; cualquier sonrisa que me salga servirá.

Me los encuentro en faena; están haciendo *crêpes*.

—Buenos días, amada mía. ¿Cómo os encontráis esta mañana?

—Hi, hi —se ríe Maya. Sigo el juego de Bruno.

—Buenos días, buen mancebo. ¿Qué manjares estáis preparando vos y vuestro lazarillo?

—¿Dulce o salado, mami?

—¿Pueden ser los dos?

—¿Te los hago más pequeños?

—No, no, grandes. Me muero de hambre.

—Mi corazón se regocija al oír eso, mi señora.

—Sin embargo, caballero, vuestra merced tiene muy descuidados los asuntos de alcoba.

—¿Qué es alcoba, mami?

—Le decía a papá que se tiene que hacer la cama.

Bruno se ríe. En ese mismo momento suena el timbre de la puerta. Horror, no pueden ser ellas tan pronto. Me alegro de no haber dejado las maletas para última hora; una de las peores cosas que recuerdo de cuando estudiaba en Estados Unidos era hacerme la maleta con mi madre delante,

sus consejos estrafalarios, sus reproches. Cuando abro la puerta y la veo con un vestido negro de lana que resalta su exuberante busto con un escote de esos de los que te está prohibido estornudar, no puedo evitar ser la primera en atacar.

—A la montaña con tacones... Muy navideño, madre.

—Buenos días a ti también, tan dulce como siempre. Nos ha dicho el petimetre ese que tienes por suegro que hoy comemos en un restaurante.

—Sí, madre, pero no en El Bulli, que, como sabrás, está cerrado. Vamos a Can Po, al de siempre. Si vas de *sport* no te detienen.

Parece ignorar mi comentario y entra seguida de Gina, que me fulmina con la mirada reprobando mi comportamiento.

—Holaaa.

—Buenaas.

—Para tu información, querida hija, he traído también unas deportivas de cuña de Ash monísimas.

—Deportivas con tacones camuflados, el sueño de toda mujer.

—Johanna, ¿qué mosca te ha picado? Deja a mamá en paz.

—Eso, ¿dónde está la nietísima?

—Joder, ni que fueses Jackie Onassis.

—Johanna, ya basta, tía —se mosquea Gina.

—Vaaale, están en la cocina desayunando. Aprovechad: están haciendo *crêpes*. Yo me voy a duchar.

Y eso hago, porque curiosamente ha sido ver a mi madre y se me ha ido el apetito. Me desnudo y me meto en la ducha. El nuevo jabón de miel con *propolis* que Bruno compra a granel tiene un efecto calmante sobre mi piel y diría que sobre mi alma también.

Mientras uno madura juzga duramente a sus padres, pero luego llega el momento de reconciliarse con ellos reconociendo que no somos tan diferentes y ni mucho menos mejores. Mi padre está muerto y por lo visto en este aspecto yo no maduro. Sigo permanentemente enfadada con mi madre, me molesta su frivolidad, su corazón materialista, esa autoestima hiriente que probablemente esconde todo lo contrario.

Soy infantil, lo sé. Bruno me lo dice constantemente: «Es hora de dejar de culpar a tus padres por cualquier defecto que tengas, ansiedad u obsesión que padezcas». Al fin y al cabo, tenemos una vida para deshacernos de las fobias que nos han transmitido y por muy cuidadosos que queramos ser o por mucho que queramos evitarlo, haremos lo mismo con nuestros hijos. Es inevitable.

¿Quién soy yo para juzgar a mi madre?

Cuando salgo de la ducha me encuentro a Bruno sentado en la cama esperándome con una *crêpe* que parece de jamón y queso y un zumo de naranja en la otra mano. Me seco rápido con la toalla y me siento a su lado. Me huele la clavícula y el cuello. Bruno siempre aspira mi cuello.

—No te vas a meter dos horas en el coche sin comer nada.

—Pensaba tomar café.

—¿Y qué hay de tu superapetito?

—Miranda me lo bloquea. Es la dieta perfecta.

—Yo diría que hoy viene de lo más conciliadora. Vamos, Johanna, intenta ser amable. Es fácil, le vas cogiendo el truquillo. Vamos a ver, sonrío. —Exagero una sonrisa maquiavélica—. Esa es mi chica. Ahora en serio, ¿cómo te encuentras?

Me va dando trocitos de *crêpe* para que coma. Soy patética, pero me encanta que cuide así de mí; me hace sentir querida.

—Bien, bien. Y aliviada, porque Gina parece no haberle dicho nada del gato a Miranda. Metería la pata, seguro —digo con la boca llena.

—Yo le pedí que no dijera nada. Casi nadie lo sabe, es mejor.

—Ayer estuviste fuera de serie. Eres como un encantador de serpientes: todos se tragaron eso de unos vándalos que entraron. ¿Cómo lo haces?

Dejo caer la toalla al suelo y me tomo el zumo de un trago sentada junto a él, desnuda. Bruno me limpia la comisura de los labios sonriendo, consciente de a qué estoy jugando.

—Es lo que tenemos los superhéroes. Ahora mismo, viéndote así, descalza, desenvainaría mi espada de Jedi y te enseñaría el lado sexy de la fuerza, pero, teniendo a Miranda en la cocina, creo que me abstendré.

—Excusas; vete con el lado oscuro, pero recuerda que quizás ya no puedas volver.

—No tardes mucho.

—¿Por qué has preferido ir con el coche de Gina?, ¿qué le pasa a nuestro Halcón Milenario?

—No arranca. Hay que tomar decisiones.

—¿Coche nuevo?

—Al menos algo que funcione. No tardes: tengo ganas de dejar la ciudad y ver un poco de verde.

Bruno me deja para que me vista. ¡Hombres! Si van a algún sitio, siempre tienen prisa por salir cuanto antes, no tienen paciencia. Que nuestra Van haya muerto es casi un golpe de suerte teniendo en cuenta que voy a regalarle un descapotable; la sorpresa tiene más sentido, aunque tendremos que comprar otro coche igualmente, porque no cabemos los tres en un Aston Martin antiguo, e igualmente no sería práctico. Es un capricho, pero la coincidencia me gusta.

Jeans, jersey de lana, botas y plumón. Eso sí que es un *look* de montaña en diciembre. A quién se le ocurre ir con tacones de un palmo y medias. Cojo aire y respiro profundamente un par de veces, aún en mi habitación, antes de enfrentarme a la familia. Estoy intentando cambiar el enfoque para con mi madre; no podemos estar como el perro y el gato bajo el mismo techo todas las vacaciones, hay que intentar estar por encima y eso es lo que voy a hacer: ignorarla todo lo que me sea posible.

Salgo al salón, parece que todo el mundo me está esperando: las maletas ya están cargadas, solo falta la mía.

—Ya era hora. ¿Qué hacías, depilarte?

—Esconderme. Venga, vamos, ¿a qué esperáis?

Bajamos las escaleras, Maya y Bruno trotando; se les ve contentos de dejar la ciudad por unos días. Bruno disfruta yendo a buscar huevos frescos a las granjas cercanas a su casa, comprando miel o carne en su carnicería favorita en el pueblo de Prats de Molló. Maya disfruta al aire libre, sin coches, sin prisas, sin colegio. Yo he cogido un par de libros y el teclado del iPad; hace días que me ronda una idea para un cuento juvenil, ahora es el momento ya que todos estarán ocupados y me hace mucha falta ese tipo de abstracción. Escribir siempre fue una buena terapia para mí.

Nos montamos en el coche de Gina, que es muy espacioso. Afortunadamente mamá va delante y nosotros detrás. Me enchufo a los auriculares y pongo mi lista de Spotify en *random* en el iPad. Me recuesto sobre Bruno y cierro los ojos incluso antes de que el coche haya arrancado. Sigo teniendo un sueño inusual; creo que intento acortar los días inconscientemente.

Me duermo sin remedio en cuanto ingresamos en la autopista.

Me despierta Bruno hablando por teléfono, le hago gestos con un ojo cerrado, porque no quiero despertarme. Demasiado tarde; miro por la ventana: acabamos de pasar Ripoll, estamos muy cerca de Camprodón.

—Mira, está despierta, te la paso —oigo que dice Bruno, y, efectivamente, me pasa su teléfono, susurrándome al oído que es Natalia.

—Heey, feliz Navidad.

—Holaaa, me habría gustado verte antes de que os fuerais, pero he estado liada.

—Bueno, nos vemos a la vuelta, o, si quieres, te vienes un par de días con Mateo.

—Por eso te llamaba, para que te quedes tranquila. No sé qué le ha dicho Bruno a Óscar, pero ha obrado el milagro. Hemos estado hablando y hasta me ha pedido perdón por estar tan ausente. No te lo vas a creer: ha estado enfermo y no me quería decir nada.

—Enfermo ¿de qué?

—Pues de estrés. Está viendo a un especialista y tiene síntomas de depresión, apatía, problemas de estómago... Su médico dice que, si persiste, se tendrá que medicar. Él se niega.

—¿Ansiolíticos?

—Y antidepresivos, pero ya sabes cómo es Óscar: no soporta los medicamentos, prefiere salir en bici; lo malo es que últimamente ni siquiera el deporte le apetece.

—Pues, conociéndole, si no le apetece el deporte es que está fatal. ¿Y cuánto tiempo lleva así?

—Dice que tres meses. Pero yo estoy contenta, porque al menos, si hablamos, todo va ir mejor.

—Me alegro mucho, Nat. Si os apetece un par de días en la montaña, me lo dices.

—Nos vamos a Menorca a casa de su madre, pero te tomo la palabra si cambiamos de opinión o decidimos volver antes. Dile a Bruno que le quiero.

—Míma mucho a tu marido. Adiós. Bruno, Natalia dice que te quiere...

—¡Todas me quieren! —dice Bruno con su habitual aplomo sarcástico.

—Yo también te quiero —dice mi madre. Me despido de Natalia y le devuelvo el teléfono.

—¿Has hablado con Óscar?

—Sí.

—¿Y?

—Pues eso, he hablado con él. —Señala con la cabeza a Gina como diciendo «Cuidado».

—Pero ¿qué le has dicho?

—Le he dicho que o espabila o perderá a su mujer y será un capullo integral, porque es una tía espectacular. ¿Quieres que siga?

—No, me hago una idea, pero no sabía que te gustara tanto Natalia.

—No es mi tipo, pero es muy dulce y buena gente, al igual que él. Sería una pena que se rompiera una pareja así.

—¿Por qué crees que no le ha dicho que no se encontraba bien? No lo entiendo.

—Por lo que me dijo, yo diría que es básicamente porque a él mismo le está costando mucho aceptarlo. Se siente indefenso, sabe que está enfermo, pero de algo que no cree que pueda pasarle a él, no sé si me explico.

—¿Cómo puede una persona vital, deportista y naturalista caer enfermo de estrés y depresión?

—Exacto, pero así es.

—Natalia ya lo decía, está bloqueado.

Y ya me extrañaba a mí que mi madre no metiera cucharada en la conversación; muy en su línea, nos regala su opinión.

—Lo que le pasa a ese chico es que esa no le da lo que necesita. Ningún hombre anda

deprimido si le saben levantar la... la... ehmm... libido.

Miranda ha rectificado a tiempo porque Gina la ha mirado mal y se ha dado cuenta de que Maya está en el coche, aunque, a decir verdad, está demasiado concentrada en su juego *Candy Crush* como para enterarse de nada. No soporto esa manera tan despectiva que tiene mi madre de llamar a la gente «esa» y «ese».

—Hablando de libido, ¿creéis que estarán Ricardo Ohms o aquel músico amigo tuyo? Bruno ¿cómo se llamaba?

—Se llama Alfonso. Alfie. ¿Qué estás tramando, Gina?

—Busco opciones, ¿o te piensas que voy a estar contemplando el fuego todas las noches?

—Yo también me apunto. Tiene que haber algún cincuentón divorciado.

—Madre, rondas los 70 —afirmo.

—Eso es una falacia. Te prohíbo que digas esas cosas.

—Madre, la edad es un privilegio y he visto tu carnet de identidad.

—Un privilegio será para ti con esa carita a lo Mia Farrow que parece que no has salido del colegio, y en mi carnet hay un error. Créeme, un día se te va a caer todo sin ni siquiera avisar.

—Mamá, no te ofendas, estás estupenda para tu edad, eso ya lo sabes.

—Pues no creo que tú vayas a tener tanta suerte; siempre has parecido un huerfanito y no sabes sacarte partido. Si no fuera porque tuviste un golpe de suerte con Bruno, no sé qué habría sido de ti.

Respira, ignora, respira, déjalo pasar, déjalo pasar. OOOHMMMM. Se ha hecho el silencio en el coche porque todos esperan mi réplica, pero esta no llega. OOOHHMMMM. Se acabaron los ataques a mi madre, lo juro. Es imprescindible cambiar de estrategia; de lo contrario, las vacaciones serán un desastre. Un cambio de tema es imperativo.

—Por cierto, mamá, estás especialmente delgada, ¿estás haciendo deporte?

Miranda haciendo deporte, jua, jua, jua. Bruno capta la ironía y se sonríe.

—No, cariño, poca cosa, pero sí estoy haciendo una dieta *disasociada* que me ha hecho un amigo nutricionista con quien tuve un *affaire*, y, la verdad, es que va de maravilla.

Me gustaría preguntarle qué es lo que va de maravilla, si el *affaire* o la dieta, me he de morder la lengua, respirar y pensar en positivo para seguir una conversación trivial y desenfadada. Por suerte, Bruno llega al rescate.

—Ah, no, Miranda, chorradas de dietas ni hablar: mi cocina es equilibrada y consciente, pero tonterías de esas, no.

—No, no, si no pensaba decirte nada y en Navidad hay que darle una alegría al cuerpo.

—Pues a eso vamos.

—¿Dónde hemos quedado?

—Hemos de ir al Roc para dejar las maletas. ¿Qué hora es ya?

Bruno se mira el reloj.

—Sí, pues será mejor dejar las maletas e ir a Can Po.

—Papá, ¿podré tomar el queso fresco con mermelada de *gerds*?

Maya ha vuelto a la realidad al oír el nombre de su restaurante favorito.

—Maya, se dice «frambuesa»: en catalán, «*gerd*»; en castellano, «frambuesa».

—Pero estoy hablando en catalán.

—Ah, sí, fíjate bien, ¿estamos hablando en catalán?

—Contigo hablo en catalán y con mamá, en castellano.

—Sí, pero ¿y ahora?

—Castellano. Frambuesas.

—¿Y en inglés?

—*Strawberry* o *raspberry*, me lío.

—*Raspberry* —dice Bruno mirándome con cara de «espero haber acertado» y buscando mi aprobación. Le guiño el ojo como diciendo «lo has *clavao*» y sonrío aliviado. A Bruno no le gusta meter la pata delante de su hija, aunque ella tiene muy claro que lo del inglés a su padre le cuesta un poco.

El Roc o la Roca es un vecindario de masías que hay junto a Camprodón pasado Llanars. No tiene servicios porque no es un pueblo, solo un bar-restaurante y unas vistas envidiables, ya que está situado en una colina elevada. Siempre venimos alguna semana en verano, y solemos pasar la Navidad un año sí otro no, que es cuando Pere, el tío de Bruno, la disfruta con su familia.

Llegamos a la casona y dejamos el coche en el jardín junto al garaje porque está lleno. Parece que todo el mundo ha llegado. Hace un día precioso: si estás al sol no hace nada de frío. La antigua casa está exactamente igual que hace un par de siglos, aunque se han tenido que ir actualizando techos, tuberías y cerramientos para que no se escape el calor.

Lo cierto es que, aunque guarda el encanto de lo antiguo, tiene una cierta falta de mantenimiento que la hace incómoda cuando llega el frío. Personalmente, aunque el invierno en la montaña es hermoso cuando nieva, prefiero el verano, la casona es fresca y no huele a humedad.

Leo sale a recibirnos y con solo mirarle a la cara de lejos percibo que algo no va bien. Ayudo a Bruno con las maletas mientras Maya corre a abrazar a su abuelo. Se quieren mucho.

Por detrás de él aparece también la madre de Bruno, Matilde, que viste pantalones color *camel* y una camisa tejana bajo una chaqueta de lana muy gorda. Siempre lleva el pelo blanco recogido en un digno moño y nunca se maquilla. Tiene la misma edad que Miranda, pero un enfoque absolutamente distinto con respecto a envejecer o cómo vestirse. Ella es una abuela, abuela.

—Princesa, *has crescut*. (*Princesa, has crecido*).

—Hola, *avi* (*abuelo*).

—*¿T'has portat bé?* (*¿Te has portado bien?*).

—Siempre se porta bien, Leo; esta niña es una santa.

—*Avia* (*abuela*) Matilde, un beso.

—Ya han llegado tus primos, pero les he perdido la pista; deben de andar enredando por el bosque.

Leo, el padre de Bruno, es una versión envejecida y más bajita de su hijo, sin su atractivo. Lleva el pelo blanco y largo, viste informal con buen gusto y siempre lleva tejanos y zapatos Camper, polos de color liso en verano y en invierno jerséis de Furest y alguna camisa tejana con chaleco de lana, siempre de Furest. Es un repertorio escaso pero muy digno que le da un cierto aire moderno.

Cuando se acerca a abrazar a su hijo, observo su parecido: los rasgos faciales son similares, pero lo que claramente le falta a su padre es el encanto. Bruno es mucho más alto, pero es su forma de estar en el mundo lo que le hace tan *sexy*, es algo que transmite, con sus pantalones de cuadros de tartán rojo estrechos, un jersey de lana gordo de color crudo y unas botas moteras bajas. Entre los abetos, parece salido de un anuncio canadiense de espuma de afeitar. Cualquiera otro parecería un payaso, pero Bruno, sin embargo, tiene ese don reservado a unos pocos para ponerse cualquier trapo y estar cañón.

Mi marido tiene un enfoque lúdico con la ropa y un talento innato para llevar un *look* a un límite de estética muy personal. Inevitablemente pienso en Lindbergh y su estilo retro cuando va de

sport: también parece jugar al límite del ridículo, y, sin embargo, recuerdo haberme fijado cómo le miraban las mujeres, rendidas, boquiabiertas, tartamudas, con el intelecto obnubilado por su magnetismo. Algo parecido le ocurre a la legión de admiradores de Bruno: cuando se acercan a hablar con él y les sonríe, se quedan mudas y se ponen rojas.

Camprodón, «el Roc», familia, Navidad. No te despistes, Johanna: estamos a lo que estamos, y si te despistas Miranda te meterá en el caldo de Navidad y hará contigo *escudella*. Decido ser amigable, me acerco a ayudar a mi querida madre con su supermaletón de Louis Vuitton.

—Madre, todo el mundo lleva maletas con ruedas. Deberías ingresar en el siglo XXI.

—Te equivocas: si llevas una Vuitton no llevas ruedas, ¿sabes por qué?

—Ilumíname.

—Porque significa que tienes un cierto estatus y no llevas tus propias maletas, te las llevan.

Será bruja... Suelto su maleta y me adelanto a saludar a mi suegra.

—Hija, Johanna, qué susceptible eres, de verdad.

—Johanna, ¿no vas a ayudar a mamá? —me grita mi hermana. Las ignoro y me centro en Matilde; la conozco bien y se cuándo no está católica. Y no lo está.

—Holaaa, he oído que ya han llegado tus nietos.

—Sí, por ahí andan, pasa. Cayetana y Daniel están aquí en la cocina. ¿Ya te lo ha dicho Leo?

—¿El qué?

—Se ha apagado la caldera hace un rato y tu suegro anda como poseído intentándola arreglar.

—¿No funciona? ¿Otra vez?

—No, ya hemos reservado en el antiguo hotel Rigat por si no podemos dormir aquí. ¿No se va enfriar tu madre así con ese escote?

—No te creas: Miranda nos enterrará a todos, ya verás.

—Pues yo la veo muy guapa y muy delgada.

—No te digo que no, pero ¿tú no dirías que se ha equivocado y en vez de ir a pasar las Navidades en familia en la montaña se va al Liceo?

Nos llamamos porque llega Miranda.

—Hola, Matilde, te veo bien.

Se dan dos besos de esos de consuegra que apenas se rozan las mejillas...

—Miranda, estás tan joven...

—Sí, bueno, llévame a mi habitación para que me quite los tacones y me ponga algo más bajo.

—Puedes cambiarte en el baño de cortesía, pero yo de ti no desharía las maletas: la caldera no arranca. Solo tenemos las chimeneas y no hay agua caliente.

—No fastidies.

—¿Te he dicho alguna vez que mi marido es un burro?

—Estoo, diría que sí lo has mencionado...

—Pues es un burro, mira que se lo dije, y ahora todos al hotel. Un burro.

—Muy listo no es, eso ya lo sabemos —intervengo, antes de que decidan maniatar a mi suegro y quemarle en un aquelarre.

—No es culpa suya, Matilde; estuvo Bruno hace dos días con él y con nuestro Boris y la arreglaron.

—No. Johanna, es un burro porque esa caldera se tenía que haber cambiado hace diez años y no le da la gana. Y ya no digamos su hermano, no quiero hablar del tema. Pasad a saludar a Caye y Dani. Dejad todo en la entrada; yo no me molestaría en subir las maletas.

—Pues sí que empieza bien la cosa. Igual tengo que revisar la agenda: tengo un par de amigos

que tienen casa por aquí —dice mi madre, tan amable como siempre. Nos hemos quedado como bloqueadas en el recibidor en vez de seguir a Matilde a la cocina.

—Madre, es Navidad. No sé si te puedes enchufar tan fácilmente en casa ajena.

—Querida, yo no me enchufé, en todo caso me enchufan.

—No seas desagradable.

—Ay, hija, no sé qué ve tu marido en ti. Eres tan sosa, tan aburrida... Por cierto, no veo a los demonios de tus sobrinos, ¿cómo los llama Bruno?

—Pixie y Dixie.

—Eso, ¿dónde andan?

—En el bosque, ha dicho su abuela.

—Hay que tenerlos vigilados, son peligrosos.

—Mira, en eso sí que estamos de acuerdo. Confiemos en que Gina, la tía supercalifragilística, sepa tenerlos ocupados.

—Creo que voy a ponerme cómoda.

—¿No vas cómoda con escote de vértigo y tacones?

—Vamos a llevarnos bien, Johannita, guapa.

—Vale, pues no me llames Johannita.

—¿Queréis dejar de comportaros como escolares e ir a saludar a la familia? —nos riñe mi hermana, que es como un predicador en el desierto.

Bruno dice que hacer un cierto sacrificio por aceptar a alguien te hace sentir mejor contigo mismo y que una vez que lo consigues has crecido como persona. Sabiduría mundana o, quién sabe, cosas de Jedi. Quizás el esfuerzo me deje ciega o sorda, pero hay que intentarlo.

Si abandono el gen belicista que se me activa con solo ver a mi madre y me dedico a disfrutar de la familia seré mucho más feliz estas vacaciones. Hay que decir que, a veces, Miranda puede ser el alma de la fiesta: buena comida, mucho vino y licores con largas siestas son la clave. Espero que no tengamos que pasar las vacaciones en un hotel o se perderá esa magia familiar, sobre todo el día de Navidad.

Caye y Dani están junto a la chimenea: al venir del sur siempre tienen frío los primeros días, hasta que se acostumbran. Caye es una morena sensual y exuberante, tiene esa lenta cadencia del sur tan atractiva; nada le estresa, nunca tiene prisa, todo lo relativiza, lo que puede llegar a ser un problema soberbio teniendo dos gemelos de ocho años capaces de sembrar el terror a su paso como Atila o Iván el Terrible.

¿Tienen los niños maldad? Sí, algunos la tienen, en nuestra familia damos fe. ¿La maldad infantil nace o se hace? En este caso nace: esos niños son demoníacos desde el primer momento. Estamos hablando de crueldad intrínseca con cualquier tipo de ser vivo, especialmente insectos y animales de pequeño tamaño. Hablamos de pájaros, todo tipo de roedores, gatos.

Cayetana tuvo que dejar de trabajar en el negocio del *kite surf* porque cuidadoras, asistentes, *au pairs* o canguros se despedían. Duraban una media de seis horas y como máximo tres días, y eso solo fue excepcionalmente, cuando Pixie y Dixie cogieron salmonelosis por comerse los huevos de algún nido que habían desbaratado y estaban tan débiles que durante dos días se comportaron como dos angelitos convalecientes...

Bruno dice que tienen alma de delincuentes, su madre dice que simplemente tienen malas ideas y no se paran a pensar en las consecuencias de sus actos. Yo digo que eso es exactamente lo que hacen los psicópatas, no tienen empatía. Sin embargo, son inteligentes y no van nada mal en los

estudios teniendo en cuenta que en la escuela suelen estar poco. Se dice de ellos que hacen novillos desde los cuatro años.

Maya, que es amante y defensora de los animales y por ello no conecta con sus primos, no siente placer alguno haciendo estallar una víbora por hacerle tragar un petardo encendido, ni por hacerse un collar de lagartijas muertas, ni por pisar tantos huevos de ave como pueda encontrar.

En fin, ¿estamos listos para convivir con ellos y con la parsimonia de sus padres? No, no lo estamos, nadie querría vivir con los hermanos de Chucky, que da la alegre casualidad de que además son gemelos y pelirrojos. Una rabieta de esos dos es lo más parecido a un ataque de epilepsia que yo haya presenciado. Aunque desde el año pasado Bruno ha desarrollado una especie de pacto, no pueden jugar en casa ni traer bichos. Lo que hagan en el bosque se queda en el bosque.

Dani se parece más a su padre que a Bruno, pero, aun así, es fácil adivinar que son hermanos si están juntos: tienden a mimetizarse y hablar de forma similar. Dani no ha crecido, sigue con el mismo enfoque vital que a los dieciocho años, y si se lo ha podido permitir es gracias, en parte, a haber heredado de su abuela materna.

Si la vida es una partida de póquer que todos acabamos perdiendo inevitablemente, tanto Bruno como Dani la juegan con un par de ases en la manga. Eso les permite, al menos de momento, vivir un poco como les da la gana y tomar decisiones algo más arriesgadas que la mayoría de padres de familia.

El nirvana para Dani sería poder permitirse ser un surfero toda su vida hasta el final. Amigos, cerveza, algo de marihuana y el mar, la familia también, claro, pero muchas veces me pregunto si su relación con Cayetana sobreviviría si tuviera que trabajar en una aseguradora o en un banco.

—Johanna, con ese pelo estás igual que de chica —dice Caye con su fuerte acento del sur.

—Hola, Caye, tú sí que estás igual de guapa que siempre. Dani.

Saludo a mi cuñado. Los dos se acercan a besarme con una sonrisa franca. Llevan los abrigos puestos.

—Hola, Jou. Te ofrecería una cerveza, pero mejor vamos tirando: aquí hace un frío inhumano.

No sé de qué me habla, porque mi intención era quitarme el anorak y sentarme cerca del fuego.

—¡Sois unos exagerados! —dice Matilde. Y es verdad.

—Bueno, sugiero que no nos pongamos histéricos y dejemos que Bruno y Leo se encarguen de esto. Siempre podemos volver a Barcelona.

—Ay, no te lo he dicho, Johanna: tu suegro y yo hemos contratado a unos chicos de tu Boris para que nos pinten el piso aprovechando las vacaciones. Han empezado esta mañana.

No puedo evitar reírme por lo estúpido de la situación: en mi casa no cabemos todos.

—Bueno, ya veremos. ¿No van a intentar arreglarlo de nuevo? —pregunto.

—Suerte que está aquí Bruno, a él seguro que se le ocurre algo inteligente. Voy a ver qué traman —dice Dani, que siente una admiración casi enfermiza por su hermano, y desaparece de la cocina, en el mismo momento que entra Miranda enfundada en unos pitillos que son como una faja técnica a juzgar por lo estrechos que le van, pero aun así no logra disimular la barriga. También se ha puesto un jersey de *mohair* de pico sin nada debajo, es decir, con escote, y lleva sus nuevas deportivas con cuña, lo cual significa que el tacón está escondido dentro del zapato y vuelve a ser tan alta como yo.

—Cayetana, guapa, ¿cómo estás?

—Bien, Miranda, pero tú sí que estás... ideal, no sé qué haces: si vieras mi madre con su luto y su rosario..., es que sois dos abismos, vamos —comenta mi cuñada con su acento.

—Hay que moverse, Caye, yo soy una señora viajada y de mundo.

Sí, pero de los mundos de Flipi, pienso yo para mis adentros.

—Es que la mía no ha salido del pueblo y anda con sus misas...

—Pues mira, yo estoy pensando en adoptar algún negrito o una niña india de esas.

¡Ahhh «de esas»! Mira por dónde, ahora se cree Angelina Jolie. Me hace gracia la cara de susto de Matilde al oír los planes de adopción tardía de mi madre, se le ha desencajado la cara. Le he guiñado un ojo con una sonrisa y enseguida ha visto que son solo eso, cosas de mi madre. Bueeno, ya he tenido suficientes confesiones surrealistas por hoy; creo que voy ver qué hace Maya y dejaré a las señoras en su salsa.

—Voy a buscar a Maya, ¿te localizo a los niños?

—Tendrás que pegar cuatro gritos, se hacen los locos.

—Seguro que están en el cobertizo.

—Huy, espero que no, porque Leopold se lo ha prohibido. Ya sabes cómo son, angelitos.

¡Angelitos! Hay cosas que no cambian, y la ceguera de esta mujer con respecto a sus dos monstruos es una de ellas. Salgo a respirar aire fresco y me los encuentro a todos, menos a Pixie y Dixie, hablando sentados en la mesa del porche. Todo parece estar ya decidido. Me siento entre Gina y Bruno, por primera vez desde que hemos llegado, me fijo en las privilegiadas vistas de la casa sobre el valle y recuerdo que, aparte de leer y dar algún paseo, lo que más me gusta hacer aquí es quedarme absorta contemplando los matices del invierno.

La comida en Can Po, en el vecindario de Rocabrana, ha sido un poco caótica. Teníamos un reservado, y por primera vez en muchos años no había bacalao. Eso ha sido una gran decepción para Matilde, que se ha bloqueado y no sabía qué pedir, haciendo que el proceso se eternizara mientras los demás comíamos el fuet de cortesía y les dábamos al pan con tomate y al vino.

Can Po es una antigua casa catalana reconvertida en restaurante que posee todo el encanto de la montaña; hacen un *steak tartar* muy decente y un *carpaccio* de gambas excelente.

El primer incidente tras el bloqueo de Matilde lo ha protagonizado Miranda, por supuesto, no podía ser de otra manera. Como si no hubiera comido jamás en este restaurante, ha decidido que quería una botella de agua mineral de cristal y se ha negado a beber agua de la jarra que suelen servir, ya que siendo agua pura de la montaña es lo que bebe todo el mundo.

En los postres todo va mucho mejor y la conversación se distiende. Con los licores hay incluso una cierta relajación, aunque todos estamos nerviosos por el tema de la caldera, de la que aún no tenemos noticias.

Después de comer hemos quedado en el Casal, lo que sería el casino del pueblo, el lugar de reunión donde se juega a las cartas o al billar y que además es un bar donde por la noche hacen unos *gin-tonics* más que dignos con todo tipo de ginebras. El Casal de Camprodón está justo al lado del antiguo hotel Rigat, en la plaza mayor.

El pueblo ha experimentado un crecimiento espectacular, pero sigue siendo uno de los más bellos de Cataluña, con su puente románico sobre el río Ter y sus casas de piedra; su paseo Maristany, que es una joya con sus pequeñas mansiones, creado en los años 20 para disfrute de los ilustres veraneantes de la época, es también un símbolo de la opulencia del pueblo. Siempre me ha gustado ir a correr por el frondoso Maristany, especialmente en otoño. Si no hay otro remedio que quedarse en el pueblo al menos disfrutaré de unos buenos paseos, eso si no nieva demasiado.

Hacia las cuatro y media ya hemos invadido el Casal, un bar grande típico de montaña con mucho pino por todas partes y que sirve a dos terrazas en la plaza mayor que se pueden ver desde los amplios ventanales que dominan toda la plaza.

Aún sin noticias de la caldera, todo el mundo se distribuye para pasar una tarde distendida pero aparentemente larga; los mayores se sientan a jugar a las cartas, los jóvenes nos enfrascamos en una partida de billar y Maya se pone a leer su libro. Para alivio de todos, Pixie y Dixie tienen permiso para ir a jugar fuera, pero no para meterse en el río.

—Si les dejas cazar bichos se entretienen y no enredan.

—¿No te preocupa que se hagan daño? —pregunto mientras restriego la tiza en la punta de mi taco.

—Son duros como piedras, tienen malas ideas, pero son más miedosillos de lo que parecen.

—Tú los conoces mejor...

—No te imaginas, Johanna, lo que daría por tener una niña como Maya.

—Aún estáis a tiempo; eres muy joven, Caye.

—Ya, pero es que a Dani no le apetece, no le hace ilusión y así, pues como que no, ¿tú me entiendes?

Yo a quien entiendo es a Dani: no vaya a ser que le salga «la niña del exorcista» y tenga que andar con biblias, agua bendita y esas cosas.

—Bruno tampoco parece querer más hijos.

Aunque en su caso y, según él, no es sino por lo contrario, Maya le hace inmensamente feliz y le ha aportado la dosis de paternidad recomendada para dos vidas. No necesita más, le gusta poder concentrarse en la hija que tiene, aunque siempre me ha dicho que si viniera otro niño por sorpresa estaría encantado y cambiaría de opinión sobre no tener más hijos al instante.

Entiendo perfectamente cuando Caye dice que es importante que tu pareja muestre una ilusión inicial a tener hijos, de lo contrario la cosa puede ir mal. Conozco parejas en que ella se ha empeinado en tener un segundo o un tercer bebé, y tras un breve periodo ha sido el fin del matrimonio. Cuando ya se tienen hijos hay que saber analizar el porqué de ese deseo y cuando no se tiene ninguno también, por si acaso.

Doy un sorbo a la clara que he pedido mientras Caye abre la partida metiendo dos bolas de las rayadas. Dani y Caye van juntos y se piden rayadas. Tiro yo, solo meto la roja; al menos no he fallado. Le toca a Bruno, pero hace rato que está junto al ventanal observando algo. Voy en su busca.

—¿Qué miras?

—El Audi R8 descapotable que acaba de aparcar en la plaza.

—Uaaala.

Es como ver una nave espacial dentro de un castillo románico: no concuerda. El coche con aspecto de ser el de Batman apaga las luces y de él sale un joven alto con pelo oscuro peinado hacia atrás, viste un abrigo de *tweed* y una bufanda de rayas. El tipo se acerca al maletero, pero en vez de abrirlo, se apoya en él y otea a su alrededor como intentando ubicarse.

—Bruno, creo que he bebido demasiado... Me parece estar viendo a Lindbergh...

—Es Alex, Jou. Coge tu abrigo y dile a Caye que ahora volvemos. Te espero en la puerta.

Eso es fácil de decir, pero tengo las piernas de espagueti y se me está formando un peso en el pecho que solo me permite respirar a bocanaditas pequeñas, como un pececillo.

Mi abrigo está junto al billar. No sé qué cara tengo por fuera porque no me atrevo a mirarme en uno de los espejos ni de reojo, pero diría que es de loca, los ojos muy abiertos, la sonrisa maquiavélica y respirando a poquitos.

—Esto... Caye, haced vosotros una partida. Bruno y yo ahora volvemos.

—¿Va todo bien? Estás rara.

—Todo estupendo, es-tu-peeendo. Hemos visto a un amigo, vamos a saludar.

Me ha salido un tono didáctico de pirada; me giro y me voy a toda prisa para que no se note más mi nerviosismo. «Estupendo», ¿qué palabra es esa? Yo no hablo así.

Bruno y yo salimos juntos y él saluda haciendo aspavientos con los brazos. Alex le ve enseguida y devuelve el saludo con una gran sonrisa. Ambos caminan deprisa el uno hacia el otro sonriendo; yo voy detrás: cuando tienes las piernas de gelatina es difícil seguir el ritmo.

—¿Y ese trasto? —le grita Bruno andando rápido cuando aún le faltan cincuenta metros para alcanzarle.

—Estoy pensando en comprar y querer probar trasto contigo...

—¡Oh, tío! ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí, quiero —dice Lindbergh, que ya está a la altura de Bruno, y se funde con él en un abrazo que a mí me parece eterno, no se sueltan. Me da tiempo a llegar, a recuperar el resuello y ahí siguen abrazados con los ojos cerrados, sin decir nada.

—¿Qué haces aquí, Alex?

¡Oh, mierda!, eso ha sonado a reproche, aunque no era mi intención; me han traicionado los nervios y he roto el momento. Aún con la mano en el hombro de Bruno, Alex se queda mirando al suelo unos segundos como pensando qué decirme, con una media sonrisa triste en la boca, luego se gira muy despacito, cuando me mira a los ojos... se me congela el alma.

No dice nada, solo me mira con tristeza. Yo estoy en blanco, sin actividad en la azotea y con un peso en el pecho que amenaza con hacerme romper a llorar. A él se le ve hecho polvo; con todo lo guapo que es, tiene muy mala cara.

—¡Eres bienvenido! ¿Cómo estás? —le dice Bruno, reclamando de nuevo su atención.

—¡Mal! Mí no duerme

—Ya veo, estás hecho puré.

Sigue mirándome a los ojos a mí mientras habla, cuando se me acerca, instintivamente doy un paso atrás. Entonces se gira hacia Bruno y le dice:

—Lo siento, Bruno, mí pensar que poder estar lejos, pero estar hecho mierda...

Al oír su voz quebrarse, Bruno le interrumpe poniéndole la mano en el hombro.

—Alex, toda nuestra familia está en la ventana mirándonos, tranquilízate. Todo está bien.

—¿Estáis en hotel, qué habitación? —dice Alex. Su voz rezuma urgencia y cansancio.

—No, no. Alex, no podemos subir a la habitación. Vamos a dar un paseo.

—Hace frío, ¿podemos ir a un café? —digo. ¿Por qué nunca puedo estar a la altura de las circunstancias? Quiero decir: ¿a quién coño le importa el frío en un momento así? Lo que no se me escapa es que Bruno quiere llevarse a Alex fuera de la vista de la familia sin dejar tan siquiera que me abrace.

—No, vamos hacia el puente. Venga, vamos.

Caminamos separados como si tuviéramos prisa, como si supiéramos dónde vamos. Nos alejamos del hotel. Nos adentramos entre callejuelas; hay una muy estrecha que lleva por unas escaleras justo debajo del puente.

—¿Por qué no me dijiste que venías? Hemos estado hablando estos días.

—Frey me decir vosotros sin calefacción y yo alquilar casa todo rápido.

—Llevamos días intentando arreglarla, pero va a haber que cambiar toda la caldera y no hay forma de hacer un apaño para que funcione. ¿Cómo sabía Frey lo de la calefacción?

—Ah, pues por Natalia, supongo... O Gina —digo vagamente, pero fui yo quien se lo dijo a Adrian porque no sabía dónde tenía que entregar el coche si la calefacción no funcionaba.

—Bruno, esto..., sabes que Alex no se puede quedar.

—No, mí dejar casa a vosotros y volver a Barcelona.

—¿Cuántas habitaciones tiene? —le pregunta Bruno mientras baja las escaleras con cuidado de no resbalar. Está oscuro y huele a orín y a moho.

—Seis *double-rooms and some single* (seis habitaciones dobles y algunas individuales), no sé exactamente.

—¿Por qué alquilas una casa para tantos tú solito? ¿Por qué no alquilas algo tipo *cottage*? —No es que sea importante, pero me mata la curiosidad.

—Ah, no sé, me gustar esta; conozco a dueño de Airbnb y me aconsejar esta y hacer buen precio.

Cuando eres «muchimillonario» y viajas en *jet* privado, no se te ocurre alquilar un apartamentito apañado de dos habitaciones; sencillamente tus búsquedas en Internet son otras.

—¿Airbnb, el portal de Internet donde alquilas casas de particulares por días?

—*Yeap*.

—Perfecto, eso lo explica todo...

—¿Qué explica?

Espera, Alex, que viene un momentazo telepredicador.

—Que has sido tan amable de mover contactos y conseguirnos una casa para que podamos estar en familia, celebrar la navidad y cocinar como teníamos previsto y todo en un tiempo récord... Tú te quedas en el hotel.

—*Well, you see*, mí tener alquilada una casa para *business meeting* con empresarios y cerca de vosotros para poder ver a vosotros también, pero se cancelar y ahora casa libre para vosotros. —Sonríe como diciendo «Mi explicación es mucho más creíble».

—No está mal —dice Bruno aun dándole vueltas. Alex prosigue:

—Yo no mí quedo en hotel porque *the best alibi*. ¿Cómo dices «*alibi*» en español? —me pregunta.

—Coartada.

—Mejor coartada es estar los tres juntos, imposible nadie pensar la verdad si los tres juntos con toda familia, todos en misma casa, mismo techo.

¡Nooo! Huy, qué cabrón tan listo: *menage* navideño y familiar en las narices de todos. Ni muerta.

—¡Ni de coña!

—Jou, es brillante, quién va a sospechar.

Ay, Bruno... Por dios, si lo está sopesando realmente. Ahora sí que me cabreo. Y no sé muy bien qué hacemos en este oscuro y maloliente agujero frente al río, bajo el puente, cuando oigo que Bruno le dice a Alex:

—Lo discutiremos más tarde. ¡Y ahora ya puedes besar a mi mujer! Aquí no nos ve nadie.

Alex y yo nos quedamos atónitos.

—Venga, daos prisa, que me estoy congelando... ¡No! Espera un momento —exclama Bruno con la mano en alto, se acerca a Alex y le abraza con fuerza, casi con furia. Alex le corresponde y

juntan sus frentes y se miran a los ojos ambos respirando sonoramente, o quizás sean suspiros, qué sé yo.

Es un rollo camarada que pone los pelos de punta y que no había visto en mi vida, pero está claro que se quieren y que están muy emocionados, como si ambos hubieran temido no volverse a ver más.

Los observo despeinarse el uno al otro como jugando y se vuelven a abrazar; necesitan tocarse para transmitirse lo que sienten. A Alex se le ha quedado todo el flequillo suelto; debía de llevar fijador, aún se le ve triste, pero ahora le brillan los ojos y sonrío intentando domar el flequillo.

—Te has quedado flaco. Voy a tener que asegurarme de que te alimentes bien.

—Os he tenido de menos —dice Alex sin poder disimular la emoción en su voz. Nos hemos echado de menos, eso está claro.

Esta vez cuando se me acerca no tengo escapatoria, ni ganas de escapar. Bajo la atenta mirada de mi marido, Alex me pasa la mano por la cabeza tocando mi pelo corto, como se hace con los niños que te caen bien. Hipnotizada por la profundidad de su triste mirada, le permito que me acaricie las mejillas recorriendo como un ciego con sus largos dedos mis pómulos, mis ojeras, mis labios. Y me dejo llevar por su voz sensual. Sus palabras me reconfortan como un salmo revelador.

—*Nothing hurts as much as your disdain. I feel maximum vulnerability now. I needed time and that's all I'm asking, time to love you. (Nada me duele más que tu desprecio. Ahora mismo me siento vulnerable al máximo. Necesitaba tiempo y es todo lo que te pido, tiempo para quererte).*

Niego con la cabeza y me repite:

—*Johanna, I see traces of you everywhere. Without you I'm alone. (Johanna, veo rastros de ti por todas partes. Sin ti estoy solo).*

Intento protestar y con apenas un hilo de voz, mientras sujeta mi cara, le digo:

—Nunca te he despreciado y, por favor, no me hables de vulnerabilidad. Te fuiste. Te fuiste, Alex.

—*I know, baby, but I'm back (lo sé, pequeña, pero he vuelto), ¡y quiero mi beso!*

Y como cuando estás viendo una película triste, que se te caen las lágrimas, pero no te das cuenta y tienes un sentimiento de vacío, pero a la vez sientes un cierto placer porque estás viendo algo bonito, no me doy cuenta de que estoy llorando hasta que Alex me seca las lágrimas con sus largos dedos y se acerca a mi boca. Por fin me besa.

No es un beso sensual y ardiente, porque no me inflama por dentro, es un beso desesperado, un «te quiero tanto, no vuelvas a dejarme». Sabe a miedo, a urgencia, a desesperanza.

Me separo un poco para mirarle a los ojos y tengo la total certeza de que me quiere, me quiere tal cual soy, es la misma certeza que me une a Bruno, sin reservas.

—*Do you love me? (¿Me quieres?).*

—No, ya lo sabes.

—¡Eh! Esa es mi frase —bromea Bruno poniéndole la mano en el hombro y anunciándole así el fin del momento íntimo—. Eso no se pregunta tío, se sabe. ¿Tú lo sabes?

—Mí cree que sí —contesta Alex mirándome a los ojos.

—Bien, pues vamos: tenemos una pequeña comedia que representar. Vamos.

Volviendo sobre nuestros pasos y Bruno interroga a Alex sobre la casa que ha alquilado. Le pregunta dónde está, y si tiene una buena cocina, mientras yo, un poco rezagada, no puedo evitar repasar cada palabra, cada sensación de nuestro encuentro.

Tengo los nervios a flor de piel, y cada poro de mi cuerpo está totalmente atento al exterior; siento el viento helado en la cara como si fuera la primera vez. Tengo la certeza de que me quiere, se ha sentido vulnerable, rechazado, y yo confusa y perdida, lo mismo que Bruno, pero la certeza de que me quiere es una revelación y me proporciona, al menos de momento, una cierta paz interior. Paz interior, ya, claro, vamos a ver de qué nos sirve... Veo que Bruno desenfunda su móvil.

—¿A quién llamas?

—A Fina y a Pere.

—¿Para?

—Esta noche dormimos en Les Cols, nosotros tres.

Alex se le ilumina la cara. Ay, madre mía, es lo que tiene subirse a una montaña rusa: a veces acelera, otras, cae en picado. Cualquiera otro tendría complicado cenar en Les Cols llamando la misma tarde, pero estamos hablando de Bruno, para quien el mundo de la gastronomía local no tiene secretos. Casi llegando a la plaza, cuelga el teléfono.

—Arreglado, cenamos y dormimos en Les Cols esta noche. Primero llevamos a la familia a la casa, pero dejadme hablar a mí: mi padre va a necesitar vaselina.

—*We have a maid (tenemos una asistenta)* y cocinero becario, jardinero incluido con casa...

—¿Hay servicio?

Alex afirma con la cabeza encogiéndose de hombros como diciendo «Pues claro, tío, quién va a limpiar, ¿yo?».

—Vamos a ver... la chica se queda, pero el cocinero se va.

—Tú cocinas, *ok, the cook is gone (el cocinero se va)*. ¿Qué más?

—Nada, tú habla poco y sígueme el juego. Hemos de pensar por qué no estas con tu familia en casa.

—Oh, mí trabaja siempre y yo pasar *Thanksgiving* en casa. Kalani se ir con familiares.

—¿Kalani se ha ido a ver a unos familiares?

—No, pero poder ser, tiene familia *in* Alaska.

—¿A Alaska en invierno?

Alex se encoge de hombros otra vez como diciendo «¿Por qué no?».

—Vale. O sea, tu madre está en Alaska.

—Bruno, Kalani es su abuela.

—Ah, ¿y tu madre?

—Mi madre *budist*, nunca celebra Navidad.

Por un momento me viene la imagen del pequeño Alexander Lindbergh con su uniforme de colegio interno del continente, quizás de Boston, llegando a una casa *hippie*, una comuna donde no hay Navidad, refugiándose en el surf y en su abuela Kalani entre pastos de lavanda. ¡Mira, me ha salido un *spot* navideño!

—¿A que no sabes por qué Santa Claus está siempre tan contento? —le pregunta Bruno a Alex.

—No.

—Pues porque sabe exactamente dónde viven todas las niñas malas... —dice Bruno en tono lascivo guiñándole un ojo. Alex se monda con su ya habitual carcajada echando la cabeza hacia atrás. Me encanta verle reír, ya parece más él mismo, algo más despreocupado. Al contrario que yo, que he empezado a hacer rechinar los dientes conforme nos acercamos al bar. Bruno tiene razón: hemos de dejar que él se encargue de todo, cuanto menos digamos, mejor.

Cojo aire abriendo la puerta para entrar la primera y veo a Maya salir a la carrera y tirarse en

los brazos de Alex. Él la coge, la estrecha en sus brazos; cuando la baja al suelo, en vez de seguirnos y entrar en el bar detrás de Bruno y de mí, se van en dirección contraria y se acercan a un banco de la plaza.

Dejo que Bruno hable con su padre mientras vigilo de lejos a Miranda: no parece haber visto a Lindbergh, o habría salido a saludarle y tal vez a proponerle una inversión segura. En cambio, Gina sí que se ha dado cuenta, está en la ventana observando. Me acerco a ella.

—Vaya casualidad, ¿no?

—No creo, bueno, no exactamente. Ya te lo contará Bruno, pero parece que Alex tiene una casa aquí donde nos podemos quedar...

—Pues qué conveniente. ¿También viene Frey? —dice mi hermana en tono sarcástico, haciéndome dudar de si sabe algo más de la cuenta sobre nosotros, o quizás por Frey. ¿Frey sabe todo? Joder, ya me estoy poniendo histérica.

—Creo que no, tiene familia...

—Y Lindbergh, ¿no tiene familia?

—Gina, no tengo ni idea; pregúntales a ellos, no sé más que tú.

Volvemos la atención hacia la plaza; algo no va bien: Maya está llorando abrazada a Alexander. Gina se sobresalta.

—Algo le pasa, vamos.

Pero Bruno, que está justo detrás de nosotras, le cierra el paso.

—Bruno, está llorando.

—Ya nos lo contará Alex, o ella. Los niños también necesitan intimidad.

—Bueno, tú eres su padre...

—Y tú la mejor tía del mundo, pero muy sobreprotectora...

—Bruno, Gina tiene razón, y si le ha dicho lo del gato, él seguro que lo sabe.

—Johanna, conoces bien a Alex; ¿cómo se te ocurre pensar que le diría lo de Pío?

—Tienes razón, no tiene sentido.

—Venga, señoritas Mayer, no os preocupéis más, seguro que hay una explicación lógica. Dadles un ratito. Ahora nos vamos todos de paseo al Maristany, esto es, cuando acaben con sus respectivas partidas. Hay que localizar a Pixie y Dixie. Dónde estarán esos malditos roedores...

Bruno exhala optimismo; seguro que convence a su padre y a todos de lo natural y común de la situación. ¿Para qué están los amigos con dinero? Pues para eso mismo, que si no tienes casa, te ceden una mansión.

Qué extraña reacción la de Maya... Me muero de ganas de preguntarle a Alex por qué lloraba. La observo sentada con la cabeza apoyada sobre su pecho, ya más calmada y sonriendo a sus bromas. Veo que se levantan y se encaminan hacia el bar, Bruno también se percata.

Al entrar Maya, su padre le pregunta:

—¿Estás bien? Me ha parecido que tenías un mal momento.

—Ah, no, me había clavado una astilla y Alex me la ha quitado. No ha sido nada, ya no duele.

Trolaaa. Mentira podrida, conozco a mi hija. Bruno se queda mirando a Lindbergh muy serio; a juzgar por su reacción, también él se ha dado cuenta de que miente, y no creo que a Gina le haya colado tampoco.

—Bien, pues haznos un favor a todos y ve a buscar a tus primos al río, luego iremos a ver la casa que nos presta Alex, ¿vale?

—Vale.

Tal como se va nos quedamos los tres mirando a Lindbergh como diciendo «Suéltalo ya». Gina

dispara primero.

—¿Qué le pasa a la niña?

—Hola, Gina. No pasa nada, todo está bien.

—¿Sí? ¿Y por qué lloraba?

—Mí no puede decir nada; mejor explico, aunque yo prometer no decir a vosotros.

—¿No decir el qué, Alex?

—Maya me preguntar si Santa Claus son los padres...

—Oh, mierda, ¿y qué le has dicho?

—*The truth. (La verdad).*

—¿Por qué, Alex? ¿Por qué le has dicho la verdad? Eso no te corresponde a ti... —digo antes de que Gina le suelte algo peor.

—Primero Maya me hacer prometer que yo digo verdad, y luego cuando no querer decir se enfada, como tú, Johanna. Ella ya sabía, solo necesita preguntar.

—Si ya lo sabía, ¿por qué lloraba? ¿Y por qué no quiere que nosotros lo sepamos?

—Me hacer prometer no quitar ilusión a vosotros y llorar porque perder ilusión ella. No es mismo.

—Has hecho bien, Alex, no te preocupes. —le tranquiliza Bruno.

—¿Ibas a decírnoslo?

—No ahora... *I gave my word. (Había dado mi palabra).*

—Bueno, disimularemos hasta que sea ella la que nos lo explique.

—*I'm sorry* si yo hacer mal. *She's great (ella es genial)*, mí gustar tener un hijo como Maya.

—Sí que lo es —dice Bruno, dejando por zanjado el tema y abrazando a Gina, a la que se ve bastante molesta. Supongo que cree que Alex le ha usurpado la confesión y que era ella la que tenía que ser protagonista de este pequeño episodio del crecimiento emocional de mi hija. Se hace mayor, y sigue en su línea queriendo protegernos. Realmente es una niña genial. ¿Lindbergh quiere tener hijos? Primera noticia, supongo que son cosas que se dicen sin pensar...

Hay que llevar a mi suegro Leo, «el burgués renegado», a ver la pequeña mansión de Lindbergh. Pese a haberse criado entre chóferes, secretarios y servicio, Leo no soporta ninguna manifestación de ostentación, la palabra «lujo» le repele. Todavía con más de sesenta años se libra en su interior una batalla diaria entre el niño rico que fue, el joven comunista que le hubiera gustado ser y el burgués ahorrador y austero que parece ser hoy en día.

Bruno sabe que el bolsillo es la clave y, aunque se negará en un principio, esta pequeña extravagancia no tiene por qué costarle ni un euro: eso debería ser argumento suficiente para Leo. Espero que la casa no sea muy moderna, tipo rectángulo minimalista de cristal, ya que eso también podría ser un problema, como lo es el servicio. Bruno tiene razón cuando dice que va a necesitar vaselina, o un milagro.

Hay movimiento; parece que las partidas acaban. Miranda levanta la vista y ve a Alex; se le ilumina la cara al tiempo que se recoloca el escote, coqueta como siempre. Mi suegra parece sentir una curiosidad por Lindbergh que yo llamaría «sin precedentes», porque la curiosidad no es uno de sus rasgos vitales.

La mejor defensa es un buen ataque; cojo del brazo a Alex y lo llevo a conocer a la familia. Sé que es un alarde de valentía por mi parte, pero si no pongo mi granito de arena en esta situación y actúo con total naturalidad, puede ser un desastre. Acabo de decidir que no quiero que me pillen otra vez titubeando o embargada por las circunstancias.

—Familia, muchos no conocéis a Alex, Alexander Lindbergh.

Huy, madre, ni que estuviera presentando al príncipe....

—Alex, ya conoces a Miranda, y esta otra señora tan guapa es Matilde, la madre de Bruno.

—Señoras, un plaserr —dice, bajando caballerosamente la cabeza. Las dos le observan; es lo que tiene, es difícil dejar de mirarle. A mí me pasa lo mismo. Leo se nos acerca.

—Leopold Martí, el señor Alexander Lindbergh.

—Alexander, por favor.

—Lindbergh, ¿como el fotógrafo?

—Como el aviador.

—¿Charles Lindbergh?

—Sí. Mi padre.

—Quieres decir tu abuelo; recuerdo su hazaña perfectamente, y yo era solo un bebé.

—Ser mi padre.

Me parece que le molesta que siempre le hagan esa apreciación sobre las extrañas circunstancias de su nacimiento.

—Bueno, como sea; créeme, fue uno de los héroes de mi infancia. Lo sé todo sobre tu padre, aún conservo un álbum de recortes.

—¿Le interesa aviación?

—Esto..., mmm, me interesaba de crío, supongo. Estoy haciendo memoria, que ya no es lo que era, pero no secuestraron a su hijo, es decir, a tu hermano. «El crimen del siglo», lo llamaron. ¿Recuerdas, Mati? Cambiaron las leyes, la ley Lindbergh: a partir de entonces el secuestro fue delito federal en Estados Unidos. ¿Cómo se llamaba el secuestrador?

—Hauptmann, Richard Hauptmann.

Miranda interrumpe.

—¡Ay, no hablemos de cosas tristes! Cómo me alegro de verte, Alex. Tenemos que hablar de negocios.

—Ah, no, Miranda, *no business*. Es Navidad.

Bruno interviene.

—Bueno, familia, si no os importa, poneos los abrigos, que vamos a dar un paseíto hasta el Maristany.

—¿Y qué se nos ha perdido?

—Vamos a echar un vistazo a la casa que había alquilado Alex para una reunión de trabajo con todos los *managers* de sus hoteles. Se ha tenido que cancelar y, bueno, nos la ha ofrecido para pasar las Navidades.

Miranda inicia su inquisición cogiéndole del brazo.

—¿No te quedas?

—Mí tener pensado volver a Barcelona.

—¿Y la familia?

—Kalani, mi abuela, es visitando *relatives*..., ehr..., familiares...

—Deberías quedarte, ¿qué vas a hacer solo en Barcelona?

—Mí tiene siempre mucho trabajo.

Bruno aprovecha la situación.

—Miranda tiene razón: siempre puedes trabajar desde aquí, solo necesitas estar conectado, ¿no?

—¿Dónde dices que está esa casa? —se impacienta Leo. Mientras caminamos todos, incluidos Pixie y Dixie, que ya han vuelto y están siendo regañados por sus padres por haberse mojado los

zapatos en pleno invierno.

—En el Maristany, papá. Vamos a echar un vistazo y lo hablamos, ¿qué tenemos que perder? Piensa que ya está pagada y se va a desperdiciar.

—Ah, no, desperdiciar no.

—Eso mismo pienso yo. Quien no se quiera quedar que no se quede, pero sería una pena no aprovecharla.

—Y dime: ¿de qué conoces al Rodolfo Langostino este?

A Bruno no le molesta el mote; yo no me pierdo detalle, me maravilla verle en acción.

—Es el socio de Johanna, y además es amigo mío, el mejor que tengo. Pero quizás tengas razón: puede que la casa sea muy ostentosa, no es para nosotros. Te advierto de que este tío tiene más dinero del que te puedas gastar en dos vidas.

—¿Qué quieres decir que no es para nosotros? Ni que fuéramos de pueblo.

—No, papá, pero somos gente modesta, no nos van los *jacuzzis* y esas pijadas.

—Bueno, bueno, vamos a ver la casa y ya veremos.

Creo que ya lo tiene medio engatusado. Alex es el único que se ha ido en coche. Bruno no ha querido dejarlo en la plaza, y le ha sugerido que lo lleve a la casa, lo aparque en el garaje y nos espere allí.

Caminamos en fila india por la carretera. A la altura de la antigua fábrica de galletas Birba nos volvemos a reagrupar; deben de ser las cinco de la tarde y se están formando nubes de tormenta, típicas de Camprodón. Es un pueblo muy lluvioso, y rara es la tarde que no haya tormenta.

El majestuoso paseo Maristany se abre ante nosotros con sus árboles monumentales y espectaculares abetos. No entiendo a qué se refiere Alex cuando dice que la casa está muy escondida, porque es un paseo con mansiones a ambos lados. No sé muy bien cómo se puede esconder. Mientras caminamos por la frondosa rambla de en medio vemos a lo lejos el coche de Lindbergh.

—Debe de ser allí —señala Leo, ansioso.

Nos acercamos como gallinas cluecas cacareando nuestra impaciencia. Los latinos somos ruidosos por definición, no hay nada que hacer. Apoyado en el capó del coche, Alex acciona el mando de la gran verja, rodeada por un altísimo seto que no deja ver el otro lado. Quizás se refería a que es una de las casas con más intimidad, ya que es de las pocas que no se ven desde el paseo.

Poco a poco la verja automática se abre para mostrarnos una casita de piedra muy pequeña con aspecto más bien rural, apenas unos cien metros cuadrados, rodeada de un jardín inmenso y una piscina también gigantesca. Nadie entiende nada.

—Dile a Rodolfo que ahí no cabemos —dice Leo.

—Oh, no, no. Es allí —indica Alex muerto de risa ante la cara de asombro de la práctica totalidad de sus invitados. Giramos el cuello hacia la derecha y *voilà*. La casa de montaña de tus sueños con todos los extras como tendría la de Barbie y Ken, pero con el buen gusto europeo y en un marco inigualable.

Sencillamente espectacular, mucho cristal, madera y piedra, combinando a la perfección la modernidad con el carácter y, sin embargo, con un aire rústico que difícilmente podría disgustar a nadie, no creo que fuera posible. Es simplemente impecable, rodeada de abetos inmensos.

—Huy, qué bonitaaa —dice Caye. Los murmullos de los demás confirman el buen gusto del anfitrión. Pixie y Dixie se van directos a explorar lo que parece una casa de enanitos con aires tiroleses en tamaño natural.

—Sí que es bonita, sí. Pero ¿no será poco privada con tanto cristal?

—Hombre, papá, la casa está completamente escondida.

—Leo, es un sueño. Tú no sé qué vas a hacer, pero yo me quedo —dice Matilde. A lo que Miranda añade;

—Espero que Lindbergh tenga servicio.

—¿Servicio?

—Papá, es una casa muy grande, sería lo normal.

Alex conduce el coche hasta el garaje lateral. Al abrirse la puerta vemos el Porsche Panamera dentro; a su lado aparca el Audi R8. Error, pienso, demasiado despliegue de lujo en pocos segundos. Los sonidos guturales de la familia delatan un origen algo menos fastuoso de la mayoría de nosotros, a excepción de Leo.

—¿Para qué narices necesita dos deportivos Rodolfo? ¿Tiene mujer? —me pregunta mientras caminamos hacia la casa. Ay, madre, para Leo soy bastante transparente.

—Bueno, tiene novias o amigas, pero el Audi lo ha traído para probarlo; creo que quizás lo compre. Los tiene en el hotel y se alquilan. Es como un servicio adicional para los clientes del *penthouse*.

—¿Y este tipo es tu socio? ¿Desde cuándo?

—Desde que ambos somos copropietarios de un hotel en Zúrich que me dejó mi padrino, que murió recientemente con toda su familia, no sé si sabías... —resumo. ¡Ohh! Qué bien me sienta esta concreción.

—Tu padrino. Ah, sí. Johanna, lo siento. Perdona tanta pregunta.

—Eres un cabezota y un burro. Estamos aquí porque no te ha dado la gana de cambiar la caldera, así que déjate de tonterías.

—Mati, no me toques los profiteroles, que no estoy para sermones.

—Ay, fíjate, creo que tiene piscina climatizada. Huy, no tengo bañador.

—Ni falta que te hace, mamá: un par de *gin-tonics* y al agua —le dice Gina, entusiasmada, a mi madre. Nos arremolinamos en el porche esperando a Alexander, que llega caminando desde el garaje a grandes zancadas y con una sonrisa, cuando nos da un susto de muerte al abrirnos la puerta una señora con uniforme. Es de mediana edad, delgada y alta para ser latinoamericana.

—Familia, esta es Gladys.

—*Gladys, our guests are here. Please show them in. (Gladys, nuestros invitados están aquí. Por favor, hazles pasar).*

—*Certainly, mister Lindbergh. (Por supuesto, señor Lindbergh).* Señores, por favor, pasen y sean bienvenidos.

—Bruno, ven, te enseño cocina —exclama Alex.

—Cocina y bar: es todo lo que me interesa.

Nuestra entrada es un poco incómoda; parecemos ganado amontonado en el *hall* hasta que cada uno decide explorar por su cuenta. Miranda, que es muy lista, tiene totalmente acaparada a Gladys: seguramente intenta agenciarse una de las mejores *suites* antes del reparto...

Bruno y Alex bromean en la cocina, que es de concepto abierto y ultramoderna. Yo opto por quedarme cerca de Leo y Matilde, como si fuera mi propia zona de confort, sin posibilidad de que esos dos flirtean conmigo.

El salón tiene una chimenea central redonda que recuerda a la que vimos en Zúrich, en el Dolder Grand. Hay también un sofá circular crudo en forma de anillo alrededor del fuego, de proporciones babilónicas, y un cuadro en una de las paredes, abstracto, con una suerte de

salpicaduras de pintura negra, estilo Pollock. En otra pared hay una foto setentera en blanco y negro de una mujer desnuda haciendo el puente que solo lleva unas botas negras de tacón ancho.

Por un momento pienso en que va a escandalizar a mis suegros, pero me los encuentro haciendo gestos apreciativos admirando la fotografía.

Lo mejor de toda la estancia son los ventanales y la panorámica al propio jardín con sus árboles, y solo levantando la vista, las montañas, el cielo. ¡Qué cielo! Las nubes de tormenta hacen que reviente la puesta de sol en mil tonos de naranja, cobalto y rojo.

Me quedo fascinada imaginando que en cada especie animal de la Tierra hay unos cuantos individuos como yo a los que una puesta de sol deja sin aliento y que deben de estar absortos mirando el cielo en estos momentos, ya sean jirafas, ranas o colibríes.

—*You look beautiful just standing there, thinking. (Estás preciosa, ahí, de pie, pensando).*

Hablando de cosas que te dejan sin aliento, tengo a Alex detrás ofreciéndome una copa de vino, con una sonrisa. Se ha quitado el abrigo y lleva un jersey grueso de lana gris que me recuerda a uno de mi padre.

—Oh, no, no estaba pensando, estaba haciendo lo contrario. Gracias por la copa.

Su mirada es tan intensa que me es imposible mantenerla e instintivamente miro al suelo. ¡Guau! No me había fijado en el parquet, qué bonito.

—¿Tú preocupada por el arreglo? *I mean, our arrangement. (Quiero decir, nuestro arreglo).*

—No. ¿Sabes qué me ocurre? Tengo una terrible sensación de irrealidad, como si estuviese en una película. Lo que aún no sé muy bien si es una comedia, un drama o una de terror.

—*Suspense and erotic, I would say. (Yo diría que erótica y suspense).*

Sigo sin poder mirarle a los ojos, y me concentro en sus botas de cuero marrón, completamente relucientes, pero con pinta de haber sido limpiadas con betún miles de veces. Imagino que pertenecían a su padre y que son otra de sus manifestaciones de nostalgia estrambóticas.

—No va a salir bien, Alex, es imposible.

—*Think beyond the possible, Johanna. (Piensa más allá de lo posible, Johanna).*

—No se trata de nosotros tres, sino del resto.

—*The only way to discover the limits is to go beyond them. (La única manera de descubrir los límites es ir más allá).*

—Yo no quiero ir más allá de mis límites.

—*Too late (demasiado tarde), ya lo has hecho. There's no way back. (No hay forma de volver atrás).* Y todo lo que yo quiere es tenerte en brazos.

¿«Tenerte en brazos»? «Tenerte en mis brazos», supongo... Mmm, esa voz me ronronea por dentro.

—*You're my unicorn. (Eres mi unicornio).*

Nos interrumpe la entrada en el salón de Matilde y Bruno, que conversan como si no estuviéramos.

—Bruno, este amigo tuyo es guapísimo y tan elegante... Me recuerda al duque de *Windsurf*.

—De Windsor, madre.

—Eso.

Realmente esta señora es una fiesta; no habla mucho, pero como esté inspirada solo tengo que escucharla un rato y es como ir al club de la comedia: no da una.

¿Qué habrá querido decir Alex con que ya he traspasado los límites y que ya no hay vuelta atrás? ¿Y cómo puede actuar Bruno con esta naturalidad? No sé qué me pone más nerviosa, si mi actitud o la suya...

—¿Te gusta la casa, Jou?

—Claro, Mati, es perfecta.

Te lo dice el unicornio...

—Ven, vamos a ver por dónde anda tu suegro.

—La última vez estaba cerca de la sala de billar.

—¿Hay billar? Qué bien. ¿Nos lo enseñas, Alexander?

—*Of course. (Por supuesto).*

Le seguimos a través del salón y, luego, de la cocina; efectivamente, en el ala sur de la primera planta hay una sala de billar con bar y sillones cómodos, un ventanal enorme que da al jardín y otra pared de cristal que deja ver la piscina interior; está iluminada por dentro y tiene tumbonas dispuestas alrededor para el descanso. Leo está junto a la piscina intentando descifrar cómo funciona la sauna de vapor.

—Ve a ver a tu padre antes de que rompa algo.

—Sí, será mejor. ¿Qué te parece, mamá, si convoco una reunión en el salón y hablamos de lo que hacemos? ¿O quieres subir a ver las habitaciones primero?

—Ah, no, no hace falta, está más que visto, y si realmente vuestro amigo no puede aprovechar la casa, creo que sería una barbaridad no hacerlo nosotros. Espero que le convenzas para que se quede a pasar las Navidades con nuestra familia.

Caye baja las escaleras desde el piso superior, trotando. Su cara refleja una suerte de éxtasis que no le había visto desde su boda y quizás otra vez que nos fuimos de juerga, una noche de verdaderos excesos antes de que naciera Maya.

—Jesús, esta casa es un sueño, y los detalles... Es tan moderna y tan preciosa. Voy a por el móvil para hacer fotos para enviárselas a mi madre.

—Haz que baje todo el mundo, Caye, tenemos que tomar decisiones. — le pide Bruno.

—¿No me digas que no nos quedamos! Miranda ya ha elegido habitación y dice que se va a dar un baño de espuma.

—Ahora lo decidiremos.

La vemos desaparecer a la carrera, impaciente. Creo que Bruno sabe que ha ganado la primera batalla, porque si Leo se niega a quedarse, va a tener a todo el mundo en contra. Y como si me leyera el pensamiento, aparece mi suegro anunciando su decisión con una sonrisa.

—Bueno, familia, creo que sería una tontería declinar la oferta de Lindbergh, quiero decir, Alexander. Será un placer pasar las Navidades en esta casa, pero quiero que quede claro que si hay que pagar algo yo no tengo inconveniente alguno.

No lo tienes porque no sabes el precio, si no, te caerías redondo y probablemente necesitaríamos un desfibrilador. Poco a poco va llegando toda la familia. Gina ya se ha servido un *gin-tonic*. *Gina-gin-tonic*.

—Todo es pagado —señala Lindbergh.

—Sí, papá, este tipo de propiedades se paga por adelantado y en caso de cancelación, puede salir muy caro, pero sí que hay algo de lo que nos hemos de encargar y es de aprovisionar la despensa. Llamaré a Roger Vila para que nos envíe las pulardas de la feria de Vilafranca.

—¿Y cómo las vas a seleccionar si no vas personalmente? —pregunta Matilde.

—Le he dicho que me mande fotos por WhatsApp de las más hermosas.

—Hijo, tú sabrás, pero no os costaría nada plantaros en la feria mañana con esos cacharros que he visto en el garaje.

—Quizás, pero esta noche Alex, Johanna y yo nos vamos a cenar a Les Coles: Fina y Pere nos

invitan a un maridaje por una reseña en prensa que les hice hace poco y, bueno, nos quedaremos a dormir para no tocar el coche. Ya sabes, si no, no se puede beber, y es una pena.

—Yo me apunto —dice Gina.

—No, cariño, solo tienen dos habitaciones, y nosotros tres hemos de hablar de negocios.

Mentiras y más mentiras. ¡Dios qué naturalidad! ¿Así va a ser nuestra vida, una mentira tras otra? No sé si mi hermana se ha ofendido, no sé si sospecha algo, no sé nada.

—Ah, bueno. Pueees entonces me ocuparé de la logística. ¿Qué necesitas, Bruno?

—Mira, yo creo que esta noche podríais ir a cenar un bocadillo al Pabel o algún sitio por el estilo, y si compráis por la mañana lo justo para el desayuno, yo, Gladys y Johanna ya nos ocuparemos de hacer un buen aprovisionamiento para el resto de la semana.

—Gladys puede comprar prensa y desayuno: croissant, *fresh juice* (zumo recién exprimido), no preocupar de desayuno. Yo hablo con Gladys.

—Bien, entonces mañana yo me encargo de aprovisionarnos cuando volvamos. Llamaré a la carnicería de Molló para que me lo tengan preparado. Mamá, ¿la Nochebuena qué prefieres, cabrito o hacemos todo frío: *carpaccio, tartar, foie*?

—Sí, sí, todo frío y nos concentramos en la *escudella*.

—Teniendo a Gladys no necesitaré que me ayudes. Tú relájate, que ya te tocará hacer los canelones para Sant Esteve.

—Quería hablar contigo justo de eso: se me había ocurrido hacerlos un poco diferentes, como un canelón muy grande individual para cada uno, ¿qué te parece?

—Mmm... No está mal, mami, es muy buena idea. Haremos alguno más para quien quiera repetir.

—Exacto.

—Tenemos dos hornos en esta cocina, así que no hay problema, nos va a caber todo perfectamente.

—Sí, pero, Bruno, supongo que piensas traer las ollas de la abuela y la vajilla, la plata, todo...

—Sí, sí, claro, papá. Aunque aquí hay un par de vajillas estupendas, incluso una Rosenthal como la nuestra, aunque no es antigua.

—Ah, no, ni hablar: traeré el mantel de la abuela, la cristalería. Ya me ocupo yo, tú no te preocupes.

—Sí, Bruno, ya lo iremos a buscar, déjanoslo a nosotros...

—Gina, ¿te quedas a cargo de Maya? Por cierto, ¿dónde está?

—Está con su abuela Miranda. Ya sé que está algo sensible, yo me ocupo.

—Te quedas con nosotros, Alex; la familia ya lo ha decidido, no se hable más. ¿Tienes habitación? —le pregunta Matilde directamente.

—Sí, *mine is the attic. How do you say? (Sí, la mía está en el attic. ¿Cómo se dice?)*

—La buhardilla.

—Mí en buhardilla. Gladys sabe.

—Bien; pues sugiero que los demás elijáis habitación. Hablad con Gladys y después traemos las maletas. Nosotros tres volvemos mañana. Gina, ¿estás segura de que no te importa? Puedo dormir con Alex y tú con Johanna, y podemos hablar de trabajo en otro momento, tendremos días...

Es un farol: conozco a Bruno, lo sé por el tono de su voz. Sin embargo, Alex parece haber recibido una mala noticia, ya que ha reaccionado arqueando las cejas con cara de circunstancia.

—Ah, no, no, prefiero quedarme, no te preocupes. Quiero decir, que si me ofrecieras dormir con

Alexander quizás aceptaría, pero con Johanna ni hablar —bromea Gina coqueteando; tiene suficiente intuición para saber que sobra, espero que no tenga tanta como para averiguar por qué, y eso que el suspiro de alivio de Alex ha sido de lo más elocuente. Aparece Miranda con Maya.

—Yo tampoco vengo. Me daré un baño en la piscina y me ocuparé del fuego; tengo un libro a medias...

No recuerdo a mi madre con un libro en las manos a excepción de cuando era muy pequeña y me leía cuentos; sin embargo, a mi padre no puedo visualizarlo sin un libro o sin escribir.

—¿Qué libro, madre?

—Ah, unas memorias de Liz Taylor, que, por cierto, tenía los ojos del mismo color que Alexander, azul oscuro casi violeta. Y dicen también que tenía dos hileras de pestañas en vez de una.

—Bueno, movilicémonos, que ya tendremos tiempo de chafarderías.

Y de esta forma parece que por fin logramos sentar las bases de la organización familiar y librarnos de ellos por un rato. Bruno supervisa nuestra habitación y la de Maya para asegurarse de que tiene la suya propia y que no termina durmiendo junto a Pixie y Dixie, cosa que arruinaría sus vacaciones.

Unos se van a buscar los coches y las maletas, otros se pasean por la casa con la normalidad del que lleva una vida, especialmente Miranda.

He visto a Alex hablar con Gladys; probablemente le estará dando instrucciones para atender a la familia. He pensado que quizás debería prevenirle acerca de los gemelos, pero no quiero asustarla. Además, no habría forma suave de hacerlo sin mentir: son dos monstruos, y eso no se lo puedo decir, así que confiaré en su profesionalidad. Gina, que ya tiene experiencia con ellos, ha prometido mantenerlos ocupados.

Me doy una ducha rápida, ni siquiera me seco el pelo, porque ahora con este corte Pixie que me hizo mi peluquera Eva no necesito secador. El cuarto de baño es pequeño pero encantador, tiene una bañera réplica de una antigua de latón, como para bañarse sentada, que combina con una ducha ultramoderna con paredes de cristal y alcachofa cenital, todo ello tiene un aire de hotel del oeste, a excepción de la ducha.

Me cambio en mi cuarto mientras deshago la maleta y lo cuelgo todo. Elijo un vestido verde estampado bastante corto de Isabel Marant, pero en vez de combinarlo con medias me lo pongo con *leggings* y con botas bajas para ir más cómoda.

Bruno ha escogido una habitación decorada en colores ámbar y jade, sus favoritos, aunque sospecho que son las vistas desde el ventanal lo que le habrá seducido. Nuestra habitación da a la parte de atrás de la casa y no se ve el paseo ni otras casas, tan solo montañas y cielo; da la sensación de estar aislado.

Nunca he sido de necesitar muchas cosas, pero es fácil imaginar que te puedes acostumbrar a todo lo que el dinero te puede proporcionar. Alex lo hace con naturalidad, y por ello uno no tiene la sensación de estar ante un nuevo rico. No alardea, ni tampoco refleja ansia por poseer, sino que simplemente cubre las necesidades de su estatus. Sospecho que podría pasar con lo mínimo; es algo que trasciende en su carácter, y quizá sea herencia materna. No es más feliz el que más tiene.

Y no es feliz, esa es una de las cosas que más me atrae de él, esa melancolía congénita que exhibe, en su caso, es sexy. Me recuerda a mi padre, que era algo taciturno e iba siempre ensimismado, ocupado en sus pequeños misterios interiores. Las almas taciturnas suelen atraernos a su vórtice de tristeza irremediamente, y, sin embargo, es su forma de vida, a ellos no les hace daño, solo al que se acerca sin entender bien a qué tipo de persona se enfrenta.

Todas estas disertaciones mías son fruto del pavor que siento a terminar como una muñeca rota, como las que había en el cajón de debajo de mi cama, algunas sin cabeza, otras sin ojos, casi todas sin bragas, esperando pacientemente a que mi madre se decidiera a arreglarlas y volver a colocarlas en un lugar prominente de mi habitación.

Ya ha oscurecido, y Bruno debe de haber decidido no ducharse. Me pongo algo de máscara y un poco de color en los labios, solo para hacerlos parecer jugosos. Me doy cuenta de que tengo los ojos bastante rojos, debe de ser por la tensión del día, dos gotas de colirio, y enseguida tengo mucho mejor aspecto.

Cojo un abrigo negro, también de Marant, no en vano es una de mis diseñadoras favoritas; todas las prendas que poseo han sido hábilmente reclutadas para mí por Samantha y conseguidas a un precio ridículo, directamente de prensa. En principio son prendas que se prestan a varias revistas, pero algunas privilegiadas no tienen que devolverlas necesariamente, o al menos no todas, o no siempre.

Me falta algo de perfume, pero para ello tengo que abrir la maleta de Bruno. Yo no tengo, se supone que no uso, aunque a veces me apetece. Encuentro una de sus últimas adquisiciones, *Dior Homme Cologne*. Perfecto, mucho más fresca que un perfume.

Bajo las escaleras trotando. A ver si va a ser verdad que soy el unicornio. Encuentro a Bruno y a su padre a solas junto al fuego hablando. No es buena señal: quizás Leo se lo ha pensado mejor.

—Holaaa, estás muy bien.

—Gracias, ¿interrumpo?

—No, no, siéntate. Hablábamos de reformar definitivamente nuestra casa del Roc. La verdad es que estando un rato en esta me doy cuenta de que hay cosas que no pueden ser —dice mi suegro. Esto sí que no me lo esperaba. Miro al encantador de serpientes que tengo como marido y su sonrisa socarrona me confirma una victoria sin precedentes.

—Estoy segura de que unos arreglos le irían muy bien a la casa.

—Sí, pero estoy pensando en algo integral y que además nos asegure que las futuras generaciones quieran seguir viniendo tanto en invierno como en verano. Eso me ha sugerido Lindbergh hace un rato, y debo de reconocer que es alguien que sabe apreciar la tradición y el pasado.

Nooo, ¡abducción! Dios mío, pero si tenemos dos encantadores de serpientes... A Bruno le hace mucha gracia mi reacción, y espera con impaciencia mi respuesta.

—Bueno, Leo, como ya debes de saber, tanto Bruno como yo valoramos mucho la opinión y el consejo de Lindbergh, y además estamos especialmente unidos a él.

Ahora soy yo la de la sonrisa triunfal, y a Bruno se le ha atragantado algo, la guasa quizás. No juegues con fuego, Bruno, no está bien.

Alex se ha cambiado y lleva una camisa estampada azul y negra de Bruno; es una de Etro que yo le regalé, y por un momento eso me incomoda o debería decir me bloquea. Me quedo pasmada admirando la magnética belleza del ejemplar de *gentleman* moderno que corta la respiración.

Enseguida me recompongo disimulando y pensando que es de lo más normal que dos amigos se presten ropa. La americana de pana negra y la camisa combinadas con *jeans* azul oscuro y las botas de fin de siglo mil veces limpiadas y relucientes le dan un aire más europeo, como más francés.

—Hueles como yo —digo. Aunque en realidad me hubiera gustado decir: «Hueles que alimentas...»

—¿Dior Homme?

—La mía es de Bruno...

—You look pretty. (*Estás muy guapa*).

Me sonrojo, pensando en la canción de Dillon:

«I can say that you look pretty, you turn my legs into spaghetti, you set my heart on fire».

Me sonrojo, pero no por nada, solo porque tengo a mi marido y mi suegro delante mientras un tercero me hace un cumplido mirándome con ojos golosos. Es incómodo y embriagador en la misma proporción. Alex nota mi desasosiego y cambia de actitud enseñándole dos llaves de coche a Bruno, una en cada mano, y una gran sonrisa.

—Elige, Bruno: ¿R8 o Panamera?

Es como preguntarle a un niño «¿Helicóptero o Scalextric?».

—R8, sin duda alguna. Tu Panamera ya no tiene secretos para mí —interviene Leo.

—Esas máquinas diabólicas hay que conducir las con mucho cuidado, Bruno: corren demasiado.

—*Sir*; si mí perdona comentario, esas máquinas diabólicas ser más seguras y tener tecnología que no imaginas. ¿Quiere probar coche, *mister* Martí? Para mí placer.

—¿Ahora?

—¿Por qué no?

—Sí, papá, vente conmigo, damos una vueltita.

—Solo hasta el Roc y volver; aprovecharé para abrir un rato el agua para que no se congelen las tuberías.

Ven, ratoncito, ¡ven y come de la palma de mi mano! Dios, de nuevo esa normalidad que adoptan Bruno y Alex ante una situación tan absurda como la que estamos viviendo me ofende. Noto la anticipación en sus rostros, puedo percibir la tensión sexual entre nosotros desde hace horas, las sonrisas les delatan. Se diría que el escenario familiar y lo peligroso de su juego les excita.

Me abruma la imprudencia de Bruno. Alex no tiene nada que perder, pero Bruno, que además se comporta como si tuviera seis años y fuera a jugar a los médicos en su cabaña con su mejor amigo y su novia, me tiene aterrada.

¿Por qué tengo siempre tanto miedo, por qué esa sensación de que una plaga bíblica se cierne sobre mí en forma de, qué sé yo, quizás un accidente o una enfermedad? ¡Has sido mala, Johanna!

Es una pena; solo se vive una vez, y pensándolo fríamente, ese sentimiento de culpa ancestral, el pecado original que sobrevuela aún sobre nuestra conciencia, debería estar ya superado, y aunque yo no he sido precisamente educada en una estricta moral cristiana, solo hay que conocer a mi madre y a mi hermana para entenderlo: no me siento libre para hacer lo que me dé la gana. Es una verdadera pena. Solo a través de Bruno puedo liberarme a veces, y solo de forma transitoria. Dicen que todos tenemos una prueba o una lección profunda que superar en esta vida, alguna verdad trascendental que llevarnos a la tumba y que define, en parte, nuestra existencia. Espero que la mía no sea tener dos maridos.

EN LA CAJA DE CRISTAL

GIRONA. CARRETERA DE OLOT

23 DE DICIEMBRE, 21:00 H

*H*emos dado un par de vueltas alrededor del pueblo siguiendo a Bruno y a Leo, hemos dejado a mi suegro de nuevo en la pequeña mansión y nos dirigimos hacia Olot.

Avanzamos en silencio por carreteras comarcales mal iluminadas; tengo la sensación de que Alex conduce a un ritmo endemoniado para poder seguir a Bruno, aunque apenas hemos rebasado los 120 km/h. Debe de ser el rugir de estos motores lo que da la sensación de mayor velocidad. Estamos ya cerca.

Más de veinte minutos en el coche y Alex no ha abierto la boca. El volumen de la música es tan bajo que ni siquiera sé qué está sonando; a punto he estado de subirlo un par de veces, pero he desestimado la idea por no querer ser yo la que rompa el hielo.

Estoy sentada aquí, congelada, como hipnotizada por la carretera. Quisiera poder evitar que se me escapen miradas furtivas aprovechando que Alex está concentrado al volante. Diría que he suspirado un par de veces, pero no estoy segura, porque llevo un rato concentrándome en no suspirar.

—¿Conoces restaurante?

¡Joder, qué susto! Su voz ha resonado dentro de la cabina más fuerte de lo normal y me ha hecho dar un respingo. Se ríe. Típico.

—Oh, *sorry*, Johanna, ¿conoces restaurante?

Esto lo dice susurrando. ¡Ja, ja!

—Sí.

—*Good! (¡Bien!)* —dice dando un volantazo y entrando en el primer remanso entre curva y curva con espacio suficiente para poder parar el coche. Apaga el motor, se desabrocha el cinturón y se me queda mirando. Se me seca la garganta.

El R8 de Bruno se aleja y espero pacientemente a que suene el teléfono y sea él, que quiere saber por qué no le seguimos, pero el móvil no suena. Alex sigue en silencio mirándose los pantalones como buscando qué decir. No dice nada. Puede que el móvil no tenga cobertura. Miro de reojo su iPhone, que está frente a mí anclado en el soporte. Hay cobertura.

—*I told Kalani about you and Bruno. (Le he contado a Kalani sobre tí y sobre Bruno).*

Ay, madre.

—¿Qué le has contado?

—*That I love you and him as well ... (Que te quiero y a él también).*

—¿Le has dicho a tu abuela que quieres a Bruno?

—Platónico, sí, he dicho.

—¿Y le has dicho que somos tres?

—*Yes.*

—Dios mío, Alex, pobre mujer.

—Nooo, Kalani *is very wise (es muy lista)*, muher sabia.

Se me acerca mucho sonriendo.

—Kalani querer conocerte.

—¿Y a Bruno también?

—Sí, and Maya. *She wants grandsons. (Quiere tener nietos).*

—Alex, Maya ya tiene abuelos. —No puedo pensar ni apartar la vista de sus labios teniéndole tan cerca—. ¿Y qué piensa Kalani?

—*Well, is not exactly what she was expecting when I said that I was in love again... (Bueno, no es exactamente lo que se esperaba cuando le dije que volvía a estar enamorado...).*

—Pues claro que no es lo que esperaba. ¿En qué pensabas? —pregunto, aunque no me importa. Solo quiero que me bese.

—*But she wants me to go for it. (Pero quiere que vaya a por ello).*

Y yo también. No me cuentes tu vida y bésame.

—*She thinks I should try. (Cree que debo intentarlo).*

¿Qué pasa, no hay telepatía en navidad?

—*What do you think, Johanna? (¿Tú qué crees, Johanna?).*

—Oh, joder. *Shut up and just kiss me. Please! (Oh, joder. Cállate y bésame. ¡Por favor!).*

Lo he tenido que pedir y me he puesto roja. Se me acerca aún más, ahora como muy serio, se demora observando mi cara. Mi respiración se acelera esperando el beso que no llega. Acaricia mi pómulo derecho y luego lleva su mano hacia mi nuca; masajeo mi cuello contra su palma buscando el contacto, mirándole a los ojos, suplicando.

Ahora sí, sus labios buscan desesperadamente los míos, nuestros dientes se entrechocan tanteando el ángulo correcto, su lengua ávida invade mi boca y me siento morir; necesito abrazarle, desengancho torpemente el cinturón, abalanzándome contra su torso para sentir su cuerpo mientras me besa.

Suena el teléfono. Lo ignoramos devorándonos con furia, pero el chisme no se da por aludido: sigue sonando e insistiendo hasta parecer afónico.

Nos miramos y caemos en la cuenta de que debe de ser Bruno. Alex confirma con la cabeza y conecta el manos libres mientras yo me recompongo.

—Bruno.

—¿Lindbergh?

—Sí.

—¿Qué hacéis?

—Darnos el lote —digo, porque ¿qué sentido tendría decir cualquier otra cosa? Alex sonrío.

—Eso no es justo, Jou. Os quiero aquí en...

—¡En diez! —contesta Alex.

—Sí, conduce con cuidado.

—Pide vino —dice, y cuelga. Me coloca de nuevo el cinturón y me guiña un ojo posando levemente sus labios sobre los míos. Enciende el motor y retomamos nuestro camino. Subo el volumen de la música y suena *In my veins*, de Andrew Belle. Subo el volumen mucho más y me lanzo a cantar el estribillo mirándole de reojo. Ahora ya no me da vergüenza.

*Oh, you're in my veins
And I cannot get you out
Oh, you're all I taste
At night inside of my mouth
Oh, you run away
'Cause I am not what you found
Oh, you're in my veins
And I cannot get you out*

¡Cómo me gusta cantar a todo pulmón en los coches! No sé por qué tengo la sensación de que se canta mejor; si lo hago en la ducha no suena igual.

Ya hemos llegado. Aparcamos.

—No muevas —me dice. Se baja del coche, abre el maletero y coge nuestros abrigos. Hace muchísimo frío. Alex me ayuda a salir del deportivo y me abriga, abrazándose.

No había estado en Les Cols en Navidad. Es precioso. Muchos de los árboles del jardín están iluminados por cientos de sencillas bombillas blancas que le dan un aspecto mágico. La antigua masía, reconvertida en restaurante, tiene un enorme cubículo de cristal que recorre la fachada de piedra de punta a punta, mostrando el interior.

Cruzamos el jardín demorándonos algo en el huerto. La combinación de modernidad, tradición y minimalismo es tremendamente original. Cuando entramos nos atiende un chico que no tendrá ni veinte años, vestido de negro y con delantal como el resto del equipo.

—*Bona nit.*

—Hola, estamos en la mesa de Bruno Martí.

—Ah, sí, pasen, los acompaño. El señor Martí está en la cocina con Fina y Pere.

—Gracias.

Mi parte favorita es la masía en sí, la parte antigua, el huerto, las gallinas picoteando a su antojo por el jardín. Reconozco que el interiorismo ultramoderno ha sabido cocinar un perfecto equilibrio entre vanguardia y tradición combinando la madera oscura del suelo con el cristal y los metales, en especial los dorados.

Aparece Bruno con su eterna y magnética sonrisa, capaz de desarmar a hombres, mujeres, niños y animales por igual.

—Estáis castigados sin postres, y cuando lleguen no os va a hacer gracia.

—Mí no quería parar, pero Johanna insiste *on, and on (una y otra vez)*...

—¡Ya! —dice Bruno levantando la ceja, pero no puede mantener la broma, tiene otros planes—. ¿Te enseñé este sitio? —dice cogiendo a Alex del brazo e ignorándome deliberadamente, ofreciéndome una sonrisa socarrona.

—*Please.*

Si nos fijamos solo en la sala dorada y en sus aparatosas sillas, también doradas, flanqueando una enorme mesa del mismo metal, quizás resulta frío y excesivo, pero el interiorismo está concebido como un todo.

Los ventanales al jardín y al huerto, la bodega de piedra, las salas privadas... forman un conjunto tan extravagante y moderno como tradicional y, por ello, se suele hacer un pequeño *tour* que esta vez no es a cargo del camarero, sino que es el propio Bruno quien nos muestra las diferentes salas hasta llegar a la cocina —seguramente la joya de la corona—, que se puede ver a través del cristal como una enorme pecera cuadrada; el interior es de aluminio, y sus cocineros

van de riguroso negro, capitaneados por Fina, siempre concentrados, ejecutando la *performance* de cada noche.

Personalmente prefiero la decoración más íntima, más bohemia, aquella que tiene alma y no evoca un lugar público sino un trozo de la vida de alguien.

Alex va haciendo preguntas a Bruno que no oigo porque voy algo rezagada, o, como diría Bruno, soy más lenta. Me gusta la curiosidad que demuestra el americano, aunque sospecho que los restaurantes le interesan por trabajo.

Haciendo un *tour* a la inversa llegamos a nuestra mesa. Es redonda, pequeña, acogedora y con vistas a las gallinas. Nos sentamos. Se hace el silencio. Es un poco incómodo. Nos miramos, yo a Bruno, Bruno a Alex, Alex a mí, Bruno a mí.

—Pensabais darme esquinazo, ¿eh?

—Sí, tengo *jet* listo, esperando... ¡Merluza!

¿Ha dicho merluza? Miro a Bruno, que se muere de la risa y bebe agua casi atragantado.

—Se dice «¡Merluzo!» o «¡Besugo!».

—Pecholata. —Suena «peixolata».

Se insultan y se ríen; como de costumbre, me he perdido. ¿De dónde saca Alex ese lenguaje? Claramente es cosa de Bruno, pero ¿cuándo?

—¡Ay, Dios, cómo quiero a este tío! —dice Bruno poniendo su mano un segundo sobre la de Alexander.

Nos traen una copa de cava natura Les Cols Mont-ferrant creado por la bodega especialmente para el restaurante, según nos explica Bruno. Con el cava traen también una de sus especialidades, que es la corteza de alforfón o trigo sarraceno, un cereal autóctono rescatado de la tradición ancestral de la zona en el que Fina, la chef, hace mucho hincapié, y con él nos ofrecen también trozos de salchichón de Olot.

Cuando se ausenta el camarero, levantamos nuestras copas para brindar. Ambos sonríen, pícaros y cómplices.

—¡Por nosotros!

—¡Por nosotros!

—¡Me alegro de estar juntos! —dice Bruno. Probamos el aperitivo y está bien, pero aún no estamos muy concentrados en la comida. Llega el vino, un Borgoña Chambolle-Musigne 08 decantado, muy suave. Esto promete.

Todavía hay cierto pudor entre nosotros, cierto nerviosismo por parte de los tres. Esta vez el aplomo de Bruno parece bajo mínimos, y le noto algo torpe con la conversación. Espero que el vino ayude a relajar el ambiente.

—¿Qué tal por Hawái?

—Mmm, bien, bien.

—¿Cuánto te quedas?

Alex no contesta, se limita a hacer un gesto que implica que no lo sabe y a mirarme sonriendo como diciendo que depende de mí. ¡Ay, madre! Apuro mi copa y él hace lo mismo. Bruno sirve de nuevo; ya vamos por la tercera y aún no hemos empezado a cenar.

—Estoy invitado a *the Davos forum*.

—¿El de economía?

—Sí.

—¿Cuándo es?

—*Late January, I think (a finales de enero, creo)* 21 de enero...

—¿Davos está cerca de donde encontraron a Jurgen?

—Sí, *about (cerca de)* veinte minutos en coche cerca de Zernez, Engandina Valley.

Aparece el camarero y nos sirve el primer plato del menú degustación: bocadillo caliente de papada de cerdo en pan de molde. Alex, atónito, exclama:

—*Oh, fuck! Can't believe you. It's a sandwich! (¡Joder! No me lo creo. ¡Es un sándwich!).*

—Pues sí. ¡No pensarás que es cosa mía!

—No, no, Alex, yo sé que lleva tiempo en el menú, aunque, la verdad, no deja de ser irónico...

Francamente, lo primero del menú, ¡un sándwich!, al menos contribuye a distender el ambiente y se lleva de la mesa el pensamiento sobre mi pobre Jurgen. No es momento ahora de hablar de eso. Atacamos el bocadillo. Está muy bueno, muy sabroso.

—¿Cómo va tu casa en Barcelona? Me muero de ganas de verla otra vez.

—*Oh, great! (¡Genial!).* Casi terminado. Adrian supervisa todos trabajos, cuando volver a Barcelona yo enseño.

—Hablando de Adrian, deberías ponerle bromuro en el café: está hecho todo un Casanova.

—*What are you saying, Johanna? (¿Qué quieres decir, Johanna?)* —me dice todo serio.

—¡No, no conmigo!

—No tiene importancia, Alex; Adrian salió con Natalia.

—Y con mi hermana.

—*With Gina? (¿Con Gina?).*

—Sí.

—*That's not possible, it's totally against the rules. (Eso no es posible, va totalmente en contra de las reglas).*

—¿Contra las reglas? ¿Hay reglas?

—Sí, reglas.

—¿Los hoteles Lindbergh tienen una política de con quién se acuestan sus trabajadores?

—*Not the Lindbergh hotels, but Cooper has a policy. (Los hoteles Lindbergh no, pero Cooper sí tiene una política).*

—¿Qué es Cooper?

—*I'll tell you later. This is obviously a cry for help. (Te lo cuento luego. Esto es claramente un grito de socorro).* Bruno, necesito hablar privado *and* internet.

Lindbergh ya no es la pantera sexy de hace un minuto, ahora es un tiburón concentrado, con el ceño fruncido, revolviéndose en su silla.

—Claro. Ven, vamos a buscar a Pere: seguro que puede dejarnos un despacho.

—¿Qué es Cooper, Bruno?

—Ahora no, Jou; volvemos en un segundo.

Y se van muy preocupados, serios, como si estuvieran tratando un asunto de seguridad nacional. No soporto cuando se ponen misteriosos, no soporto estar en la inopia y comprobar que Bruno, sin embargo, controla la situación.

Me da mucha rabia, me quita el apetito.

Llega el camarero y sirve el segundo plato, muy contrariado al ver que estoy sola en la mesa. Le hago un gesto como diciendo que no se preocupe, que puede servir. Espagueti de alforfón en caldo ahumado, me anuncia.

Es un cuenco hondo y blanco enorme con un poquito de caldo en el fondo y lo que parece un solo espagueti, algo basto, flotando solitario. Como huele bien lo pruebo; está muy bueno, pero es

poca cosa, así que, aburrida de esperar y preocupada por estar bebiendo demasiado, me tomo el plato de Bruno y luego el de Alex. No creo que les importe, no están en la mesa.

Para cuando regresan están sirviendo *calçots* en tempura de carbón sobre un papel rústico y con una salsa de romesco de remolacha. Alex y Bruno parecen más relajados y se sientan ruidosamente, brindando.

—¡Ah! Esto está muy bien. Alex, pruébalo, es un trampantojo. No sé si has comido estas cebollas típicas catalanas, pero estas no manchan los dedos, no se han de pelar, son en tempura.

—Sí, *calçots* me gustan.

Intento transmitirles mi malestar. Pongo cara de póquer y no como. Bruno, que me conoce bien, me pregunta con una sonrisa:

—¿No tienes hambre?

—HQJ.

Alex interpela a Bruno con los ojos. ¿HQJ?

—Hay que joderse —dice Bruno. Y me pregunta—: Vale, Johanna, ¿qué pasa?

—¿Qué pasa? Pues mira, por lo pronto me he comido el segundo plato de los tres porque me habéis dejado sola con vuestros misterios. Me estoy hartando. ¿Qué es Cooper? Alexander, cuéntame.

—Cooper and Co. es *a security company* (una empresa de seguridad) fundada por mí *many years ago*. (hace muchos años). *Very profitable*, (muy rentable) mucho más rentable que *hotels*.

—¿Tienes una empresa de seguridad?

—Sí.

—Y tú, Bruno, ¿ya lo sabías?

—Sí.

—¿Qué tipo de seguridad?

—*All kind. VIP, celebrities, cybersecurity...* (De todo tipo. VIP, celebrities, ciberseguridad...)

—Me estáis tomando el pelo.

—Juro, no.

—¿Qué tiene que ver esto con que Adrian saliera con Gina y Nat? ¿Por qué dices que Adrian pedía socorro?

—*One of our principles* (uno de nuestros preceptos), regla número uno, es no se relacionar con clientes. *This transgression* (esta transgresión), la de Adrian, solo poder significar querer llamar atención, pero todo solucionado, solo necesitar línea segura.

—¿Estamos en uno de esos programas de bromas? ¿Me tomáis el pelo?

—No.

—Mira, Johanna, Alex es una especie de M y Adrian sería como James Bond.

—Adrian, ejército suizo, *a former agent* (un exagente).

Alucino.

—M es una mujer... y esto no es una película. ¿Qué pasa con vosotros? ¿Qué hacéis? ¿Jugáis a una realidad paralela sin que se entere Johanna? ¿Qué más me vais a explicar? ¿Tenéis más novias o quizás más hijos? A eso jugaba tu padre, ¿no, Alex?

—Jou, te estás poniendo borde... Mejor no bebas más.

—*No, no, go ahead!* (¡No, no, adelante!). ¿Qué querer saber?

—Todo.

—No, Johanna, *not everything* (no todo): si tú saber todo, yo tener que matarte.

Bruno se ríe.

—Cariño, es un chiste de espías, tiene su gracia.

—¿Para qué me habéis traído aquí, para reiros de mí?

Lindbergh me regala una de sus miradas de pantera negra y me suelta:

—*No, baby, just for sex. (No, nena, solo para sexo).*

Será cabrón... El otro se muere de risa. A decir verdad, eso que ha dicho y con esa voz tan seductora ha tenido resonancia en mi entrepierna. Me remuevo incómoda solo de pensar cómo me excita su voz.

—Solo sexo, muy divertido. Pide mis cosas, me voy a casa. Quiero un taxi.

—Oh, *come on*, Johanna, solo broma, *please*, yo explico todo, todo. —Levanta la mano en actitud de juramento, pero la baja al ver al camarero, que retira los platos para servir el tercero. Yo solo he comido la mitad de mi *calçot*. El camarero se está hartando de nuestra dispersión. Nos sirven la Royale de trufa negra. Ya la he probado, me encanta.

—Ah, la Royale... Alex, este es uno de mis favoritos —dice Bruno intentando cambiar de tercio, pero yo tengo la vista clavada en Alex y en su juramento interrumpido.

—Todo, Johanna, yo cuento lo que tú quieres *except details for security reasons (exceptuando detalles por cuestión de seguridad)*.

—¿También sobre Sharon?

—No tiene que ver.

—Yo quiero saber todo.

Más que nada porque tengo celos de una mujer que lleva años muerta, y quiero saber lo que realmente pasó entre vosotros dos para tener una idea más precisa de quién eres. Aparte de ser un hotelero de éxito con tendencias bígamas, el jefe de una especie de CIA privada y que está más bueno de lo que sería recomendable. Esta noche cuéntame lo que quieras, lo compro.

—*Ok!* Todo, todo. Ahora *relax, enjoy... Please*.

Mirada supersónica azul cobalto con intensa promesa de seducción que derretiría a un iceberg, y ya no digamos a mí, que soy más bien poca cosa. Me ha convencido. Disfrutemos, pues. Levanto mi copa para brindar.

—Por la sinceridad, por nosotros y por los sándwiches.

Se ríen entrechocando copas. Estamos todos achispados, pero curiosamente el que más lo parece es Bruno. El momento huevo fresco del día ha llegado. Estoy empezando a pensar que van a ser demasiados platos, porque conozco el menú y sé que aún faltan unos cuantos.

Cuando le sirven el huevo con mayonesa y atún, Lindbergh parece no entender y Bruno le señala las gallinas.

—*This is excellent. (Esto es excelente).*

—Lo sé. Simple pero genial. Lo que daría por tener unas cuantas gallinas...

—¿En Barcelona?

—Sí, no sé, en fin, no me hagáis caso. Este vino entra suave, pero no hay que subestimarlos. ¿Queréis cambiar?

—No, no, está bien.

Mmmm. Tremendo el huevo. Mojaría pan, pero ya están trayendo el siguiente plato; creo que nos consideran algo lentos. Retiran el huevo y sirven guisantes a la brasa con tocino y butifarra negra. Aunque son platillos pequeños, echo de menos el salir a fumar con la copa en la mano entre plato y plato; era un receso que apreciaba doblemente en este tipo de cenas. Supongo que son reminiscencias de una adicción.

—Johanna, ¿puedo pedir favor?

—Claro.

—Mí no quiere vender hotel de Zúrich.

—¿Has cambiado de opinión? ¿Quieres volver a comprar mi parte? Si tienes problemas de liquidez o lo que sea, yo no tengo prisa, confío en ti.

—*Thanks, but it's not that. (Gracias, pero no es eso)*. Mí gustar tener tú como *partner* y Bruno con restaurantes. Más tiempo juntos, no quiere estar solo.

—Ah, no, yo no quiero tener más responsabilidades.

—Últimamente, Alex, Johanna ha tenido cierta crisis existencial: parece que se ha hartado de la escuela, de las exposiciones, y quiere tomarse la vida con calma.

—¡Más calma! —dice Álex sin poder contener las carcajadas. —Pero si eres caracol.

—Caracol, unicornio..., a ver si te aclaras.

—Tú ya practicas *slow living*; mí quiere aprender vida más despacio como vosotros, con vosotros. Estoy solo, mí.

Ohhhh, pobrecito. ¡Adóptalo, Bruno! Vamos, venga, ¡es Navidad! ¿Lo adoptamos? Porfa.

Bruno interrumpe mis plegarias íntimas:

—No estás solo, Alex, ya no —dice.

—No, lo que estás es borracho.

Y dicho esto, ahora la atención se centra en mí, y tengo que pronunciarlo. Por suerte aparece el camarero con una pequeña ración de arroz de payés con calamares en lata. Lo probamos: es intenso y jugoso. Esto me da unos segundos para pensar e intentar no ser tan negativa.

—Apenas puedo dirigir la escuela. No puedo con un hotel.

—Juntos sí puedes. *I will help you. (Yo te ayudaré)*.

—No quiero vivir en Suiza.

—*No need. (No es necesario)*. Pero sí viajar más.

—Johanna, a ti no te faltan fuerzas de ningún tipo, solo que has estado algo triste y confusa. Deja pasar unos días y verás cómo poco a poco todo se aclara. A veces hay que permitir que las cosas ocurran.

—Bueno, Obi Wan.

—Eso es del maestro Yoda, y escuchándome tú no estabas, mi joven *padawan*... —me dice Bruno.

Y en eso que se levanta, me coge por la mandíbula y me estampa un largo morreo metiéndome la lengua de la manera más indecorosa. Atónita, miro a mi alrededor mareada por tanta intensidad, pero como estamos en una especie de semirreservado, creo que no ha tenido relevancia entre los demás comensales.

—Hace rato que me muerdo por comerte la boca.

—Ya veo —digo abanicándome con la servilleta, y es que me han entrado unos calores... Apuro mi copa de vino y la de agua. Algo ha cambiado en el ambiente: de repente todos tenemos calor. Bruno tiene instalada su sonrisa sexy y Alex..., bueno, no lo tengo claro: parece frustrado.

Brandada de bacalao, pilpil, uva moscatel, aceite de guindilla y cortezas. Un clásico de la cocina catalana en una versión celestial. Cremosidad y refinamiento extremo. Según Bruno, porque yo tengo una especie de fuego por dentro, furor uterino que diría mi madre, y se me está quitando el apetito.

Probamos todos la brandada y brindamos de nuevo. Alex no me quita ojo, no está relajado. Le cojo la mano y le pregunto:

—¿Estás bien?

Y en eso que se levanta, me coge por la mandíbula y me estampa un largo morreo metiéndome la lengua de la manera más indecorosa. ¡Hala! Se vuelve a sentar todo sereno y con una sonrisa me dice:

—Mí se muere si no come tu boca.

Me dice emulando a Bruno, que ha pasado de atónito a desternillarse de risa.

De nuevo me salva el camarero, que nos trae la espalda de cordero, leche de oveja y tomillo. Un taquito en salsa que ha sido deshuesada y cocinada durante once horas a 70°. Conceptualmente genial además de delicioso, siempre según Bruno, porque a mí me podrías servir alpiste y yo contenta: tal es mi estado de confusión en estos momentos.

—¿Un poco más de vino? —dice Bruno rellenando las copas sin esperar contestación.

—No sé, Bruno; si seguimos así, puede que acabemos haciéndolo encima de la mesa. —Alex me mira divertido y le digo—: Cariño, no es una idea, es una advertencia.

—No mala idea, mí gusta cuando llamas «cariño».

—Vamos, chicos, comportaos. No seáis impacientes; lo bueno se hace esperar.

¡Ay, madre estoy borracha! Me saltaría los postres; tiene que ser el furor uterino ese del que habla mi madre, aunque una cosa es cierta: la idea de ser una pareja de tres, es decir, un trío, me es cada vez menos ajena, y a cada rato que pasa me parece más natural, ergo estoy borracha. O loca.

El camarero nos ofrece su selección de quesos afinados al punto, pero Bruno, al ver nuestras caras, le pide que nos lleve directamente a los postres, cosa que tanto Alex como yo agradecemos.

Los observo bromear como críos, y me llama poderosamente la atención lo a gusto que se sienten el uno con el otro. Nunca había visto a Bruno disfrutar tanto con otra persona, a excepción, quizás, de conmigo.

El primer postre es requesón helado de leche de oveja a la albahaca. Cremoso, no muy dulce, muy bueno. El cruce de miradas entre nosotros hace rebrotar el nerviosismo, la anticipación de lo que vendrá después. El postre tras los postres.

Nos traen el siguiente. «Paisaje volcánico» se llama. Algarroba, alforfón, ratafia, dice el camarero. A mí me parece chocolate a primera vista. Bruno decide que es demasiado complicado de traducir e insta a Alex a comer, como diciendo qué más da, seguro que está bueno. Y lo está.

—¿Qué os parece? ¿Pido un licor con los postres?

—Lustau Pedro Ximénez, *good sherry*.

—Jerez, muy buena elección. Johanna, ¿y tú?

—Armagnac.

Los observo intentando catalogar sus diferencias y solo encuentro puntos en común. Cada uno en su estilo, ambos son tremendamente sexys, fuertes y con los pies en la tierra, aunque vulnerables, Alex en versión algo más atormentada y Bruno lo suficiente para ser cálido y empático. Ambos tienen una tremenda seguridad en su sensualidad y en su capacidad para abrirse a una mujer y que ella haga lo propio.

Tengo claro que ya hace tiempo que a Alex no le interesan los encuentros sexuales vacíos, y sé que amigas para ello no le faltan, lo que me hace suponer que en pareja sería fiel, como creo que lo es Bruno. Ambos son íntegros; en el caso de Bruno está confirmado, pero no puedo poner la mano en el fuego por Lindbergh o debería llamarle «M» en concordancia con sus últimas revelaciones con respecto a sus actividades secretas. Confío en mi instinto: casi nunca me equivoco con la gente buena.

Mis dos machos alfa han iniciado ya el ritual previo al apareamiento; bromean y exageran su

actitud intentando impresionarme, se pavonean. Bruno se ha quitado el jersey y está en camiseta, en pleno invierno; lleva una de las suyas de «Cooking is sexy» y tiene instalada una sonrisa socarrona que desarma, con el codo apoyado en la mesa en una actitud como floja pero que yo sé que no es casual.

Lindbergh se ha acercado dos veces a olerme el cuello con la excusa de que llevamos la misma colonia, y me ha erizado el vello de tal manera diciéndome que huele mejor en mi piel que he pensado en pedir un cigarro y darme una vuelta por el jardín, sola. Lástima que ya no fume.

En suma, que están marcando paquete y yo soy la gacela vulnerable que se deja morder la yugular gustosamente y que va al matadero dando saltitos de alegría, y no es que me arrepienta de esta situación a todas luces irreversible, no. Si me hiciera un *selfie* con el móvil, seguro que estoy radiante como una novia enamorada en su noche de bodas, aunque en este caso sea con el novio y el padrino a la vez.

Nos sirven los licores con una tableta casera de chocolate entera hecha por el propio restaurante y coca azucarada de Hostalet d'en Bas, un pueblo cercano.

—¿Puedes decirle a Pere que nos lleven a la habitación el chocolate y un *set* para hacer *gin-tonics*? Seagram's.

—Sí, señor, ahora lo comento. ¿Tomarán cafés?

—Ristrettos. Dos, por favor. ¿Alex?

—Ristretto.

Tic, tac, tic, tac. Lo del *gin- tonic* no es mala idea, dado que no parece que nos vayamos precisamente a dormir, y yo he traído el iPad, así que me ocuparé de la banda sonora. Mi cerebro va a mil por hora, pero es para parecer concentrada y que no se me quede esa cara de boba que se me pone cuando he bebido un poco demasiado y estoy muy a gusto.

Tengo delante a dos hombres con mayúsculas que levantan pasiones cada uno en su estilo: es hora de recomponerse e intentar estar a la altura de las circunstancias y sobre todo evitar accidentes tontos, caminar con un pie delante del otro e intentar no pisar ninguna gallina al salir al jardín.

Nos bebemos los cafés y los licores al ritmo algo forzado del que tiene prisa por dejar la sobremesa.

—Bueno, ¿preparados para una experiencia sensorial única? —dice Bruno, y Alex le mira, extrañado de tanta fanfarronería.

—Oh... ¡No me refiero a eso, hombre! Aunque también. Me refería a las habitaciones, los pabellones.

—¿Tú conoces, Johanna?

—No, nunca he dormido aquí, pero tengo entendido que es muy especial.

—Especial, sí. Abrid la mente, porque se supone que vais a tener la sensación de dormir al raso, de bañaros en un río...

—*Are we camping?* (¿Vamos a acampar?).

—No exactamente, pero parecido... Si habéis terminado, acompañadme.

—Siempre te pones misterioso, cuando en realidad eres fatal guardando una sorpresa.

Nos levantamos y caminamos hacia la entrada, donde nos entregan nuestros abrigos. Bruno comenta algo con el camarero y paga la cuenta. Alexander no hace ademán de querer pagar porque está demasiado concentrado en mí y en oler mi cuello.

Salimos al jardín y nos acercamos a la recepción de Els Pavellons de Les Cols, que es como se llama el hotel, ubicado en el mismo recinto. La recepción es una sencilla sala con una puerta que,

imagino, da a las oficinas, y hay otra puerta metálica con una barrera que da al hotel.

Una señorita encantadora nos espera y nos entrega un código para cada habitación. La seguimos en fila india dejando atrás la piedra y la madera para adentrarnos en un universo futurista de vidrio y hierro a través de una pasarela metálica.

Es un pasadizo estrecho al aire libre que nos lleva a la puerta, también de acero, del pabellón. Pulsando un código de tres dígitos que en este caso son símbolos en el teclado de la puerta, esta se abre. Antes de entrar la señorita se despide y se va.

La habitación es un cubo de cristal de unos cuarenta metros cuadrados con tan solo una cama de sábanas oscuras, no hay nada más. Podemos ver el cielo y las estrellas, podemos ver la tierra bajo nuestros pies porque el cubículo está suspendido. Nuestras bolsas de viaje están en el suelo y sobre la cama, una bandeja con el chocolate y la coca además de hielo, vasos, ginebra y tónica. La iluminación es muy tenue, de *led*, y da protagonismo a los efectos ópticos en tonos verdes de la propia noche reflejada en el cristal. Delante de la cama hay una terraza también rodeada de cristal opaco y metal.

—*This is different. (Esto es diferente).*

—Pero por la mañana nos verá todo el mundo... Esto es una pecera, Bruno.

—No, no, está todo perfectamente estudiado para tener la sensación de estar al aire libre, pero es completamente privado. Fíjate en ese panel, es domótica: puedes cambiar el sentido de las cortinas, bloquearlo, lo que quieras...

—*Look, Jou, an onsen. (Mira, Jou, un onsen).*

—¿La bañera? —pregunto.

—Un *onsen* es como se le llama en Japón a un baño termal.

Yo diría más bien «pequeña piscina»; se accede desde la ducha y no hay mandos para regular la temperatura, porque, según Bruno, está pensado para estar siempre a 38° y hacer la experiencia más auténtica. Eso incluye guijarros de río en la ducha y cantos rodados en la bañera. El único sitio donde poder sentarse es el wáter negro suspendido en la pared. La pila del baño no tiene grifo; el agua se renueva sola cuando te acercas.

—Bruno, esto es tan zen y tan minimalista que no sé dónde meterme, no hay una silla.

—¿Y para qué quieres una silla?

—No sé, para dejar mi abrigo; no hay armarios.

—Aquí algo así, no armario, pero sí puedes dejar abrigo. *Come on, (Venga,)* vamos a dar baño.

Lindbergh no pierde el tiempo; me quita el abrigo, dejándome paralizada mientras me besa el cuello.

—¿Te quieres bañar?

En vez de contestar, me besa. Mmmmmmm.

—Claro, bañaos mientras os preparo un *gin-tonic* y pongo algo de música.

—Bruno, no vamos a caber los tres aquí.

—Meteos vosotros, a mí no me apetece.

Oh, oh, un comienzo un poco brusco. Es el ambiente, tan pequeño para tres, tan frío. De hecho, vamos a dormir un poco estrechos en ese tatami de sábanas negras. Alexander no tiene paciencia, y no para de mirarme como el lobo que ha localizado su presa. He visto un par de pequeños cojines, o debería decir pequeñas colchonetas, que, supongo, son para sentarse. Le hago una señal a Alex para que se relaje y se siente junto a mí, dándole a entender que no debe ir tan deprisa...

—Mira, Bruno, ¡ya tengo sillas!

—Vaya, muy bien. Aquí tienes tu copa, y la tuya, Alex.

—*Thanks. To us! (Gracias. ¡Por nosotros!)* —dice aún de pie levantando su copa. Bruno se ha sentado sin zapatos en posición de loto sobre la cama y yo a los pies de esta sobre uno de los cojines, y tengo otro preparado para Alex junto a mí. Doy unas palmaditas sobre el cojín para que venga a sentarse, por fin lo hace.

—¿Quieres un poco de chocolate? —le digo, y asiente con la cabeza, pero antes de que pueda ofrecérselo a Bruno, que anda ocupado seleccionando algo de música en Spotify, Lindbergh ya me tiene entre sus brazos aprisionada contra la cama y me besa como si no hubiera un mañana. Intento mirar a Bruno desde mi posición, buscando sus ojos, y para cuando los localizo, empieza a importarme ya muy poco lo que piense, aunque veo que me hace un guiño, dándome su aprobación, en el mismo instante en que me dejó llevar y realmente me relajo saboreando y correspondiendo un beso memorable. ¡Ualah! Me ha dejado seca, literalmente.

—Alex, creo que tienes carencias que habría que corregir. ¿Cuánto tiempo hace que no estás con una mujer?

—*Mmm. Last time, before Zurich. (Mmm. La última vez, antes de Zurich).*

—¿Qué? No te creo.

—¿Quieres decir con Bruno y conmigo?

—Sí.

—No me lo creo. ¿Por qué?

—*That's difficult to answer. (Eso es difícil de contestar).*

—No es tan difícil, solo dime por qué.

—Jou, está bastante claro. A veces no hace falta verbalizarlo todo.

—A mí sí que me hace falta; a ti te explica cosas, y yo quiero entender.

—*I don't want to get over you. (No quiero superar lo tuyo).* Mí puede seguir con mi vida, pero no quiere, *understand?*

—No.

—Johana, os recomiendo un baño. Estás siendo un poco obtusa, verás qué relajante. Yo ahora vengo.

Acercándose con todo el cuerpo hacia delante, Bruno me estampa un beso en la frente. Me está echando en brazos de Lindbergh, pero no me sorprende, porque no es la primera vez. Y no es que no quiera o no me apetezca, en absoluto, simplemente no puedo evitar estar siempre preocupada por los sentimientos de Bruno.

—*I'm going for a bath. (Yo me doy un baño).* Tú haces lo que quieres —dice, y se empieza a desvestir mirándome fijamente. Se quita la camisa y me regala una perturbadora visión de su espectacular torso, que ya no recordaba y que me deja con la boca abierta.

—Cariño, estás babeando... —dice Bruno riéndose de mí. Pero vamos a ver, cómo no voy a bloquearme si el tío ha dejado caer sus pantalones al suelo.

—*The shoes, please, help. (Los zapatos, por favor, ayúdame).*

Quiere que le desate los cordones de las botas, pero eso implica arrodillarme frente a él, aunque prácticamente ya lo estoy, sentada en el suelo. Su voz de ordeno y mando es más grave, sensual. En cuanto me acerco y le toco las botas, tiene una erección. Eso no parece incomodarle, más bien al contrario; mira a Bruno con una sonrisa socarrona cuya lectura podría ser «Oh, cómo me voy a follar a tu mujer» o «Mírala, cual gatito sumiso»

Bruno le devuelve media sonrisa y menea la cabeza divertido, levantándose y acercándose a mí justo cuando ya he terminado con los zapatos; veo que le entrega algo escondido en la palma de la mano con una mirada cómplice y un guiño.

—Anda, levántate, que te voy a echar una mano.

—¿Con qué?

—El vestido. Venga arriba.

Me tiende la mano y me levanta de un tirón apretándome contra su pecho con un brazo y poniendo su otra mano sobre mis nalgas. A Lindbergh no le veo porque lo tengo detrás, pero creo que se ha quitado los calcetines. Los dedos de Bruno suben mi vestido en dos movimientos eficientes, y sin saber cómo, tengo su mano dentro de mis bragas. Sus dedos en mi vagina, el índice en el clítoris. Su boca y su aliento en la comisura de mis labios.

—Mmm... Yo diría que estás más que a punto.

Pues si esto sigue así, yo diría que ya he terminado. No mueve la mano, pero, ay, es insoportable.

—Estás muy mojada. Ven, Alex —dice con voz ronca. Y este se nos acerca aún más. Y para mi mortificación y vergüenza, Bruno le tiende un dedo húmedo directamente salido de mi entrepierna a Alex, y este se lo chupa mirándome a los ojos a mí.

—Joder, ¡eso ha sido muy gay! Y muy, muy sexy.

Bruno está aún más sorprendido que yo por la audacia de Lindbergh, que, sin darle más importancia y con total naturalidad, toma el mando de la situación quitándome el vestido con ademanes de prestidigitador y arrodillándose frente a mí para bajarme los *leggings* y las bragas poco a poco, mientras apoya la nariz en mi sexo y aspira como el que huele una flor.

Me tiemblan las piernas. Bruno se deshace de mi sujetador, pero permanece a una cierta distancia. Alex tira de mis botas para que levante el pie y pueda quitarme el resto de ropa. Ya estoy desnuda y sin actividad cerebral relevante.

—*Bath, now! (Baño, ¡ahora!)*.

Lindbergh ordena y, cual autómatas, obedezco caminando tras él, que en un gesto rápido se baja y se quita los *boxers* ofreciéndome un primer plano de su glorioso trasero.

A la bañera, a la altura del suelo, se accede por la ducha. Lindbergh se mete primero y me tiende la mano. Yo le sigo y ¡auch!

—Joder con los guijarros.

—Coge esto, la... umm, *the handle (la agarradera)*.

Es verdad, hay un agarrador en la pared para bajar a la bañera. No entiendo cómo han puesto esas piedras en la ducha, tengo las plantas de los pies muy blanditas y sensibles. Bruno, que aún está vestido, me acompaña dándome la mano: sabe que soy un pato, y he bebido demasiado. Cuando nos conocimos y empezamos a salir hace años me dijo: «¿Eres consciente de que te caes en los parkings ocho de cada diez veces?». Me parecieron muchas, pero es verdad que no había noche que los tacones no me jugaran una mala pasada. Me acomodo en la bañera e insto a Bruno a que nos acompañe.

—Vamos, Bruno, sí que cabes.

—Empezad vosotros. Quiero mirar una cosa.

—¿Qué cosa?

Lindbergh, que va a lo suyo, me coge por la cintura bajo el agua y tira de mis caderas hacia atrás colocándome su esplendorosa erección entre las nalgas. ¡Vale! Ahora ya tienes toda mi atención.

—Te han llegado unas fotos de unos cuadros.

—Ah, sííí. Quiero verlas.

—Luego, cariño; ahora estás ocupada —dice sonriendo a Lindbergh, que en un movimiento más

bien rudo y falto de tacto me gira hacia él y me dice:

—*May I have your fucking attention? (¿Puedes prestarme atención, joder?)*

—Perdona, pero estoy hablando con mi marido. ¿Qué coño quieres?

Me quedo muy seria mirándole, porque, francamente, no son maneras, y a mí nadie me trata como un trapo, que no estoy acostumbrada. Lindbergh sonrío, niega con la cabeza como si no diera crédito a lo que oye y se le pone cara de bobo. Me pasa la mano por la cabeza, intentando revolver sin éxito mi pelo demasiado corto.

—*I miss you... (Te echo de menos...)*.

Me susurra mirándome a los ojos; a mí me suena a «I love you», y sigue:

—*Even when you're around. (Incluso cuando te tengo cerca)*.

«Te echo de menos incluso cuando estás cerca». Eso es muy bonito. ¿Dónde está Bruno? Miro a mi alrededor, pero no le veo; debe de haber vuelto a la cama.

—Mí no trabaja bien, no concentra, *my body doesn't function the same way (mi cuerpo no trabaja de la misma manera)*. Mis manos siempre frías.

—¿La cabeza?

—Sí.

Ohhh, sus migrañas, eso tiene que ser horroroso. Me acerco y le abrazo aspirando su cuello; debe de ser la borrachera, porque se me escapan las lágrimas. Me mira fijamente y se alegra de verme llorar. Eso no es bueno, ¿o sí? Me sorbe las lágrimas exactamente como la primera vez, el primer beso en el cementerio.

Sin dejar de mirarme me agarra por las nalgas y me levanta para ensartarme con bastante dificultad. Lo vuelve a intentar cerrando los ojos, y cada centímetro suyo que entra en mí es una agonía que me hace perder el sentido. No se puede decir que haya sido una entrada fluida.

—*It's the rubber. (Es la goma)*.

¿La goma? No le he visto ponerse una goma, pero sí, eso es, el agua y el látex; hasta que no está dentro del todo la fricción es incómoda. Ya está dentro, y noto toda su plenitud en mi interior.

—Ooaahhh —dice. Su gemido de placer resuena dentro de mí. Sus besos se vuelven febriles, urgentes. Sigue besándome como poseído, dejándome sin aliento y obligándome a apartarle para poder respirar y volver a ser devorada, tanto, que inflama mi libido de tal manera que necesito más, más rápido, más.

Lindbergh me bloquea con las piernas para que baje el ritmo. Me agarro a la pecera de cristal buscando un punto de apoyo y las muevo intentando cabalgarle, pero no me deja. ¡No fastidies! Estoy en Defcon 1, alerta nuclear. Es frustrante.

—Oh, no, Johanna, *easy (tranquila)*. Hagamos amor, ¿ok?

—Mira, Lindbergh, si quieres, repetimos luego, pero ahora cállate y fóllame.

—Esa es mi chica —interrumpe Bruno, que se ha sentado en calzoncillos en la taza del inodoro.

—Perdonad, pero necesito hacer pipí. Me caigo de sueño, y si no lo hago no puedo dormir.

Nos quedamos congelados.

—¿Te vas a dormir?

—Solo un ratito. Demasiado alcohol... ¿No te importa?

—No, no. ¿Estás bien?

—Sí, es la cama, que me hace balsa, ya sabes.

Sí que lo sé. Odio esa sensación: uno está quieto, pero la habitación no. Al menos ahora entiendo por qué no nos ha acompañado esta noche. Tan predispuesto que parecía a un encuentro de alto voltaje...

—Descansa, *man*. *She's in good hands*. (*Está en buenas manos*).

—No tengo la menor duda. No la agotes mucho, que en un rato estoy como una rosa.

—Bruno, mira en el bolso; hay ibuprofeno y antiácidos.

—No hace falta, peque, solo cerrar los ojos un rato.

Me sonrío y hace un gesto de despedida con la mano. No me preocupa. Bruno nunca toma medicinas de ningún tipo, y no es la primera vez que le veo algo mareado. Lindbergh me retuerce un pezón. Aaaayyy

—*So, ¿qué ser? Love or sex? Want me to fuck you duro, radical? (¿Amor o sexo? ¿Quieres que te folle duro, radical?)*.

—Alexander, no preguntes, haz lo que tengas que hacer.

—Bien. *Come here, baby, let me love you*. (*Bien, ven aquí, nena, déjame amarte*).

Aún le tengo dentro con una erección monumental; tanta conversación me ha bajado las revoluciones, por decirlo de alguna manera. Me pierdo en su beso sensual, tierno y elaborado. No sé qué tienen los besos de este hombre que me hacen perder el sentido. Me coge la cara con ambas manos mientras me saborea y, de vez en cuando, se para a mirarme a los ojos.

Y me abraza, o más bien me estruja entre beso y beso como si se alegrara mucho de verme, así de repente.

—*I've missed you (Te he echado de menos)* —susurra.

Estoy sentada sobre él y noto cómo se recoloca haciendo la penetración más intensa. Empieza a moverse con una cadencia lenta. Oh, no, no, no, no... Así no voy aguantar; esto se parece mucho al «*Lindbergh special*». Giro la cabeza hacia otro lado intentando rebajar la intensidad del momento, intentando distraerme.

—*Look at me (Mírame)* —me ladra. Obedezco, le miro a los ojos y me corro. Agrrrr. Aaaahhh. Me dejo ir en un grito ahogado, mis piernas se aflojan, con la cabeza apoyada en su hombro soy un peso muerto; toda la tensión desaparece por completo. Seré tonta...

—No muevas, *we go again (vamos de nuevo)* —me dice mordéndome el labio inferior. ¿Otra vez? ¡Vaaale!

—*The stars, mira cielo. (Las estrellas, mira cielo)*.

¿El cielo? Ohhhh. Ahora entiendo. A través del techo de cristal, después de tanta urgencia por mi parte, ahora puedo saborear y disfrutar el momento. Alex se mueve a un ritmo pausado, sin parar; me empuja contra el cristal de la bañera y cada nueva embestida es una oleada de placer que recorre mis nervios.

La luna, casi llena, se alza sobre nuestras cabezas, veo las nubes pasar y las estrellas, mientras Lindbergh sigue intensificando el ritmo infinitesimalmente. Su lengua en mi boca parece tener vida propia, mantiene un ritmo devorador muy superior al de su pelvis. Me aguanta por las caderas para que no las mueva, me quiere quieta y abrazada a su cuello. Disfruto cada embestida; ahora son secas, más duras, estrellando mi trasero contra el cristal y generando un pequeño tsunami.

—*Look at me, Johanna* —dice, y su mirada intensa me inflama aún más. Joder, es que es hacerlo y correrme. Esquivo sus ojos, me agarra la cara con una mano y la mantiene, empujándome ahora en golpes secos. Cierro los ojos, transportada al infinito, y oigo su voz en la distancia.

—Johanna.

Quiere que los abra, quiere que le mire. Lo hago, mantengo la mirada, pero... Ahhh. Ya no puedo más. Noto esos impulsos eléctricos irradiar descargas de placer que me recorren las piernas, las ingles. Le aguanto la mirada.

—*I miss you too (Yo también te echo de menos)* —digo, y me corro. Ohhh, joder. Con una

mezcla de sorpresa y dolor al oír mis palabras, Alex se deja ir emitiendo un sordo alarido pegando su frente a la mía.

Se ríe, extenuado, me besa los ojos y me muerde los labios, me abraza estrujándome. Permanecemos abrazados unos segundos, ambos instalados en un lugar muy cercano a lo que debe de ser el nirvana.

—Estoy entumecida.

—Sí, mí tiene hambre.

—¿Chocolate?

Asiente, levantándose de la bañera, tendiéndome una mano para ayudarme a salir y subiendo hasta la ducha. Mierda, ¡las toallas! Oh, ahí están, de color gris casi negro, como la ropa de cama, dobladas sobre la taza. Debe de haber sido Bruno el que las ha dejado ahí para nosotros.

—¿Tienes sueño?

—No.

—Yo tampoco.

—*Let's do some camping (Acampemos)* —me dice mientras me seca el pelo con su toalla. Luego coloca las dos sobre el suelo a los pies de la cama, con las colchonetas. Bruno está dormido boca abajo bien arropado; su respiración es profunda, sin llegar a roncar. Cuando voy a sentarme veo que Alex se ha puesto el abrigo, así sin nada debajo. Sería cómico en cualquier otra persona y, sin embargo, está guapo, muy sexy, hasta elegante.

—Siéntate en medio. *Right there. (Justo ahí).*

Me señala un punto en medio de la alfombra improvisada, hago lo que me pide. Coloca el chocolate y la coca frente a mí; ha encontrado un botellín de agua en una pequeña nevera en la que no había reparado. Luego se me sienta justo detrás abriendo el abrigo para taparme a mí también y quedamos piel con piel, mi espalda contra su pecho. Me abraza colocando su mandíbula en mi hombro para acercar su cara a mi mejilla.

—*Picnic under the stars. (Picnic bajo las estrellas).*

—Es perfecto.

Ahora noto su erección en mi espalda. Me giro divertida para cuestionarle. Se ríe.

—Mí no tiene suficiente, nunca.

—¿Nunca?

—No.

Fíjate tú, dos maridos y uno hipersexual. Me abraza estrujándome.

—Háblame de Sharon. He visto fotos, era preciosa —le digo, y se hace el silencio. Tardo un buen rato en obtener respuesta.

—Sí, preciosa, inteligente, *funny, but she didn't love me (divertida, pero no me amaba).*

—¿Estás seguro? ¿Tú la querías?

—Oh, sí, yo querer a Sharon.

—Se casó contigo, ¿no?

—*Yes, after our freshman year. (Sí, tras nuestro primer año en la universidad).*

—Os conocisteis en Yale y os casasteis. ¿Por qué dices que no te quería?

—Sharon ser de familia conservadora, *tea party. You know Sara Palin type? (Tipo Sarah Palin, ¿sabes a qué me refiero?).*

—Sí, claro, ultraconservadores.

—Su padre querer que yo ser político como él. Admirar a mi padre, *the national hero*, pero no le gusta mi madre, y yo *happa*.

—¿No quería un mestizo?
—No.
—¿Qué tiene que ver esto con Sharon?
—Yo para Sharon ser *alibi*. ¿Cómo dices? ¿Coartada?
Asiento con la cabeza. Coartada.
—Sharon tener íntima amiga de *high school*, Emilie, siempre juntas. *The day of the accident (el día del accidente)*, cuando vuelvo a casa mí encuentra Emilie abriendo armarios *and drawers (y cajones)*.
—¿Buscaba algo?
—Sí. Y se fue, y yo busqué y encontrar diario.
—Ya.
—*Sharon was gay. She and Emilie had an affair since highschool. (Sharon era gay. Ella y Emilie tenían un lío desde el instituto)*.
—Te engañaron.
—Sharon *was (tenía)* trece años cuando Emilie sedució.
—Sedujo. Perdona, sigue.
—*The diary, planning to escape. (El diario, planeaban escaparse)*. Ir a otro país, lejos de familia. *You see (Ya ves)*, matrimonio todo mentira.
—¿Qué mierda!
—Sí. *Big shit. (Una gran mierda)*.
—¿Y Kalani qué pensaba de ella?
—*She loved her, pero no confiar... Kalani is very wise. (La quería, pero no confiar... Kalani es muy sabia)*.
—¿Se lo contaste después?
—Sí solo a ella y nadie más. También hablo con Emilie, *she was devastated (estaba destrozada)*, más triste que mí; *gave her the diary (le entregué el diario)* y las cosas de Sharon. Todas.
Bueeeno, me quedo mucho más tranquila. Mira por dónde, el ángel que me ha mortificado en sueños ha resultado ser una auténtica hija de puta. Esta confesión se merece un premio. Giro el cuello ofreciéndole mi boca y él me corresponde con un beso profundo y romántico, si no fuera porque su pene me hace cosquillas en la espalda.
—Si yo fuera lesbiana y tuviera que esconderme, también te elegiría a ti como coartada. No puedes culparla.
Me regala una sonrisa triste y dice:
—Me gusta *this intimacy. (esta intimidad)*. Cuéntame tú *something intimate. (algo íntimo)*.
—Bueno, pero primero necesito saber por qué te fuiste de esa manera.
—*I freaked out, you see, now you know. I'm not use to feeling this weak. I need to be in control. I figured I could end up being some amusement in long term relationship. Johanna, Bruno and you... What you have is pretty solid. (Me asusté. Ahora ya lo sabes. No estoy acostumbrado a sentirme así de débil, necesito tener el control. Pensé que acabaría siendo solo un poco de diversión en una relación en una relación larga. Johanna, Bruno y tú... Lo que tenéis es bastante sólido)*.
—*Alexander Lindbergh feeling like a toyboy? (¿Alexander Lindberg sintiéndose como un chico objeto?)* —cuestiono. Francamente ¿quién lo hubiera imaginado?
—*Your turn (Tu turno)* —sentencia, visiblemente ruborizado. ¡Es para comérselo!

—Algo íntimo... Vamos a ver... Pues verás, cuando estoy haciendo yoga y es el final de la clase y he sudado mucho..., ¿sabes cuando haces la figura del arado con las piernas por encima de la cabeza y luego la del sordo?

—Karmapidasana.

—Sí. Pues en los días que he sudado, y como no llevo bragas debajo de las mallas, me encanta cuando llega esa parte, olerme, ya sabes, ahí. Me encanta el olor de mis fluidos. Los aspiro mientras hago la figura, pero nadie se da cuenta.

Qué se le va a hacer, es una guarrada, pero es verdad.

—*Well baby, that's disgusting, but it's hot. (Bueno, nena, eso es aqueroso, pero muy sexy).*

—¿Eso te pone?

—Ahhh. Voy te follar hasta que no sepas quién eres.

—Soy Johanna Mayer, tengo 36 años y tengo dos hombres.

Se me escapa una risilla traviesa tras mi imitación de alcohólica anónima.

—Hola, Johanna Mayer —dice Álex correspondiendo a la broma.

Me acerco mucho a su boca y le digo:

—Y, por cierto, ya que has preguntado por algo íntimo, quiero que sepas, Alexander Lindbergh, que te quiero. Te quiero, te quiero, te quiero y te quiero. — con cada palabra le doy un beso.

—*I'm ready to die now! (¡Ya estoy listo para morir!).*

—No me tomes el pelo...

—*Believe me (créeme,)* me moriría con gusto ahorra mismo —dice sonriendo y echándose hacia atrás para hacerse el muerto. Pero cuando se incorpora está totalmente serio. Abrazándome, me dice—: *Oh, baby, I felt so miserable... (Oh, nena, me sentí tan abatido...).*

—Te sentiste desdichado —digo mientras le doy pequeños besos por la mejilla.

—*Totally void. (Totalmente vacío).*

—Vacío — repito.

Ahora paseo mi nariz por su cuello.

—*Faithless! (Perdí la fe).*

—¿Os habéis tragado el diccionario Collins?

Bruno nos sobresalta sacando la cabeza por los pies de la cama con su habitual sonrisa contagiosa.

—*The Thesaurus.* ¿Tú estar escuchando?

—Sí, bueno, me ha despertado de golpe no sé qué de mi mujer oliéndose la entrepierna. Eso levantaría a un muerto, ¿no crees? ¡Mira!

Una erección de tamaño XXL pugna por salir de sus calzoncillos. La de Alex, de una talla parecida, se puede ver en todo su esplendor, ya que está desnudo.

—Quiero ver esa postura, Johanna: ahora no puedes negarte. Aquí sobre la toalla o en la cama si lo prefieres.

—¿Ahora? ¿Estás de coña?

—¿Tú quieres verlo? — pregunta Bruno a Alex, que asiente como un niño pequeño con una sonrisa de oreja a oreja. Su mirada ha empezado a ponerse turbia. Los lobos salen de caza, mis dos jedi están ya con sus espadas láser dispuestas. ¡Ay, madre! Creo que estoy hiperventilando.

—Venga, Johanna, no puedes decir esas cosas y que no lo podamos ver.

—Vale, pero me pongo bragas.

—Como quieras.

Se sientan los dos al borde de la cama. Yo me pongo las braguitas de encaje negro y coloco la

toalla que Lindbergh y yo hemos utilizado. Una vez delante de ellos, junto las manos a la altura del corazón y hago una reverencia.

—*Namasté.*

—*Namasté* —dicen ellos correspondiendo. Me estiro en el suelo y subo las piernas a Sarva-anga-asana, la postura de la vela.

—*Start with (empieza con)* Sarva-anga-asana y luego Halasana; *you're not warm (no has calentado)*, no querrás hacer daño en espalda...

—Vale, desde la vela hasta el arado y luego la postura del sordo. Pero, chicos, esto es una estupidez...

Cuando estoy en el sordo, ilustro mi actitud intentando olerme las bragas y me siento como un mono de feria. Seré idiota...

—*Give me a loto, baby. (Dame un loto, nena).*

—¿Loto boca abajo?

Eso puedo hacerlo. Vuelvo a levantar las piernas hacia la vela y las bajo poniéndolas en triángulo hasta conseguir un loto.

—Oh, amigo, bien jugado —dice Bruno chocando palmas con Alex. Se me acerca sonriendo y coloca su cabeza entre el triángulo que forman mis piernas para hablar conmigo, su cara justo encima de mi sexo.

—Yoga erótico... Nunca pensé que pudiera ser tan sexy —dice colocando la nariz justo sobre mis bragas.

Deshago la figura con cuidado de no darle un golpe mientras comento:

—Veo que te encuentras mejor...

—Yo sí, ¿y tú? Pareces contenta...

—Lo estoy.

Me ayuda a incorporarme y me abraza hablándome muy bajito como si fuera en secreto, aunque, por supuesto, Alex puede oírnos perfectamente, no está ni a dos pasos.

—Me alegro mucho, pero, Johanna, lo que a mí me gustaría es saber que eres feliz.

—Lo soy —le digo abrazándome a él. Mi leñador... Aspiro su aroma y me aprieto con fuerza a mi hombre. No puedo evitar echarle un vistazo a Alex para ver su reacción, me corresponde con un guiño y una sonrisa. ¿Esto va a ser siempre así? Puede ser agotador.

Bruno me coge en brazos y me lleva a la cama. Siempre me maravilla la facilidad que tienen estos dos para manejar mi cuerpo. No soy pequeña, ni tampoco demasiado flaca; sin embargo, soy un peso pluma para ellos.

—Tú y yo tenemos un asunto pendiente.

Evidentemente. Arranca el edredón de un tirón y me deja en la cama sobre las sábanas negras. Lejos de estirarse junto a mí, se reúne con Alex a comentar la jugada, esta vez en secreto. Alucino. No sé qué le habrá dicho Bruno, pero Alex se muere de la risa.

—Hey, ¿qué cuchicheáis?

—No grites, nadie puede oírte. Si te portas mal tendremos que castigarte.

—¿De eso os reís? Pues no tiene gracia.

—Oh, sí, sí tiene, *but don't panic (pero no te asustes)* —dice Alex sacando el fular que había colgado junto a mi abrigo.

—Bruno, no, a mí no me vais a atar. Esta noche no.

—¿Atarte?, no, no voy a atarte.

—*Relax, baby.* Es buena idea, *just flow... (déjate llevar...)*.

—Te vendamos los ojos y así no sabrás quién es quién. Te va a gustar.

—Ah, ¿sí?, ¿Y tú cómo lo sabes?

—Pues porque hace quince años que te hago el amor, Johanna.

Ya, bueno, a eso no tengo respuesta. ¿Me va a gustar? Pues claro que me va a gustar, si solo la idea ya me tiene toda viscosa ahí abajo.

—*Bow down, baby, and surrender. (Doblégate y ríndete, pequeña).*

Alex dice esto entre susurros; en inglés todo suena mucho más sexy. Me muero de ganas de empezar, pero tengo que demorarlo un poquito más, es el juego. Respiro hondo ruidosamente, dándole un poco de teatralidad, y digo:

—Vaaale, pero prometeme que, si quiero parar, paramos en el acto.

—Johanna, no te voy a atar. Si quieres parar, te quitas la venda.

¡Tontitaaa! Que ya estás llevando el asunto a no sé qué otra dimensión. Y es que me excita tanto que se me dispara la imaginación.

—*Quieta in the middle of the bed. (en medio de la cama).* Vendamos ojos, tú no poder ver.

Me los venda con un trozo muy amplio que cubre desde mi frente hasta la punta de mi nariz, da dos vueltas al pañuelo y el nudo lo hace delante, sobre mis ojos. Me estiro hacia atrás en total oscuridad con las piernas rectas. Me alegro de llevar bragas, vaya usted a saber por qué, pero así es.

Los oigo deambular por la habitación, que al ser tan minimalista y vacía hace que los sonidos sean más contundentes, o quizás solo están magnificados por la sensación de no poder ver. También oigo el agua, que se renueva continuamente como un riachuelo. A ellos no, no hablan, me los imagino comunicándose con gestos.

Alguien se me ha acercado; creo que se suben a la cama, cada uno por su lado. Estiro los brazos y, sí, los puedo tocar, parece que están desnudos. Entonces uno de ellos me retira una mano y el otro me da un manotazo en el dorso de la otra. No tocar. De acuerdo.

Pongo los brazos rectos alrededor del cuerpo y espero.

Noto su aliento, el de los dos, sobre mi torso, cerca del pecho, solo el aliento, no me tocan. Mi pulso se acelera. Suena una música; es mía, The National. Perfecto. Me abandono y dejo de pensar, ahora solo siento. El aliento sobre mis pezones, que se erizan y se disparan. Dos alientos, dos respiraciones recorren mi cuerpo por el estómago a ambos lados, al unísono, poniéndome la piel de gallina.

Dedos y manos me acarician el interior de mis muslos, haciéndome responder arqueando la espalda y elevando el monte de Venus como acto reflejo. Ahhh, es insoportablemente placentero; su presencia, el silencio, la música.

Noto saliva, una lengua explora mi ombligo y otra mis muslos por el interior, ooohhh. Ahora puedo oírlos jadear, pero no sé quién es quién. Estiro la mano para tocar a quien sea que está a mi derecha y recibo un manotazo. Aaayy, ¡qué rabia! Así es el juego, captado. Sin embargo, les advierto:

—¡Otro manotazo y se me escapa una hostia! Aviso.

—Shhhh.

Es toda la respuesta, además de un beso profundo devorador que me ahoga, porque no lo he visto venir. Creo que es Bruno, o quizás no. Ahora tienen la precaución de inmovilizar mis brazos para que no les toque el pelo; eso los delataría. Me fijo más en el olor: quizás pueda saber quién es quién por las feromonas y el perfume. Es inútil, los tres olemos igual.

Ay, ay, ay, ay, una nariz aspirando sobre mi botón y una lengua lamiendo la blonda de mis bragas

mojadas justo sobre los labios de mi sexo. Ese debe de ser Bruno. Aich, un mordisquito en la ingle de la pierna derecha y luego unos labios que sorben sobre el músculo del interior de mi muslo haciendo ventosa en movimiento ascendiente de nuevo hacia la ingle. Creo que eso va a ser un chupetón.

Hay movimiento, cambio de posiciones; no me entero, porque me están bajando las bragas. Alguien me sopla sobre el clítoris, mientras centímetro a centímetro mis bragas resbalan por mis piernas. Tengo un brazo libre, e instintivamente me llevo la mano ahí para masturbarme, pero no me dejan. Me muero. Esto es una tortura, ya no lo aguanto. No es justo. Necesito más.

—Bruno, Alex, metédmela ya. Quien sea, por favor —suplico. Se paran en seco y estallan en carcajadas. Sí, vale, esta frase va a mortificarme el resto de mi vida, me da igual. Al menos, que me dejen masturbarme. Pero no, no hay manera.

Por fin algo de piedad. Uno se ocupa de mi boca; su lengua me aborda e incluso me hace una felación en la lengua con los labios. Uaaau. El otro, ohhh, el otro me lame el clítoris con fruición. El clítoris, el único órgano del ser humano destinado exclusivamente al puro placer. Y el mejor amigo de una mujer.

Auch, alguien me retuerce el pezón y de repente todo es demasiado abrumador. El beso se interrumpe y vuelve a haber cambio de posiciones, pero con el mismo resultado, aunque supongo que a la inversa; mi boca invadida en un beso turbador mientras otro lame mi sexo esta vez en movimientos más largos, como lo haría un gato.

Demasiado, demasiado, no puedo con esto. Levanto la mano para pedir una pausa, pero lo que consigo es que me volteen entre los dos. Me han puesto a cuatro patas. Ahora tengo uno enfrente y otro detrás.

—Bruno, por favor —suplico. Por favor. Y, por fin, noto que me penetran deslizándose en mi interior como una anguila. Oh, dios, gracias. Tengo que hacer un esfuerzo apretando los músculos interiores para no correrme.

—Abre la boca —me ordena Bruno. Obedezco y otro pene se introduce ahora entre mis labios. Le doy la bienvenida rodeándolo con la lengua, saboreándolo y sintiendo un inmenso placer al hacerlo. Sin embargo, el grito de gozo que provocho es claramente de Lindbergh.

Con la cadencia de las olas me dejo llevar. Ensartada por delante y por detrás, por un momento pienso en un pollo *al ast* y me entra una risilla floja hasta que recibo un cachete en el trasero. ¡Vaya! A alguien no le gusta que me ría.

Cada embestida provoca en mí un movimiento hacia delante que termina con el pene que tengo en la boca en mi garganta. Todos gozamos sonoramente, gemidos de placer llenan la habitación compitiendo en decibelios con la música, el álbum entero de The National. Siento calambres en las piernas, descargas de placer recorren mi cuerpo y sé que estoy cerca.

El ritmo se acelera. Nada tengo que hacer más que dejarme llevar. Me concentro en el pene que tengo en la boca y le regalo un elaborado juego de lengua bajo el glande justo en los intervalos en que no estoy siendo penetrada. Me excita oír los gemidos de puro placer que provocho y persisto.

—Oh, no, Johanna, *I'm going to come. (me voy a correr)*. Me corro.

Bingo, justo el efecto esperado. Sabía que era Lindbergh. Intensifico el movimiento de lengua y absorbo con ganas moviendo la boca hacia delante y hacia detrás apretando los labios, hasta que noto, porque siempre lo noto, cómo el líquido sube por la caña del pene. Normalmente me retiro y lo esquivo dejando que brote en el aire, pero esta vez dejo que me estalle en la boca, y me lo trago.

El aullido de placer de Lindbergh es helador. Noto los latigazos de su pene descargando y luego

le precede la calma total. Abro la boca para liberarle. Curiosamente Bruno se ha parado, supongo que a observar.

Me voltea de un modo más bien rudo y me tira contra la cama dejándome en el clásico misionero. Me penetra con rabia mientras me besa. No parece que le importe lo que acabo de tragarme, más bien al contrario, diría que le enciende, pero es una excitación algo furiosa que me pone a cien y me lleva al borde de la locura. Me está follando con una vehemencia inusitada, su pasión me desborda. Me voy a correr sin remedio. Me corro. Ahhh, ahhh. ¡Ay, madre mía! Ya está.

Me quedo floja, aunque Bruno sigue en mi interior embistiendo y gozando. De repente pone la mano bajo mi nalga y me introduce un dedo por detrás. El contacto de su dedo con su pene a través de mí es más que suficiente para hacerle tocar el cielo y se corre estrepitosamente en un orgasmo fabuloso. Me quito la venda y los veo destrozados, bajo las estrellas, jadeando, sobre todo Bruno, que se ha dejado caer sobre mí. Estoy muerta de tanto fornicar.

—*The sun is rising. (Está saliendo el sol).*

—Sí, amanece, durmamos algo.

—Estoy muerta...

—Y estás en el cielo.

Abrazada como puedo a ambos, recibo sendos besos con lengua, cariñosos y exhaustos. Y nos quedamos mirando el cielo en silencio. El amanecer, los árboles, el espectáculo es sobrecogedor y amortiza, aunque solo sea con este instante, el precio pagado por la habitación.

SEXUALIZED

MOLLÓ. BAR DEL PUEBLO

24 DE DICIEMBRE, 11:00 H

*E*stamos muy cerca de casa, en el pequeño pueblo de Molló. Es prácticamente tan solo una aldea; aquí está la carnicería favorita de Bruno, son productores y tienen la sala de despiece al lado de la tienda. A él le encanta perderse un buen rato seleccionando las piezas bajo la atenta mirada de la *mestressa*.

Lindbergh y yo hemos pedido un té verde con limón. Estamos al sol en la terraza de uno de los dos únicos bares del pueblo. Esta mañana hemos hecho un estupendo picnic en la habitación compuesto de fuet con pan casero y tomate servido en una pequeña salsera, mermeladas, varios quesos frescos, yogures, café. Un auténtico festín.

Nos lo han dejado en bandejas frente a la puerta, luego nos han puesto las sobras y un poco más en una bolsa de picnic para que lo aprovechemos si estamos dando una vuelta por la zona. Es lo que suelen hacer, y me ha parecido una gran idea. Se lo llevaré a los niños.

La verdad es que me caigo de sueño; en total puedo haber dormido unas dos horas, y no estoy acostumbrada, aunque ha valido la pena. Tengo el corazón como henchido de alegría, la sonrisa floja, absolutamente ningún remordimiento y una capacidad de concentración nula. Así que estoy en total discordancia con aquí, mi amigo el americano, dando vueltas calle arriba y abajo, en modo *business*, hablando por teléfono desde que hemos llegado.

Cuando ha conectado su iPhone ha empezado a emitir pitidos, a temblar y a pitar de nuevo como un cacharro diabólico a punto de explotar: 54 mensajes de voz, 75 *whatsapps* y 125 *e-mails* en dos días. No creo que podamos disfrutar de su compañía durante el resto de la jornada.

Yo también he comprobado el correo: tengo tres *e-mails*, y dos son felicitaciones de Navidad. Para contener el sueño me estoy mirando los cuadros ocultos de Jurgen. Son espeluznantes. He tenido que mantener el iPad sobre las piernas bajo la mesa para evitar que el sol incida sobre la tableta. Veo que Lindbergh cuelga el teléfono. Parece en otro mundo. Se me sienta al lado sin decir nada, concentrado, pensando, prácticamente como si yo no estuviera.

El camarero sirve el té. Es muy joven, de unos ventipocos, y es muy guapo, tipo leñador como Bruno, pero con el pelo corto y ojos verdes. Lleva una camiseta de manga corta, seguramente porque dentro hay calefacción, y no se molesta en ponerse la chaqueta para salir un momento. La camiseta le va muy corta, más arriba de la cintura, como si hubiera encogido, y puedo ver su vello rojizo justo sobre la línea de sus tejanos. Tiene las espaldas anchas, el cuello largo y la piel de gallina por el frío. Me sonrío mirándome a los ojos y me habla en catalán.

—*¿Sou de Barcelona? (¿Sois de Barcelona?)*.

—*Sí, estem a Camprodón. (Sí, estamos en Camprodón)*.

Creo que está coqueteando. Bloquea el sol con la mano para mirarme a la cara; me arrepiento de no haberme maquillado. Me dice:

—*¿Saps que et sembles molt a la Mia Farrow de jove? (¿Sabes que te pareces a Mía Farrow de joven?)*.

Me está tirando los tejos... Y ha dicho «de joven». De joven...

—*Sí, ja m'ho han dit, i també a Twiggy. (Sí, ya me lo han dicho, y también a Twiggy)*.

—*No sé qui es, però segur que és molt guapa. (No sé quién es, pero seguro que es muy guapa)*.

—¿Tienes azúcar, por favor? —dice Lindbergh interrumpiendo. Sin embargo, hay un azucarero en la mesa. El camarero se da cuenta de que le está echando, pero es joven y audaz, y contesta con una sonrisa socarrona:

—¿Moreno?

Lindbergh le fulmina con la mirada. Mira que llamar moreno a un *happa*... Si el camarero ha visto lo mismo que yo en los ojos de Alex, no me extraña que se retire sin más. Cuando ya se ha ido, Lindbergh me increpa bastante enfadado:

—*So what? (¿Y qué?). ¿Te comes teenagers para desayuno?*

—No es tan joven, y pensaba que me ignorabas. Lo siento, no me he dado cuenta. Estoy, no sé, como sexualizada...

Y muy poco acostumbrada a los celos. Seguro que Bruno habría reaccionado partiéndose de risa y no dudando de mí. Pero como Lindbergh parece más serio que si se hubiera hundido la bolsa de Nueva York, cambio de conversación, más que nada para aligerar el ambiente.

—Oye, dime una cosa: ¿no te agobia tener el teléfono apagado durante dos días como has tenido desde ayer con ese nivel de demanda? Quiero decir, ¿no necesitas saber quién te busca y si hay algo urgente?

—*This is not exactly a phone. (Esto no es exactamente un teléfono)*.

—¿No es un iPhone de Apple?

—Sí, es el nuevo modelo, pero tener muchos extras *from* Cooper.

—Es decir, que tienes un teléfono que aún no ha salido al mercado ¿Qué tipo de extras tiene? ¿Puede causar bajas en el enemigo? —digo bromeando.

Apaga el móvil y me pregunta:

—¿Pantalla ahora qué color?

—Azul.

Está apagado, pero la pantalla se ha puesto azul oscuro.

—Mí tiene tres colores *depending the level*. (*dependiendo del nivel*).

—¿Y cuál es el nivel de alerta?

—Rojo, *obviously* (*obviamente*), pero algunas personas tienen código especial y teléfono despierta y suena.

—¿Quién lo tiene?

—*Kalani, Bruno and some of the Cooper's staff... (Kalani, Bruno y alguno del personal de Cooper)*.

—¿Quién de Cooper?

—Adrian, y algún más, pero no hacer servir código si no ser muy importante. *You know, must be vital. (Ya sabes, tiene que ser un asunto vital)*.

—Joder, Lindbergh, estás fatal...

—*It's just security... (Es solo una cuestión de seguridad)*.

—Yo te llamé la primera vez y lo cogiste.

—Yo esperar tu llamada, mí organiza cada semana *likely numbers*. (*llamadas probables*).

—¿Números probables de personas que podrían llamarte?

—Sí, solo pocos, todas llamadas van a centralita. *They filter (las filtran)*, seleccionan y ponen color a comunicación.

Me muerdo los labios para intentar no reírme del inspector Gadget, que está muy serio desgranando los misterios de sus transmisiones. Es muy gracioso.

—Así que, con el teléfono apagado, con solo mirarlo sabes si tienes asuntos urgentes, importantes o solo rutina por el color de la pantalla...

—Exacto. *It's brilliant, isn't it? (¿No es genial?)*.

—Sí, sí, rollo *Misión imposible*.

—*Mission: impossible*. ¿Te ríes?

—Noooo.

—Johanna, tú ríes de mí.

Me levanto dejando el iPad sobre la mesa y me siento en sus rodillas abrazándole y besándole en la boca. Me corresponde buscando mi lengua; me abandono abstrayéndome y disfrutando de un beso profundo, cálido y romántico.

—Deberíais ser más discretos de ahora en adelante —dice Bruno sobresaltándonos e interrumpiendo el morreo. Lleva una caja enorme llena de bolsas; puedo oler la sangre desde donde estoy.

—Sí. *I'm sorry, man. (Lo siento, tío)*.

—Ha sido culpa mía, no estaba pensando.

—No pasa nada, Jou, pero seamos conscientes de que ahora volvemos a casa y tenemos que ir con cuidado.

Me levanto pensando que tiene toda la razón: por si nuestros coches aparcados casi bloqueando la pequeña calle principal no hubieran llamado suficiente la atención, yo le doy un buen repaso al camarero y luego me morreo con el amigo de mi marido. Esto es solo un aviso para ser más precavidos; es decir, a Bruno le pueden reconocer por venir a la carnicería, no creo que hayan reparado en mí, para ellos no somos más que unos *pixapins* de ciudad; así nos llaman, «mea pinos», que vendría a ser «pijos».

Sin embargo, la familia de Bruno ha veraneado en Camprodón desde hace generaciones, y lo que ha pasado no se puede repetir. Soy consciente de que la clandestinidad es parte de la magia, aunque no estoy segura de acostumbrarme a no poder demostrar lo que siento por Alex y lo peor es que eso perjudicará a cómo me comporte en mis demostraciones de cariño hacia Bruno mientras el otro esté delante para no herir sus sentimientos. He de ser fría y distante con ellos. Creo que va a ser Maya quien se lleve la mejor parte. Tengo ganas de verla y estar un rato juntas. La echo de menos.

—¿Pido la nota?

—*Absolutely not*. Yo voy a ver a *yummy* camarero (*al delicioso camarero*). Tú explica a Bruno *that you are sexualized*. (*que estás sexualizada*).

Y como si tuviera mucha prisa se levanta y entra en el bar. Espero que no incomode al pobre chico.

—¿«*Yummy* camarero»?

—Un chico muy mono. Parece que hemos flirteado, y Lindbergh le ha sacado las uñas.

—Un chico mono, ¿eh? Vigila la carne, que ahora vuelvo —dice dejándola sobre la mesa.

—¿Dónde vas?

—A ver a un chico muy mono.

No sé si es una broma o si es la falta de sueño, pero no entiendo nada. Busco en mi bolso unas gafas de sol y aprovecho un ibuprofeno suelto con el que me topo en el bolsillo interior. Me lo tomo con los restos del té. Las gafas me irán bien para camuflar mi estupefacción por su comportamiento además de para ocultar mis reacciones: estoy un poco lenta de reflejos o tengo resaca, lo que viene a ser lo mismo.

—Un yogurín monísimo. Pero te advierto de que conmigo también ha flirteado... ¿Quieres que nos lo llevemos de vuelta al hotel?

Oh, no, Bruno, ¡tú no! Se me escapa una carcajada pensando en mí con tres en la habitación de cristal. No sé si habría combinaciones posibles. Intento morderme la lengua, pero no puedo, nunca he sido de las que se callan.

—Bueno, cariño, en caso de que a uno de vosotros dos os apetezca cambiar de orientación, yo me animo.

—*It's not funny. (No tiene gracia).*

—No, es más bien triste: estáis celosos o atontados. Dame las llaves, conduzco yo. Vosotros id juntos.

—Oh, no, Johanna, no puedes llevar uno de esos coches, no son para mujeres...

—¡Bruno! ¿Cómo que no? Lindbergh, las llaves del R8, dámelas u olvídате para siempre de mí. Por suerte a Lindbergh le hace gracia mi osadía y me tira las llaves.

—*Baby, be very carefull. (Cariño, ten mucho cuidado).*

—Sí, Alex aún no ha pagado el coche.

—Id directos a casa, yo iré más tarde.

Me daré una vuelte y los dejaré pensando en todo esto; un poquito de reflexión no les vendrá mal. No es la primera vez que me enfrento a un deportivo de alta gama.

En mi época de *booker* de la agencia Elite, en numerosas ocasiones tuve que hacer de *babysitter* y ocuparme de llevar a casa a algún ejecutivo o alguna *top model* demasiado perjudicados para conducir; ni qué decir tiene que tanto el sujeto como el vehículo debían encontrarse sanos y salvos al día siguiente. Lo cual no era nada fácil: eran las fiestas salvajes del cambio de milenio.

Abro la puerta del supercoche y tiro el bolso en el lado del copiloto como si cada día me subiera en uno de estos trastos. Se me acercan para darme indicaciones, pero no les doy opción, bloqueo las puertas. Introduzco la llave en el arranque y dejo que el motor ruja mientras me pongo el cinturón, redirijo el retrovisor. Se me cala. Mierda. Los miro y les saco la lengua arrancando de nuevo.

Ahora sí, suelto el freno de mano, doy marcha atrás para encarar la estrecha calle y bajo por ella unos metros entre las casas de piedras con mucho cuidado hasta encontrarme la carretera secundaria y el *stop* para incorporarse. Miro hacia atrás y veo que no pierden detalle. No viene nadie; me incorporo a la carretera y acelero dejando el pueblo atrás.

¡Guau! Estoy conduciendo un puto R8. Qué pena de invierno: me gustaría descapotarlo y sentir el viento. He de tener mucho cuidado con el acelerador, porque el cacharro es sensible y se dispara solo.

Reconozco que, aunque no sé muy bien qué debe de costar uno de estos y si bien seguramente el precio no está justificado, un vehículo así no se necesita, sino que se tiene por otros motivos, pero creo que, aunque sea obsceno, me he enamorado.

Vamos a ver si sé poner música. Bingo, reconozco los primeros acordes: *Clementine*, de Sarah Jaffe, preciosa. Disfruto del momento: el paisaje invernal del Ripollés, la conducción orgásmica del R8.

Respiro profundamente y me arranco a cantar a pulmón.

*50 states
50 lines
50 crying at the time's
50 boys
50 lies
50 I'm gonna change my mind's
I changed my mind
I changed my mind
Now I feel different.*

*We were young
We were youg
We were young we didn't care
Is it gone
Is it gone
Is it floating in the air?
I changed my mind
I changed my mind
Now I feel different*

*All the time, wasted
I wish I was a little more delicate
I wish my
I wish my
I wish my
I wish my name was Clementine.*

¡Ohh! Dios mío, ¿ya me he pasado Ripoll? Huy, me estoy yendo a Barcelona sin darme cuenta. Mejor doy la vuelta en la primera rotonda: tengo ganas de estar con Maya un rato antes de que empiecen las celebraciones navideñas. Aunque solo por precaución, pasaré por el Roc para asegurarme de que me traen el coche para Bruno esta madrugada. Tengo que coordinarme con el vecino para dejar las llaves de la puerta automática camufladas...

Debería comentárselo a Alex, no sea que el pobre vecino, que ya es mayor, se encuentre con un despliegue de los hombres de Harrelson interceptando su entrada en la finca. Me extrañaría que Lindbergh no tuviera algún guardaespaldas rondando por la zona si se dedica a la seguridad.

¡Chorradas! Es la falta de sueño, estoy delirando. Aunque, por si acaso, le diré que metan el vehículo cuando todos duerman por si tiene que desconectar alguna alarma, así no se descubre la sorpresa. Para mí es importante, y no todos los días puedo, o debería decir nunca he podido, darle a Bruno un regalo de este calibre.

LUCKY LINDY

CAMPRODÓN. PASEO MARISTANY

24 DE DICIEMBRE, 18:00 H

Cuando he llegado a la casa la actividad era frenética. Bruno daba órdenes a diestro y siniestro. Han recibido el pedido de marisco del servicio que utilizamos habitualmente, «Peix a casa», pescado fresco seleccionado directamente de Mercabarna con la garantía de Edgar Boada, que informa de las mejores ofertas cada semana a sus clientes vía *e-mail* con cariño y mucha simpatía. Todo es de primerísima calidad, y te lo filetean, cortan y empaquetan, siempre con hielo, como tú quieras.

Hay cajas con bogavantes, langostas medianas y centollas para que Bruno haga txangurro a la donostiarra; el bogavante seguramente lo cocinará troceado y rebozado con cáscara y todo. En la cocina hay ollas ya a plena cocción. Gladys y Gina están concentradísimas picando verdura. Mi madre, como de costumbre, más bien molestando con un whisky en la mano. Leo y Matilde intentan abrir ostras sin hacerse daño; por lo que he oído, son Gillardeau n^o2: dicen que son las mejores.

Parece que Bruno se ha extralimitado, al menos el año pasado no fue tan espléndido. Debe de ser la presencia de Lindbergh y la lujosa casa donde nos alojamos. Es de suponer que se ha dejado llevar, aunque si pensamos que Alex carga con el peso del gasto de la casa, me parece lógico.

Maya y yo nos hemos llevado a Pixie y Dixie a dar una vuelta por el pueblo. Les he comprado pipas y luego los he llevado cerca del río. Tengo que decir que los pequeños monstruos se han portado relativamente bien cogiendo renacuajos y lagartijas, aunque no he podido evitar que se mojaran los pies. Les he hecho quitarse los zapatos y los calcetines rezando para que sus padres no estuvieran cerca.

Están de visita en Beget, un pueblo precioso de difícil acceso que hay cerca. Maya me confirma que de momento no se han encontrado bichos muertos en la cena, ni en el jardín, no parece que hayan cazado pájaros ni que se estén metiendo en líos. Maya no se fia; hemos estado tumbadas al sol charlando y dice que es demasiado sospechoso, que se muestran amables e incluso cariñosos. Me ha confesado que esta noche no ha pegado ojo pensando en que iban a gastar alguna broma pesada, pero finalmente no ha ocurrido.

Se hace mayor, y me llena de orgullo ser su madre. Es tan serena, tan auténtica y buena gente que me sorprende que esta personita casi perfecta hasta en sus defectos sea hija mía. No es que me atribuya el mérito: es Bruno el malabarista que sabe jugar con el equilibrio entre ser un padre estricto en ciertas cosas y el cariño. Yo no tengo brújula ni intuición, simplemente hago lo que me sale, incluso aunque haya meditado sobre un asunto en concreto que le atañe a ella. Improvisado sin más. Por suerte, mi hija tiene mucha paciencia conmigo y está dispuesta siempre a quererme tal y

como soy. Sabe cómo señalar mis defectos o meteduras de pata con tanto cariño como mis virtudes.

Sigo maravillada con el espectáculo de la cocina, la familia trabajando al unísono para la cena de Nochebuena. De momento no hay pullas, ni sarcasmo; todo eso vendrá luego, cuando hayamos bebido lo suficiente para no tener que disculparnos al día siguiente.

Hoy hemos comido sándwiches fríos de salmón y aguacate o de pollo que Bruno y Gladys han dejado preparados para que cada uno fuera a su ritmo y así no interferir con los trabajos de la cena. Como no he visto a Lindbergh desde la mañana, no he podido darle las llaves del coche ni comentarle que he dejado el mando de la verja bajo una piedra de la entrada.

Pregunto si me necesitan, y Bruno niega con una sonrisa; está en su salsa haciendo una de sus cosas favoritas: cocinar.

Dentro de un rato habrá que ayudar a decorar la mesa para Navidad. Maya y yo hemos estado recogiendo piñas y pequeñas ramas de abeto para hacer algún diseño floral casero. Cuando he llegado no me he fijado en el árbol, pero parece ser que Leo, Maya y sus primos se han dedicado a decorar uno del jardín, de los que se ven desde el salón. Han puesto luces, bolas y estrellas de madera pintadas de plata.

Subo trotando a la buhardilla en busca de Alex. La puerta está cerrada con llave. Doy unos golpecitos con los nudillos y espero. La puerta se abre, solo entornada, Alex saca la cabeza.

—*Hi! Come in. (¡Hola! Pasa).*

Entro y entiendo por qué no ha abierto la puerta como se haría en caso de estar vestido: está en calzoncillos y tiene una esterilla de yoga en el suelo. Es fabulosa, el triple de gorda que la mía y negra con grabados.

—¿Meditando?

—Sí, mucho trabajo: mi cabeza necesitar silencio —dice acercándose a la puerta y cerrándola por dentro con llave. Mmmm, ¡ese cuerpo es un pecado!

—Lindbergh, no hace falta que cierres, no me voy a escapar.

—*It's not for you (No es port ti)* —dice acercándose a mí y abrazándome. Me mira a los ojos profundamente. ¡Qué ojos! No logro acostumbrarme; son de otro mundo, tienen un extraño magnetismo, me obnubilan, me confunden, y ya no puedo pensar cuando me besa. Soy como esas vírgenes de los clásicos del cine de vampiros que preparaban el cuello para ser mordidas en un estado de semiinconsciencia. Soy yo, pero no soy yo: soy suya.

No, no, no. Ahora sexo no. Bueno, ¿y por qué no? No.

Hoy es un día familiar y mañana también: hay que estar principalmente por los seres queridos, y así se lo intento hacer ver.

—Alex, hoy es un día de familia; nada de follar ni de trabajo.

—*I know*, pero ¿tú tienes que duchar?

—Eh..., sí.

—*Me too. (Yo también).* Ducha conmigo.

—Ya, claro, nos duchamos juntos, pero de sexo nada.

—*No, I promise (No, lo prometo)* —dice levantando la palma de la mano, pero su erección lo delata. Se la señalo diciendo:

—Me parece que tu amigo no piensa lo mismo.

—¿Lindy?

—¿Le llamas Lindy? ¿No llamaban así a tu padre?

—*Yes, Lucky Lindy. (Sí, Lindy el afortunado).*

—Un poco retorcido, ¿no?

—¿Retorcido? No, mira —dice, y se baja los calzoncillos mirándome a los ojos, cogiendo con mano firme a su amigo Lindy, que ciertamente no es un miembro retorcido, sino que más bien luce liso, firme y desafiante, pidiendo guerra, diciendo «Cómeme». Me he quedado pasmada, hipnotizada, y aunque lo intento, no puedo mirar en otra dirección.

—*Shower? (¿Ducha?)*.

—Mmmh, bueno, por qué no, así ya estaré limpia...

De cuerpo, porque lo que es de conciencia... Está claro que sigo sexualizada. Algo de eso he oído: cuanto más se practica, más ganas se tienen. Pensaba que anoche ya había tenido ración suficiente para una semana o incluso un mes, y mira por dónde, mi ropa interior ya está impregnada de esa viscosidad últimamente tan familiar.

—*Hands up (Manos arriba)* —me dice como se le dice a un niño para ayudarlo a vestirse. En este caso a desvestirme. Le obedezco levantando los brazos, me quita el jersey y la camiseta de una misma vez. Se pone de rodillas frente a mí para bajar la cremallera de mis pantalones elásticos de terciopelo y los deja a la altura de la rodilla. Pone su nariz sobre mis bragas y aspira.

—*Mmm. So good. (Mmm. Qué bueno)*.

Los dos hacen esto siempre, aspiran mi sexo apreciativamente, y yo me pregunto si es porque ya saben que eso me vuelve loca. No sé por qué, pero me excita de tal manera que a partir de ahí para mí ya no hay vuelta atrás: caigo por la madriguera de Alicia, traspaso el espejo o lo que sea en busca de más. O quizás solo coinciden en gustos. Es un misterio.

Fuera los calcetines antideslizantes tan caseros como poco favorecedores. Se deshace de los pantalones, me baja las bragas y me las quita; sujetador no llevaba. Ya estoy como él, en pelotas.

—*I like your socks. (Me gustan tus calcetines)*. Ponemos calcetines otra vez.

—¿Para ducharme?

—No ducha, no hay tiempo —me dice aún de rodillas, volviéndome a colocar los calcetines gordos de lana y regalándome su mirada más depredadora. Se levanta con gracia y empujándome contra el escritorio de madera rústica que hay justo detrás de mí, me devora la boca con rabia y luego me gira de cara a la pared.

—*Ahh, un quicky (polvo rápido)*.

—*Yes, baby, a quick one. (Sí, nena, uno rapidito)*.

—Nada de preliminares.

Apoyada sobre el escritorio con el trasero en pompa y los calcetines ridículos, me penetra entre gemidos y, ohh, joder, ¡qué gusto! Siempre me coge por sorpresa como si fuera la primera vez. Saboreo el ímpetu, la prisa, el ritmo desenfrenado que me impone desde el primer envite.

Mentiría si dijera que no me gusta un aquí te pillo aquí te mato: me entusiasma. Para rematar me ha puesto dos dedos sobre el clítoris, pero es el dedo medio el que hace todo el trabajo masajeando, masturbándome una y otra vez mientras me penetra para luego poner la mano encima y apretar hacia abajo como si quisiera sujetar mi orgasmo.

No, amigo, mis orgasmos no se sujetan, últimamente más bien se desparraman. Tengo su cara apoyada sobre el hombro, noto su aliento en mi cuello; Alex está desenfrenado, como si la contención le causara dolor y necesitara explotar.

Me muerde el lóbulo de la oreja y me hace gritar, más de susto que de dolor. Me gusta este amor convulso casi violento; su mano en mi clítoris ha desconectado por completo mi conciencia, así que la feminista que llevo dentro y que quizás reprobaría que me haya cogido por la frente y que

fuerce mi cabeza hacia atrás hasta poder verme los ojos debe de estar disfrutando del momento tanto como yo.

Me hace daño al girarme tanto la cara para besarme, pero el beso lo compensa, no me hace tanto daño. Su mano sigue en mi botón y el placer que provoca ahí se expande por encima de cualquier otra sensación, dominando por completo mi cuerpo. Me penetra a golpes secos, me muerde la espalda, me vuelve a besar. No puedo más. Ya estoy llegando y, sin embargo, me gustaría prolongarlo...

—Johanna.

—Sí.

—*You can come now. (Ya te puedes correr).*

¿Me puedo correr ya? Aaahhh. Gracias. Ohhh, no puedo parar, ligeras convulsiones recorren mi cuerpo y otro pequeño orgasmo se me escapa, ohhh.

—*I'm coming out now. (Ahora voy a salir).* Gírate.

Diciendo esto se sale de mí y me doy la vuelta como me ha pedido; tiene cogido su pene con la mano derecha. Con dos movimientos firmes y sin dejar de mirarme a los ojos, estalla en un orgasmo tan sonoro como vistoso mientras pierde el mundo de vista como si estuviera mareado. De hecho, parece que pierde el equilibrio y se apoya en mí. Muy elocuentemente, todavía con su miembro en la mano, dice:

—Uuuooaaah!

—*¡Lucky Lindy! (¡Lucky el afortunado!).*

—*Very lucky. (Muy afortunado).*

Me besa cariñosamente sin acercarse demasiado, en plan piquito, porque está todo pringado. Cojo sus calzoncillos y limpio lo que ha dejado en el suelo.

—Deja, yo hago. *Shower? (¿Ducha?).*

—No, mejor me ducho en mi cuarto, llevo mucho rato aquí —digo vistiéndome a toda prisa sin molestarme en ponerme de nuevo las bragas; me las meto en el bolsillo. ¡Ay!, las llaves del coche.

—Las llaves. Oye, ese coche es una maravilla.

—*Stay. (Quédate)..*

—No puedo quedarme.

—*It's frustrating. (Es frustrante).*

—Alex, no consigo multiplicarme, hago lo que puedo.

—*I know, mí no está acostumbrado to share (a compartir)* —dice sacando de una cómoda unos calzoncillos limpios y poniéndoselos en una maniobra de lo más atlética. Desaparece hacia el baño y me deja con la palabra en la boca justo cuando iba a decirle que lo de compartirme ha sido siempre idea suya, no mía.

No había reparado en lo espaciosa y bonita que es su habitación. Tiene un ventanal semicircular enorme y es abuhardillada. No me extraña que haya elegido esta, es claramente la que tiene más encanto.

Me siento en uno de los orejeros que hay junto a la chimenea dudando en entrar al baño tras él y despedirme cuando veo que sale con un kimono corto de seda abierto sobre los *boxers* grises. Algo parecido a una batita con un estampado *retro*, es bastante ridículo; con su sonrisa me queda claro que sabe perfectamente que estas pequeñas excentricidades le hacen aún mucho más sexy y le sientan bien.

—¿El *negligé* es para mí? —pregunto. Se ríe a carcajadas subiéndose en la cama como una pantera y quedándose tumbado de medio lado apoyado sobre el codo. Tiene un Macbook Pro de

unas quince pulgadas sobre la cama; dando unas palmaditas en el edredón me indica que me acerque y me tumbe junto a él. No, no.

—Solo te enseña algo. *Take a look, please. (Echa un vistazo, por favor).*

—¿Qué quieres que vea? —pregunto acercándome y sentándome en el borde de la cama para no estar muy cerca de él: es demasiado tentador. Los dos tenemos necesidad de pasar más rato juntos, de conocernos mejor, necesitamos intimidad. Me pasa el ordenador, y me pregunto si este aparato también está adaptado y cambia de color o explota si no tienes el código adecuado. Lo que quiere que vea es una foto, pero antes de concentrarme en ella, cierro un momento el portátil y me lo quedo mirando.

Y es que, viéndole ahí, estirado en esa posición seductora, me doy cuenta de que es un espécimen realmente único, tan guapo, tan educado y encantador. ¿Cómo puede haberse metido en este lío? ¿Qué hace aquí con esta familia de pirados, enamorado de la mujer de otro? Cualquier tía vendería su alma por alguien como Alexander. La curiosidad me puede, y le pregunto en un susurro:

—Dime, ¿por qué estás solo?

—Yo esperar a ti.

—Eso está bien para una peli de adolescentes, pero nosotros ya tenemos una edad, y nos estamos metiendo en un buen lío.

—Yo encuentra manera de no ser lío. *I promise. (Lo prometo).* Nosotros estar bien. *Maya as well. (Maya también).*

—Alex, no puedes controlar todo.

Me dice que sí con la cabeza y una sonrisa. Me recuerda a un niño que no quiere hablar de temas peliagudos. Abre el ordenador para que mire la foto. Parece una caldera enorme con una puerta abierta y llamas en el interior. Se parece a uno de los cuadros ocultos de Jurgén que acabo de recibir por *e-mail*.

—¿Por qué me enseñas esto? ¿Has visto ya los cuadros?

—Sí.

—¿Te los ha enseñado Bruno?

—No, *I...*, ehm.

—Tienes acceso a mis ordenadores y a mis correos.

—*Yes.*

—Alex, no necesito tener secretos de ese tipo ni de ningún otro; solo tienes que preguntar, no hace falta que me espíes.

—No espío, *it is for security. (es por seguridad).* Recuerda gato y Artistik y Jurgén. Mí tiene que saber, *other people are having access. (hay otra gente teniendo acceso).* Tus comunicaciones son desastre.

—¿Quién más me está espionando?

—*We don't know yet. (aún no lo sabemos),* pero Adrian descubre...

Otra vez siento una necesidad imperiosa de reírme de este asunto. Se pone tan serio que, aunque francamente toda esta información es abrumadora y pone los pelos de punta, me hace gracia su actitud.

—¿Creaste Cooper después de lo que pasó con Sharon?

—*What do you mean? (¿Qué quieres decir?).*

—Lo que quiero decir está muy claro: ¿te sentiste engañado y decidiste controlar siempre a quien tienes a tu alrededor? ¿Por eso una empresa de seguridad? Así no pueden mentirte, lo sabes

todo de antemano.

Se queda pensativo un momento, como si le hubiera revelado una verdad universal.

—*Probably*, pero mí no consciente *back then* (entonces).

—Dios mío, Alex, eres un caso perdido.

—*I know...* (*Lo sé*) —me dice, y una nube de tristeza parece enturbiar sus ojos. Me acerco a él, le abrazo. Hay veces que su soledad me atraviesa como un dardo, y me duele el corazón. Nunca he conocido a nadie que se sienta tan solo; necesito tiempo para quererle, para demostrarle cuánto me importa, y tanta fragmentación es frustrante. Abro el ordenador y analizo la foto: recuerda a uno de los cuadros, el de los huesos en el interior.

—¿De dónde es esta foto?

—Die Delfine, Zúrich.

—¿Tenemos una caldera así en el hotel?

—*A waste incinerator for garbage...* (*Un incinerador de basura...*).

—No recuerdo ningún incinerador.

—*In the basement.* (*En el sótano*). ¿Cómo se dice, uhmm, «sótano»?

—Sótano.

La semejanza con el cuadro es escalofriante, pero podría ser una casualidad. Los cuadros en sí son escalofriantes.

—Jurgen, los lobos, los huesos, el incinerador, el gato. Dime, ¿qué más sabes?

—*And Pablo...* *It is not a coincidence.* (*No es una coincidencia*). Mí no vender hotel y llegar a final de asunto. *You are my family now.* (*Ahora tú eres mi familia*). Yo protejo.

Francamente esa frase de superhéroe concuerda poco con la batita de seda y los muslos al aire, pero, en fin, se agradece.

—Mí tiene mejor oferta. Müller. *A big shot, a banker. He's related with those fascist, can you believe that?* (*Müller, un pez gordo, un banquero. Está relacionado con esos fascistas, ¿puedes creerlo?*).

—Otra oferta de la extrema derecha... ¿Son los mismos?, ¿ese banquero es del partido?

—No, pero tiene hijo político con nuevo partido neonazi. Quieren cita en Davos, en su casa, es cerca.

—Joder, Lindbergh, como si en Suiza solo hubiera nazis. ¿No podemos recibir ofertas de gente normal?

—Quieren hotel...

—Pero si tú ya no quieres vender, acabas de decirlo.

—*No, but I want to know.* (*No, pero necesito saber*).

—La curiosidad mató al gato.

—No, tu gato.

—Una frase desafortunada.

Llaman a la puerta. Me levanto y abro con toda naturalidad, como si no hubiéramos estado follando sino firmando un contrato o revisando unas facturas: tal es la preocupación que me invade en este momento que se me ha olvidado lo que he estado haciendo.

Gina entra por la puerta con sus habituales formas huracanadas seguida de Bruno, que parece correr tras ella como si hubiera querido interceptarla.

—Coño, Lindbergh, tápate un poco, no soy de piedra. ¿Qué hacíais?

—Oh, pues mirábamos unos cuadros...

—Aquí huele a sexo.

—No seas vulgar, Georgina.

—Venga, Jou, solo es una broma —dice Bruno acercándose a Alex, y este le tiende el ordenador.

—¿Qué cuadros, los de Jurgen?

—En realidad mirábamos el incinerador, que se parece mucho a uno de ellos.

—Sí, sí, recuerda, pero hoy no es día para estas cosas... Alex, ¿te has duchado? —le pregunta Bruno acercándose y oliéndole medio en broma con una sonrisa.

—No, ahora iba. *You know*; yo practicar yoga antes...

—Ya. Bueno, te duchas y luego te encargas de los cócteles... ¿Qué te parece?

—*I'm a good barman. (Soy un buen barman).*

—Perfecto. Jou, Maya quiere que la ayudes a montar la mesa de la cena.

—Vale, pero yo también me tengo que duchar.

—No, tú no tienes tiempo. No pasa nada, tú no has estado haciendo ejercicio.

¡Qué cabrón! Ya veo por dónde va: quiere castigarme porque se ha dado cuenta de lo que hemos estado haciendo.

—Solo me refresco, me cambio y bajo enseguida...

—Yo empiezo con los adornos con Maya —dice Gina, apoyando la opción de que yo tenga tiempo para cambiarme mientras sale por la puerta con una sonrisa. Bruno cierra la puerta tras ella y se nos queda mirando muy serio.

—¿Estaba la puerta cerrada con llave cuando ha llegado Gina?

—Sí, la he abierto yo.

—¿No crees que eso puede resultar extraño? ¿En qué estáis pensando? —dice en un tono más bien agrio muy poco habitual en él. Alex se ha quedado mudo, lo cual también es poco habitual. ¿Por qué me siento culpable si toda esta mierda no es idea mía?

—No habernos metido a todos juntos en el mismo bote. ¿En qué estabas pensando tú?

—Estoy de coña, Jou, mira que eres boba —me dice acercándose para darme un beso en la mejilla, y automáticamente me relajo; tomarme el pelo es uno de sus deportes favoritos, el problema es que pico muchas más veces de las que debería.

—Pues sí que hueles a sexo.

—*A crazy ride, man! (Ha sido un viaje muy loco, tío)* —exclama Alex proclamando el gran polvo que acabamos de protagonizar.

NOCHEBUENA EN EL MARISTANY

24 DE DICIEMBRE, 23:00 H

La cena es un éxito rotundo. Me he moderado un poco y parece que soy la persona más sobria, a excepción de los niños y Gladys; que, por fin, después de la insistencia de toda la familia, ha optado por sentarse con nosotros. No sabemos qué le habrá dicho Lindbergh para hacerla recapacitar, pero ha funcionado.

Claro está que él no sentía ninguna necesidad de hacer que su empleada pasara la celebración sentada a su mesa: siendo hotelero está acostumbrado a que precisamente en las fechas señaladas es cuando más personal trabaja, pero al ver el espíritu navideño unánime que nos invadía, se ha unido. La pobre mujer parece totalmente descolocada e incómoda, aunque para la mayoría de nosotros sería más incómodo saber que está sola en la cocina en Nochebuena.

Bruno, con su camisa de tartán roja, tiene un fulgor etílico y satisfecho, porque sabe que esta noche ha triunfado. Los cócteles de Lindbergh, antes de la cena, han obrado maravillas, y todo el mundo se ha relajado. La cena, exquisita, de las mejores que yo recuerdo. El txangurro y las ostras se han llevado el protagonismo, el bogavante en tempura ha sido excepcional. Todavía tengo serias dudas de si podré borrar de mi mente a Matilde sorbiendo champán directamente de la concha de ostra: cree haber descubierto una combinación digna de un *gourmand*, la pobre.

Pixie y Dixie han terminado de cenar por el momento y están jugando una partida de billar. Maya está en el sofá, esperando los postres y muerta de risa, porque alguien se ha tirado un pedo bastante sonoro. Mi madre y mi hermana llevan una tajada monumental; de momento no es belicosa, sino más bien un pedal simpático.

Miranda le ha estado explicando a Alex que fue un bellezón en la época de la *Gauche Divine* Barcelonesa y que puede demostrarlo, que conoció a pintores, escritores y posó para fotografías porque, según ella, fue, atención, una especie de supermusa. Gina ha enviado algún *whatsapp* a algún conocido del pueblo para ver si tenía suerte esta noche, pero no ha sido el caso. Es hasta raro que no se haya fijado en Alex. Adrian sí, ¿Alex no?

Cayetana está en el séptimo cielo; me extrañaría que podamos arrancarla de esta casa cuando todo acabe, para ella es como un sueño hecho realidad. No ha parado de decir que es todo tan bonito, tan bonito, con su marcado acento andaluz que hace gracia, porque hasta se puede intuir la nostalgia que ya siente antes incluso de haberse ido. Dani se debe de haber fumado algo porque no ha parado de engullir toda la noche y no hace más que sonreír, como si estuviera atontado, con los ojos achinados y riéndose a carcajadas por cualquier tontería.

Lindbergh, o Rodolfo Langostino, como le llama Leo, es el perfecto anfitrión. Se ha puesto traje oscuro y corbata, que ahora está ya colgando del bolsillo de su pantalón, y se ha engominado, aunque su flequillo de raya al lado, ese que me vuelve loca, le cae en los ojos de vez en cuando, sobre todo cuando se ríe. Esta noche se ha reído mucho, sobre todo con Bruno; son la extraña pareja.

Hay que decir que Lindbergh, que a ratos parece tan serio, me ha sorprendido porque ha tenido una santa paciencia con mi madre cuando, la muy insensata, se le ha insinuado varias veces medio en broma y ha sabido ser simpático y hasta dulce con ella, justo como hubiese hecho Bruno.

Sentada entre los dos, me los comería a besos. Por eso no he bebido mucho: no quiero bajar la guardia. Sin embargo, ellos han estado relajados y no han parado de tocarse y de ayudarse mutuamente para que la velada resulte lo que es, un rotundo éxito. Han tenido una complicidad digna de un matrimonio de diplomáticos con mucha experiencia. Yo también he ayudado, aunque más bien por inercia; la situación me sigue abrumando.

Los cafés y los turronec se servirán en el salón junto a la chimenea. Cayetana quiere darse un baño romántico con Dani. Ojalá no hubiera tanta gente, ha dicho Bruno, ya que él también se daría un baño romántico, aunque es de suponer que no solo conmigo.

Miranda insiste en un *strip poker*: dice que quiere ver a Lindbergh en pelotas. ¡Amén a eso! Aunque lo último que me falta a mí en esta vida es un *strip poker* con mi madre, mis suegros y mis dos..., en fin. Cayetana y yo nos levantamos para ayudar a Gladys a retirar los platos. Casi no ha sobrado tartar de atún, ni ceviche, y eso que este último es un plato en el que Bruno ha tenido que insistir un poco, porque mis suegros se resistían a probarlo.

Cada vez que entramos y salimos de la cocina el olor a *escudella i carn d'olla* invade la casa. Bruno y Matilde tienen una olla casi industrial a plena cocción. Los pájaros, como dice Matilde, que han llegado directamente de la feria de Vilafranca, los empezarán a preparar mañana. Por suerte esta cocina tiene dos buenos hornos, e incluso uno más pequeño solo para cocinar al vapor.

Mientras busco la vajilla de café entra Lindbergh, por un momento, nos quedamos a solas. Se me acerca un poco en plan cautivador. Tiene algo magnético que me atrae y me mantiene enganchada; si fuera una droga sería sin duda un opiáceo.

—*Great night!* (¡*Qué gran noche!*!).

—Sí, ha sido espléndida. ¿Sabes dónde están las cargas de Nespresso?

—*I want a blow job.* (*Quiero una felación*).

Me dice justo cuando entra Gladys. Me estremezco solo de pensar que ella también habla inglés, y miro a Lindbergh extrañada para saber si he oído bien, por su actitud, me queda claro que sí.

Pero bueno, ¿no me ha pedido que se la chupe? ¿Disculpa? ¿Una felación? Debería contestarle que son 500 €, pero no quiero enfadarme, no quiero estropear la velada, y además creo que ha bebido mucho. Decido obviar su petición y hacer como si no hubiera oído nada, él se vuelve para el salón con el rabo entre las piernas, nunca mejor dicho.

Preparo una bandeja y hago como siete *ristrettos*; somos muchos los que tomamos el café corto, solo y sin azúcar, algunos también lo toman cortado con la leche caliente, así que pongo una jarrita en el micro y me llevo los cafés solos para servir.

El sofá circular es muy agradable, cabemos todos como por familias, sin estar demasiado juntos. El fuego chisporrotea, dando una calidez a la estancia que se agradece. El olor a leña me encanta, aunque lo que más me gusta es ver cómo las llamas hipnotizan a los presentes; hay algo en ellas que invita a la reflexión.

Dejo la bandeja sobre la mesilla y me tomo uno de los cafés de un tirón en un gesto bastante descortés. Me disculpo en el acto: tengo un sueño que me caigo, y además da igual, porque casi todos están más bien ebrios, no hay nadie juzgándome. Debo de estar lenta de reflejos, porque Gladys se me ha adelantado y está sirviendo los cortados y pidiéndome que me relaje, que ella se encarga.

Alex me indica que me siente entre él y Bruno. Mi hermana, que ha visto una guitarra en su

cuarto, le insiste en que toque algo, pero él se ha excusado diciendo que ha bebido demasiado, y ha prometido que mañana, el día de Navidad, cantará algo.

Lindbergh cantando villancicos a la guitarra; eso no me lo pierdo. Me arrebujo en el sillón con una copa de algún licor que me han servido. Bruno me rodea con el brazo y me besa en la mejilla. Se queda así medio abrazado a mí. Lindbergh me saca las botas y me masajea los pies sobre los leotardos, lo que me deja como medio extendida en una posición rara pero muy cómoda. A nadie parece extrañarle la actitud de Lindbergh, como si fuera el típico amigo gay cariñoso, todos encuentran natural su presencia. Bruno tenía razón: sea lo que sea lo que pueda parecer, nadie va a pensar mal al ser tan explícito. Sin duda, es la mejor coartada.

Alex me susurra algo, pero no le entiendo y estiro el cuello para que me lo diga al oído.

—*I want a blow job, tomorrow. (Quiero una felación, mañana).*

—Joder, Alex, ya lo he pillado —digo molesta en un tono algo desmesurado. ¿Está tonto o qué le pasa? Bruno me pregunta qué ocurre; niego con la cabeza, no tiene importancia. Pero Bruno insiste. Echo un vistazo a los demás: cada uno está a lo suyo: Leo divaga sobre Grecia y la *troika*, Cayetana comenta con Matilde vicisitudes de los pequeños monstruos: TDAH, Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad, el trastorno de moda y el más sobrediagnosticado después de la dislexia.

Bruno se empeña en saber de nuevo. Me acerco a él y le digo al oído que Lindbergh insiste en que le haga una felación, que ha dicho que de mañana no pasa.

Bruno se parte de risa y hasta tose. La verdad, no le veo la gracia. Como ve que me molesta, me aclara entre risas susurrando

—Perdona, ha sido culpa mía: le he estado picando diciéndole que tienes una técnica única que no tiene parangón.

—Parangón, ¿eh? Te vas a enterar.

Alex quiere escuchar, pero no le dejo. Bromeando, le empujo.

—*Secrets, secrets. (Secretos, secretos).*

—Pero si eso es lo tuyo, los secretos...

—¿Quién tiene secretos? —pregunta Gina, somnolienta, con el típico sopor de borrachera, pero nadie le contesta. Maya está dormida junto a su padre y Miranda habla y habla; es como ruido de fondo. Hay veces que a mi mente le gustaría seguir, pero mi cuerpo dice basta; entonces mi mente se da cuenta de que ya ha tenido suficiente y también dice basta. Se me cierran los ojos. Bruno me besa en una mejilla, Alex en la frente. Silencio.

PASEO MARISTANY
DÍA DE NAVIDAD

*M*e despierta el sol en la cara. Me tapo los ojos con las manos, la luz me molesta. Estoy sola en la cama, los rayos de sol y las partículas de polvo en suspensión a mi alrededor dan a la habitación un aire irreal, quizás no estoy despierta. Debe de ser tarde, aunque no oigo ruidos en la casa. Me levanto y voy al baño, me refresco la cara; eso es lo primero que hago siempre. Voy a ver si encuentro a alguien, pero primero me lavo los dientes: tengo la boca pastosa.

Creo que todo el mundo duerme, excepto Bruno, claro, me he despertado sola. ¡Mierda, si es Navidad! Bajo trotando las escaleras. En el salón no hay nadie, está todo limpio y reluciente. Echo un vistazo, nada. Voy a la cocina. Ahí están Bruno y Alex vestidos con monos blancos de trial y llenos de barro hasta las orejas; por lo menos se han quitado las botas fuera de casa, están en calcetines.

—Buenos días.

—Heeey, ¡feliz Navidad! —me dice Bruno acercándose a mí y achuchándome; luego me coge la cara con dos manos y me planta un beso de esos que te dejan sin aliento. Suerte que me he lavado los dientes... Respiro hondo. Vaya, vaya.

—*Merry Christmas*, Johanna —dice Alex, y me abre los brazos para que me acerque y abrazarme.

—*Merry Christmas!*

Pero entonces, cuando ya me tiene, me mira a los ojos y me dice muy bajito cuánto me quiere, eso me desarma, y cuando me besa, no opongo resistencia, me dejo llevar, no me preocupo de que puedan vernos; cierro los ojos y me pierdo por unos segundos. Cuando suelta mis labios caigo en la cuenta de que Bruno debe de haber visto su sorpresa en el jardín, y miro por la ventana.

—Mierda.

Alex niega con la cabeza con una sonrisa como diciendo «No te preocupes». El coche no está en el jardín. ¿Dónde está? Me miro el pijama: después de dos morreos con estos dos motoristas parece que me he arrastrado por la selva de Vietnam, me he puesto el camión perdido.

—¿Quieres café?

—Sí.

—*Jou, you know what would be nice? (Jou, ¿sabes lo que estaría bien?)*.

—Sí, Alex, todos sabemos lo que quieres. Esta tarde, ¿vale?, en la buhardilla, después de comer.

—Yo no decir eso, *but I accept. (pero acepto)*.

¿No hablaba de eso? Hay que ser idiota.

—Perdona ¿y qué querías decir...?

Bruno interrumpe:

—Me voy a duchar. Maya debe de estar a punto de despertarse. Los regalos están en la parte de atrás en el árbol grande. Si baja, no dejes que los niños vayan hasta que estemos todos. Por cierto, ¿has visto a Gladys?

—No.

—No la encontramos... Alex, puedes dejar el mono y las botas en la maleta del *quad*, la he dejado abierta.

—Ok. Yo ducho también en momento.

—Ducha rápida.

—Sí.

—Pero solo.

—Mí solo.

Mí solo... Lo ideal sería que Lindbergh no aprenda ya mucho más castellano: perdería parte de su encanto. Así que no se refería a la felación, y yo se la he brindado en bandeja de plata. Johanna, eres una flecha. Espero a que Bruno salga de la cocina para preguntar por el coche.

—*It is in the garage. (Está en el garaje).* El mío, fuera de la casa.

—Gracias, no me he enterado de nada.

—Voy a ducha, solo —me dice tirando de mí para que le acompañe, pero no le deajo.

—Me quedo; los niños están a punto de bajar.

—Oh, ehmm, *I'm waiting for Alberto; he's coming* con regalo de Maya. (*Estoy esperando a Alberto; viene con el regalo de Maya*)

—¿Alberto? Dirás Roberto.

—No: Roberto *was fired. (fue despedido).*

—¿Cómo? ¡Alex! Me dijiste que no le despedirías.

—*I know*, pero yo explicar mejor, ahora no... Mí cree que sorpresa de Bruno en garaje mejor.

—Sí, tienes razón, te lo agradezco.

Se me va a acercar para darme un beso, pero me retiro dando un paso atrás y él se da cuenta de que ha de ir con más cuidado. Me besa en la frente y se va con la taza de café en la mano. Le veo salir de la cocina con el mono blanco lleno de barro, en calcetines; es bastante cómico, nada que ver con el potentado elegante y comedido al que nos tiene acostumbrados, en público, claro, porque en privado es una delicia, arrebatador y tierno a la vez. Qué porras, estoy enamorada y todo en él me parece fascinante. Es la novedad.

Llega mi madre con cara de *Resacón en Las Vegas*. Al menos no ha perdido un diente.

—Hola.

Voz de cazalla.

—Mami, tienes un aspecto horrible.

—Yo también te quiero, cariño.

—¿Te preparo algo?

—¿Tienes morfina?

—¿Te la pongo en el café?

Han sobrado dulces de ayer, algo de *lemon pie* y bizcocho de chocolate parecido a una tarta *sacher*. Le corto un trozo de ambos y se los sirvo con un café con leche de tamaño industrial. Me acerco a ella y le arreglo la bata para que no se le vean tanto los pechos, aunque, oye, son más firmes que los míos. Son de plástico: se operó las tetas hace un par de años y también se hizo un *lifting* carísimo. Hay que reconocer que está estupenda, incluso con resaca. Me hace gracia verla

así, con dolor de cabeza, mojando un trozo de *lemon pie* dentro del café. Siento ternura por ella, aunque a veces sea una auténtica bruja.

—¿Dónde está nuestro apuesto americano? Hay que reconocer que el hombre está como un queso...

—Han ido a hacer el loco con los *quads* y han vuelto llenos de barro.

—Sí, ya veo que te has puesto perdida. Mira, hija, quiero mucho a Bruno, pero ese chico es, no sé, el no va más. Con esos ojos y tan viril, me parece insuperable. Fíjate que nunca lleva calcetines blancos como la mayoría de guiris... Es gay, ¿no?

He aquí uno de esos dilemas que se le plantean a una de vez en cuando. Si le digo que sí, problema resuelto: podemos olvidarnos de suspicacias y relajarnos. Si le digo que no, va a estar dándole vueltas a los motivos por los cuales está solo, si está enamorado de mí o cualquier otra historia. ¿Qué hago?

—Vamos, Johanna, tú debes de saberlo, o al menos Bruno.

—Quieres que te diga la verdad. Aún no lo tengo claro...

—Pero sospechas.

—Sospecho, sospecho.

—Ves, igual que yo.

Ahí lo tienes, ya se ha quedado tranquila y yo no he dicho ni que sí ni que no.

—Subo un momento a cambiarme el camisón; si bajan Pixie y Dixie, no dejes que se acerquen a los regalos, tienen que esperar, digan lo que digan sus padres.

—Lo intentaré. Por cierto, ¿cómo se llaman esos pequeños engendros de verdad?

—Guille y Diego. Guillermo es obviamente el más pelirrojo.

Aparece Gladys por fin. Ya me estaba preocupando.

—Disculpe, señora, ¿se ha levantado *mister* Lindbergh?

—Sí, Gladys, hace horas. Salieron en moto.

—¿Ha desayunado?

—Sí, no te preocupes. ¿Dónde estabas?

—En el templo, señora.

—¿En la iglesia?

—Sí.

—Claro, es Navidad.

Entra Gina; tiene aún peor aspecto que mi madre, incluso me planteo pedirle que me enseñe los dientes a ver si le falta alguno.

—¿Qué licor era ese que bebimos?

—Absenta, viene con la casa.

—¿Absenta?

—Te quedaste dormida.

—¿Y quién más le dio a la absenta?

—Dani y Caye, tus suegros...

—¿Bruno?

—No, ni Lindbergh. Los dos se caían de sueño. Parece que tuvisteis una noche movidita en Les cols.

—Sí, emh, esto... Bueno, la verdad es que hacía mucho tiempo que no le veíamos, y, bueno, nos pusimos al día...—F follando como conejos hasta el amanecer, mi querida y curiosa hermanita.

Mis suegros también tienen un aspecto horrible. La gran mesa de la cocina se va llenando con Cayetana y mi cuñado. Gladys sirve desayunos con la velocidad de una camarera veterana de cafetería de obreros. Nadie felicita la Navidad, nadie se acuerda, tienen resaca. Mi suegro está tan perjudicado que no puedo dejar pasar la oportunidad de tomarle el pelo.

—¿Absentá, Leo?

—Nunca más; pensaba que era el tequila lo que me sentaba mal, pero he estado vomitando toda la noche y tengo un ardor de estómago que solo de pensar en los pollos siento náuseas.

—Desayunando te pasará.

Ahí llegan los niños. Maya felicita la Navidad a todo el mundo, uno por uno, con un beso. Pixie y Dixie intentan descifrar los regalos desde la ventana y prueban convencer a su madre de que los deje ir. Intervengo antes de que Caye meta la pata con sus polluelos.

—Niños, a abrir los regalos iremos todos juntos cuando lleguen el tío Bruno y Alexander, que han ido a ducharse y están a punto de bajar.

—Pero, tita Jou, no es justo, están ahí.

—Están ahí y no se van a ningún lado.

—Sentaos y desayunad. Gladys tiene cruasanes, hay pasteles... —dice Matilde, que ya parece más recuperada después del café. A estos niños no se les puede decir eso de que si se portan mal no tendrán regalos, porque siempre se han portado mal y siempre han tenido regalos igualmente, con buenas o malas notas, castigados o no. Aunque, para ser justos, hay que decir que de momento no se han metido en ninguno de sus líos habituales. ¿Será verdad que han cambiado?

—Hay una cosa que sí podéis hacer, id a mirar vuestros zapatos y calcetines al salón. Id a echar una miradita...

Y como dos flechas salen disparados rumbo al salón para cobrar su botín de chuches, chocolates y carbón, toneladas de carbón. Maya los sigue entusiasmada; ella no suele recibir tanto carbón, pero las chuches la vuelven loca: siempre ponemos esas gominolas tipo platanito y Coca-Colas, M&M's, lacasitos y todo lo que se nos ocurre.

Bruno y Alex llegan juntos, duchados, frescos, contentos. Alex lleva una americana de *tweed*, unos pantalones de pana estrechos y otra vez las botas *vintage*; no lleva camisa ni corbata, sino una sencilla camiseta más bien gruesa que le marca un poco el torso. Voy a dejar de mirarle por precaución, aunque no soy la única que babea. Bruno se ha puesto un jersey crudo de lana muy gordo, y lleva unos pantalones de cuadros muy chulos que hace tiempo que no se ponía y que le sientan de muerte. Yo, sin embargo, voy hecha una marrana, una marrana con suerte...

—Feliz Navidad, familia.

—Alex, ¿has llamado a Kalani y a tu madre?

—*Yes, last night. (Sí, anoche).*

—Si ya estamos todos, nos abrigamos un poquito y salimos. Venga, venga, despertando... —dice Bruno.

Suena el timbre de la entrada; que es el de la entrada es una suposición, porque es la primera vez que lo oímos. Es Alex el que se decide a ir a abrir, ya que está esperando a Alberto, que, por lo visto, casi llega tarde. No es la mejor manera de empezar, al pobre chico le ha ido de pelos.

Alberto es joven, rubito y muy mono; lleva traje chaqueta con una plaquita de Lindbergh Hotel Corporation y habla con Alex en inglés. Parece bastante incómodo en nuestra presencia. No tiene la resolución y la labia de Roberto, pero me gusta mucho más.

Supongo que Lindbergh piensa que no es momento para presentaciones, y le pide a Alberto que espere en el salón. Ya hay un tumulto junto al árbol de los regalos: ni qué decir tiene que los primeros en llegar han sido Pixie y Dixie que hacen cábalas intentando descifrar cuáles son los suyos.

Hay varios bastante claros; la manera obsesiva de envolver los regalos de Caye deja poco a la imaginación: hay dos bicicletas envueltas tan meticulosamente que solo le ha faltado empapelar cada radio de la rueda uno por uno. No hay una forma fácil de envolver una bici: o bien la metes dentro de una caja o la dejas a la vista con un lazo.

Tengo mariposas en el estómago. No puedo esperar a ver la cara de Bruno. A Lindbergh le hemos hecho un regalo improvisado y más bien simbólico; no es nada fácil pensar en algo que le pudiera hacer ilusión, pero creo que le va a hacer gracia. Primero vamos a dejar que los pequeños disfruten.

Maya recibe una plancha de surf y el compromiso de Alex de darle clases: es el regalo de Bruno y mío. Por parte de sus abuelos, los tres libros de la serie *Divergente* y un arco con flechas casi profesional del que necesitas estar federado para poder transportarlo, las flechas son de ventosa. Por la cara de entusiasmo del abuelo Leo, eso ha sido cosa suya.

Pixie y Dixie creen que es una equivocación de Papá Noel que ese regalo sea para Maya y no están conformes; abren sus bicicletas de trial casi con desprecio, medio enfadados, y no les hacen menor caso a los libros que reciben ni a los nuevos neoprenos, que inevitablemente hay que ir comprando a medida que crecen. Quieren el arco y las flechas; no saben que Papá Noel es sabio y no regala pistolas a psicópatas.

Los abuelos, incluida mi madre, reciben colonias, una estancia en un balneario para Miranda, con tratamientos caros, y un menú degustación en el nuevo restaurante “Disfrutar”, llevado por tres discípulos de Ferrán Adrià que promete ser un hallazgo, para Leo y Matilde. A Gina le tenemos preparada una sorpresa que tiene que ver con Artistik y que además necesitamos consultársela primero, así que, de momento, le regalamos un viaje de tres días para dos personas a Berlín, Lindbergh pone el *jet* privado. Gina, que no parece confiar demasiado en Lindbergh, y conociéndola no me extraña, debe de olerse algo; no ha podido evitar abrazar a Alex y darle un par de besos al oír lo del avión.

Estoy contenta de poder regalar cualquier cosa que me ha apetecido sin mirar el presupuesto solo con tirar de una de esas tarjetas suizas del cajón. Una caja sin abrir se mueve junto a mis pies, algún artilugio se ha puesto en marcha, Lindbergh la señala y dice:

—*Maya, that box has your name. (Maya, esa caja tiene tu nombre).*

—Es verdad, mamá, ¡ese regalo es para mí!

—Pues ábrelo, vamos.

Es una caja decorada, pero no está envuelta, solo hay que abrir la tapa con un lazo de lo más cursi. Está claro que es el regalo de Alex, porque sonrío de oreja a oreja saboreando los segundos de anticipación a la sorpresa. Maya lo abre; no me lo puedo creer, es un bebé, un cachorro.

Un... ¡Ohhh! Qué cosita, qué dulce... se eleva por el jardín. Es una monada, aunque no sé de qué raza.

—Se llama Sándwich; *it is a saluki, a lebrei. (es un saluki, un lebrei).*

—¿Saluki?

Ha dicho «Sándwich».

—Vosotros llamáis galgo, *but it is special (pero es especial):* su origen *is* Egipto.

—Cógelo, Maya, es un galguito.

—¿Se llama Sándwich? —pregunta Maya.

—*Yeah, but it's a girl. You can call it Sandy if you want, or you can change the name... (Sí, pero es una chica. Puedes llamarla Sandy si quieres, o puedes cambiarle el nombre...)*.

—No, no, me gusta el nombre Sándwich, me encanta, le cantaré la canción «Oh, Saaandy, Saaandy, oh, whyyyyy...» —canta Maya, entusiasmada

—*Yeah, Grease! (¡Sí, Grease!)*.

A mí me está dando un ataque de ansiedad: un perro, sin consultarme. Voy a tener un perro, y nada menos que un galgo. Yo le mato. Espera, espera, y si además no lo ha adoptado, sino que se ha gastado una pasta... De todas formas, no es ahora momento, y hay que reconocer que el bicho es una monada. ¿Qué raza ha dicho, saluki?

Tampoco puedo tumbarle el perro a Maya, después de lo de su gato. Está claro que Lindbergh me va a oír. Miro a Bruno, que parece encantado con el animalejo de color café con leche, que además tiene los ojos ámbar como él. Me dirige un gesto de estupefacción que intenta evidenciar su falta de información. Quién sabe, igual no sabía nada.

Colgada del árbol hay una cajita que pone «Johanna & Bruno»; evidentemente es el regalo de Lindbergh. Dejo que Bruno lo abra. Hay entradas para dos conciertos de The National, uno en Murcia, en el festival SOS 48, y otra fecha en Galicia, en La Plaza da Quintana de Santiago de Compostela, el festival LAPSO. ¿Qué por qué compra tickets de conciertos para dos fechas diferentes? Según él, por puro sentido práctico: si no te va bien en mayo, pues vas en junio. Dentro de la cajita hay también dos juegos de llaves que parecen distintos, pero ambos con llaveros con una pequeña avioneta antigua de oro blanco; en uno pone «Johanna» y en el otro, «Bruno».

Qué abre cada juego de llaves y por qué son diferentes es una pregunta sin respuesta que no será revelada hasta que volvamos a Barcelona, así que tenemos unos días para imaginar si será un coche, un avión, un barco, una caja fuerte. Las cábalas han comenzado, y a Matilde, gran amante de los misterios, acabamos de otorgarle un pasatiempo que para ella no tiene precio.

Bruno coge el regalo de Alex y se lo da; parece que no se esperaba nada, a juzgar por su reacción. No creo que reciba demasiados regalos. Lo abre con mucho cuidado, y al verlo se le ilumina la cara. Es una placa profesional de esas que se ponen en la puerta de un doctor o un abogado. Tiene un toque *retro* y pone «Lindbergh, Martí & Mayer Partners». Nadie entiende nada excepto Alex: es la respuesta a su pregunta de la otra noche en el restaurante. Sí, queremos seguir siendo sus socios oficialmente y algo más, claro está.

Le veo disimular una cierta emoción, estoicamente, y solo se acerca a abrazarme en plan camarada. Lo comprendo: hay que ir con cuidado con las demostraciones de cariño.

Y llegó la hora de la verdad: mi gran regalo. Lindbergh me da el mando a distancia del garaje para que haga los honores. Les pido a Bruno y a los demás que me sigan al garaje, los coloco a todos delante de la puerta automática, acciono el mando y...

Se me congela el alma.

Bajo un lazo inmenso y rodeado de decenas de globos de esos que vuelan, hay un Aston Martin, pero no parece el nuestro. Lindbergh ha restaurado de nuevo el DB4 Convertible y ahora tiene un espectacular color gris plata ligeramente verdoso, y el interior en cuero negro. No he visto cosa tan bonita en mi vida. Bruno lo mira apreciativamente, como si no fuera con él. Todavía no se ha dado cuenta de que esa joya es suya.

—Bruno, cariño, para una vez que te hago un buen regalo podrías decir algo, ¿no?

—¿Es para mí?

—Pues claro.

—Pero, Johanna, ¿es que te has vuelto loca?

—*You are going to fucking love this baby, man. (Joder tío, vas a amar a este pequeño).* Tienes todos los extras. Lo mejor de un Classic Heritage y lo mejor de un Aston nuevo.

—¿Ha sido cosa tuya entonces?

—No, no.

—Es el coche de Pablo; no lo viste en el testamento porque Alex y yo lo camuflamos con el ajuar para que fuera una sorpresa. ¡Sorpresa!

—Yo... No... Me habéis dejado *K.O.*, y yo no... no me merezco esto.

Bruno se ha emocionado, y Maya, que no soporta ver a su padre así, sensible, se le ha tirado encima.

—Papi, te mereces todo, todo.

—Qué barbaridad, ¡qué cosa tan bonita! Como el de James Bond —dice Leo.

—Del verdadero Bond, que solo hay uno. Sean Connery, por supuesto —confirma mi madre.

—Y solo hay una chica Bond. Ursula Andress, claro está —replica Leo. Mira por dónde, hay cosas en las que sí que están de acuerdo. Alex abraza a Bruno, le revuelve el pelo y le dice:

—Bruno tú mereces, tú eres *special, the ultimate Robinson Crusoe, the fucking master. Believe me, yo conocido mucha gente, pero tú different. You are pure light. (Bruno te lo mereces, tú eres especial, el último Robinson Crusoe, el puto amo. Créeme, he conocido a mucha gente, pero tú eres diferente. Eres pura luz).*

—Te quiero, tío.

—*Merry Christmas.*

Se abrazan. Contengo la respiración después de esta declaración de amor en toda regla que me emociona y me preocupa a la vez. Todos están alucinados. Entonces Bruno se me acerca y me da un morreo con lengua que asquea a los más pequeños y sonroja a los más mayores. Bueeno, pensaba que no iba a agradecerérmelo nunca.

—¡Saca esa lengua de dentro de mi hermana! —grita Gina, haciéndonos reír a todos y logrando distender el momento de emociones a flor de piel. Nadie como Caye para cargárselo. Tengo que morderme la lengua cuando muy educadamente le pide a mi hija que les deje el arco y las flechas a sus pequeñas sabandijas hasta que ella pueda ir a la ciudad a comprarles los suyos en el Decathlon.

A Maya no podría importarle menos, porque tiene a Sándwich y no necesita nada más, así que accede sin pensarlo dos veces.

Ese Dani es un calzonazos sin escrúpulos; no entiendo cómo puede ser hermano de Bruno, son la antítesis. A veces me molesta tener que compartir con ellos algo más que lo estrictamente necesario. Dani siempre me había gustado, era simpático, siempre listo para una juerga y unas risas, una persona franca, un tío bastante simple, pero ahora esa simplicidad se ha convertido en indolencia.

Se refugia en su playa, en sus cuatro amigos y en su marihuana. No replica nunca a Cayetana, más por pereza que otra cosa, y se deja llevar. El otro día me comentó entre risas que Caye le había puesto a dieta, pero que antes de llegar a casa y comerse la verdura se iba de tapas en secreto con los colegas y prácticamente llegaba ya cenado y luego, comía como un pajarito para regocijo de su mujer.

En mi humilde opinión es extremadamente contraproducente que un padre y una madre no vayan al unísono en la educación de los hijos. En este caso, estoy segura de que Dani perdió hace tiempo

la batalla, porque su mujer es una de esas que piensan que la educación de un hijo le concierne solo a la madre y, sin embargo, Bruno y Dani han crecido con otro concepto. La exclusión del padre de la mayoría de las decisiones del día a día es algo que a muchos ya les va bien. Mi pobre cuñado debería reaccionar lo antes posible, sobre todo antes de que sus pequeños monstruos alcancen la adolescencia y sean tan altos como él.

Todos, incluidos mi suegro y mi madre, han querido probar el coche de Bruno, que se ha dedicado a dar pequeñas vueltas, descapotado, por el paseo Maristany para deleite de la familia y de los turistas.

Así como los bólidos nuevos de Lindbergh desentonan con el pueblo medieval, el Aston Martin parece encajar a la perfección con el paisaje verde de Camprodón, transportándote a la campiña inglesa; te imaginas en Devon, en los jardines de Kent o en Oxford, cerca de alguna mansión con la banda sonora de Queen de *Los inmortales*, «Solo puede quedar uno».

Yo he aprovechado para ducharme y ponerme guapa. Maya no se despega del perro; le canta y le habla como si fuera un bebé. Le oigo decir: «¿Quién es la perrita más guapa del mundo? Ay, mi Sándwich, ay, ay, mi bocata, que te como, que te como». Ya me estoy imaginando llevando al animal cada mañana con nosotras hasta el colegio y recogiendo sus desechos con una bolsita, biodegradable, por supuesto.

Las horas previas a la comida son siempre estresantes. Bruno ha querido gastarle una broma a Alex y prácticamente le ha obligado a rellenar las pulardas. Podría parecer que Alex es siempre sexy en cualquier cosa que haga; a diferencia de Bruno, no tiene ningún estilo en lo que se refiere a meterle mano por detrás a un pollo. Lo tenemos grabado, Lindbergh con guantes de látex intentando introducir el relleno con una cuchara para no meter la mano. Es un documento único.

El pobre hombre ha necesitado volverse a duchar, pero de esta manera lúdica, aunque un tanto abrupta, Bruno ha podido grabar un especial navideño para su blog. Ha sido bastante caótico, pero nada que no se arregle con un poco de posproducción. Una vez las pulardas están en el horno y la *escudella* lista para ser calentada con los *galets*, todos podemos relajarnos un rato.

Hemos puesto la mesa con la vajilla Rosenthal de la bisabuela de Bruno, y el mantel bordado, que tiene el mismo diseño floral que la vajilla y milagrosamente aún se mantiene blanco, no sé muy bien cómo lo hace Matilde. La cubertería de plata también es un clásico exclusivamente de Navidad, y solo se usa una vez al año y se limpia para la ocasión. Leo no nos deja ponerla después en el lavavajillas, aunque se podría poner todo a excepción de los cuchillos, que tienen el interior de madera y se separan con el agua caliente. A Lindbergh le ha sorprendido gratamente el aspecto *retro* de nuestra mesa.

Se ha retirado a un despacho con chimenea y tiene la puerta abierta. Finge que lee, pero en realidad está trabajando, con el móvil, con el portátil; el libro es solo una excusa, se supone que lee *The end of power (El fin del poder)*, de Moisés Naím, un libro de ensayo de un economista venezolano, pero en realidad está comprobando sus ventas, asegurándose de que todo funcione antes de volver a desconectarse durante gran parte del día. Decido hacerle una visita, pero antes me echo un vistazo en uno de los pocos espejos de cuerpo entero que hay en el piso de abajo, que curiosamente está junto a la piscina.

Llevo un vestido negro con estampado de cerezas rojas que me parece que es una copia de uno que he visto en la última pasarela de Saint Laurent del verano que viene, al menos en los que se refiere al estampado, el corte no es el mismo, el precio tampoco, pero me sienta bastante bien. Me he puesto unas botas de cordones negras estilo institutriz y unas medias de rejilla que se debieron de quedar en un bolsillo de la maleta en otro viaje, quizás el de Zúrich y que me dan un toque

rockera-niña mala que me apetece. Mi pelo supercorto ya no me parece tan corto, por lo que en cuanto vuelva a Barcelona iré a Divan's a ver a Eva, mi peluquera, que es un encanto y siempre me sube la moral.

Me acerco al despacho y entro despacito como para no molestar.

—*Heeeey there. (Hoooolaaa).*

—Hola, ¿leyendo?

—Sí, muy interesante...

—Por qué será que no me lo creo.

—*You're right! (¡Tienes razón!).* Estaba mirando el *turnover*.

—¿*Turnover*?

—*Business volume (volumen de negocio),* la facturación.

—Y qué, ¿muchos millones, lo hemos petado?

—Sí, petado, muy petado. *Christmas's money, honey! (¡La navidad es dinero, cariño!).*

—Qué espiritual y navideño. ¡Dios! como te oiga Papá Noel...

—*Come here, you look pretty. (Ven, estás muy guapa).*

—¡Gracias! Oye, dime si tienes alguna preferencia. ¿Arsénico, catana, revólver, muerte por sexo insaciable y prologando?

—*The last one. (Lo último).*

—Bien, porque, mi querido Lindbergh, lo del perro no te lo perdono. No llegarás a ver el nuevo año.

—Puedes dejar a Sándwich en mi jardín, nosotros ahora vecinos.

Me acerco al escritorio y, cuando me siento en el borde, veo que está monitorizando a una mujer en el portátil. La imagen es nítida, pero en blanco y negro. Es una señora de unos cincuenta años muy guapa; lleva un camisón y está jugueteando con algo en la mesilla de noche, no sé muy bien qué hace. Es una jeringuilla. Lindbergh mira de reojo, coge el teléfono y le dice a alguien: «*Ready to enter*». (*Listos para entrar*). No entiendo nada, no debería haberle interrumpido, esto no me atañe.

La mujer coge un pañuelo que tiene sobre la cama, se hace un torniquete en el brazo, y luego se mete un pico. Es todo mucho más lento de lo que me había imaginado. Cuando termina, deja la jeringuilla sobre la mesita y se estira relajándose, con una sonrisa parecida a una mueca.

Lindbergh sigue al teléfono, no dice nada y no quita ojo del monitor. Parece querer asegurarse de que la señora está bien. «*She's cool*», dice. (*Ella está bien*). «*Keep an eye, make sure she's breathing well*». (*Echadle un ojo, aseguraos de que respira bien*). Cuelga el teléfono y se me queda mirando. Cierra el portátil, de un golpe seco, se lleva las manos a las sienes y medio cabizbajo me dice.

—*I'm sorry, not a pretty sight. (Perdona, no es algo agradable de ver).*

¿Quieres decir que un chute navideño de heroína no es algo agradable de ver? ¿En serio? Dios mío, qué me está pasando, no tengo ningún control sobre mi vida. Aunque a juzgar por su cara, él tampoco. Algo no va bien. Me acerco en silencio y me pongo a su espalda. Puedo sentir su dolor de cabeza, lo puedo sentir en el corazón, tengo una presión parecida a la tristeza y dificultad para respirar.

Le doy un masaje en las cervicales y entonces caigo en la cuenta de que ha bloqueado el sol y que, a excepción de la luz que entra por la puerta, la habitación está en penumbra. Mis dedos ascienden a la base de su cráneo, y por los sonidos guturales que emite, creo que le alivia bastante.

—Alex, si no estás bien para otra comida familiar no tienes que hacerlo, puedes quedarte en tu cuarto y descansar.

—No, no, *I'm fine. (estoy bien)*. No dormido nada esta noche.

Le beso en la coronilla. No es momento de interrogatorios, aunque no puedo apartar de mi cabeza lo que acabo de ver. Me coge la mano y me la besa.

—Tu móvil se ha puesto azul.

—Azul es bueno, quiere decir que ahora todo *cool*. *We have a date, today. (Hoy tenemos una cita)*.

—¿Tenemos una cita?

Ah, claro, el trabajito de lengua...

—Esta tarde. ¿Pero me prometes que me explicarás en qué andas metido?

—*As much as possible. (Lo que me sea posible)*.

Respuesta incorrecta; creo que me voy en busca de Bruno a ver qué me puede aclarar de la misteriosa señora Hotel California.

—¿No quieres subir a tu cuarto?

—*With you? (¿Contigo?)*.

—Me parece que estás mejor de lo que pareces.

—*Yeah! Don't worry. (Sí, no te preocupes)*. No es *migraine*, me tomo tylenol...

—¿Analgésicos, te lo traigo?

—No, tengo en bolsillo, *thanks*.

—¿Te quedas aquí?

—*Just a few minutes. (Solo unos minutos)*.

—Vale, nos vemos luego. Si me necesitas, silba.

Emite un silbido.

—Quiero decir si me necesitas de verdad.

—¿De verdad? *You think I would be here playing happy family? (¿Crees que estaría aquí jugando a la familia feliz?)* Es por ti, Johanna.

Es verdad, qué necesidad tendría de pasar unos días con esta familia. A eso no sé muy bien qué responder, así que, con un beso en la frente, le dejo para que descanse entornando la puerta del despacho, que nadie le moleste.

Me voy a la carrera hasta la cocina en busca de Bruno. Está dando instrucciones para la compota de manzana. Le hago señales para que deje lo que está haciendo y salga conmigo al jardín. Nos dirigimos en silencio hacia el recibidor, nos ponemos el anorak ante la atenta mirada de los que están en el salón y salimos por la puerta principal. Hace bastante frío.

—Jou, ¿pasa algo?

—Bueno, depende, dímelo tú.

—No puedo, no sé de qué va esto.

—¿Sabías que Lindbergh espía a una tipa que se chuta heroína?

—¿Cómo sabes que es heroína?

—Cuchara, algodón, mechero. Joder, Bruno, contesta, no me despistes.

—Es Alice.

—Vaaaale. ¿Quién coño es Alice?

—Es la esposa de un cliente importante.

—Y la tal Alice sabe que la están espionando.

—No la espían, Johanna: Alex intenta evitar lo inevitable.

—Ya, ¿y eso es...?

—Sobredosis, suicidio, que para el caso es lo mismo. Vamos a sentarnos y te contaré lo que pueda.

—Mira, como dice Alex, *as much as possible*.

—Yo solo sé lo que él me cuenta.

—¿Y cómo sabemos que no es un pirado? Y si Cooper es una alucinación de un tipo con dinero...

—No, Jou, yo he estado en la sede de Cooper en Londres, no es ninguna alucinación, aunque los seguimientos no se suelen hacer de esa manera que tú has visto.

Nos acercamos a unas tumbonas que hay en el jardín, las orientamos hacia el sol y nos estiramos. Mientras, Bruno me desgrana los misterios de la empresa de Lindbergh. Poco a poco se me congela el alma.

Cooper y los hoteles son como puertas giratorias del mismo negocio, van en paralelo. Los clientes importantes, ya sean *celebrities*, banqueros, futbolistas o políticos, contratan seguridad especialmente orientada a extorsiones y secuestros. Cooper tiene un mecanismo de seguimiento muy sofisticado, que no es él móvil, sino algo que no te puedes olvidar. Según Bruno, él hizo la misma pregunta. Es algo más íntimo que va contigo a cualquier parte, no me dice el qué.

Así que la familia del cliente también está monitorizada. Una de las cláusulas es que, por seguridad, solo lo sepa el contratante, y a veces su mujer, pero no el resto de la familia. Normalmente el seguimiento es una cosa sencilla que se puede hacer por GPS; observar por monitor es excepcional y solo se hace si el cliente o el observado se ponen en situaciones de riesgo. Bruno me ha puesto un ejemplo bastante esclarecedor. Si una esposa tiene un amante, solo se informa al cliente si se considera al amante un peligro para ella o para el cliente después de haberle investigado; si es, por ejemplo, su profesor de pádel o su monitora de pilates, sin antecedentes ni compañías extrañas no se informa. Lo mismo con los hijos que se meten en líos.

Los contratantes necesitan seguridad en sus desplazamientos y en sus encuentros con terceros, y no todos llevan guardaespaldas, pero sí servicios como Cooper. Los hoteles garantizan la seguridad de los clientes en sus desplazamientos y en sus destinos; Cooper y Lindbergh Hotels es como un club privado donde el cliente se siente a salvo tanto personalmente como de intromisiones. La privacidad es su mayor garantía y uno de los bienes más preciados.

Un hotel de la cadena en Zúrich es una antigua demanda de los clientes de Lindbergh, muchos de ellos suelen obviamente viajar a Suiza regularmente. Si tienen cuentas en Suiza o evaden impuestos es solo asunto suyo, su seguridad durante la estancia es cosa de Cooper. Tener un hotel en la ciudad resulta mucho más barato que montar un sistema de seguridad específico cada vez, y en cada hotel, aunque de momento Adrian lo hace así.

—Así que dan cobertura a evasores.

—Jou, dan cobertura a sus clientes. Tener cuentas en Suiza es una cosa común entre gente con dinero. Tú misma tienes varias.

—No es lo mismo, lo mío es heredado.

—Sí, pero si lo mueves te va a costar una pasta. Ahora, siendo empresaria en Suiza puedes dejarlo allí.

—Muy conveniente... Pero dime, con ese nivel de seguridad, ¿cómo puede ser que Roberto fuera capaz de sazonar el cóctel de la fiesta de esa manera y que además Alex no supiera que era gay?

—Un fallo de protocolo. Alex tenía varios candidatos para asistente personal en Barcelona, el

currículum de Roberto se mezcló y el análisis de su perfil tenía fallos, alguien tenía prisa y no hizo bien su trabajo. Lindbergh despidió a tres personas de Cooper además de a Roberto.

—Joder, ¿y por qué no me lo dijo?

—Todo esto es muy complicado para él, no está nada acostumbrado a compartir sus asuntos. No sé si te das cuenta de que el más vulnerable es él. De algún modo estar con nosotros le acerca más a posibles peligros.

—Toda esta mierda de espías te encanta, ¿no? Estás disfrutando.

—Gozando.

—Estupendo. Crees que estamos en peligro.

—No lo sé, pero estamos en buenas manos.

—¿Estoy monitorizada?

—Doy por finalizado el interrogatorio. Si quieres algo más, tendrás que sobornarme, y solo acepto mucho dinero o mucho sexo. Tengo cosas que hacer. Las pulardas no esperan.

—Después de todo lo que me has contado todavía me sorprenden más cosas, como el numerito del relleno de los pollos. ¿No te has pasado un poco?

—Al contrario: lo que más le gusta a Alex es la cotidianidad y que le descloquen un poco, le hace mucha falta.

—Todavía intento entender vuestra relación... A ti te conozco mejor, y, fíjate, desde tu punto de vista lo entiendo más, pero desde el suyo...

—¿Cómo está siendo para ti?

—Un puto lío, créeme. Diría que me llevo todo el estrés.

—Entonces lo enfocas mal. Estoy loco por ti, y Alex también. Por lo que me ha contado, para él fue un caso de amor a primera vista, prácticamente la definición propia de amor a primera vista, porque dice que levantó los ojos con un dolor que le cegaba y cuando pudo focalizar, allí estabas tú. Y desde entonces ya solo fue importante formar parte de tu vida. No puedo culparle: hace muchos años a mí me pasó exactamente lo mismo, ¿lo recuerdas? En el plató de Outomuro.

—Alex tenía migraña..., y claro que me acuerdo de la primera vez que nos vimos, pero, Bruno, tú sabes que esto nuestro está abocado al desastre.

—Jou, a veces eres muy negativa. Desde que te conozco crees que lo nuestro no va a funcionar, y fíjate en todos estos años: no ha habido ni una sola mujer que me haya hecho levantar la ceja, por no decir otra cosa. Oye, mi vida sin Alexander me gusta también, nunca he necesitado nada más que a ti y a Maya. Esto que ha ocurrido es extraño, y aunque se haya criado en una comuna, te aseguro que no entraba en los planes de Alex tampoco. Siento la necesidad de tenerle cerca; verle contigo me..., no sé, es una nueva perspectiva. Tú y yo somos tú y yo, pero cuando te veo con él descubro una nueva Johanna. No puedo decirte mucho más porque estoy como tú. Lo que sí puedo decirte que es que para mí sí que tiene sentido. Esa dosis de magia que aporta Lindbergh es emocionante, y no me refiero solo a dormir juntos. Johanna, yo te quiero, aunque llueva o haga sol, y te querría igual, aunque te perdiera.

—Bueno, gracias por sincerarte, eso me deja mucho más tranquila.

—¿En serio?

—No —digo poniendo cara de animalillo indefenso. Bruno se ríe y me abraza achuchándome. Es cierto que hay algo sedante cuando te dicen que te quieren y lo percibes como sincero, creo que tiene que ver con la infancia, al menos mi padre me lo hacía saber de vez en cuando, y eso reforzaba mi autoestima.

Bruno y yo volvemos a la casa a ver cómo se encuentra Alex, y esta vez nos lo encontramos

leyendo de verdad y con Sándwich en el regazo. Tiene mucho mejor aspecto. Bruno se disculpa porque tiene cosas que hacer y nos pide que empecemos a decantar el vino. Embruix, de Lluís Llach, un priorato.

Veinte minutos después estamos todos a la mesa. El aperitivo de inicio suele ser más bien escaso el 25 de diciembre, porque tanto el primero como el segundo son contundentes; se sirven unos quesos y unos canapés estilo montadito, pero enseguida llega Matilde acompañada de Gladys con las dos enormes soperas y se sirve la sopa entre aplausos. No sé si es la resaca, pero la familia está un poco apagada, no hay el bullicio de la noche anterior y casi todos combinan vino y agua. Leo tiene varios comentarios y varias frases habituales del día de Navidad que todos esperamos, porque, si no, no es Navidad. La primera, elogiar la media luna que se crea en la superficie de la sopa, que significa que no ha quedado nada de grasa gracias a la experta técnica de desengrasado y a cocer algunos de los ingredientes de la *carn d'olla* por separado.

Lo siguiente es brindar con la frase surrealista «*Que poguem fer les mateixes obres amb el mateixos manobres*». La traducción no es nada sencilla, pero creo que es una forma de dar gracias por lo que se tiene. Caye no parece darse cuenta del malestar que ha generado el tema del arco, aunque la verdad es que Pixie y Dixie han hecho una diana de plástico y han estado practicando ordenadamente. No haber roto ninguna ventana ha salvado a su madre de más polémica. Las pulardas las han trinchado Bruno y Leo simultáneamente, y creo que he visto disfrutar a Lindbergh, es verdad que le gusta la cotidianidad y la familia. Gladys parece sentirse también más cómoda en nuestra mesa.

Llegados a los postres y cuando ya se pone el sol, parece estarse fraguando una partida de mus. Al menos esta vez Miranda no ha propuesto un *strip poker*. Me excuso de la partida alegando que me conviene una siesta porque he comido demasiado. Y Lindbergh lo aprovecha para citarme dentro de veinte minutos. Pensaba que ya se le había olvidado. Y entonces se me ocurre una idea: va a tener lo que quiere, pero no de la manera que espera. Me aseguro de que Maya esté ocupada, cosa que no es difícil después de la llegada de Sándwich, subo las escaleras y me cuelo en la habitación de mi madre.

Removiendo en su armario en busca de algo sexy encuentro un vestido de lycra que es más bien como una faja para reducción pero que servirá para un *look* putón verbenero. Los zapatos no son un problema, puedo elegir entre Blahnik, Jimmy Choo o Louboutin. Me quedo con estos últimos: son unos *stiletos* negros con la clásica suela roja marca de la casa, son más de zorrón. Le cojo prestada una de las bolsas de regalo, meto todo lo que le he cogido y me voy a mi cuarto.

Decido ducharme para estar más fresca. La anticipación me está poniendo a cien, y se me enciende la bombilla. Me rasuro el pubis con una maquinilla de afeitar de Bruno. Hace mucho tiempo que no lo hago y el resultado me parece impactante, muy sexy, por lo que resuelvo no ponerme bragas.

Ahora solo falta un poco de kohl, unos labios de vicio y un poco de perfume. se lo cojo a Bruno sabiendo que vamos a oler todos igual, otra vez. Pongo un pijama en la bolsa de regalo para poderme cambiar luego y subo hacia la buhardilla sigilosamente, sigilosamente con tacones de aguja... Cuando llego al último piso, me encuentro con Bruno.

—¡Johaaanaaaa! No te pones así de sexy para mí.

—Alex me ha pedido un vestido, no pensé que podría molestarte.

Siempre me sorprende lo bien que se me da mentir.

—No me molesta, me pone celoso. Estoy loco por ti, Jou.

Bruno se deja caer sobre las rodillas en plan teatral y se abraza a mi cintura.

—¿Bruno, qué haces?

—He cambiado de opinión, no quiero que entres.

—Oye, solo hay una cosa podría separarme de ti, ya lo sabes —le digo acariciándole la mejilla.

—¿La muerte?

—No, tonto, que tú no me quisieras. Eso sería bastante definitivo.

—¿Te irías con él?

—¿Si tú no me quisieras?

—Sí.

—Me partiría el corazón, Bruno.

O quizás sí que me iría con Lindbergh, a saber, porque tú ya no me querías, joder... ¡Qué simples son los hombres!

—¿Quieres que lo dejemos para otro día? No tengo por qué entrar ahí.

—No, cariño, ha sido idea mía, pero quizás deberías dejar la puerta entreabierta.

—No digas tonterías. Venga, mejor será que entres con nosotros. Soy rápida y eficaz, puedo hacer dos en seis minutos.

Se me queda mirando con los ojos como platos. ¡Ay, madre! Se lo está pensando, no me lo puedo creer.

—No, esperaré aquí, pero realmente me has matado poniéndote así para él.

—En realidad buscaba darle un escarmiento: no puede ir por ahí pidiendo una felación como si yo fuera una...

—Me temo que eso también es culpa mía. Entra, me quedo aquí, pero no estéis mucho rato.

Cuando abro la puerta, la buhardilla está toda iluminada con velas de té por todas las superficies posibles, y hay champán en una cubitera y flores, un toque romántico.

Alex está sentado en un orejero con las piernas cruzadas. Se ha cambiado, pero el *look* es prácticamente el mismo que de hace un rato, debe de haberse duchado también. Viste un pantalón de pana estrecho y un jersey verdoso sobre una camisa de un tono más claro y una americana de *tweed* Harris. Lleva unas botas marrones de cordones muy usadas con aspecto de tener mil años, pero perfectamente limpias, como si les acabaran de poner betún.

Está tan guapo... Si tuviera una cámara, le haría una foto; parece un joven profesor de Oxford, solo le falta el libro en la mano. Está claro que me he equivocado de disfraz y en vez de parecer una *dominatrix* debería haber optado por una faldita corta de tartán y unos calcetines que irían mejor para un rollo «Castígueme, profe, he sido mala».

—Johanna! *What?*

Le interrumpo:

—Señor Lindbergh, buenos días, soy Felatio Queen. Creo que un amigo común me ha recomendado.

Enciendo la luz y me dispongo a soplar las velas una por una para apagarlas. Como no llevo bragas, me agacho doblándome desde la cintura con las piernas rectas haciendo equilibrios sobre los Louboutin de doce centímetros.

—Johanna...

Le interrumpo de nuevo:

—Señorita Queen, Felatio, y me temo, señor Lindbergh, que ha confundido los términos del acuerdo: nada de romanticismo —digo soplando otra vela. Alex se levanta y se me acerca.

—Johanna, I...

—Usted ha pedido un servicio en concreto. Será mejor que se apoye en la pared —le digo

cogiéndole por la entrepierna con la mano abierta y empujándole contra el muro.

—*I'm sorry, you made your point. This is not what I want (Perdóname, queda claro tu punto de vista. Esto no es lo que quiero)* —dice haciendo una pausa larga entre cada frase para enfatizar que está enfadado.

—*This is what you get! (¡Esto es lo que hay!).*

Le respondo acercándole la boca, sin dejar que me bese. Esto es lo que hay tanto si te gusta como si no. Bruno y Alex van a tener que aprender a controlarse y pensar que no me puedo partir en dos y que no estoy a su disposición permanentemente.

Y como si me estuviera leyendo el pensamiento oímos a Bruno aporrear la puerta.

—*Don't open, Johanna (No abras, Johanna)* —me suplica Alex como fuera si un niño pequeño.

—Es Bruno, no puedo no abrirle.

—*Don't open, he can wait. (No abras, puede esperar).*

Ahora ya no parece un niño pequeño, sino un hombre frustrado. Bruno sigue llamando con pequeños golpecitos.

—Johanna, soy yo, abre.

Me dirijo a la puerta y giro la llave. Bruno entra como una exhalación y yo me aparto. Alex parece cabreado, Bruno desesperado, aunque enseguida se da cuenta de que está haciendo el ridículo.

—Lo siento, Alex, me he puesto celoso.

—¿Celoso? —replica Alex. Su tono es demasiado elevado—. *Don't fuck me, Bruno (No me jodas, Bruno)*. —reitera exagerando su incredulidad.

—No, no te equivoques. Es a mi mujer a la que echo de menos.

—¿Tú echas de menos? ¡Ja! —replica Alex apenas conteniendo la rabia. Se están enfrentando, Alex tiene el puño cerrado en actitud amenazadora. Si no los conociera bien, pensaría que se van a pelear. Están fuera de sí, y el nivel de testosterona sube por momentos.

Paso a un plan B por si acaso y me quito el vestido faja, casi tengo que arrancármelo, pero consigo quedarme desnuda, rasurada y solo con los zapatos de tacón en medio de la estancia. ¡Espero que esto despeje la tensión!

—*Can't believe you're doing this, Bruno. (No me puedo creer que estés haciendo esto, Bruno)*.

Alex lo dice con la mandíbula tensa; siguen encarados, ignorándome. Me decido a llamar su atención gritando.

—¡Ya basta!

Se giran y se quedan congelados. ¡Sí, señor! Esa es justo la reacción que andaba buscando. Me acerco procurando parecer despreocupada y sexy, aunque, francamente, tengo serias dudas de poder llegar hasta ellos de una pieza con estos tacones. Me siguen con la mirada como lobos hambrientos.

—*Oh, man, Johanna...! You're killing me. (¡Oh, tío, Johanna...! Me estás matando).*

Sí que he pensado en matarte, sí.

—¡Dios, nena! Igual que una de aquellas fotos de Newton...

Eso sí es un cumplido: las fotos de Helmut Newton son las preferidas de Bruno. *Tops* de los 90 como Linda Evangelista o Amber Valetta desnudas y con tacones en blanco y negro, la sensualidad más afilada, el colmo del erotismo. Me siento poderosa así sin ropa entre mis dos hombres.

—Bruno, a mi espalda. Alex, pared —ordeno muy seria con leves movimientos de cabeza.

Obedecen como dos corderitos, sus miradas turbias, su respiración más pesada. Bruno me coge por la cintura y me doblo hacia abajo exponiéndole mi trasero con las piernas totalmente rectas hasta que mi cara queda a la altura de la erección de Lindbergh. Está claro que le debo al yoga una maniobra de este tipo sobre unos Louboutin. Sin embargo, Alex se deja caer resbalando con la espalda pegada a la pared hasta que nuestras bocas están a la misma altura.

—*I'm sorry, I need you so much. (Lo siento, te necesito tanto...)*.

Me lo dice muy serio mirándome a los ojos.

—Yo... Ahhh... Ahhh...

No puedo contestar porque la lengua de Bruno ha llegado justo al punto esperado, ya ha empezado su tortura. No estoy mojada, estoy viscosa como un caracol; mis propios fluidos se derraman por mi entrepierna, y cuando Bruno me penetra sin avisar, por detrás, quiero decir por detrás de verdad, no noto dolor alguno.

Sentado en el suelo, Alex aguanta mi cara con las dos manos y me besa de vez en cuando muy atento a mis reacciones y amortiguando con su peso cada embestida. El sexo anal es el talón de Aquiles de Bruno: le excita tanto que aguanta muy poco. En cambio, yo necesito que me masturben simultáneamente por delante, o si no es difícil que se obre el milagro. O bien Bruno se ha olvidado de este detalle, preso de su propia aceleración, o bien ha reservado mi orgasmo para Lindbergh. Me pregunto por qué cuando estamos juntos somos tan silenciosos hasta el momento mismo de correrlos. ¿Será porque todo es tan furtivo?

Bruno se deja ir con un sonido gutural colosal y se apoya en mi espalda para recobrar la calma, y enseguida le tiende una mano a Alexander y le ayuda a levantarse del suelo para quedarse todavía apoyado en la pared.

Sin mediar palabra Bruno me coge por debajo de los muslos levantándose, exponiéndome y ofreciéndome a Lindbergh. Alex, a su vez, deja caer sus pantalones y sustituye las manos de Bruno por las suyas para que este me pueda coger por debajo de las axilas.

Y de esta manera estoy lista para el sexo aéreo.

Cuando Alex me penetra no puedo evitar pensar de nuevo que también a mí me gustaría algo más de intimidad con él, como tengo con Bruno. Estos juegos furtivos son a veces un poco frustrantes por no tener tiempo para nosotros como la otra noche en Les cols. Estarían bien unas vacaciones los tres a solas.

La mirada azul imposible de Alex se me clava mientras sus embestidas me hacen rozar el cielo. Hay algo en estar suspendida, en la posición, que lo hace diferente; es como si estuviera nadando y es también la cadencia de Bruno ayudando y acompasando cada penetración, su respiración junto a mi oreja, lo que me está llevando a otro universo.

—Estás preciosa —me jadea Bruno al oído, y me lame el lóbulo de la oreja. Realmente me siento la mujer más deseada del mundo en este momento.

Pero no voy a poder soportarlo por mucho tiempo. Me voy, intento aguantar, estoy llegando, cierro los ojos para ver si eso ayuda, no ayuda. ¡Dios! Alex, me voy, ya me voy.

—Alex, Alex, Aleeeex.

—*What? (¿Qué?)*.

Me clava la mirada, serio, enfadado. Me corro.

—Ahhhh...

—*Oh, god, oahhh. (Oh, dios, oahhh)*.

Nos hemos corrido juntos en Dolby digital. ¡Vaya con el sexo aéreo, no está nada, nada mal!

Cuando me dejan en el suelo las piernas me tiemblan. Necesito un beso de Lindbergh; me acerco

a él y le abrazo. Ese orgasmo ha sido increíble. Me corresponde metiéndome la lengua y sorbiendo mis labios como si no hubiera tenido suficiente. Su lengua me aborda y me atropella llegando prácticamente a inflamar mi libido de nuevo. ¡Dios mío, estamos enfermos!

Me acerco a Bruno, es lo que tiene tener dos amores: estás permanentemente preocupado por los sentimientos del otro. Le pregunto al oído si ha reservado mi orgasmo para Lindbergh expresamente y me lo confirma con un movimiento afirmativo.

Me ha parecido un detalle muy bonito, aunque, a juzgar por el gesto celoso de Alex, no se ha enterado de nada. Le doy un beso a Bruno en la mejilla. Es siempre tan transparente que da gusto.

—*Secrets? (¿Secretos?)*.

—Vamos, Lindbergh, llevamos media vida juntos; no puedes competir con nuestra complicidad —le digo. Bruno está callado, tiene una postura más bien sardónica.

—Yo ser «¡Alex, Alex!» hase un momento. ¿No?

—Ya me estoy hartando. Sentaos en el sofá. Los dos, ahora.

Se sientan en el sofá de dos plazas uno al lado del otro. Alex cruza las piernas, es una de sus características. Bruno no parece tranquilo. Me paseo por la habitación. Esto es el colmo, no se relajan ni un minuto, y no pienso permitir que me destruyan a mí con sus juegos, ya he tenido suficiente. Pongo voz de discurso.

—No voy a permitir que os peleéis por mí como si yo fuera una muñeca hinchable entre dos tarados.

—¿Tarado? *That sounds mean! (¡Eso suena mal!)*.

—Pretende ser cruel, Alex, es un insulto.

—Puedes insultar todo que quieras. *You're so arousing. (Me pones tanto...)*.

—Sí, nena, eres todo un espectáculo. Dame dos minutos y ...

Solo entonces me doy cuenta de que estoy pretendiendo una reprimenda desnuda, rasurada y con tacones, y que además me he estado paseando de esta guisa intentando hablar en serio. Me agacho para intentar quitarme los zapatos.

—*Oh, fuck that's even better! (Oh, joder, jeso es aún mejor!)*.

—Voy a por la cámara.

Ay, madre, estoy en cuclillas enseñándoles la orquídea, el tallo y hasta las raíces.

—No tiene gracia. Os lo digo en serio, no quiero otra escena como la de hoy.

—Mí quiere volver a ver a Felatio Queen.

Me pongo el pijama y la camiseta a toda prisa, vuelvo a ser yo misma.

—Estos pantalones también me ponen...

Se acabó; pongo los brazos en jarras, cojo aire y me lanzo.

—Mira, Bruno, lo dejo en tus manos; tú me conoces mejor y sabes con qué cosas no me gusta jugar. No quiero una relación turbulenta, no me gustan los culebrones y os quiero demasiado. Aclarad vuestros espacios y, por favor, mostrad un poco más de tacto: no soy la posesión de ninguno de los dos. No voy a permitir que se repitan las reacciones de hoy. Esto es un ultimátum: si me arrastráis a la miseria os dejaré, a los dos. Ahora ya lo sabéis.

Se hace el silencio. Ovación, por favor. ¡Lo he *clavao!* Bruno me mira de reojo intentando saber si voy de verdad. Alex tiene los ojos muy abiertos, como alucinado. Y con esta actuación digna de un Óscar me escurro por la puerta y doy un portazo como colofón a falta de aplausos.

Seguramente recordaré esta Navidad toda la vida. A ratos camino al filo de la locura. Se hace raro encontrarse a tus suegros en el salón junto al fuego después de haber vivido una escena de tres rombos y que además te ofrezcan una infusión. Es de locos.

No sé si ponerme deportivas e irme a pasear. Busco a Maya; se ha ido al cine con Miranda, Gina y esas dos alimañas que tiene por primos. En realidad, se van con Gina porque Miranda ha quedado con un conocido para tomar algo, junto al museo Albéniz.

Leo y Matilde también irán, pero a ver otra película que empieza algo más tarde, una de Woody Allen. El amor de los catalanes por el cineasta neoyorquino es hartito conocido. Leo ha dicho que quien pase por el bar Pabel después de que acaben las pelis estará invitado a cenar.

Se me ocurre que lo que más me apetece es darme un baño en esa piscina que aún no he catado. Subo trotando las escaleras pensando que no tengo bañador, aunque, a excepción de Lindbergh, probablemente, nadie más ha traído. Busco en la cómoda un conjunto de lencería de esos básicos negros para que no se transparente, cojo uno de los dos albornoces cortesía de la casa que hay en el baño y bajo de nuevo, descalza.

La piscina no tiene el clásico color azul turquesa; de hecho, parece simplemente hecha de cemento pulido. Tiene unos mecanismos para controlar los chorros a presión y la cascada, y creo que también tiene sistema de natación a contracorriente. El cuadro de los *leds* ni lo miro, no soporto esas iluminaciones cambiantes que se supone que son para relajarse, a mí me ponen de los nervios. Quién necesita eso teniendo vistas al jardín, a la luna y a las estrellas. Debería ducharme antes de entrar, pero me da pereza, me siento sumergiendo los pies para comprobar que la climatización funciona y me dejo caer hacia delante como un peso muerto.

Una vez en el agua me sumerjo aguantando la respiración un buen rato. Soy muy buena en apnea, siempre me gustó hacer competiciones de pequeña. Cuando tengo la cabeza debajo del agua siento como si mis pensamientos se magnificaran y subieran de volumen, como una voz en *off* mucho más abigarrada que mi propia consciencia, una que piensa con más claridad gracias a la falta de oxígeno, más despierta e inteligente. Según Bruno, debía de ir para sirena y algo falló por el camino, aunque cierto es que tanto mi hija como yo somos seres acuáticos mucho más que terrestres.

Sentada en el fondo, aguantando la respiración, una sombra me revela que no estoy sola. Hay alguien más. Puedo ver una cubitera y una botella de champán en el borde de la piscina. Pero cuando salgo a la superficie no hay nadie, solo una copa vacía y un platito de la vajilla de la abuela con unas *neulas*.

Debe de haber sido cosa de Bruno; no creo que estén en la estancia, no los veo. Decido ignorarlos porque realmente necesito unos minutos a solas pensando en mi burbuja personal. Me vuelvo a sumergir y cierro los ojos buscando el silencio total, la oscuridad, la sensación de ingravidez.

Ahora percibo música en el exterior, me llega muy amortiguada. Saco la cabeza y me encuentro con una pequeña reunión en las tumbonas. Suenan Los planetas, la banda preferida de Dani; creo que incluso conoce a Jota, el cantante.

*Ahora sé que nos parecemos
Ahora parece que tú y yo somos iguales
Aunque sé que no me lo merezco
He venido a pedirte otra oportunidad
No sé cómo te atreves a venir y decirme que me quieres
Cuando yo te he suplicado muchas veces y jamás me hiciste caso
No sé cómo puedes atreverte a venir y pedirte que te acepte
Cuando tú no has aceptado ni una sola de las cosas que te pido
Ahora sé lo mucho que te quiero
Y ahora quiero que tú me digas que me quieres igual...*

Lindbergh se me acerca y me sirve champán; debe de haberse dado cuenta de que sería el único con bañador y ha bajado en *boxers*.

—*Do you mind? (¿Te importa?)*.

Me lo pregunta con una sonrisa algo preocupada, refiriéndose a si me importa que entre en el agua.

—*It's your fucking swimmingpool. Es tu jodida piscina.*

Vaya pregunta, como si fuese mía. A veces puedo ser muy borde y muy deslenguada. Me arrepiento en el acto al ver su cara ensombrecerse.

—Lo siento, Alex, no quería ser borde. Por favor, entra conmigo.

—Yo quiere me disculpar... —dice dejando su móvil cerca, pero no lo suficiente, para que no se moje. Cayetana no pierde detalle del cuerpo de Alex; le sigue con la mirada como un perro de caza, creo que se le ha dislocado la mandíbula de pura admiración. Ese es claramente el efecto Lindbergh.

Alex se tira de cabeza y se zambulle para salir muy cerca de mí y darme un beso en la mejilla, alarga un brazo y coge su copa. Bruno, como de costumbre, hace un poco el ganso, se dirige caminando hacia nosotros con la copa en la mano, al llegar al borde no se para, sencillamente sigue caminando como si no hubiera un agujero con agua delante de él y, *splash*, se nos tira encima con copa y todo.

Toda la sala huele a marihuana. Dani se ha hecho un porro. Estudio la reacción de Alex, pero supongo que haberse criado en una comuna te cura de espantos, especialmente de ese tipo. No muestra reacción alguna. Caye y Dani acercan las tumbonas a la piscina, Dani trae también algún pastel que ha sobrado en la cocina, uno de los de Bruno. Ya me he acostumbrado a la eterna y asombrosa presencia de los deliciosos pasteles de Bruno; ahora ya no pienso «¿Cuándo habrá cocinado este?». A veces lo hace de noche si no tiene sueño.

—Hace siglos que no me fumo un porro.

—Tenemos unas tres horas hasta que vuelva la familia. Yo le voy a dar una caladita a eso —dice Bruno mirándome a los ojos para ver si apruebo su osadía. Dani le pasa el canuto y Bruno le da una calada absorbiendo al máximo y aguantando el aire en los pulmones, entre toses.

—Yo también, pero poquito, que hace mucho tiempo —digo mirando a Lindbergh, que no se inmuta; está observando su teléfono. Veo que lo coge con los dedos húmedos, marca un código de tres cifras y el teléfono se apaga.

—*I'm having a migraine... (Estoy teniendo una migraña...)* —dice cogiendo el canuto después de que yo haya dado dos caladas y fuma con total naturalidad. No sé por qué a mí me impacta.

—¿Tienes migraña? —le pregunta Bruno, preocupado. Yo ya he entendido que es su manera de decir que puede desconectar por unas horas, como suele hacer cuando la tiene de verdad.

—Yo tengo un remedio que es mano de santo —dice Caye.

—Follar, Caye: eso distensionan los músculos y relaja mucho más que la maría.

Bruno le está tomando el pelo. Y yo pienso que, si el remedio para la migraña es follar, Alex está de suerte, y en lo que respecta a mí, voy a desterrar los dolores de cabeza para siempre.

—No, tonto, poner los pies en agua fría con limón y el cuerpo mantenerlo muy caliente.

Lindbergh se parte de risa, y no sabemos si es por el efecto de la marihuana o de la estupidez que ha dicho Caye.

Los Planetas siguen sonando; me había olvidado de cuánto me gustaban años atrás, y me hago una nota mental para acordarme de recuperar algunas canciones en Spotify. Mejor le digo a Bruno

que me lo recuerde, ya que las notas mentales se me suelen borrar por falta de memoria ram. Caye sigue con sus remedios de pueblo.

—Mi tía se ponía una sandía en la frente o un plátano muy maduro, muy maduro, con un paño.

Imagino a Lindbergh con uno de sus elegantes trajes de franela y con una sandía en la frente.

—Por cierto, Johanna, yo también voy a querer un Queen Latifa —me dice Bruno todo seductor. ¡Es Felatio Queen, tonto!

Lindbergh sale de la piscina muerto de la risa y se tumba sin poder contener las lágrimas. A Bruno se le está contagiando. Caye le dice al oído:

—Ese va *tofu*.

—¿Cómo *tofu*?

—*Tofumao*, Bruno, ¿no le ves, que la tiene floja?

Y es que la forma de hablar de Cayetana es tan peculiar que hace mucha más gracia el continente que el contenido.

—Es verdad, *I'm tofu!* (*¡Estoy tofu!*) —dice Lindbergh, descojonado.

—¿Qué es un Queen Latifa? —le pregunta Caye a Bruno

—Oh, pues es un cóctel, mmmh, con base de plátano, se hace con..., esto..., ehm..., chocolate.

—Pues, oye, yo también quiero un Queen Latifa, me encanta el plátano.

Y ahora es Bruno el que tiene el ataque de risa. Cuando se recompone le dice entre toses:

—No tengo chocolate, quizás mañana.

Como hay pocas tumbonas, Bruno sale con su copa de cava y se sienta junto a Alex al borde de la suya y le pasa uno de los albornoces tirándoselo encima para que no coja frío.

Yo también salgo del agua y me estiro en otra de las tumbonas.

—*I'm sorry, man* (*Lo siento, tío*)—se disculpa Alex, y Bruno le corresponde.

—No, no, soy yo el que se tiene que disculpar: siento haber metido la pata de esa manera. Era tu momento, no sé qué me ha pasado.

—*Never mind. (No importa)*.

—Sí que importa. Mira, Johanna es mi media naranja, pero tú, tío, tú, eres mi medio limón.

—*Bruno, man, that's beautiful. I love you. (Bruno, tío, eso es precioso. Te quiero)*.

Alex abraza a Bruno. Ay, joder, que van muy fumados y se les está viendo el plumero. Caye tiene los ojos como platos, Dani está perplejo, y no es la marihuana, es que no entiende nada. No sé muy bien cómo actuar, así que no hago nada y contengo la respiración.

—Eso es muy rollo maricón, ¿no? —dice Caye.

—¿Maricón? —pregunta Lindbergh con una sonrisa. Está de muy buen humor.

—Muy gay...

—Oh, no, Cayetana, yo no maricón, *not bisexual either. (ni bisexual tampoco)*.

—No, Caye, lo que somos es estéresexuales —dice Bruno abriéndose el albornoz en plan supermán o quizás en plan *vedette* loca...

—*Stereo-sexual!*

Lindbergh se monda, no puede parar de reír, le va a dar algo, pero qué gusto da verle así, no es nada frecuente. Intervengo para desviar la atención.

—Oye, Caye, ni se te ocurra darles nada más a esos dos... ¿A qué hora has quedado con el abuelo?

—Como hacia las diez. Cenaremos bocadillos. La verdad es que no tengo hambre. Alexander, dime una cosilla, ¿por qué le has llamado al pobre bicho «Sándwich»? ¿No es «bocadillo»?

—¿El perro? *Oh, sorry*, chiste privado, mí no puede contar, *but* significa.

—Jou, ¿que ha dicho?

—Que no te importa una mierda.

Cotilla.

—Ah, bueno.

—Pues nosotros tres nos quedamos en casa. —Bruno, más sexo no, por favor. Mi cara de pánico debe de haberme delatado, porque me aclara—: Haré un *steak tartar* ligero con un poco de aguacate y nos lo comeremos en el salón viendo una película. Esta noche descansaremos. ¿Qué te parece? —le pregunta a Alex, y a mí me guiña un ojo.

—Mí no puede pedir más.

—Cómo va usted a pedir más, señor Lindbergh, si parece que lo tiene todo, todo. Bueno, igual necesita una buena mujer... —dice Caye con un punto de amargura.

—No, Cayetana, mí ya tiene buena muher. La mehor.

Por suerte Lindbergh ha tenido el detalle de decir eso mirando al suelo y no a mí. Le clavo una mirada intensa a Cayetana directamente a los ojos. Es una paranoia mía: a veces creo que eso funciona y que previene a algunas personas de seguir parlotando o de hacer preguntas estúpidas.

—¿Es guapa?

La fuerza a veces no funciona con los que están en el lado oscuro o con los que son muy débiles de mente.

—Muy guapa.

—¿A quién se parece?

—A Johanna —dice Lindbergh con una mueca.

—Debe de ser americana, porque Jou parece guiri. ¿Has oído, Bruno? A Alex le gusta tu mujer.

—Cuéntame algo que no sepa, Cayetana.

—Que no te cuente nada, que solo cotorrea y cotorrea... —dice Dani.

—¿Anda, mira quién habla! ¿No habías hecho voto de silencio? —bromea Bruno.

—De silencio, de abstinencia... y mejor no sigo.

—Oye, Dani, Alex y yo estamos preparando un viaje en coche como aquellos de Top Gear, ¿sabes el programa de coches? Queremos ir a alguna carretera muy loca donde podamos quemar rueda, a Rumanía... ¿Cómo se llama aquella que hablábamos, Alex?

—Transfagarasan o Furka Pass, en Suiza.

—Mi Dani no puede irse por ahí tantos días.

—No preocupes, Cayetana, yo tengo avión, podemos hacer rápido.

—Osti *nen*, me encantaría.

—¡Pues hecho! Nos vamos los tres.

Ay, pobre Caye, le hemos estropeado la noche, con lo bien que se lo estaba pasando ella con su interrogatorio... Quiero a mi cuñada, porque es familia, e intento siempre ver su lado positivo, que lo tiene, pero el abismo que nos separa se hace cada vez más grande, más grande, inmenso.

El teléfono de Lindbergh se despierta, emite un extraño pitido y se pone rojo. Hay problemas. Alex se cierra el albornoz, marca un número solo de tres cifras y escucha. Me mira de reojo y a Bruno también, y cuando cuelga nos dice:

—*Something's up. (Algo pasa).* Vamos a vestirnos, poner cualquier cosa. En salón en tres minutos.

—¿Todos?

—Sí, todos, tres minutos.

—Hay que avisar a Gladys.

—No, no Gladys.

Aunque no sepamos de qué va la cosa, todos, incluidos mis cuñados, hemos entendido que estamos en alerta roja solo por el tono y la seriedad de Lindbergh, y subimos a paso ligero.

—¿Johanna, qué pasa?

—No sé, Caye. Cámbiate y ahora nos lo explica.

Dos minutos después, unos llevan chándal, otros tejanos y zapatillas, pero todos estamos listos para salir corriendo. No sé cómo demonios lo ha hecho Lindbergh, se ha vestido con americana y todo, e incluso ha tenido tiempo para hacerse su inconfundible raya al lado, con su negro pelo aún húmedo. Está para comérselo, y el hecho de estar en peligro no me previene de poder apreciarlo en profundidad. Le repaso mientras él abre su portátil concentrado buscando algo. Cayetana se impacienta.

—¿Qué pasa, Alex? Nos tienes en ascuas.

—*It's Gladys, secuestrada.*

—¿Cómo lo sabes, te han pedido un rescate?

—No, Gladys secuestrada aquí.

—No te entiendo.

Alex nos pasa el portátil, vemos a Gladys en blanco y negro, estirada en una mesa industrial, atada y amordazada. Alrededor de la mesa hay velas como de velatorio y botes de cristal bastante grandes; no se puede apreciar el contenido.

—¿Dónde está?

—*In the basement. She was... (En el sótano. Estaba...).*

—¿Hay un almacén en el sótano?

—*Yes, and a safe room. (Sí, y una habitación segura).*

—¿Quieres decir una habitación del pánico?

—Sí, del dueño.

—¿Quién ha hecho eso, Alex? ¿Quién la tiene así?

—*One* minuto, está llegando vídeo.

—¿No deberíamos ir a sacarla? —digo yo, antes de recrearnos en ver vídeos de primera.

—Esto es grabación. *She's out, (ella ya está fuera,)* mis hombres llevar a hospital, Capde...
uhmm...

—Capdevanol.

—*Yeah*, está bien, solo susto. Mientras nosotros en piscina mis hombres sacar y llevar a hospital. Me decir que enviar vídeo en dos minutos.

Lindbergh nos pide que nos sentemos todos en el mismo sofá para que podamos observar el monitor, todos a la vez, y me lo pone sobre las rodillas. No hay sonido, solo la cámara de seguridad captando siempre el mismo encuadre: Gladys amordazada boca arriba sin poder mover ni brazos ni piernas. No parece haber movimiento a su alrededor hasta que vemos que ella se altera, parece que llora y mueve la cabeza de un lado a otro.

Entonces los vemos: son Pixie y Dixie, le acercan una vela y le hablan, pero no los oímos. Uno de ellos lleva un cuchillo enorme, debe de ser de la cocina, aunque parece una pequeña hacha de descuartizar carne. Se lo ponen en el cuello, y la pobre Gladys llora; no sabemos qué le dicen, no podemos oírlo. Los gemelos le acercan uno de los muchos botes que hay por el suelo, lo abren y varias culebrillas de tamaño muy pequeño se deslizan sobre su pecho. ¡Oh, Dios mío! le habrán picado.

—¡Ya basta! —dice Caye, horrorizada, cerrando el portátil de un golpe. Se levanta y mira a su

marido encolerizada. No me gustaría estar en la piel de Dani.

—Haz las maletas, nos vamos.

—Pero Caye, hablemos con los niños, tienen problemas.

—Mis hijos no tienen ningún problema, Dani, se han pasado jugando, no es para tanto. Solo son críos, lo habrán visto en alguna película. Volvamos a casa.

Bruno interviene; en ningún momento se dirige a Caye.

—Quizás deberíamos darles un buen susto a esos dos, Dani. Hagámosles creer que han hecho algo muy gordo, algo irreversible.

—Tienes razón, un escarmiento —dice Dani.

—Ni muerta. Yo me ocupo de hablar con mis hijos, pero no dejaré que los hagáis sufrir, son solo críos.

—Críos que crecen muy deprisa, cariño mío. Caye, no me gusta lo que he visto, yo...

—Haz las maletas, ya lo hablaremos. Nos vamos, los pasamos a recoger por el bar y tiramos para Tarifa. Dile a tu madre que se me ha muerto una tía muy querida y aire.

Es como un escorpión en un círculo de fuego: atacará a todo el que se le ponga por delante, pero solo conseguirá hacerse daño a sí misma. No habrá forma de convencerla y todos lo sabemos; se siente amenazada, pero esto puede haber servido para que Dani se dé cuenta de la magnitud del problema. El de Cayetana, claro está.

—*¿Puc parlar amb tu un moment? (¿Puedo hablar contigo un momento?)* —le pide Bruno a Dani en catalán, su lengua materna.

—Daniel no tiene nada que decirte... Y tú, Johanna la perfecta, ¿qué miras? A ver si pones más atención en tu casa: ya has visto cómo se han comportado esos dos en la piscina, yo no estaría tranquila —dice Cayetana, pero Bruno la fulmina con la mirada de tal manera que recula y se va escaleras arriba. Bruno ha apartado un poco a su hermano para poder hablar en privado. Los observo de reojo: tiene sus manos sobre los hombros de Dani y le habla pausadamente con paciencia. Lo sé porque conozco sus gestos. El otro simplemente mira al suelo cabizbajo, escuchando. Cuando terminan se abrazan, y parece como si Bruno le estuviera arrancando a duras penas una promesa. En cuanto Dani se va, pregunto:

—¿Qué le has dicho, Bruno?

—Que se divorcie ya.

—*I subscribe totally. (Lo suscribo totalmente).*

—Esa mujer no está fina, eso está claro, pero no es asunto nuestro. Me voy a ver a Gladys.

—*Yeah, let's go. (Sí, vamos).* Me han dicho que está bien, *she's sedated. (está sedada).*

—Así me gustaría estar a mí, sedada...

Cuando Alex y yo nos ponemos los abrigos vemos a Bruno, que ha ido a ayudar a su hermano a cargar el coche. Dani está guardando las bicis nuevas en el maletero, Bruno le trae el arco y las flechas de Maya, para que se las lleven, y le vuelve a abrazar. Dani es un buen tío, solo que está muy perdido. Los veo como en una película, como fuera de la realidad. En mi cabeza suenan Ramones.

Twenty-twenty-twenty four hours to go I wanna be sedated

Nothin' to do and no where to go-o-o I wanna be sedated

Just put me in a wheelchair get me to the show

Hurry hurry hurry before I go loco

I can't control my fingers I can't control my toes

Oh no no no no no

*Twenty-twenty-twenty four hours to go...
Just put me in a wheelchair...*

*Ba-ba-bamp-ba ba-ba-ba-bamp-ba I wanna be sedated
Ba-ba-bamp-ba ba-ba-ba-bamp-ba I wanna be sedated
Ba-ba-bamp-ba ba-ba-ba-bamp-ba I wanna be sedated
Ba-ba-bamp-ba ba-ba-ba-bamp-ba I wanna be sedated*

PASEO MARISTANY

26 DE DICIEMBRE

Ya es la segunda mañana que me levanto y Bruno no está a mi lado. Me desperezo entre las sábanas blancas y perfumadas. Parece que hoy va a hacer un día precioso, se huele en el ambiente. Camprodón es un pueblo tan lluvioso que solo con oler el aire sabes qué tipo de planes puedes hacer. Hoy el ambiente es seco, perfecto para un largo paseo de esos de los que no has de preocuparte de que te sorprenda una tormenta y tengas que buscar refugio.

Por una vez, prefiero ducharme antes de desayunar y no subir a hacerlo más tarde. Me doy una ducha rápida y repaso mentalmente los acontecimientos de ayer bajo el agua. ¡Oh, Dios! Ayer fue un día de lo más completo.

Lo de Pixie y Dixie tampoco es para tanto, quizás hayamos exagerado un poco. El problema es que ya hacía días que todos esperábamos alguna de sus barrabasadas, y puede ser que el vaso de la paciencia se haya desbordado.

Oigo ruidos en la habitación y saco la cabeza de la ducha avisando a quien sea de que estoy cerca. Maya entra en el baño y se sienta en la taza para hablar conmigo. Como ya he terminado, cojo el albornoz y salgo de la ducha.

—Cuéntame lo de los primos.

—¿Qué quieres que te cuente, Maya? Se metieron en líos y su madre esconde la cabeza como el avestruz...

—A ver, mamá, supongo que sabes que eso de que el avestruz esconde la cabeza en plan infantil, en plan si no te veo tú no me ves, es solo un mito, ¿no? Lo que hacen es bajarla para que no se les vea tanto, para que el depredador les confunda. Es un mito como el canto del cisne. Los cisnes no cantan.

—Y como la pantera rosa.

—Eso son dibujos... ¿Me tomas el pelo, mami?

—Es una bromita. ¿Has comido algo?

—No, aún no he bajado...

—Pues me visto y nos vamos, ¿quieres ir a desayunar al pueblo? Hoy va a hacer un día divino.

—¡Sencillamente divino! Qué cursi... Aunque si no están Pixie y Dixie sí que puede ser divino. Te espero abajo, quiero ir a darle una vueltila a Sandy.

—Te gusta el chuchó, ¿eh?

—Chucha. Es guapa y lista, creo que está a punto de darme la pata, pero las cacas... Eso ya es más difícil.

—Pues tendrá que aprender, lo antes posible. Me voy a comer a ese Lindbergh con patatas.

—Ha sido un regalo de Papá Noel, mejor cómete al gordo —dice con el tono del que se ha liberado de un gran peso: aunque no hayamos hablado de que Papá Noel no existe, poco a poco irá saliendo a la luz. Una de las cosas que más me impacta de verla crecer es que está desarrollando una fina ironía, su personalidad va aflorando, y eso me maravilla.

He traído unas botas de *trecking* que más bien son unas simples chirucas. Me pongo unos *jeans* estrechos y un jersey de Bruno, ya usado, sobre una camiseta de tirantes sin sujetador, también de Bruno. Tengo Brunitis...

Jersey *oversize*, pantalones estrechos y chirucas. Me miro en el espejo y me gusto, ¡estoy cañón! Esto de tener dos maridos tan atractivos me está subiendo la autoestima, como que me veo a mí misma con otros ojos, potenciada al cuadrado, «más mejor», como dice Lindbergh a veces.

Estiro el edredón de mi cama y recojo el albornoz para ahorrarle algo de trabajo a Gladys. Anoche Alex le ofreció unas vacaciones, pero rehusó tajantemente y dijo que todo había sido culpa de ella por no haber estado más atenta a esos gusanos. Dijo «gusanos», literalmente.

Por suerte las culebrillas eran muy pequeñas y no le picaron. Gracias a Dios, la pobre mujer está sana y tiene un corazón a prueba de bomba; si tuviera una edad más avanzada podría haberle dado un infarto o qué sé yo. A Bruno le preocupaba que le pusiera un pleito a Lindbergh, pero todo ha quedado en nada, aunque estoy segura de que habrá una propina espléndida. Al parecer, los gemelos le habían dado ya un par de sustos, le pusieron una rana en la cama la primera noche, pero ella no dijo nada a nadie.

Gladys me gusta mucho, parece de fiar y tiene mucha intuición; tan solo en un par de días he tenido la sensación de que nos entendíamos perfectamente tan solo con mirarnos. También me gusta cómo se ríe: tiene una de esas risas francas de mujer gorda, esas que contagian, y, sin embargo, es más bien seca. Su risa no concuerda con su figura, eso aún me gusta más; verla reír así con esa potencia siendo tan poquita cosa es desternillante.

No sé si será porque la casa es muy grande, pero siempre tengo la impresión de que está desierta por las mañanas. Cuando llego a la cocina me encuentro con Alex trajeado de arriba abajo, incluso lleva chaleco. Recuerda al protagonista de un anuncio de Ermenegildo Zegna. Me lo quedo mirando embelesada, sin decir nada, hasta el punto de que se sonroja, pero enseguida se recompone y tontea.

—*You like what you see? (¿Te gusta lo que ves?).*

—*Very much! (Mucho).*

—*I'm all yours, baby.*

«Soy todo tuyo», dice contoneándose en plan sexy en dirección a mí. Es cómico, y, aun así, me acelera el pulso solo con su mirada. ¡Dios, gracias, una y otra vez, gracias! No le merezco, no recuerdo haber sido tan buena. Cuando llega a mi altura sencillamente me da un beso en la frente.

—¿Qué haces tan vestido?

—Me voy, he pedido aerotaxi.

—¿Va a aterrizar aquí?

—Tranquila, es helicóptero pequeño, viene de Riudellots, me voy a aeropuerto.

—¿Y Bruno?

—Detrás.

Me giro y veo a Bruno en la puerta. No me apetece nada que Alex se vaya, ya me estaba acostumbrando a la situación. Mejor me tomo un café. ¿Cómo puede una acostumbrarse a esta situación?

—¿Cuándo vuelves?

—*Maybe today, maybe tomorrow. (Puede que hoy, puede que mañana).*

Sigue de muy buen humor. Se me acerca y me abraza a él apoyando mi cara en su pecho. No me gusta nada despedirme, aunque sea por poco tiempo. La última vez se me hizo eterno.

—*You see, I miss you already. (Ves, ya te echo de menos).*

—No te vayas y así no me echas de menos.

—*I must. (Debo hacerlo).*

Debes irte, debes irte..., en fin. Sigo abrazada a él como una niña pequeña que no quiere que su papá se vaya de viaje. Bruno se nos acerca.

—Siempre me tienes a mí.

—Siempre —digo dándole un beso en la frente mientras sigo abrazada a Alex como un koala; no hay quien me suelte. Apoyo mi cabeza en su pecho otra vez, escuchando su corazón.

—He pedido a Bruno vosotros dos venir con mí, pero no poder por Saint Stephen, *family...*

—San Esteban, lo sé.

—Cuando volvamos a Barcelona todo será más fácil —dice Bruno.

—*Yeah, we've got to methodize, find our system, I have some ideas. (Sí, tenemos que sistematizar, encontrar un nuestro método, tengo algunas ideas).*

—¿Un sistema? ¿Para vernos los tres?

—Para estar juntos. Alex cree que deberíamos vivir bajo el mismo techo de forma definitiva...

—*Oh, I forgot, this is for you. (Oh, me olvidaba, esto es para ti).*

Se había olvidado de darme algo. Es un móvil, un iPhone. Me lo pone en la palma de la mano con una sonrisa y yo me lo quedo mirando como si fuera infeccioso.

—¿Para qué quiero esto? No me lo digas, no me lo digas. Seguridad, ¿verdad?

—*No, baby, I need to be in touch. (No, pequeña, necesito estar en contacto).* Decirte cosas, *I need to send you messages. (Necesito enviarte mensajes).*

—¿Qué tipo de mensajes?

Alex saca su teléfono y teclea algo muy rápido. El mío emite un sonido parecido a un silbido. Bruno me insta a que indague. Es un *whatsapp*. Dice «*You are my unicorn*». (*Eres mi unicornio*). Le miro y me está poniendo carita de oso de peluche abandonado. Y entonces yo contesto con otro *whatsapp*: «La señorita Queen tiene un hueco en su agenda, ¿le gustaría una cita?».

Me siento como esos adolescentes que se envían mensajes de punta a punta de la mesa en vez de hablar cara a cara. Al leerlo Lindbergh suspira profundamente; el ruido del rotor del helicóptero nos sobresalta y miramos por la ventana. Por un momento me preocupo por Maya, pero no parece estar en el jardín. Alex me coge por la cintura.

—*Come here. (Ven aquí).* Me es difícil ir —me dice. Mientras me tiene abrazada se dirige a Bruno—: Mantener iPhones cargados...

—Claro, yo me ocupo.

—Intento volver mañana, hoy no creo.

—Hablamos en un rato.

Y entonces me besa; sus labios se estrellan contra los míos haciendo rechinar nuestros dientes, y su lengua busca la mía febrilmente mientras emite un sonido gutural de gusto parecido a un «ohmm». Es una vibración de garganta que subraya el placer de besarme. Mmmh, correspondo, mis sentidos se despiertan y mi libido estalla. No es nada apropiado para una despedida, mucho menos antes del café, y definitivamente poco apropiado si tu marido está mirando.

—Para, tío, que me estoy poniendo cachondo —dice Bruno poniéndole a Alex la mano en el hombro.

—Yo ya a cien —bromea Alex. Pues anda que yo... No te fastidia estos dos... Pero, mira por dónde, como tengo dos hombres, problema resuelto.

Los acompaño al jardín. Salimos por la puerta de la cocina. Flanqueada por los dos, casi abrazada a ambos, Lindbergh de nuevo me busca la boca y me da otro morreo de infarto ignorando

que está siendo observado por el piloto. Luego se abraza a Bruno, y este le acompaña hasta el aparato mientras yo me quedo en la puerta.

Cuando entro, me doy de bruces con mi suegro y con Gina. Ahí están parados en medio de la cocina mirándome sin decir nada. El helicóptero se eleva y por un momento distrae nuestra atención. No sé qué han visto, no sé cómo reaccionar.

—Yo no he visto nada. Ponme un café con un poquito de whisky.

—Yo tampoco te he visto besar a Lindbergh. Prefiero mi café con un chorrito de ron.

Tengo los ojos como platos, lo noto, se me salen de las órbitas. El estómago lo tengo en los pies y me tiemblan las manos. Dios mío, lo han visto todo. No hay ninguna manera digna de enfocar la situación, así que hago tiempo. Intentando recuperar el habla, enciendo el botón de la cafetera dándoles la espalda, buscando algo que decir. Si me concentro en hacer los cafés, quizás mis funciones cognitivas se restauren.

—¿Seguro que quieres whisky, Leo?

Eso ha salido de mi boca, involuntariamente. Estoy de espaldas preparando el café.

—Sí, estoy muy seguro.

—Y tú, Gina, ¿no es demasiado pronto para un lingotazo?

¡Ay, Dios mío! Es mi *alter ego*, alguien tipo Felatio Queen haciéndose cargo de la situación. La verdadera Johanna quiere morir de vergüenza, acabar con todo...

No es la primera vez que me ocurre: hay por ahí dentro un superyo que a veces intercede en situaciones complejas y que los tiene mucho mejor puestos que yo misma, la Johanna del día a día. En momentos como este es de agradecer.

Les sirvo los cafés, preguntándome por qué coño no se los han hecho ellos mismos. Ahora me sale el enfado; es solo un mecanismo de defensa: yo meto la pata y me enfado con el mundo.

—Gladys ha traído minicruasanes. ¿Queréis?

—Sí, gracias.

—¿Hay de chocolate?

—Sí, toma.

Le acerco un plato grande con decenas de minicruasanes dispuestos en círculos formando una gran ensaimada bicolor. Bruno entra en la cocina con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Lo has visto, papá?

—Lo he visto todo, Bruno.

Bruno se refiere al helicóptero; su padre, evidentemente no. Enseguida se da cuenta de la situación solo con mirarme la cara. Debe de ser un poema.

—Coge tu café, papá, hablemos.

—No es asunto mío, Bruno, yo no me meto.

—Ahora sí es asunto tuyo. Ven, vamos al despacho.

Y el muy cerdo se lleva a su padre y me deja sola con Gina.

—¿De qué va esto? ¿Estás liada con Lindbergh? —pregunta Gina. Está siendo muy borde, aunque sé que tengo que contestar porque es mi hermana y la quiero y ella confía en mí, pero me resisto—. Johanna, contesta, ¿te estás tirando a Lindbergh? ¿Estáis liados? ¿Qué es, una especie de follamigo?

—Gina. No grites, por favor...

—Es sencillo, dime: ¿estás liada con Lindbergh?

—Sí, joder, lo estamos, ya lo has visto, los tres.

Gina suelta una carcajada histérica y se me queda mirando como si yo fuera un bicho raro. No lo

entiendo; siempre ha tenido la moral más relajada que yo y ahora me va a salir con prejuicios.

—¿Y Bruno?

—Y Bruno ¿qué?

—¿Quiere esto? Joder, ¿cuánto tiempo hace que dura?

Gina está atando cabos, y de repente todo está claro para mí: esta es mi oportunidad de abrirme y explicárselo a alguien. El peso que llevo encima desde hace meses se aligera solo con la idea de poder compartir mi secreto, y con quién mejor que con mi hermana. Nunca me ha fallado.

—Gina, los quiero a los dos. No sé muy bien cómo ha ocurrido. No quiero renunciar a Alex, le quiero.

Mi pobre hermana se sirve otro chorro de ron en un café que ya solo tiene la espuma.

—¿Y ellos dos?

Me encojo de hombros. Yo que sé, no puedo hablar por ellos.

—¿Follan entre ellos?

—No.

—Pues no lo entiendo. Es decir, una noche sí, yo también he hecho algún trío, aunque con una amiga, ya me entiendes, pero lo tuyo, lo tuyo, Johanna, es fenomenal.

—No veo la diferencia, solo que esto se está complicando.

—¿Complicando?

—Están convencidos de que puede funcionar, y Lindbergh pide más.

—¿Más qué? Johanna, joder, explícate.

—Lo intento, Gina, pero ni yo misma sé muy bien. No sé, tengo dos maridos y los dos me quieren y entre ellos están en plan almas gemelas; todo lo comparten, todo se lo consultan, quieren vivir juntos, trabajar juntos...

Otra carcajada histérica.

—Esto es fenomenal, de verdad, es colosal. Te juro que te admiro. No solo tienes uno de los maridos más cojonudos que he conocido nunca, sino que además te las apaña para tener el amante más alucinante y sexy y que encima estén de acuerdo. Johanna, francamente, es para odiarte.

—Pensaba que no te gustaba Alex como hombre...

—No seas absurda. Simplemente puedo intuir rápidamente si tengo o no tengo alguna posibilidad con un tío; es algo sexual que leo en sus ojos. Tengo un instinto para eso, y a Lindbergh no le intereso, pero ahora ya sabemos por qué.

—Alex me quiere, no tengo la menor duda...

—Yo tampoco. La cuestión es si está bien de la cabeza, no le conocemos... ¿Qué necesidad tiene un tío así de compartir mujer?

—Bueno, y qué necesidad tiene Bruno, a él le conoces muy bien, explícamelo...

—Ya me gustaría, te juro que no lo sé.

—Ni yo tampoco, pero, por favor, no le digas nada a mamá: ella está convencida de que Alex es gay, y así está bien.

—¿Y Maya?

Bruno entra en la cocina y se sienta con nosotras.

—¿Qué pasa con Maya? —nos pregunta.

—Qué le vais a contar a Maya; tarde o temprano lo sabrá, igual que yo, ¿no? Bruno, no es asunto mío y te quiero, pero ¿qué vais a hacer?

Bruno coge aire y me mira a los ojos. Está claro que no tenía ninguna intención de discutir este

asunto con la familia, pero ahora parece no tener otro remedio.

—Improvisar sobre la marcha. Maya no me preocupa, es una niña equilibrada. Los niños no tienen prejuicios: es de los adultos de quien nos tenemos que proteger, y a ella, sobre todo.

Gina reflexiona un momento; creo que se está dando cuenta de que el asunto va realmente en serio y que Bruno sopesa vivir junto a Alex bajo el mismo techo.

—¿Qué necesidad tenéis de meteros en ese lío? Siempre habéis sido felices, que yo sepa...

—Lo éramos, y lo somos más aún, confía en mí. Que sea atípico no significa que esté mal. Para saber si puede funcionar hay que intentarlo, ¿estás conmigo, Jou?

Estoy con ellos; ¿lo estoy? Podría darme un tiempo para reflexionar antes de que la situación se complique aún más. De lo que estoy convencida es de que me moriría de ganas de verlos y estar con ellos en vez de aclararme; puede que sea peor.

—¿Jou, estás conmigo?

—Estoy, estoy, solo necesito pensar un poco... ¿Qué dice tu padre?

Bruno resopla. Él mismo se ha metido en la boca del lobo, así que es el primero que tiene que encajar que se aireen sus asuntos con diplomacia.

—Mi padre confía en mí. No necesita más, ya sabes, es una persona bastante simple que se guía por el cariño, y es fundamentalmente buena gente. Si le dijese que soy gay, transexual o completamente asexuado, reaccionaría de la misma manera, con respeto. Dicho esto, me parece que no lo entiende ni le hace pizca de gracia.

—¿Y tu madre?

—No, no, no, mi madre se desesperaría. Mira, como dice Alex, necesitamos un método, un sistema.

—¿Y qué fue de la coartada perfecta? ¿Eh? No sé si recuerdas que dijiste que delante de la familia seguro que nadie sospecharía nada.

—Se nos ha ido de las manos, Jou, no hemos tenido cuidado. Es la familia y no pasa nada, tenemos que ir con más cuidado. De todos modos, esto ratifica mi idea de encontrar un sistema que lo haga todo más fácil y no tengamos que escondernos. Gina, contamos contigo.

—¿Para guardar el secreto?

—Para todo; te necesitamos para que salga bien, también en la escuela, ya hace días que queremos hablar contigo. ¿Por qué no te duchas y te cambias y nos vamos tú y yo a dar un paseo...?

—¿Y yo qué hago? —pregunto. Si me quedo a solas con Leo y me hace un interrogatorio, me muero.

—He traído la carpeta del concurso de cómics, está en nuestro cuarto. Míratelos y me das tu veredicto: hay que escoger tres, yo ya tengo los míos. Pero recuerda que no solo cuentan los dibujos, la historia también es importante.

—¿Tú crees que tengo la cabeza para eso?

—Entiendo que haya sido incómodo, y supongo que se pueden generar más situaciones como esta, pero sopesa. ¿O es que prefieres dejarle?

—¿A Alex?

Bruno se encoge de hombros.

—No sé, o a mí.

Conozco su juego: se pone en lo peor, plantea la situación más negra para que yo reaccione minimizando el problema y viendo la luz al final del túnel.

—O a los dos. Siempre puedo dejaros a los dos —digo sin ninguna convicción. Y en el fondo

tiene razón: dada la situación, si yo no quiero las cosas como son ahora, solo hay una solución, y es hacer una elección que además solo depende de mí. ¡Menuda mierda! Eligiera lo que eligiera me haría desgraciada. Solo hay una posibilidad, y Bruno ya ha escogido: los tres juntos y revueltos y punto.

Alex no aceptaría ser el amante ocasional y le entiendo, a mí tampoco me gustaría. Sería un arreglo insustancial que nos haría infelices a todos, especialmente a él. Alex quiere compartir, llegar a casa y tener una familia, despertarse en un hogar, y nadie puede culparle, creo que Bruno quiere ofrecerle precisamente eso, un hogar, una familia.

—Y digo yo, ¿no os habéis planteado ir a terapia? Quiero decir, ¿no será mejor buscar ayuda profesional?

—Gina, me importa una mierda si tengo o no algún desequilibrio o alguna carencia patológica. Mira a tu alrededor: la mayoría de los humanos acaban medio desquiciados por una cosa o por otra. El jefe, el marido, el trabajo, el hijo díscolo. Solo tengo una vida, y de momento no me ha ido mal, no me arrepiento de nada.

—Vale, vale, solo quiero estar segura de que sabes lo que haces. Cuñado, eres una de mis personas preferidas en este mundo...

Oír eso reconforta a Bruno, que se levanta y abraza a mi hermana con uno de esos abrazos de oso tan característicos de él. Y así desaparecen, dejándome a mí desconsolada y sopesando realmente la ayuda psicológica, que, francamente, en estos momentos no me iría mal.

Con estos pensamientos tan positivos permanezco ensimismada jugando con las migas de cruasán que quedan sobre la mesa. Eso hace la gente enamorada, estar colgada de sus pensamientos todo el día. Me siento como si una apisonadora me hubiera pasado por encima, no tengo ánimos para nada. Un pitido emitido desde mi bolsillo me rescata de mis ensoñaciones. Supongo que es un mensaje de Lindbergh.

*«Bruno just told me. I'm sorry. I love you to death. Alex.
(Bruno me lo ha contado. Lo siento. Te quiero a morir)».*

Me quiere a morir o hasta la muerte, no sé cómo se traduce, pero es muy reconfortante, y es exactamente lo que necesitaba en estos momentos. Bruno ha reaccionado a la defensiva, no me extraña: para él no debe de haber sido nada fácil hablar con su padre así sin tenerlo previsto. Le hago caso y me relego a mi habitación a echar un vistazo a los finalistas del concurso de cómic.

Conozco a varios de los chicos, y sé que me enfrento invariablemente a manga romántico en las chicas y a algunos cómics radicales antisistema de marcado carácter independentista; es una fuerte corriente que se ha instaurado desde que lo de la independencia de Cataluña tiene tanto auge entre la población. Hay también algún superhéroe de inspiración Marvel, y luego están los que yo llamo *free-comic*, los que van por libre, los más interesantes sin duda.

Me ha gustado mucho una historia de amor entre dos mujeres, dos adolescentes, escrita por una tal Miriam Guerra, con dibujos muy naïf pero muy frescos.

Hay otra historia en tinta, muy divertida, sobre la sombra de un chico que toma vida y se dedica a ayudar a la gente que lo pasa mal con la crisis; esta es de un chico que se llama Yusuf, es adoptado de origen somalí, tiene una madre muy simpática, un caso de adopción feliz.

Por último, me ha impactado a la vez que preocupado un cómic oscuro con mucho sombreado, bastante minimalista, de una adolescente incomprendida que se refugia en la danza y la pintura, obsesionada por su figura. Los demás personajes son todos entrados en carnes y de formas redondas, sin embargo, a ella se le marcan las costillas, las clavículas y tiene ojeras. Hay algo

perturbador en el trabajo de Beatriz Soldevila que me hace revisar el personaje principal una y otra vez. Me apunto en el iPad echar un vistazo a otros trabajos de esta alumna para ver otras temáticas y aclarar si siempre sus personajes principales parecen tan deprimidos. Es una intuición; cuando se trabaja con adolescentes conviene estar alerta, a veces hemos tenido algún caso de niños que han sufrido *bullying* en el colegio y lo han ido transmitiendo en sus dibujos.

Sin darme cuenta han pasado dos horas. El olor de la cocina llega hasta la habitación: los canelones están en marcha.

Es Maya la que viene a buscarme para decirme que su padre cree que ya es hora de ducharse y vestirse para la última comida de Navidad. Solo Matilde se ha creído la historia de la tía muerta, todos los demás piensan que debe de haber habido una pelea, que han sido los niños, que han desencadenado una tormenta, o que a Cayetana le ha dado un aire y se ha querido ir.

En fin, de todo un poco ha habido. Leo es el único que tiene toda la información sobre el episodio de la sirvienta, e imagino que no está siendo el día más feliz de su vida. Lo que está claro es que opina exactamente igual que Bruno: la sobreprotección de los niños en el caso de Cayetana raya lo enfermizo. Bruno no le ha enseñado la grabación, solo le ha explicado cómo fue la cosa, y el abuelo ha querido contrastar personalmente la información con Gladys, que le ha enseñado el parte del cuadro de ansiedad por el que fue ingresada anoche en el hospital.

Una vez duchada y vestida me siento un poco mejor por los sucesos de la mañana. Hemos sido pillados *in fraganti*. Si nos estamos equivocando, cosa mucho más que probable, los que más nos quieren son los únicos que pueden entenderlo. Aunque personalmente no soy nada partidaria de compartir mis vicisitudes con la familia, Bruno y yo somos más bien reacios, llegado el momento es mejor ir de cara, aunque solo con aquellos que podrían entenderte y que sabes que al menos van a acercarse a cualquier situación que te concierne con cariño y respeto. Eso no sirve para mi madre, que no sabe guardar un secreto, que tiene tendencia a hablar demasiado y cuyo propio egocentrismo haría que se tomase el asunto a la ligera como si fuera una anécdota más.

Tampoco va por Matilde, obviamente, porque su visión del mundo es demasiado estrecha: tiene una vida sin matices y cualquier cosa que se encuentre en claroscuro se convierte en un obstáculo insalvable por muy buenas que sean sus intenciones. Ya fue complicado en su momento explicarle que, como pareja, Bruno y yo no sentíamos la necesidad de casarnos ni por ningún rito ni tampoco en el plano legal, y tuvimos que jurar y perjurar que nuestra hija sería nuestra y tendría los mismos derechos que las demás parejas.

Cayetana, lejos de entendernos o al menos intentar respetar nuestras decisiones, probablemente nos vería en adelante como una mala influencia para sus hijos. Unos salidos libidinosos que se han aburrido de sus vidas y quieren un matrimonio vanguardista para ser los más modernos. Nos tiene por unos esnobs, y, bueno, no quiero ni imaginar lo que pensará de Alexander.

Que Leo y Gina sepan lo que se está cocinando en nuestras vidas es un accidente, pero tarde o temprano íbamos a tener que encararlo de una forma u otra. A lo que no dejo de dar vueltas es a ese sistema, esa coartada que busca Lindbergh para facilitar nuestra relación a ojos de los demás, de las miradas indiscretas, de aquellos que no dudarían en hacernos daño si les servimos una oportunidad en bandeja.

No soy demasiado optimista con el género humano; siempre tiendo a protegerme porque tengo la sensación de que se critica y se habla mal de los demás muy a la ligera, y que, si bien no siempre la gente tiene realmente una mala intención premeditada, se puede hacer mucho daño solo por no desaprovechar la oportunidad de ser el alma de la fiesta y proporcionar el último chisme, la última bomba informativa que deje a todos con un «No me lo puedo creer, pero qué fuerte.

¡Johanna tiene dos maridos, es que no me lo puedo creer! Y la pobre niña, lo que tiene que ver en esa casa, ¡con lo mona que es...!».

Solo de pensarlo me estoy poniendo enferma otra vez. Tengo muchísimo sueño todo el día, es algo bastante normal en mí tener sueño, y los días que estuve como deprimida era aún peor. Pero ahora que Alexander ha vuelto, se me hace extraño. Quizás sea porque toda esta actividad sentimental con la familia de por medio es mucho más absorbente y mi mente me pide reposo.

Me he puesto un vestido expresamente para Bruno. Quiero estar atractiva para él, sería injusto que solo me ponga guapa cuando estamos los tres. Ya me había duchado esta mañana, y lo he vuelto a hacer solo para despejarme un poco y cambiarme pensando en la oportunidad de pasar un rato a solas con Bruno y demostrarle cuánto le quiero. El vestido es corto, aunque vaporoso; tampoco me parece prudente ponerme demasiado insinuante hoy, después de los acontecimientos de la mañana, el día de San Esteban.

De hecho, llevo todo el día escondiéndome de la familia con la excusa de que tengo algo de trabajo, y no sé muy bien a qué me enfrento.

Bajo las escaleras mucho más animada, dispuesta a cualquier cosa, y de todas las personas de esta familia con quien puedo encontrarme a solas en el salón me encuentro con mi suegro. Ya es mala pata. Sin embargo, el brillo de sus ojos y su media sonrisa algo socarrona me indica que no está en pie de guerra, sino todo lo contrario. Finge que lee una revista de arquitectura de esas de auténtico lujo que debe de haber encontrado en la casa. Me siento a su lado.

—Un exdirectivo del Barça, uno de los que sale en la lista Falciani con unos cuantos kilos en el HSBC.

—¿De qué hablamos, Leo?

—Del dueño de la casa. ¿Lindbergh le conoce?

—No. A quien conoce es al dueño del portal donde la casa se anuncia. Ahora es muy rico.

—¿Más que este?

—Sí, nada que ver, es de proporciones Zuckerberg, o llegará a serlo. ¿Quieres que hablemos, Leo? De lo de esta mañana...

—No, Johanna, se acabaron las explicaciones. No es asunto mío, y confío en vosotros. Es más, si pudiéramos zanjar el tema y no volver a mencionarlo, mucho mejor, créeme.

Todo esto es claramente más difícil y molesto para él que para nosotros. Me levantaría y le daría un abrazo, pero eso le incomodaría aún más, sería un toque de dramatismo totalmente innecesario. No es que me haya dado su bendición, el pobre hombre solo intenta borrarlo de su memoria y seguir con su vida. ¡Quién le culpa!

—Por mí vale.

Nos quedamos observando el fuego, que tiene ese efecto sedante que permite a las personas estar un buen rato juntas sin necesidad de llenar la habitación con palabrería para evitar la incomodidad del silencio. Bruno nos interrumpe: en su frenética actividad navideña no hay sitio para el momento contemplativo del fuego, en todo caso una vez se hayan terminado las comidas y cenas.

—¿Te has puesto un vestido?

—Sí, ¿te gusta?

Se me acerca peligrosamente.

—Me gusta. Esto.

Se para en seco. Bruno se ha sentido observado por su padre, y diría que un tanto incómodo al recordar el episodio de la mañana, y ha decidido no flirtear conmigo delante de él. Aplaudo en

silencio el arrebató de pudor.

—¿Cómo va todo, necesitas ayuda?

—No, he tenido a Gina de pinche, y tu madre y la mía se han ocupado de los canelones. Tenemos milhojas de calabacín y langostinos, y también he hecho unos pequeños hojaldres con setas y *foie*. Estoy pensando en una ensaladita templada de manzana y nueces. Es una pena que Alex se lo pierda.

Y tal y como dice esto, se arrepiente en el acto, se pone algo pálido y mira al suelo en silencio. Su padre, que tiene un corazón de oro, sale en su rescate.

—Le podemos dejar algo envasado al vacío para que lo pruebe. Ese Rodolfo Langostino cada vez me cae mejor...

Bruno mira a su padre con una sonrisa cauta, y, como lo conoce muy bien, sabe que puede bajar la guardia.

—No creo que haga falta, papá.

—Dime, ¿Alexander juega al golf?

—Sí, pero por trabajo, según él. Lo que le gusta es el surf.

—Y ¿cuándo vuelve? Es que me ha llamado Viladomiu, que dice que tiene gota y no puede jugar. Y tú, hijo, lo siento, pero eres un paquete.

¿Estoy delirando?

—Creo que vuelve mañana, pero aún no me lo ha confirmado...

—Pues, oye, pregúntale si le apetece jugar, que reservo... En Navidades hay siempre mucha gente.

Desvarío, ¡estoy fatal! Esto no puede estar pasando de verdad.

—Ahora le mando un *whatsapp*. Jou, vente a la cocina y decidimos lo de la ensalada.

De todas las reacciones del mundo, que el abuelo decida irse a jugar al golf con Alex es definitivamente lo último que se me hubiera pasado por la cabeza. Recojo mi cara de pasmada como puedo y sigo a Bruno hasta la cocina.

¿Se está riendo Leo de nosotros y tomándonos un poquito el pelo? O simplemente nos está dando permiso para que Lindbergh vuelva y no sea tan incómodo. Espero que Alex regrese, aunque si fuera yo me lo pensaba dos veces; diría que estos dos están tan involucrados en su campaña probigamia que no sopesan con claridad el curso que puedan tomar sus decisiones ni sus posibles consecuencias. Bruno es más partidario de actuar y no de darles tantas vueltas a las cosas.

Si no estuviéramos en una cocina rodeados de familiares seguramente me ratificaría que la actitud de su padre le tiene tan descolocado como a mí.

Las dos bandejas de canelones grandes de Matilde, los canelones individuales, ya están en el horno a punto para gratinar. La cocina huele a gloria: solo con traspasar la puerta sabes que hoy vas a comer algo succulento, y da gusto ver a los Martí y a los Mayer trabajando codo a codo, todos con una copa en la mano. Todos menos Maya, que bebe Coca-Cola directamente de la botella de cristal, tal y como haría su madre. Y luego está Sándwich, que merodea por entre las piernas de unos y otros esperando que le caiga algo apetitoso, un trocito de relleno lamido directamente del dedo de mi madre, un trocito de langostino... Que los perros no son tontos y menos este, que parece de pura raza, la que sea. Debe de haber costado una fortuna.

Cuando le dije a Lindbergh que los galgos se adoptan, que para eso está S.O.S Galgos, me contestó que esa es una práctica española que él desconocía. ¡Una práctica! Debe de pensar que es

algo del tipo la procesión de Semana Santa, el toro embolado, parte del folclore o alguna costumbre española que se le escapa a un americano sofisticado como él.

En cuanto proceso la información de que la mesa ya está lista, me doy cuenta de que estas navidades he estado muy poco colaborativa: todo prácticamente se ha hecho sin mí, como si fuera una convaleciente a quien se le dispensa de las tareas para que no se canse, pobrecita tísica, deja que descanse. Esa es claramente una actitud muy típica de Bruno de la que yo me suelo aprovechar, no me da vergüenza confesarlo.

Cuando me decido, abro dos botellas de vino, Matsu el pícaro, denominación de origen Toro, un vino algo básico que debe de haberle apetecido especialmente a Bruno para acompañar los canelones. Leo probablemente proteste, ya que esta más acostumbrado al clásico Marqués de Riscal, que, según él, nunca da sorpresas. Ese vino es el que se servía en su casa en Navidad cuando era pequeño y el que bebía su abuelo todos los días, solo una copa.

Dejo que el Matsu se airee, no lo decanto. La mesa tiene el aspecto que siempre recuerdo, el sello de los Martí: en la auxiliar ya están dispuestos los turrones sobre un mantelito de hilo y en una bandeja de plata; las *neulas* en una más pequeña. Gladys no suele celebrar esta festividad, y nos ha pedido servir la mesa sin más, y, por supuesto, Bruno no le ha intentado convencer esta vez de que se siente con nosotros.

¡Todos a la mesa! Esto no se acaba nunca, y aún queda fin de año; normalmente hasta entonces solemos hacer una especie de dieta a base de sopa de miso, verduras al vapor y cosas ligeras para limpiar el cuerpo de todos los excesos.

Tengo la sensación de que Leo me sonrío más de lo habitual; probablemente sea mi subconsciente, que me juega malas pasadas. Cuando sirve el vino y dice que hoy vamos a probar un vino moderno, me doy cuenta de que la conversación o debate sobre qué vino servir se ha llevado a cabo sin mi presencia, pero está claro que ha ganado Bruno.

Mi madre lleva vaqueros y un jersey de *mohair* no muy escotado; no se ha vestido para la ocasión y parece muy relajada, cosa que no es habitual cuando le toca compartir techo con sus consuegros, y además parece haber desarrollado un vínculo especial con el cachorro, que la sigue a todas partes. Aunque darles comida a todas horas propicia los vínculos especiales con los perros. Bruno, que desaprueba que se malcrie a los animales, está demasiado ocupado para esta cuestión, pero no tardará en tomar cartas en el asunto.

Levantamos nuestras copas para el invariable brindis surrealista, en catalán, de mi suegro.

—*Que poguem fer les mateixes obres amb el mateixos manobres.*

—Ahhgh. Este vino está malo. Bruno, ¡está picado!

—No, está bueno. Es muy fuerte, pero esta bien. Este vino te encanta...

—Ya, pues me sabe avinagrado.

Leo, que podría aprovechar para reivindicar su Marqués de Riscal, no arremete contra el vino.

—Come algo primero, si no, a veces pasa eso...

—Yo lo veo bien —dice Gina, y yo me paso al agua para dejar ya la polémica y espero a comer algo. Milhojas de calabacín con langostinos para todos menos para Maya, que de primero tiene una ensaladita de lentejas. Las lentejas le gustan.

—Qué pena que los niños se hayan tenido que ir. Mira que morirse la señora en Navidad, ya es mala suerte —dice Mati.

—Estaremos más tranquilos —contesta Leo con una sonrisa traicionera que a Mati le hace gracia, y se encoge de hombros riendo traviesa, pero luego se arrepiente y dice:

—Pues se han portado mejor que nunca...

A lo que mi suegro muy diestramente contesta con un cambio de tercio:

—Y qué, ¿puedo contar con Lindbergh para el golf?

—Me dirá algo esta tarde, creo que igual puede volver hoy —dice Bruno.

Miranda añade:

—Ese hombre no debería trabajar en Navidad, ¿no tiene familia?

—Poca, realmente —dice Bruno.

—He leído en Internet eso de que muchos años después de que su padre muriera salieron a la luz al menos dos familias secretas que tenía en Europa. Fíjate que se ocupaba de ellas, y que nunca reclamaron herencia ni lo hicieron público, porque las mujeres habían prometido a Lindbergh que guardarían el secreto hasta que muriera su esposa, la verdadera, y los hijos, que ya eran mayores cuando descubrieron la verdad por casualidad, creo que, a raíz de una película, jamás reclamaron nada. Fíjate que, en total, entre los del matrimonio y los ilegítimos, ¡el tío tenía hijos para un equipo de fútbol!

No sé qué me pasa, no tengo nada de hambre. Todos en la mesa parecen muy interesados en la contestación de Bruno, por lo que, aunque duda, no puede evitar dar explicaciones.

—No, nadie reclamó nada. La madre de Alex tampoco. Lindbergh ya tenía cinco o seis hijos dentro del matrimonio, ahora no me acuerdo. Alex nació el mismo año en que murió su padre, y parece que, a diferencia de lo que hizo con las otras dos familias, a las que estuvo manteniendo en secreto durante veinticinco años, a Alex lo reconoció y le dio sus apellidos, pero sin decírselo a su mujer. También le dejó una gran extensión de tierra en Hawái que él había comprado, porque en los últimos años se había hecho muy ecologista; creo que es así como conoció a su madre. Lindbergh quería hacer una reserva para preservar esa parte de la isla, y construyó dos pequeños hoteles, pero le dijeron que tenía cáncer y los puso a nombre de Alex.

Y esto último ¿por qué no lo sabía yo? Lo que sí que sé es que su madre cogió uno de los hoteles y lo convirtió en una comuna. ¡Este vino está asqueroso! Ahora es Leo el que contraataca:

—Lo tacharon de nazi por sus discursos en contra de la intervención de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. Hay incluso un libro de ficción que lo convierte en una especie de presidente de los USA nazi, es de un gran escritor.

—Sí, papá, *La conjura contra América*, y también se dijo de él que en realidad no secuestraron a su primer hijo, sino que murió por un accidente doméstico y que Lindbergh declaró ante el juez y llevó a la silla eléctrica a un hombre inocente. Es un personaje controvertido. A mí, papá, todo esto me trae sin cuidado.

—No, no, si nada tiene que ver con él, ni le conoció.

—Pues a mí me parece un chico encantador y supereducado. Si yo tuviera una hija, es justo lo que querría para ella —dice Matilde.

Ay, por favor, estoy mareada, ¿podemos dejar ya el tema?

—Dicen que su padre era eugenista, ya sabes, fan de mejorar la raza. La aria, supongo... —dice Miranda. ¡Joder, cómo se han documentado! Intervengo:

—¿Podemos dejar ya al padre de Alex? No me parece justo que sigamos por este camino si él no está, le estarán pitando los oídos.

¡Panda de cotillas! Creo que tengo náuseas.

—En el caso de Alex, si se lio con su madre, que era medio hawaiana, creo que lo de eugenista tampoco procede... En fin, voy a por la sorpresita.

Bruno se levanta mientras interrumpimos el documental *Conozca a Charles Lindbergh* y Gladys retira los platos. Vuelve con una bandeja llena de cazuelitas de barro con angulas. Me pone una

delante, y tal y como el aroma llega a mi nariz, siento ganas de vomitar.

—Johanna, cariño, estás pálida.

—Sí, mamá, no sé, algo no va bien —digo tapándome la boca con una mano en un intento de no vomitar en la mesa de Navidad. Me levanto tambaleándome. Si no voy con cuidado puedo hacer un nuevo estucado en la pared...

—Si Johanna no come angulas, realmente algo no va bien.

—¿Quieres una Coca-Cola, mami? —dice Maya. Y yo, que ya estoy recostada sobre el hombro de Bruno, tengo sudores fríos.

—¿Te acompaño al baño?

—Por favor.

Nos dirigimos al baño de la planta baja y, efectivamente, lo vomito todo.

—Vamos arriba; te pondré un poco de colonia Denees.

Poner colonia Denees cuando se vomita es una tradición familiar misteriosa; nadie sabe de dónde surgió, pero eso es lo que hacemos...

—No estoy enferma, es solo que tengo náuseas.

—Te echas un rato y, si luego te apetece, te comes un canelón. Ahora descansa.

—No quiero canelón.

—Ya veo. Luego te subo una tisana digestiva, he traído hierbas.

Hierbas varias nunca faltan en nuestra maleta. Tiro de la cadena y me refresco un poco. Me sabe mal no estar en la mesa después de todo el trabajo que ha tenido Bruno, pero creo que es mejor que suba. Me acompaña escaleras arriba y me ayuda a desnudarme y meterme en la cama.

—¿Dónde tienes el pijama?

—No, no, me quedo así en bragas, tengo sudores.

—¿Quieres que llame a un médico?

—Nooo, estoy bien. Algo me ha sentado mal.

Cuando estoy sentada en la cama junto a él, desnuda, solo con braguitas, noto en su mirada que se quedaría y me daría un buen repaso, pero cogiendo la llave de la caja fuerte que llevo colgada al cuello me dice:

—Hace días que no llevas sujetadores. ¡Dios! Mira qué pechos, son tan firmes... —me dice acercando su boca a mis pezones y chupando cual chupete.

—Mmm..., están marrones chocolate. —Se levanta con su sempiterna erección saludándome y me dice—: Bueno, me voy. Si me quedo un minuto más, no respondo.

Desaparece por la puerta y no puedo evitar pensar que tiene una energía renovada desde que Lindbergh está en nuestras vidas y que de alguna manera se ha revitalizado lo que siento por mí. Vuelvo a tener esa sensación de sueño que es como una losa que me hunde en el colchón y me quedo dormida en el acto. Sueño con campos de lavanda.

Aún medio dormida, recostada sobre un lado, siento las caricias de Bruno en la espalda, en las nalgas.

—¿Cuánto he dormido?

—Unas dos horas. ¿Cómo estás?

—Muy bien, creo que se me ha pasado.

—Fantástico, porque vengo a por el postre.

—¿Qué postre?

—Miel.

—¿Cómo miel?

—¡Néctar! —dice, y me gira como una peonza dejándome estirada boca arriba, con las piernas colgando de la cama, mis pies tocan el suelo. Tengo su nariz sobre mis bragas. Ya no hay vuelta atrás. Cogiendo una almohada de la cama, me la pone sobre la cara y yo me dejo hacer todavía muy dormida, me abandono relajando los hombros y respirando profundamente como si entrara en Savasana.

A diferencia de otras veces, Bruno me quita las bragas, tira de mis caderas hasta el borde del colchón, justo como si estuviera en el ginecólogo, y pone sus manos bajo mis nalgas para poder elevar mi trasero a la altura deseada. Por un resquicio de la almohada puedo ver que se arrodilla frente a mí. Por ahí abajo el iceberg se está derritiendo a la velocidad de la luz. Aspirando profundamente el olor de mi sexo, Bruno dice eso que tanto me gusta.

—Mmmm, Johanna...

Cierro los ojos buscando total concentración o, mejor dicho, el abandono absoluto, una especie de renuncia, una pérdida del yo que me lleva al abismo en el mismo momento que empieza a lamerme y se concentra en mi clítoris, con sus manos bajo mis nalgas, atento a cualquier reacción. Me lame una y otra vez, e intensifica el ritmo o lo ralentiza, confiando en su instinto y leyendo cada movimiento de mis caderas, regalándome el *cunnilingus* del siglo.

No me chupa demasiado fuerte, cosa que a veces hace sin darse cuenta cuando tiene prisa; se limita a excitar eternamente mi botón con paciencia infinita, con la punta de la lengua. ¡Oh, Bruno, Bruno!

Hasta que nota, como noto yo también, que mi humedad relativa se desborda y estalla la tormenta. Todos mis sentidos lloran de placer y abrazada a la almohada ahogo un grito primario. Aaargh... Aaaaah.

Oh, joder, no hay consolador en el mundo que pueda hacer una cosa así. ¡Qué bueno! Y entonces Bruno hace lo que suele hacer: subirse encima de mí y besarme, regalándome una pequeña cata de mis propios fluidos, pero su beso no se demora, se me hace corto, y se echa a un lado obviando su erección.

—Me tienen preocupado tus pezones color chocolate. Justo como cuando estabas embarazada de Maya.

—Hace días que no me pongo sujetadores, me molestan.

—Y tienes náuseas.

—Solo hoy.

—Tienes mucho sueño... ¿Has tenido alguna falta?

Dice esto muy bajito, porque teme mi reacción. Controlo.

—Tú sabes que no soy regular... No me fijo demasiado, nunca sé cuándo voy a tener la regla...

—Eres un caso clínico, digno de estudio.

—Nunca nos hemos tenido que preocupar, no seas hipócrita. ¿Ya no recuerdas cuánto nos costó tener a Maya?

—Vamos a comprar la prueba de la rana.

—Bruno, se llama test de embarazo. Hoy en día son digitales, no hay ranas.

—Voy a mirar las farmacias de guardia en internet; en los pueblos y en Navidad, igual tenemos que coger el coche.

—Ahora me cambio, dame unos minutos —digo tapándome con la manta. Acaba de estropearme el momento orgásmico, me he dado de bruces con la realidad, una que mi subconsciente tenía

ahogada, atada a una piedra en el fondo de mi conciencia desde hace días. Es muy probable que esté embarazada. ¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer?

—Ahora vuelvo —dice Bruno saliendo por la puerta, y yo intento levantarme y vestirme, de verdad que lo intento, pero inevitablemente estallo en un amargo llanto. Me agarro a la misma placentera almohada de antes, que ahora me sirve como paño de lágrimas, y lloro. Lloro como hacía mucho tiempo, uno de esos llantos que te desahogan hasta quedarte vacía. Sé por experiencia lo beneficioso que puede ser, y por eso me abandono y sigo llorando. Cuando levanto la vista, tengo a mi madre mirándome.

—Johanna, ¿qué pasa?

—Nada, mamá, no puedo explicártelo.

—¿Estás embarazada?

—Sí, no sé —digo mientras las lágrimas se me derraman como si fuera una niña pequeña con un gran berrinche. Mi madre se sienta a mi lado y me abraza.

—¿Qué problema hay? A ti te encantan los niños, y Maya, bueno, es una niña genial.

—¡Tú no lo entiendes!

Se me ha ido la pinza y estoy gritando.

—¿Es de Lindbergh?

—No sé —respondo histérica.

¡Ay, joder! Me lo ha sacado todo, así a la primera. ¿Cómo puedo ser tan patética?

—Tranquila, no te preocupes. Lo primero de todo: si estás embarazada, ese niño es, ante todo, tuyo y solo tuyo.

—No te entiendo.

—No dejes que nadie te diga lo que tienes que hacer con respecto a esto. ¿Cómo se lo ha tomado Bruno?

—Mamá, es complicado, y ahora no me hagas explicártelo todo, pero Bruno no es el problema. El problema soy yo. ¿Pero cómo lo sabes?

—¿No pensarías que me he tragado que Alex es gay? Te come con los ojos, Johanna, a todas horas, ese tío está loco por ti. No sé cómo Bruno no se da cuenta.

—Sí que se da cuenta.

—Ya veo. Bueno, deberías tomar distancia, aquí somos muchos. Tómame unos días —dice tomando aliento y digiriendo la información.

—Justo pensaba eso, será como escapar, pero creo que lo necesito. Hay un retiro de yoga que empieza mañana en Cadaqués; lo organiza Yoga One, son solo cinco días —digo sonándome con la sábana; el decoro lo he perdido hace ya un rato.

—Hazlo, tranquilízate. Te conozco bien y sé que necesitas tiempo para todo. Y, por cierto, mientras estás meditando, si puedes, tómame un momento para pensar si cuando Maya sea mayor, o quizás este bebé que viene ahora, si es que viene..., piensa si te gustaría que tu hija y tú tuvierais la relación que tenemos nosotras.

—¿A qué te refieres?

—Vamos a ver, Johanna, ahora no es el momento, pero quiero que sepas que siempre he querido a tu padre, pero él no quería vivir, y yo no podía estar con una persona que no quería vivir.

—Ya sé, mamá, que no es culpa tuya. Cuando reflexiono sé perfectamente que no fue por ti, pero me ha costado mucho superar su muerte, mucho, y tú siempre pareces tan vital, tan...

—¿Superficial? Sí, bueno, cada uno tenemos una manera de enfocar la vida. Tú meditas, yo hago otras cosas...

Ya me he disculpado, así que cambio de tercio...

—Voy a hablar yo con Maya, prefiero decirle que me voy. Ya sabes que si no se le informa se pilla unos mosqueos tremendos.

—Vale, ahora te la envío. Pero, oye, dime, ese Lindbergh ¿es una máquina?

—Mamá, no hagas que me arrepienta de que hayamos hablado. Y sé discreta.

—Perdona, no debería hacer bromas, y que sepas que de lo de ese bebé me alegro, porque Gina no parece estar por la labor de procrear. Y este además va a estar forrado...

—Me estás cabreando.

—Vale, vale, ya me voy. Me alegro de que hayamos hablado.

—Yo también.

Por fin desaparece de mi vista. Una madre es una madre, y esta tiene mucha más intuición de lo que me pensaba y seguramente más corazón del que me gusta reconocer. Me seco las lágrimas para no asustar a mi hija y me visto a toda prisa.

—Mami, dime. ¿Te encuentras mejor, bobita?

—Sí, sí. Mira, ha pasado una cosa: quería ir a un retiro de yoga esta Navidad, no había plazas y me han llamado y me han dicho que ha habido una cancelación. Son solo cuatro o cinco días.

—No pasa nada, mami. ¿Estás de los nervios?

—¿Qué quieres decir?

—Nooo, perdona, quiero decir que si estás nerviosilla.

Imagino que mi cara debe de ser de lo más inquietante.

—Un poco sí, la verdad.

—¿Es porque Alex ha vuelto a marcharse?

—No, Alex vuelve mañana.

—¿Y entonces?

—Me hace falta estar a solas y me hace ilusión hacer esto del retiro.

—¿Si aprendes una postura nueva me la enseñarás?

—Caaaro. A ver si nos sale el escorpión.

—¿Me contarás un día qué hicieron Pixie y Dixie?

—Un día quizás.

—Vale, mami, pásatelo bien en tu... en eso que haces, yo me voy a ver a Sandy, no sabe vivir sin mí.

—Bueno, no me extraña, yo tampoco.

Y así es como recibo un abrazo que casi me derriba al suelo y un beso superhúmedo que casi me hace saltar las lágrimas otra vez.

—*Ciao!*

—*À bientôt.*

RIPOLL

26 DE DICIEMBRE, 20:00 H

*H*emos tomado prestado el Panamera de Lindbergh para ir a la farmacia de Ripoll. Hemos comprado el test de embarazo, y tal y como salíamos de ella, he recibido un mensaje de Alex que pregunta que por qué necesitamos una farmacia. Mi contestación no le va a hacer gracia.

Fuck off (vete a la mierda), le he escrito.

Llegamos de nuevo al coche. Bruno está siendo muy cauto intentando elegir bien sus palabras. Hace mucho frío; ojalá pudiera estar en esa piscina aguantando la respiración, lejos de todos.

—¿Podemos hablar? —me dice.

—No te entiendo.

—Tengo que explicarte algo.

—Tomemos un té en ese bar.

Más que bar, es una cantina bastante cutre, aunque parece que tiene calefacción. Entramos y nos acomodamos en un rincón. Aviso al camarero; es un señor muy mayor que arrastra una pierna, y tarda una eternidad en acercarse a nosotros.

—*Bona tarda i Bon Nadal. (Buenas tardes y feliz Navidad).*

—*Bon Nadal, una Coca-Cola d'ampolla sense got i un donut, siusplau. (Feliz Navidad, una Coca-Cola de botella sin vaso y un donut, por favor).*

—¿Un donut después de vomitar?

—Si estoy embarazada es lo que procede, ¿no?

—Supongo que sí. Yo no quiero nada.

El camarero octogenario reanuda su vuelta a la barra y nosotros hablamos bajito, por si acaso.

—Bruno, no me hagas un alegato probé, no es lo que necesito.

—No es eso, aunque me gustaría sentar bases: si estás embarazada, quiero a ese niño, y Alex seguro que también. Pero no es eso de lo que quiero hablar, sino de Alex en concreto. Pero te repito: yo ya quiero a ese bebé.

—Ha quedado claro, ahora dispara.

—Vale. Escucha bien y no saques conclusiones. Nunca sabremos qué podría haber pasado, y yo sé que no hay nadie más en este mundo para mí, solo tú.

—Esto tiene pinta de confesión, Bruno, y para mí no es un buen momento.

No sé qué quiere contarme, pero no tengo fuerzas.

—Necesito sacármelo de encima. Aún no sé por qué no te lo he explicado antes.

—Te escucho.

—La noche del Annabel's, en Londres, Alex me llevó a una fiesta privada a una casa cercana.

—Sigue.

—Más que una fiesta privada era..., bueno, ahora parece que está muy de moda entre la *jet* londinense juntarse y hacer... eh..., bueno...

El camarero trae mi donut, la Coca-Cola no, tiene que volver a por ella. Esta noche todo es al ralentí.

—Bruno, voy a ayudarte: últimamente están de moda las orgías Delux. ¿Es eso? Me enseñaste un artículo el otro día.

—Sí, bueno, es como una fiesta en una casa espectacular, todo superexclusivo, y es muy difícil que te inviten, porque llevan un control muy riguroso.

—Al grano.

—Vale, bueno, pues ahí estamos los dos bastante bebidos porque venimos de cenar y del Annabel's, y yo me encuentro con una especie de sueño erótico hecho realidad. De verdad, Johanna, todo el *pack*, tú me entiendes. Imagina como si fuera una sesión de moda en versión orgía *supercool*: todo era fabuloso, con una estética que aún rememoro en mi cabeza, supersalones, tipas con unas piernas de vértigo y la luz era como si la iluminación hubiera sido estudiada al milímetro.

Sólo él se fijaría en la luz, gajes del oficio. Me viene una arcada y me tapo la boca. ¿Dónde coño está la Coca-Cola? Ah, ahí viene el caracol octogenario.

—¿Vas a vomitar?

—No es por lo que me estás contando, solo es un poco de náuseas, estoy bien.

El camarero deja la Coca-Cola y yo me bebo la mitad de un tirón.

—Sigue, Bruno: superorgía Delux, muy *cool*, muy borrachos...

—Pues eso.

—¿Te metiste en una orgía?

—Casi.

—¿Cómo se hace para que sea solo casi?

—Alex y yo estamos sentados en dos butacas enormes, uno al lado de otro, borrachos y cachondos, viendo sexo en directo, pero, Johanna, tú no lo entiendes...

—Sí, sí, como en el sueño erótico más estético y más guay, lo he pillado. ¿Qué más?

Hasta me hace gracia Bruno cabizbajo explicándome todo esto.

—Entonces aparecen una morena y una rubia, desnudas, rasuradas, taconazos, con antifaz, y se nos acercan.

—Vas bien, Bruno, sigue.

—Pues la mía, que es la rubia, me mete mano en el paquete, se me acerca, y se me quiere poner encima y justo cuando le voy a tocar el culo, va Alex y me bloquea el brazo, la aparta, y hasta la empuja.

—¿Le pegó un viaje?

—Sí, y el tío se levanta y me dice que coja el abrigo y el móvil. Obligan a dejar el móvil en consigna porque no quieren que se hagan fotos y eso...

—Muy conveniente.

—Mucho. Bueno, pues salimos de la casa y yo le pregunto «¿Qué mosca te ha picado?». Y el tío me dice que está loco por ti y que no quiere estropear lo que tenemos porque sería una pena.

—Qué majo... Pero no parece que fuera su intención llevándote allí en un principio.

—Exacto, se arrepintió. Y ahí nos tienes a los dos, borrachos, llorando por las calles de Londres, él confesando cuánto te quiere y yo sintiéndome como un capullo.

—Ahí te doy la razón. ¿Conclusión?

—Te queremos, los dos, con locura, y no me digas que no es mutuo. Saldremos de esta y encontraremos la manera.

Me quedo en silencio observando el último trozo de mi donut. Parece que estoy pensando, pero en realidad estoy completamente en blanco.

—Di algo.

—Algo.

—Johanna, no me jodas.

—Bruno, me lo has puesto muy fácil: tú me hubieras puesto los cuernos, Alex no. Me quedo con Alex.

Es una broma de un gusto pésimo, pero Bruno no lo sabe, así que como pequeña venganza le sostengo la mirada muy seria, mientras él intenta leerme el pensamiento, sopesar si voy en serio.

—Ay, joder —dice emocionado, y me parece que tiene lágrimas en los ojos. Mierda, me he pasado. Me levanto y corro a sentarme en su regazo y abrazarle. Me doy cuenta de que me es muy fácil perdonarle, aunque de momento él no tiene por qué saberlo. Abrazada a Bruno me dejo mimar mientras él pasea su nariz por mi cuello y aspira el olor de mi cara. Muy bajito me dice—: No sabemos qué hubiera pasado. Hace mucho que no he besado a nadie que no seas tú, igual me hubiera dado cuenta de que no...

Le interrumpo poniéndole la mano en la boca.

—Yo dejé que Alex me besara en Suiza, y no sé qué habría pasado si hubiera estado unos días más.

—Eso ya lo sé.

—No sé tú, pero yo no pienso juzgarte por algo que no has hecho.

—Mejor, porque a veces me das miedo. Tú piensas que eres frágil, y en realidad es solo en superficie.

—Sííí, soy una roca... Lo que me recuerda que mañana me voy.

Me levanto indicándole que se acabó el *tête à tête* y que vaya a pagar. Bruno hace lo propio en silencio, dejando las preguntas para más tarde, y se dirige a la barra con un billete de 20 € en la mano. Yo, que ni tan siquiera me había quitado el abrigo, le espero en la calle.

Caminamos en silencio hasta el coche y me abre la puerta. El interior está congelado. Bruno enciende la calefacción y pone su móvil en el dispositivo de manos libres, enciende el motor y esperamos en silencio a que el coche se caliente, a que él quiera arrancar o a que alguien diga algo.

Suena el teléfono. Bruno conecta el altavoz.

—¿Bruno?

—Sí.

—Soy Mercè.

Parece histérica y está sollozando.

—¿Qué pasa, cariño?

—Johanna, hostias, han entrado en mi casa.

—Nooo. ¿Estás bien?

—Sí, yo sí, venía de casa de mis padres y cuando he llegado me he encontrado el piso abierto.

Lo que no entiendo es por qué nos llama a nosotros.

—¿Has llamado a la policía?

—No, aún no.

—¿Y por qué? Eso se ha de hacer enseguida. No toques nada.

—Bruno, solo se han llevado esos cuadros, los del amigo de Johanna. Está todo revuelto, no me falta nada, tenía dinero en un cajón y está todo.

—Vale, Mercè, no te muevas, llegamos en unos cuarenta minutos. Yo llamo a Oriol, creo que lo conoces, es el hermano de Silvia, es mosso d'esquadra. Supongo que llegará antes que nosotros.

—Vale, conduce con cuidado.

—Ahora nos vemos.

Cuando Bruno cuelga me doy cuenta de que una especie de rabia interior está creciendo dentro de mí. ¡Estoy harta de esta mierda! Tenemos que hacer algo.

—¿Qué te parece Johanna, nos vamos para Barcelona?

—¡Písale a fondo! Y llama a Lindbergh.

BARCELONA. BARRIO DE GRACIA

26 DE DICIEMBRE, 22:00 H

*E*stoy en el salón de Mercè y parece que lo han revuelto un poco, nada grave. Solo se han llevado los cuadros de Jorgen, los que habíamos hecho aflorar, y ni tan siquiera han tenido que reventar el paño de la puerta: han usado una radiografía y ya está.

Oriol, el policía amigo nuestro, está buscando huellas con un técnico, y Bruno lleva un buen rato al teléfono. Alex ha aterrizado y viene para acá con Adrian. Cuando Bruno cuelga, se sienta en el futón con nosotros. En casa de Mercè no hay ni sofás ni sillas; todo son pufs, futones o taburetes.

—Mercè, quédate esta noche conmigo. Yo mañana me voy; si te da mal rollo, puedes quedarte en Sarrià, en casa, hasta que empiecen las clases.

—Ahora que lo dices, sí que lo prefiero.

Bruno añade:

—Pues no se hable más. Haz la maleta para unos días, y piensa que en mi congelador vas a encontrar todo un paraíso culinario.

—Perdonad que os pregunte: si lo que buscaba esa gente eran los cuadros, ¿cómo podéis saber que no entrarán en vuestra casa?

—No te preocupes, nuestra casa está vigilada.

—¿Tenéis seguridad?

—Algo así. Oriol hará guardia con la policía y, además, luego conocerás a Alex: su gente vigila nuestra casa y Artistik.

—Me estáis acojonando. ¿En qué andáis metidos?

—Es un malentendido que nos ha pillado a nosotros por medio, pero no te preocupes por nada, estamos cien por cien seguros.

Ahí está otra vez el telepredicador actuando: el encantador de féminas lo tiene todo siempre bajo control.

—Vamos a hacer tu maleta, pero no cojas muchas cosas, hay ropa de sobra en mi armario —le digo a Mercè.

—Ya, claro, como que yo quepo en tu ropa, ¡nos ha jodido! Además, tú eres como más pija.

Cuando abrimos su armario veo a lo que se refiere: es como si nos hubiéramos teletransportado a Katmandú, no he estado nunca, pero diría que hasta debe de oler igual, como a pachuli. Definitivamente es cierto: yo soy más pija, qué se le va a hacer.

Me siento en la especie de *chill out* que tiene montado en su cuarto y mientras ella selecciona unas cuantas prendas, me entran ganas de llorar. Deben de ser las hormonas; podría ir al baño y hacer el test de embarazo, con Clear Blue son solo unos segundos, dicen, pero creo que lo voy a dejar para otro día.

Para espantar las ganas de llanto, me siento en posición de loto, inclino la barbilla ligeramente hacia abajo y respiro profundamente, pausadamente.

—¡Hola! —oigo que dice Mercè. Abro los ojos y...

Se me congela el alma.

Ahí está Lindbergh mirándome en silencio, de pie, apoyado en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados. Todo sería mucho más fácil si no fuera tan guapo. Es un asco.

—Hi.

—Heeeyyy.

—*Can we talk for a second? Alone. (¿Podemos hablar un segundo? A solas).*

—Sí, sí, os dejo a solas —dice Mercè, visiblemente impresionada ante la visión de la pantera negra. Cuando está enfadado es aún más apuesto.

—Mercè, este es el señor Lindbergh. Está a cargo de la seguridad, como te decía.

Lindbergh solo saluda con la cabeza; creo que ahora su cabreo es monumental, por lo que rectifico la presentación. Se me ha ido un poco la pinza.

—Y además es un íntimo amigo nuestro, el mejor que tenemos.

Me he pasado intentándolo arreglar y Alex se sonrío. Bueeeno. Justo al salir, Mercè se cruza con Bruno, que también entra en la habitación. Me levanto porque me siento pequeña.

Es un cuarto bastante diminuto y estamos ahí frente a frente, ellos dos a un lado, yo en el otro. El cruce de miradas entre nosotros es de lo más surrealista. Nadie sabe cómo empezar. Nadie parece saber qué decir, así que tomo la iniciativa.

—Esta noche no vuelvo con vosotros: he gestionado un retiro de yoga en Cadaqués para estar sola y pensar. Lo necesito.

—Nosotros te llevamos.

—No, Bruno, iré con Marina, lo prefiero.

—*And the baby? (¿Y el bebé?).*

—Que sepamos, no hay bebé todavía.

—¿No vas a hacerte la prueba?

—No, hoy no.

—*I need that baby, I need to know... (Necesito ese bebé, necesito saber).*

Alex lo dice cabreado, apretando los dientes. Bruno le pone la mano en el hombro.

—Cuidado con lo que dices, Lindbergh, eso no ha sonado bien. Dentro de unos días volveré y hablaremos.

—Y qué me dices de fin de año, Alex ha contratado un chef japonés...

—Para mí va a ser menú ayurvédico y sin alcohol. No me dirás que no es idóneo...

—¿Tú crees que toda esta mierda *is funny*?

—No.

—*Go and do the damn test, for god sake. (Ve ahora mismo a hacer el puto test, por Dios).*

Uy, está fuera de sí. Me acerco a él y le abrazo, también le beso buscando su lengua, y aunque se me resiste un poco, se deja hacer. Me aparta un poco y me mira a los ojos. Sabe que no puede hacer otra cosa que dejarme ir de momento. Niega con la cabeza y me suelta. Entonces se me acerca Bruno y me abrazo a él.

—Quiero pedir os una cosa.

—*Whatever you want. (Lo que quieras).*

—Si me espiáis, que al menos yo no me entere.

—Puedo llamar a Oriol Castro y cenamos contigo una noche en El compartir, te va a encantar.

—No, Bruno, sin interferencias. Déjame hacer esto, lo necesito.

—Vaaale.

—Y ahora marchaos, aquí ya no hacéis nada. Dejad trabajar a Oriol ...

Se resisten, pero al final se van. Me quedo sola en la habitación que huele a pachuli, y después de tanto rato intentando aguantarme las lágrimas, me regalo un momento de desesperación femenina, de esos que sientan tan bien.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Peté Solé por su apoyo incondicional, a Susana del Valle por toda su paciencia y su fe, y muchas gracias también a Mar González, de Babulinka Books, por su ayuda inestimable y su cariño. Sin olvidar a Eva, mi peluquera. Agradezco también al equipo de Roca editorial la confianza que han depositado en mí.

© 2019, Coco Duval

Primera edición en este formato: junio de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

ISBN: 978-84-17705-24-4

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.